

Francisco A. Encina

LA LITERATURA HISTÓRICA CHILENA

y el concepto actual de la historia



Colección
PREMIOS NACIONALES
DE LITERATURA

EDITORIAL UNIVERSITARIA

LA LITERATURA HISTÓRICA CHILENA
Y EL CONCEPTO ACTUAL DE LA HISTORIA



Colección
PREMIOS NACIONALES
DE LITERATURA

© 1997. HEREDEROS DE FRANCISCO ANTONIO ENCINA ARMANET
Inscripción N° 4.137, Santiago de Chile.

Derechos exclusivos reservados para todos los países
© Editorial Universitaria, S.A.
María Luisa Santander 0447. Fax: 56-2-2099455
Santiago de Chile.

e mail: edituniv@reuna.cl

Ninguna parte de este libro, incluido el diseño de la portada,
puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por
procedimientos mecánicos, ópticos, químicos o
electrónicos, incluidas las fotocopias,
sin permiso escrito del editor.

ISBN 956-11-1305-8

Texto compuesto en tipografía *Berling 10/12 1/2*

Se terminó de imprimir esta
PRIMERA EDICIÓN
en la colección Premios Nacionales de Literatura,
de 1.500 ejemplares,
en los talleres de Impresos Universitaria,
San Francisco 454, Santiago de Chile,
en agosto de 1997.

CUBIERTA

Velas en alta mar.

Óleo de *Tomás Somerscales* (detalle).
Club de la Unión.



CONSEJO NACIONAL
DEL LIBRO Y LA LECTURA

Esta obra cuenta con el aporte del
CONSEJO NACIONAL DEL LIBRO Y LA LECTURA

Obra publicada en el 50º aniversario de Editorial Universitaria

IMPRESO EN CHILE/PRINTED IN CHILE

Francisco A. Encina

LA LITERATURA
HISTÓRICA
CHILENA

y el concepto actual de la historia

Edición, prólogo y notas de
Alfredo Jocelyn-Holt Letelier



EDITORIAL UNIVERSITARIA

Encina, Francisco Antonio.

La literatura histórica

Chilena y el concepto actual de
la historia / Francisco Antonio
Encina; edición, prólogo y notas
de Alfredo Jocelyn-Holt Letelier.

- - 1ª ed. - -

Santiago: Universitaria, 1997.

296 p. - - (colección Premios
Nacionales de Literatura)

Incluye bibliografía.

ISBN: 956-11-1305-8

1. LITERATURA CHILENA

I. t. II. Jocelyn-Holt Letelier, Alfredo..

DEWEY Ch860

ÍNDICE

<i>Breve biografía</i>	9
<i>Prólogo</i>	
<i>Encina: ¿Ciclope o Titán?, por</i> ALFREDO JOCELYN-HOLT LETELIER	13
<i>Nota a la presente edición</i>	36
LA LITERATURA HISTÓRICA CHILENA Y EL CONCEPTO ACTUAL DE LA HISTORIA	37
<i>Prólogo</i>	39
CAPÍTULO I	
La vocación histórica del genio chileno	41
CAPÍTULO II	
La decadencia	55
CAPÍTULO III	
El nuevo concepto de la historia	87
CAPÍTULO IV	
Exigencias intelectuales de la historia central	111

CAPÍTULO V	
Las diversas fases de la verdad histórica	135
CAPÍTULO VI	
Los escollos del historiador	155
CAPÍTULO VII	
Reflexiones sobre algunas normas de la historiografía	185
Anexo	209
La raza en la historia	211
Notas	231
Introducción	233
De la intuición en la historia	233
De la confusión de los oficios de historiador y de investigador	235
De la personalidad en el historiador	236
De la imaginación en la historia	237
De la pesadez y de la muerte de la literatura histórica chilena	239
La historia y el alma del pasado	243
Apéndice	247
Prólogo a la primera edición de <i>Historia de Chile</i> <i>desde la prehistoria hasta 1891</i>	249
Prólogo a la segunda edición de <i>Historia de Chile</i> <i>desde la prehistoria hasta 1891</i>	261
Prólogo al tomo XIX de <i>Historia de Chile</i> <i>desde la prehistoria hasta 1891</i>	269
<i>Bibliografía selectiva de y sobre Francisco A. Encina</i>	285



FRANCISCO A. ENCINA
(1874-1965)

Premio Nacional de Literatura 1955

Francisco Antonio Encina Armanet nació en Talca, el 10 de septiembre de 1874. Miembro de una emprendedora familia de hacendados de la zona, se educó en el Liceo de Talca, en ese entonces regentado por Adolfo Armanet, tío materno quien habría de ser influyente en su educación. Suele mencionarse también como temprana orientadora de sus inquietudes a una hermana de Antonio Varas. Estudió posteriormente derecho en la Universidad de Chile, recibiendo de abogado en 1896. Según Encina, en su paso por la Universidad recibió estímulos intelectuales de parte de

los hermanos Lagarrigue y Valentín Letelier, figuras claves del positivismo chileno.

Presentado por el Partido Nacional, fue diputado por Linares, Parral y Loncomilla en dos legislaturas consecutivas, entre 1906 y 1912, no volviendo a ejercer cargo político alguno posterior. En repetidas ocasiones se le habrían ofrecido carteras en los gobiernos parlamentarios, específicamente Hacienda, Justicia e Instrucción, ninguna de las cuales aceptó sin embargo. El tema que más acaparó su atención como político en la Cámara fue el financiero, en especial lo relacionado con la conversión monetaria, manteniendo una postura intermedia entre papeleros y oreros, aunque más cargada a estos últimos.

En 1912 publicó dos obras, *Nuestra inferioridad económica*, recopilación de una serie de conferencias de extensión dictadas el año anterior, y *La educación económica y el liceo*, ambos textos vinculados con el Congreso Pedagógico de 1912, hito importante de la renovación educacional.

Posteriormente intentó fomentar una nueva agrupación política, la Unión Nacional, que luego pasaría a llamarse Partido Nacionalista en 1914, junto con Guillermo Subercaseaux, Alberto Edwards, Luis Galdames y otras figuras decepcionadas con los partidos entonces existentes. Dicha agrupación aspiraba a erradicar la cuestión religiosa de la política, robustecer al Poder Ejecutivo, crear un Banco Central, proteger a la industria nacional, favorecer a nacionales en desmedro de capitales foráneos, imponer el patrón oro, estimular el comercio, establecer la enseñanza primaria obligatoria y estimular la protección de las clases trabajadoras. No obteniendo representación parlamentaria, el partido dejó de existir en 1920.

Durante los siguientes años se apartó de la actividad pública concentrándose en asuntos empresariales personales, ámbito en que sería muy exitoso. Influyó también en su largo silencio la muerte repentina de uno de sus hijos en 1927.

Retornó a la tribuna pública con la publicación de su *Portales. Introducción a la historia de la época de Diego Portales (1830-1891)*, dos tomos, en 1934. Al año siguiente fue admitido a la Academia de la Historia en cuyo discurso de incorporación se pronunció sobre temas relativos a la historia y la historiografía, antecedente de *La*

literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia publicado en 1935.

Le seguirían los veinte volúmenes de su *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891* que fueron apareciendo entre 1940 y 1952, ejemplares que —como dijera Alone— los compradores “piden, pagan y se llevan no bien salen”. Su último *tour de force* fue *Bolívar y la independencia de la América española*, obra en ocho volúmenes, publicada entre 1954 y el año de su muerte.

Desdeñó al menos dos honores que se le ofrecieron ya en el apogeo de su fama: como miembro académico de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, y miembro también de la Academia Chilena de la Lengua. Ya antes en 1919 se le había ofrecido una cátedra de Leyes en la Universidad de Chile que también declinó. Aceptó en cambio el Premio Nacional de Literatura otorgado en 1955.

Durante toda su vida se dedicó al campo, administrando propiedades en la zona del Maule, Quilpolemo (Ñuble), Cachapoal, y en sus últimos años en La Serena. Hasta bien avanzada edad dirigía desde muy temprano las faenas y recorría sus tierras a caballo. Murió en Santiago el 23 de agosto de 1965, el mismo día que fuera publicado el último volumen de su *Bolívar*.

A.J-H.L.

PRÓLOGO

ENCINA, ¿CÍCLOPE O TITÁN?

“‘Nadie’ me mata con engaño, no con fuerza... mas esperaba yo que llegase un varón de gran estatura, gallardo, de mucha fuerza; y es un hombre pequeño, despreciable y menguado quien me cegó el ojo...”.

Polifemo en *La Odisea*

“La obscuridad no está en el pasado sino en los ojos que lo miran”.

F. A. Encina

I

De atenernos a cierta imagen que se ha ido imponiendo, Encina es el más mitológico de nuestros historiadores. Conviven en él tan diversas facetas, tan contradictorias a la vez que fantasiosas e iluminadoras, raras en un historiador chileno, que admiradores y detractores —y, quién lo duda, Encina posee ambos y en mayúsculas proporciones— han ido transformando al personaje en una suerte de hidra monstruosa, único en su especie.

Niño y adolescente prodigio que alcanzó una vitalidad singularísima en plena ancianidad, crítico reformista aun cuando un fracaso como político. Impacto editorial como ningún otro a pesar de ser, lo

dicen algunos, un simulador, un grosero plagiador. Patrón de fundo cuando no simplemente huaso. Escritor prolífico, autor de una obra maciza aunque impudorosamente atrabiliaria. Conservador, racista, nacionalista, aristocratizante, en fin, Encina proporciona una fuente inagotable de aristas y virtudes que invitan a su satanización o elogio desmesurado. Si Vicuña Mackenna —el único de nuestros historiadores con quien comparte cierta estatura mitológica— es lo más cercano que tenemos a un Prometeo por su espíritu expansivo y fabulador, en Encina en cambio hay suficientes motivos como para volverlo un Atlas, o bien un Centauro o un Cíclope enceguedido, dependiendo de si se le admira o se le aborrece.

Quien dio más pábulo para que cundiera esta imagen fue el mismo Encina. Su egolatría no conoció límites. Diría de sí mismo: que era más avanzado que sus compañeros de escuela, que los principales historiadores que le precedieron eran todos faltos de imaginación, que sus inteligencias no estaban a la altura de los desafíos que encaraban, que Heródoto escribió lo que escribió porque disponía de un cerebro primitivo, que Kant padecía de "candidez psicológica", que en el Liceo de Talca siendo un poco más que un niño él ya había anticipado lo que confirmaría posteriormente leyendo a Comte, y así sucesivamente. Con todo, al margen de su enervante pedantería y fatuidad, Encina es un hombre inteligentísimo. Tiene mucha razón Feliú Cruz: "Suele haber más pensamiento auténtico en una página de Encina que en un volumen entero de nuestras mejores historias". Y es que es difícil encontrar un historiador chileno más reflexivo, más dispuesto a pensar y repensar la historia y no sólo contentarse con investigarla y escribirla. El presente tomo que aquí se reedita es el mejor ejemplo de esta inquietud que en la última etapa de su vida, la de historiador, se volvió recurrente.

En realidad, su vocación como historiador despertó tardíamente. Desde muy joven leyó historia —los clásicos griegos y romanos, Ranke, Mommsen, Renan, Cantú, Thiers, Macaulay, Guizot, etc— pero sus inclinaciones iniciales irían por otros derroteros: filosofía, biología, física, química, matemáticas, sicología. De hecho, su primer libro propiamente histórico, la *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891* lo comenzó a escribir cuando ya tenía 61 años. Antes de eso incursionó en materias económicas y educacionales destacándo-

se sus ensayos respectivos por lo incisivamente críticos y provocadores. Incluso el *Portales* es ante todo un libro de un pensador que, si bien incursiona en el pasado como referente temático, no hace historia estricta, no al menos la del tipo archivesco o monográfico. De entender a Encina, por tanto, hay que entroncarlo con la clásica tradición decimonónica hispanoamericana, la de los publicistas como Sarmiento, Hostos, Martí, Rodó, entre otros, en que la reflexión está centrada en el qué somos como pueblo, qué es lo que nos diferencia de otros, cuáles son nuestras raíces. En otras palabras, sólo con el tiempo, el cual dicho sea de paso siempre estuvo a su favor—viviría hasta casi cumplir los 91 años— Encina devino en historiador.

Aun entonces el pensador no quedó desplazado. Encina sumó a su inteligencia reflexiva una fina sensibilidad por la historia profunda, de ahí que sus libros tardíos se caractericen por indagar y comprender lo que está detrás del dato, del evento, la secuencia subterránea silenciosa que condiciona la trayectoria histórica, sin que por ello desdeñe los aspectos epidérmicos.

Así y todo no fue un teórico. Hay en Encina siempre un trasfondo filosófico aun cuando repudia las mentes preñadas de abstracciones. Critica fuertemente a los que militan en escuelas. Es además filosóficamente hablando un ecléctico. Fue claramente influido por Leibniz y el positivismo. Del primero tomó la idea de los ritmos históricos y el afán por desentrañar las unidades o "mónadas" que configuran una cosmogonía en permanente transformación creativa. Del positivismo asumió la noción de los estadios históricos y la visión progresista y lineal de la historia. Sin embargo, no admite ser calificado como positivista; rechazó siempre la idea de que leyes históricas rigieran el curso del tiempo y consiguientemente que se pudieran predecir los comportamientos futuros.

Su orientación política-filosófica es igualmente miscelánea. Fue un conservador, aunque no tradicionalista; sostuvo insistentemente que el pasado español, específicamente el castellano-vasco, constituye la matriz de nuestra identidad. Y claramente se aparta de la escuela historiográfica liberal decimonónica al reivindicar la Colonia. Sin embargo, en materias económicas mantuvo posturas manchesterianas y su apuesta a favor de la educación como mecanismo de mejora social es liberal. No obstante lo anterior nunca fue un

utilitarista y no hay atisbo de pensamiento democrático o populista en su obra. Encarnó toda su vida una actitud autoritaria de vieja cepa, propia del mundo rural señorial —el cual nunca dejó de ser el eje central de su vida, sus empresas y fortuna personal—, es decir, fue paternalista y jerárquico, en definitiva, patronal.

Encina es claramente un hombre de derechas, pero este aspecto, al igual que todos los demás, admite matices. Es presidencialista porque es autoritario y no porque haya sido especialmente antioligárquico; de sus libros se desprende un juicio generalmente positivo de la elite dirigente tradicional. En ese sentido, se distancia del discurso antifrondista de su amigo y alguna vez asociado político, Alberto Edwards, aun cuando comparte con él su postura anti-partidos. Evidentemente no es un tradicionalista; se adscribe al progresismo laico y es un agnóstico. En el *Portales* declara incluso que “lo ya muerto no renace en la historia”. Tanto por familia como por elección personal, Encina está ligado a la corriente montt-varista en su vertiente tardía. Es decir, sigue la línea presidencial autoritaria aunque se aleja del prejuicio estatizante rígido. No comparte el dirigismo burocrático de corte monttino y aunque sumamente crítico del parlamentarismo, funcionó bastante bien dentro de sus parámetros institucionales antes de apartarse de la actividad política; de ahí su admiración por la flexibilidad política de Antonio Varas.

Encina es también nacionalista. Se advierte en sus escritos, desde luego, la vieja idea de nación, la que visualiza a ésta como unidad política integradora, capaz de trascender intereses sectoriales. Pero también está presente en su obra la variante más nueva, el nacionalismo de corte antiimperialista —celoso de la riqueza y del desarrollo del país— como también la veta nacionalista de tipo cultural: lo nacional como eje central de una renovación purista a partir de constantes históricas impolutas.

Si del resumen anterior resulta una línea doctrinaria un tanto contradictoria en diversos puntos, habría que adjudicárselo, por cierto, a su eclecticismo, pero también a un aspecto crucial en Encina, a su insistente afán por diferenciarse de los demás, sostener una postura auténticamente personal, no querer dejarse llevar por modas o posiciones repetidas. Ello a costa de parecer idiosincrático u ocasionalmente mezquino, lo que es especialmente evidente en el campo historiográfico. Fue ferozmente poco generoso con la tradi-

ción liberal —Barros Arana, Amunátegui y Vicuña Mackenna—, en menor medida lo fue con la historiografía conservadora-liberal —Sotomayor Valdés—, y curiosamente también, lo que es particularmente desconcertante, con Edwards, autor quien lo precedió en muchos de sus aciertos, según Encina porque se trataría de sugerencias originales suyas de las que Edwards luego se apropió. A todos ellos les debía buena parte de lo que pensaba y de lo que requería para hacer su trabajo, pero sin reconocerlo; renegó siempre de toda posible deuda intelectual con su medio. Una de las tantas peculiaridades antojadizas que lo hacen antipático aunque, repitámoslo: personal e imposible de encasillar y en exceso avaro, como si la única manera de erigirse en el pedestal implicara tener que derribar a los que, a pesar de todo el esfuerzo empeñado, igual han terminado por compartir el panteón.

II

Cabe preguntarse, por lo mismo, si Encina merece estar en la misma galería de notables o habría que confinarlo a alguna cueva siniestra donde ocultarlo. Dudoso lo último. Desde luego, porque es indementible que una y otra vez Encina rehúsa desaparecer. De ahí que la imagen del Encina Cíclope es tan injusta como el más injusto de los juicios que el Encina historiador prodigara a sus iguales. Dudoso también, porque hay mucho que él no comparte con sus iguales sin que por ello se vuelva monstruoso. Titánico tal vez pero no monstruoso.

Por de pronto, su extraordinario impacto en un Chile ilustrado, voraz por querer saber y comprender su historia. Que el impacto de Encina ha sido aplastador, o mejor dicho, sepultador —el calificativo se lo debo a Feliú Cruz— lo confirman las cifras. Su primer editor, Carlos George Nascimento, imprimió cerca de 200.000 ejemplares de su *Historia de Chile* entre 1940 y 1952, y eso que dicha obra suma veinte tomos; es decir, estamos hablando de un total de 11.000 páginas. Como si esto no fuera de por sí espectacular, la misma *Historia* volvería a reeditarse en la década de los 80 a modo de fascículos que acompañarían al semanario *Ercilla* en una cantidad promedio de 172.759 ejemplares con una venta media de 158.417

por cada uno de los 37 tomos impresos, como lo ha señalado Bernardo Subercaseaux. Cabe destacar que este mismo libro fue además compendiado en un *Resumen* por Leopoldo Castedo, texto que también ha tenido éxito de ventas. Escasos autores han alcanzado tiradas de esta magnitud en Chile.

Que las ediciones originales de este texto al igual que los otros libros de Encina fueran leídas, elogiadas y apasionadamente discutidas es bien sabido. Coincidió, además, la aparición de sus escritos históricos, a partir de 1935 en adelante hasta 1965, fecha de su muerte y de la publicación del último de los ocho volúmenes del *Bolívar*, con un momento que se fue volviendo propicio para un auténtico renacer cultural. Período que fue recuperando lentamente la tranquilidad después de las fuertes convulsiones políticas y económicas que se prolongaron por dos décadas, los años 20 y 30; que contó siempre con una prensa periódica culta, casas editoriales de punta, universidades autónomas, en suma, una institucionalidad sólida y plural, que incluso para estándares de hoy aparece imponente, no igualada en los últimos treinta años.

Incidió este contexto como también ciertos méritos incuestionables de su autor. Desde luego, su facilidad para llegar a un público lector ilustrado, derivada en parte de su capacidad narrativa y su evidente talento histórico literario en que se conjugan la crónica, el *tableaux*, los datos cuantificables, los perfiles psicológicos y el comentario discursivo. El haber intentado hacer una síntesis del conocimiento histórico a la fecha le dio cierta ventaja frente a textos como los de Barros Arana y otros; profirió de la enorme tarea de recopilación que se hizo a partir de 1906 por eruditos como Medina y Matta Vial, lo cual le aseguró un mayor acopio de información a la vez que le confirió una cierta frescura original a su tarea de divulgación en círculos historiográficos. Más aún, el que Encina fuera un autor sugerente, a menudo lúcido y siempre reflexivo —lo que decíamos al comienzo— calzó con una manera analítica de pensar que fue ganando terreno hacia los años 50 y 60, aun cuando los contenidos y posturas encinianas estaban muy lejos, por supuesto, de ser aceptados por las recién emergentes ciencias sociales de ese entonces. Basta apreciar, por ejemplo, un texto seminal, *Chile, un caso de desarrollo frustrado* (1958) en que su autor, Aníbal Pinto, recurre una y otra vez a Encina en calidad de autoridad, como para darse cuenta

que éste o llenó un vacío o bien sintonizaba con más de alguno de los temas o perspectivas que fueron surgiendo desde la década de los 50.

De haber una explicación profunda de por qué Encina impactó en su momento, pienso que la clave reside precisamente en su capacidad para calzar con el momento que se vivía. Ahora bien, lo extraordinario es que Encina haya congeniado con su tiempo en los últimos treinta años de su vida, cuando tenía entre 60 y 90 años, y eso que durante este período no ejerció cargo público alguno, vivió retirado en el campo, e incluso se dice que dejó de leer diarios y llevar una vida social activa. Esta congruencia con su tiempo no hay que exagerarla en todo caso. Ya veremos que en múltiples otros aspectos Encina —en gran medida porque es un hombre muy del siglo XIX que por su longevidad logra adentrarse bien avanzado el XX— fue también anacrónico. Así y todo, hay elementos que lo ubican armónicamente en el momento que le tocó vivir.

El eclecticismismo, al cual nos referimos anteriormente, es uno de estos aspectos. Eclecticismismo especialmente predominante a fines de los años 20 y comienzos de los 30, particularmente aquél que congenia un lenguaje vanguardista, modernista para ser exacto, con miradas a menudo *retro*. Donde mejor lo apreciamos es en la dimensión plástica. Estoy pensando, por ejemplo, en trayectorias arquitectónicas como las de Josué Smith Solar (1867-1938) y más tarde la de Luciano Kulczewski (1896-1972), ambos contemporáneos de Encina. Si me perdonan el símil, en la obra de los tres —Encina incluido— pareciera que estuviéramos *ad portas* de un cambio hacia lo nuevo, que anuncian y que incluso anticipan; sin que por ello quieran o puedan desprenderse de cierto pasado idealizado, una suerte de medievo fantasioso que sólo superficialmente desmiente el legado ilustrado, el cual igual sigue ahí semiescondido. Evidentemente, los arquitectos tenían clientes a quienes había que satisfacer a la vez que se trataba de creadores que no siempre estaban dispuestos a negar su personalidad. Algo similar ocurre con la obra de Encina. Hay todo un público lector y cliente ahí afuera, de por sí ecléctico en sus preferencias y al que hay que llegar, pero al que no por ello se está dispuesto a sacrificar el sello propio. De ahí que a veces resulte un estilo enciniano, si es que se puede hablar en estos términos, que puede parecer un engendro aberrante si nos ponemos excesivamen-

te puristas —esto es, conservador pero liberal, racista pero progresista, castellano-vasco pero manchesteriano—, aunque éste exprese y baraje, no sin cierta elegancia, las contradicciones y prejuicios estéticos y políticos del entorno social de la época.

Porque a la par con esta veta historicista ecléctica hay también una dimensión totalizante en la obra de Encina que es estrictamente modernista. Su mejor expresión es la escala monumental a la que aspira. Nuevamente el simil arquitectónico resulta iluminador. La obra de Encina produce el mismo impacto visual que ese otro hito de los años 30, el Barrio Cívico, el mismo efecto masivo, pesado, presuntuosamente antisísmico. Comparte con el modernismo, también, ese prurito por ser ornamentalmente limpio, un poco tosco, nunca barroco o sentimental. Algo parecido a lo que Jeffrey Herf llama “modernismo reaccionario”, el estilo monumental que uno asocia con el fascismo italiano, el nacionalsocialismo alemán y el socialrealismo soviético. Por muy decimonónico que haya sido Encina, ni su escala, ni su estilo lo son.

Insisto, si se le quiere entender, a Encina hay que situarlo en los años 30, época en que se propuso hacer lo que desde un comienzo se perfiló como una obra histórica de cierta envergadura y largo aliento, propósito ambicioso que está esbozado por primera vez en el texto aquí reeditado, publicado en 1935. Se respira en este texto y en los que siguen ese mismo anhelo de regeneración que recorre el ambiente intelectualmente agitado en Chile. Un deseo por querer purificar a la vez que encontrar parámetros de continuidad en un mundo que comienza a colapsar, o bien, que revela ya su colapso, como si hubiera antecedido una gran tormenta y había que volver a encontrar nuevamente la brújula.

Este espíritu de renovación databa ya de muchos años. Se remonta a cuando irrumpe en Chile la llamada “cuestión social” en el siglo XIX, a cuando se hacen patente los efectos de la urbanización y va cundiendo una creciente inseguridad, un país que ante la modernización cada vez más acelerada comienza a dudar de sí mismo no pudiendo recuperar la antigua confianza, temática que quedará plasmada en la literatura de crisis que culmina en el Centenario, y a la cual el Encina joven contribuye honrosamente. Sensación de crisis que se volvería incluso tanto más real desde que los trastornos de orden mundial, desde la guerra del 14 y el período de entreguerras,

comienzan a producir coletazos en Chile que marcarán la trayectoria posterior: cierre de mercados, el fin del salitre, depresión económica, el surgimiento de nuevas demandas y nuevos grupos sociales, esta vez con poder real, capaz de revolucionar estructuras hasta entonces incólumes y, por último, la necesidad de encontrar nuevas fórmulas doctrinarias para darle sentido a lo que apenas se comprende.

Que a partir del año 20 y buena parte de la década de los 30, Chile estaba pasando por uno de sus momentos más convulsionados es por todos conocido. Alessandri apenas había llegado a La Moneda de la mano del populismo más desatado a la fecha, cuando vendría a ser derrocado por viejas y nuevas fuerzas políticas, abriendo una avenida que ni él, esta vez renegando de sí mismo y más a la derecha del espectro, pudo encauzar hacia fines de su segundo mandato en 1938. En el entretanto, tuvimos golpes militares, dictadura, intentos de restituir el viejo parlamentarismo muribundo, efímeras repúblicas socialistas, todos los cuales sin embargo fracasaron rotundamente a la hora de intentar consolidar una mínima institucionalidad posible. Ésta es la época en que Vicente Huidobro hace "balances patrióticos" implorando el advenimiento de un superhombre mesiánico que restituyera el orden, en que brigadas paramilitares de izquierda y de derechas marchan teatralmente por las calles de Santiago, en que nuevamente en la presidencia, Alessandri decide armar a los civiles a modo de neutralizar a los militares, en fin, cuando pequeños propietarios campesinos se sublevan y son masacrados en el Biobío adentro, y otro tanto ocurre con *nacistas* justo al frente de La Moneda.

Éste es el momento en que Encina después de un largo silencio, como ha dicho Alone, silencio que databa de 1912, decide volver a escribir, esta vez de historia. Se cambió posteriormente, previa revisión de lo que se ha hecho en el campo historiográfico, en un proyecto total que retratará la trayectoria del país desde su prehistoria hasta fines del siglo XIX, obra que sólo terminará en 1952. Y todo esto, curiosamente, en una especie de exilio interno autoinferido, rural, apartado del ámbito público, como queriendo distanciarse lo más posible de la agitación que venía de los años 20 y que, no obstante el frágil equilibrio de las décadas de los 40 y 50, volvería a reventar hacia mediados de los años 60. Porque la respuesta de

Encina a este trasfondo convulsionado del nuevo siglo no es otra que asentarse en la historia historiable, la que según él termina en las postrimerías del XIX, en la época de Balmaceda.

¿Por qué Encina no se refirió a lo que vino después del '91? Según Feliú y Castedo, Encina contempló la posibilidad de hacer una historia de la República Parlamentaria, pero al final se desistió. De acuerdo a Feliú citando a Encina, porque el surgimiento de la clase media, bárbara y maleada por el dinero, le resultaba un tanto decadente como tema, juicio que —según Castedo— Encina nunca sostuvo. Tiendo a pensar, sin embargo, que lo implícito en la cita de Feliú apunta a algo cierto. Encina, como queda claro en *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia* siente un fuerte desengaño y antipatía con las dos líneas ortodoxas decimonónicas, el liberalismo de escuela y el positivismo historizante, que pavimentarían el camino a la nueva sociedad de masas. Ésas son las dos fuerzas ante las cuales se preparó para combatir. Historiar el siglo XX implicaba, sin embargo, otros blancos —el socialismo, el marxismo, el capitalismo de Estado— teorías de y para las masas, ante las cuales no tenía respuesta alguna; no estaba capacitado para enfrentarlos intelectualmente.

Es por ello que decíamos anteriormente que Encina fue un tanto anacrónico, sin perjuicio de que su éxito se debe a que su obra sobre Chile tiene un fuerte apego a la época en que la esbozó y comenzó a redactar, los años 30. Encina, por lo mismo que demoró su redacción hasta los años 50, pareciera haberla escrito dándole la espalda a su propio tiempo histórico. Su obra se lee como si no hubiera habido ni la revolución bolchevique, ni la Gran Depresión, ni la primera o la segunda guerras mundiales, ni el fascismo o el nazismo ni sus derrotas, para qué decir la bomba atómica, la reconstrucción de Europa, la Guerra Fría, en resumen, la historia del siglo XX.

Es tal la contextualización de Encina con los años 30 que hasta cierto punto se podría decir que se congela en esta época y por consiguiente en los referentes a lo más decimonónicos que entonces se barajaban en Chile, los únicos para los cuales él creía tener suficiente perspectiva histórica, lo que igual lo vuelve un tanto anacrónico. Es como si su mundo no hubiera cruzado más allá del umbral de los años 30, debiendo volver atrás e historiar. Su armazón

intelectual, ya lo veremos, tampoco pareciera haber recibido efecto alguno después de esa década pivote, tanto en lo teórico como en relación a lo que estaba ocurriendo en el mundo desde este momento hasta su muerte a mediados de los 60. Y eso que no tendría por qué haber sido así. Pensemos por ejemplo en Winston Churchill, con quien comparte exactamente los mismos años de nacimiento y muerte, amén de que ambos, valga la anécdota, recibieron premios literarios —uno el Nobel, el otro el Premio Nacional de Literatura chileno— por obras historiográficas; es que la diferencia estriba en que Churchill nunca se apartó del ámbito público y Encina sí, aunque no dejó nunca de estar activo en otros asuntos.

Ahora bien, quizá no habría que ser tan duro con Encina en este punto. Si en Chile en este siglo hay un período histórico forjador, éste ha sido la década de los 30. Pensemos hasta qué grado las nuevas corrientes político-doctrinarias —el marxismo, el socialismo, la social democracia y el social cristianismo— se prolongan anacrónicamente hasta nuestros días; otro tanto se podría decir del papel de los militares en la política chilena. Si Encina es anacrónico, ¿por qué no habrían de serlo también los protagonistas históricos más conspicuos de los últimos cincuenta años? Lo que se dice anacrónico de Encina respecto a los años 30 y sus referentes de fin del siglo XIX, bien podría decirse de nuestros contemporáneos de los años 60 y 70 y sus referentes teóricos de los años 30. En efecto, los años 30 operan como bisagra, en un caso mirando hacia atrás y en el otro mirando hacia adelante, pero igual, actuando como imán inmóvil. De modo que vuelvo a repetir: el Encina Cíclope, miope o enceguecido, no es del todo convincente a menos que extendamos la tipificación a muchos otros.

III

¿Y su propuesta histórica? ¿Qué tan vigente sigue siendo? La pregunta es válida, tanto más cuando estamos reproduciendo uno de sus más polémicos estudios, el que lo marginara de una supuesta historia oficial de la historiografía. El mismo texto, sin embargo, donde mejor explicita sus parámetros conceptuales que le permitirían enfrentar el desafío individual, posiblemente el más ambicioso de la historio-

grafía nacional hasta nuestros días, y el cual redundaría en un impacto que todavía impresiona por su atracción magnética.

Desde un punto de vista histórico intelectual, es decir, si nos atenemos estrictamente al andamiaje teórico y conceptual que emplea, Encina —hay que reconocerlo— es un fósil. Los dos grandes paradigmas que maneja, el liberalismo y el positivismo, estaban suficientemente desgastados hacia la época que formula su propuesta. Es cierto que él mismo en cuanto los critica, contribuye a su descrédito, pero como su obsesión es ante todo refutarlos, no logrando por tanto escaparse de sus respectivas órbitas y no pudiendo ofrecer otra alternativa que no fuera más allá de una mera respuesta personal idiosincrática, su contribución en este sentido es limitada. No permite seguir avanzando. Critica pero no renueva; a lo más pone en entredicho. No ofrece ningún sustituto, medianamente aceptable, a estas dos corrientes. Para que ello hubiera ocurrido tendría que haber abrazado algunas de las nuevas corrientes doctrinarias, el marxismo por ejemplo, cuestión que como ya hemos visto era incompatible con su carácter —aborrece las escuelas y es de derechas, no teniendo éstas además paradigmas intelectuales propios—. Más aún, ello lo hubiera obligado a hacerse cargo de un mundo que comenzaba a tomar una dinámica cada vez más alejada del siglo XIX, tarea, que como también hemos visto, le resultaba antipática. Su historia es una historia que se escribe al margen de la trayectoria de su tiempo, con el aparataje conceptual disponible al momento que decide asumir y comenzar su escritura, independientemente de que su producción fuese tardía y haya quizá demorado demasiado en ella.

Que podría haber echado mano de nuevas perspectivas es posible. La escuela mexicana después del exilio español —Vasconcelos, Gaos— ofrecía una salida en algunos puntos coincidentes por lo demás con inquietudes filosóficas compartidas por Encina, entre otros: el énfasis puesto en la raza, cierta pretensión científicista y algunas influencias historicistas culturales. Cabe señalar, sin embargo, que si bien esta literatura va a comenzar a emerger en los años 40 —Dilthey, por ejemplo, fue editado en 1944— su recepción en Chile a través de las obras del Fondo de Cultura Económica data más bien de la década de los 50 en adelante, y todavía entonces de manera tenue y cuando ya su *Historia de Chile* estaba terminada.

No podemos dejar pasar, además, el hecho condicionante de que

el mundo intelectual chileno, entero, estaba parcialmente desfasado. Encina no es una excepción. Dudo que alguien, entre los historiadores al menos, haya manejado un universo conceptual más fino que el único que por entonces estaba en boga entre nosotros, es decir, los parámetros intelectuales liberal-positivistas que provenían de la época de Barros Arana y Valentín Letelier. De ahí los Domingo Amunátegui, Ricardo Donoso, Guillermo Feliú Cruz, Eugenio Pereira Salas, y las revistas asociadas al mundo académico, ciertamente ninguno de ellos más original o sofisticado que Encina y definitivamente menos autoconscientes y versados filosóficamente.

Es cierto que el ámbito estrictamente filosófico comienza a profesionalizarse, antes incluso que el historiográfico, por esta época y por ahí quizás podría haberse beneficiado. Pensemos en el caso de Enrique Molina (1871-1964), por ejemplo, con quien Encina guarda cierto paralelo. Ambos son de la misma generación, muestran interés por el tema educacional si bien no están de acuerdo, comparten lecturas y manifiestan una similar ambigüedad hacia el positivismo, aunque Molina fue más cercano a éste. Donde sí hay absoluta simetría es en el hecho de que ambos forman parte de un amplio movimiento filosófico latinoamericano que se aparta del positivismo, se desencanta con la política y con su creciente defensa de valores materialistas, y tiende hacia una mirada más metafísica y espiritual. Con todo, el ámbito filosófico, Molina incluido, no ofrecería una filosofía auténticamente original ni fuertes adhesiones a una escuela especial. Es decir, en lo que a la dimensión pensante de Encina se trata, una vez más, vemos que él es de su época, y no tan distinto a figuras intelectuales contemporáneas prominentes, en su incapacidad de ofrecer una alternativa a los paradigmas que ayuda a sepultar. Digo sepultar pero no "terminar" porque el positivismo, al menos en historia, continúa anacrónicamente hasta nuestros días como práctica erudita y exegética, parasitaria del documento, a pesar de haber muerto hace ya mucho como filosofía histórica.

Pero volvamos a esto de que Encina es un fósil. La apreciación puede parecer un tanto tajante y extrema, pero ¿qué otro efecto producen, a menudo, los escritos de Encina sino el de cierta petrificación fragmentaria que sobrevive anacrónicamente?

Los alcances seudocientificistas, sicologistas y para qué decir racistas, en los que hace tanto hincapié, son simplemente insosteni-

bles. Obviamente los pueblos no pueden equipararse a las razas caballares y la proporcionalidad de tal o cual sangre, ¿qué tanto nos puede decir acerca de las constantes históricas de un pueblo? En descargo, se podría defender a Encina señalando que no es el único que alude a la raza como factor determinante. En Chile, al menos, fuera de Nicolás Palacios, tenemos a Alberto Cabero, Miguel Serrano, y, en cierto sentido también, a Benjamín Subercaseaux y Jaime Eyzaguirre; y hoy en día ha vuelto a resurgir el tema de lo étnico, de modo que quién sabe. Hasta en este punto, el más arcaizante y nebuloso de todos, Encina apela a cierto chovinismo que tuvo por lo demás gran acogida, si bien de triste recuerdo, por la época que escribe. Con todo, es bien sabido que ni los etnólogos, antropólogos o sociólogos aceptan la existencia de razas "puras". La noción que encontramos en Encina, como siempre en este tema, es por tanto vaga y confusa, y lamentablemente lo vuelve un poco charlatán.

Igualmente difícil de aceptar hoy en día resulta su vitalismo orgánico, de corte historicista romántico, el suponer que el sujeto histórico por excelencia es una comunidad cultural cuya vitalidad en última instancia no puede ser explicada aunque sí sentida, y que se trataría de un organismo vivo que responde a un diseño físico natural preestablecido más que histórico en un sentido racional convencional. Esta postura es peligrosa para un historiador. Desde luego, porque pone en duda su propia disciplina. De sostenerse esta visión ontológica, a la larga la historia pasa a ser una manera de sumergirse en la vitalidad que se quiere recuperar o defender, pero al no poder explicitarse racionalmente en qué consiste dicha vitalidad se suele derivar, en el mejor de los casos, en literatura y, en el peor, en esoterismo. A Encina a veces lo vemos haciendo lo último. Con todo, uno no puede sino detenerse y quedarse pensativo ante una aseveración lúcida como la suya de que son los pueblos en última instancia, y no los historiadores, los que hacen su historia.

También resulta extravagante su trasfondo nacionalista. Rasgar vestiduras a fin de sostener la idea de que Chile constituye una excepcionalidad no es más que una mistificación. La literatura histórica actual ha sido bastante persuasiva en desvirtuar esta pretendida singularidad nuestra. Claro que nuevamente en descargo de Encina bien puede decirse que son ya tantos y tan variados los que creen ver un "alma" chilena en perpetuo tránsito por este mundo

—Miguel Serrano, Eduardo Frei Montalva, el Cardenal Silva Henríquez, el reciente gobierno militar, por sólo mencionar a algunos— que ya apenas se les hace caso y el nacionalismo telúrico no pasa de ser una más de nuestras curiosidades excéntricas.

El aspecto quizás más anacrónico de la obra de Encina, hoy en día, dice relación con su bagaje teórico. Sin al menos Dilthey, Marx o Freud, su contribución aparece insuficiente, coja, desfasada. Su antropología, por falta de respaldo teórico, es demasiado débil y eso que uno tiene la impresión que precisamente hacia esa disciplina se encaminaba. El que le haya dado un tanto la espalda a la dimensión material en su obra histórica, y eso que el Encina joven hizo importantes contribuciones al respecto, he ahí *Nuestra inferioridad económica*, lo que es parcialmente entendible por cuanto pretende subrayar los aspectos más espirituales, dificulta nuestra actual lectura. Estamos demasiado condicionados por la escuela estructuralista de los *Annales* que comienza en los años 30 y llega a su máximo apogeo en los 50, como para no echar de menos más análisis socioeconómicos y en los términos generales que dicha escuela propone, es decir, sujetos económicos y sociales variados y claves, hasta entonces desatendidos.

Otro tanto ocurre con la bibliografía en la que se basa. Ésta corresponde a una época ya muy distante. Muchos de los autores que cita o en quienes se apoya —Leibniz, Pascal, Goethe, Nietzsche, Macaulay, de Tocqueville, Mommsen, Burckhardt, Darwin, Proust— son clásicos irreprochables. Algunos como Comte, Renan, Carlyle, Schopenhauer, Spengler, Bergson, Spencer, Lord Acton, los hermanos Goncourt, Sainte Beuve, Teophile Gautier, Taine, Thiers, Le Bon, List, son autores a los que cada vez más se les relee aunque para efectos de entender el siglo XIX y los comienzos del XX. Incluso un escritor como Lytton Strachey, mencionado por Encina, es sorprendentemente actual. Así y todo, son demasiadas las citas de autoridades que poco o nada nos dicen, cualquiera que haya sido su mérito original: Fouillée, Below, Ribot, Chabas, Brantôme, Luisa Ackermann, Gobineau, Vacher de Lapouge, Buckle, Latzarus, Tarde... Debido a este otro tipo de referencias ocurre a veces que es un tanto difícil entablar un diálogo fructífero con Encina.

Y eso que hay mucho en Encina que nos incita a discutir. Ésa es una de sus principales cualidades. Pero insisto, el aparataje teórico

arcaizante, las vaguedades nebulosas —para nosotros y en su momento también—, y el desfase que tiene con la época última de la cual se evadió, todo ello dificulta nuestro entendimiento e impide quizá comprenderlo y aprovecharlo mejor.

En líneas generales se podría decir que su obra es ante todo una crítica generacional a la vez que muy personal al siglo XIX, pero todavía con los marcos conceptuales de ese mismo siglo. En un apartado final en el tomo XX de su *Historia de Chile* se afirma que la concepción teórica que preside esta obra data de los años 1896-1898. De ahí que nunca pareciera haber tomado plena conciencia de que había operado una extraordinaria transformación social hacia fines del siglo pasado y comienzos del actual. Para Encina, el problema social sigue estando enmarcado dentro de los estrechos parámetros de fines de siglo acerca de la "crisis moral" del país. No es el único que piensa en estos términos hasta llegar a nuestros días; hay también mucho de ello en el social cristianismo, en el que derivó el tradicionalismo ultramontano decimonónico, que sostiene visiones de esta índole.

En ese sentido, se puede decir que la línea asumida por Encina a la par con el social cristianismo, han terminado por erigirse en las variantes más típicas del conservadurismo chileno durante este siglo y eso que no siempre se asemejan. Donde definitivamente calzan es en al menos dos puntos. Ambos comparten una visión organicista de sociedad, y ambos tienden a hacer de la historia un refugio a donde se puede escapar, una suerte de utopía nostálgica que permite desatenderse de un presente cada vez más materialista, descreído y revolucionario.

Lo curioso a la vez que paradójico es que este conservadurismo no siempre ha sido auspiciado por el grueso de la derecha chilena en este siglo. En efecto, la línea central de la derecha —al menos hasta los años 60— no ha sido escapista, no se ha sentido acorralada, ha seguido cooptando el desarrollismo, ha sido siempre modernizante, en gran medida ha sido laica cuando no tibia espiritualmente, ha persistido en una estrategia calculada, transaccional, organizada en partidos políticos, contraria a los corporativismos, en fin, ha sido —o mejor dicho fue— liberal. De ahí que resulte impreciso asociar, en algunos puntos, a Encina con esta derecha.

De igual modo, calificarlo "aristocratizante" como han pretendido

algunos, resulta antojadizo. La veta modernizante en Encina, a la cual hacemos alusión al comienzo, lo disocia de cualquier tradicionalismo doctrinario. Encina es un conservador, un historicista, de ahí su visión orgánica romántica, y también un pensador que se fue evadiendo cada vez más de su tiempo a la vez que se estancó filosóficamente. Y si bien hace de la historia un mecanismo de evasión que le proporciona una utopía nostálgica, curiosamente no deja nunca de pensar en términos evolutivos.

El punto es fino y sólo aparentemente contradictorio. Es que la evasión de Encina es hacia la historia en cuanto disciplina y no necesariamente hacia el pasado. De ahí su opción por estancarse en los años 30 y dar curso a su vocación hasta entonces adormecida como historiador. Pero no a fin de recobrar el pasado aunque sí historiarlo y mediante su ejercicio histórico descontextualizado, no seguir atendiendo a un presente al que no podía enfrentar intelectualmente. Insisto, Encina es un conservador pero no un reaccionario; por lo mismo, calificarlo como "aristocratizante" es también falso.

En suma, Encina es una pieza de museo, un eslabón perdido. Ahora bien, pienso que ha quedado claro que es por eso mismo que resulta tan curioso y a la vez vale la pena reparar en él. No sería raro que la suerte futura de Encina consistiera, y aquí me atrevo a especular, en ser cada vez más estudiado en el contexto de la historia de las ideas de este país. En realidad, para dichos propósitos él es un magnífico espécimen de fósil.

Fósil y todo, Encina sigue produciendo impacto. Esto también es peculiar. Sin ir más lejos, al menos dos proyectos de historias totales actualmente en proceso de escribirse, la *Historia del pueblo chileno* de Sergio Villalobos Rivera y la *Historia de Chile (1891-1973)* de Gonzalo Vial Correa, tienen mucho de semejanza con el modelo de megahistoria que Encina, de más está decirlo, anacrónicamente revitalizara, y, lo que sigue siendo crucial, popularizara. Es que no podemos dejar de subrayar el efecto aplastador que tuvo Encina a causa de su extraordinario éxito, "verdadero milagro editorial" se ha dicho por ahí tratando de disminuirlo. El Encina vilipendiado esconde al otro Encina, el secretamente envidiado en espera de ser entendido en su debida proporción, es decir, con sus bemoles y virtudes.

Que la antipatía que suscita Encina se debe a que se le pasó la mano al descalificar injustamente a Barros Arana, particularmente

en este texto aquí reeditado, es obvio. Pero dicha descalificación al historiador decimonónico se entiende, en parte, dentro del contexto de la época. Nada más sangriento que el ambiente polémico enrarecido de los años 30. Ésta es la misma época en que Huidobro, Neruda y De Rokha protagonizaron su "guerrilla literaria". Así y todo, había mucho de tongo, de hipérbole vitriólica en el pugilato emprendido, al igual que con Encina. Ahora bien, en verdad, las descalificaciones de este tipo a menudo estorban la lectura de un texto como *La literatura histórica chilena*, aunque también hay que reconocerlo, le añaden cartilagos, uñas y dientes al asunto, y al menos se advierten opiniones, no habiendo nada de malo en que los historiadores se jueguen apasionadamente alguna vez por sus ideas. Más aún cuando a veces, a pesar de lo atrabiliario de más, se da en el clavo. Difícil no encontrarle la razón a Encina cuando éste habla de la falta de ridículo, el culto al sentido común y el endiosamiento de la gravedad en Barros Arana.

El problema con Ricardo Donoso y últimamente Sergio Villalobos, quienes las han emprendido en contra de Encina por esto mismo, estriba en que han tomado demasiado literalmente las estocadas de Encina, y en su afán por devolverle la mano han perpetuado innecesariamente un estado en exceso agrio. Si para Encina, Barros Arana es una suerte de eunuco guardián del serrallo, Encina a su vez —para los discípulos de los discípulos de Barros Arana— se ha transformado en un Polifemo devorador de hombres que se hacen pasar por ovejas. Por consiguiente, remitirse a una diatriba de los años 30 de este siglo, la cual a su vez se retrotrae al siglo XIX, simplemente impide avanzar. Hay que verdaderamente superar a Encina, dejarlo tranquilo, asumirlo por lo que es, y no seguir perpetuando odiosidades desgastadoras más allá de lo aconsejable. Si ya Encina, en cierta medida, estancó filosóficamente a la historia al no incursionar en nuevas perspectivas teóricas, ¿para qué empantanar aún más a la disciplina convirtiéndolo en un monstruo excesivamente ubicuo?

IV

Ubicuo ya lo es por su contribución. Puesto en la balanza, Encina sale bien parado, lo cual ratifica su indudable éxito. Definitiva-

mente su mérito mayor consiste en querer pensar y repensar la historia. Encina es evidentemente el más filosófico de nuestros historiadores. Lejos más profundo que cualquiera de los liberales del siglo XIX y XX, más conceptual que Edwards, y menos doctrinario que Jaime Eyzaguirre, lo cual se le agradece. Por último, se anticipa a Mario Góngora, para quien lo filosófico importaba no poco, aun cuando pareciera que a Encina el pensar le resultaba más vital, mientras que Góngora fue más introvertido y riguroso.

La obsesión por pensar y repensar queda ampliamente en evidencia en *La literatura histórica chilena*. Ningún otro historiador chileno ha explicitado tan honestamente sus presupuestos filosófico-históricos; de hecho ningún otro historiador chileno lo ha intentado siquiera, salvo Gabriel Salazar en nuestros días. Ya esto por sí solo lo vuelve excepcional.

El que hable de un "pensamiento histórico" y no sólo de historia, revive la vieja aunque frecuentemente abortada idea de hacer una filosofía histórica en Chile. Es que para Encina el agotamiento de la historiografía como expresión del agotamiento del país hace imperativo devolverle la centralidad a la historia, volverla algo más que una disciplina técnico-instrumental; de hecho, él ayudaría a convertirla en nada menos que el principal medio para pensar políticamente este país. Cuestión que el estructuralismo de escuela, el que surge en los años 50, al querer profesionalizar la historia, ha desatendido irresponsablemente marginando a la disciplina al estrecho y, a menudo, chato mundo de la academia. Lo que ha sido de lamentar especialmente desde un punto de vista político; después de todo, Edwards y Encina han sido —querámoslo o no— nuestros pensadores políticos más influyentes durante este siglo. De ahí también que sus respectivas influencias en el mundo historiográfico hayan perdurado más de la cuenta, más de lo necesario; de haber mediado más competencia, es decir, más discusión del mismo tipo que hacen Encina y Edwards, su efecto probablemente habría sido menor. En fin, Encina las ha tenido fácil a pesar de sus anacronismos, pero en esto su inteligencia —el plantearse filosóficamente— ha sido crucial.

Donde Encina se destaca más que Edwards, el otro gran revisionista, es en haber partido de un diagnóstico historiográfico sostenido en una reflexión fuertemente filosófica. Encina en el fondo busca armonizar el historicismo con el positivismo. Ambas facetas están

presentes en su pensamiento. Sigue la línea que postula que la realidad es historia y que todo conocimiento es conocimiento histórico. A su vez, comparte el juicio que la historia revela valores trascendentales, y que existen unidades —épocas o civilizaciones— que operan como organismos globales en donde ciertos elementos íntimamente relacionados sólo existen en función de un todo que nace, vive y luego muere. Éste es el Encina historicista. Advertimos, en cambio, al Encina positivista cuando exalta la ciencia y el progreso a la vez que cree en el método científico descriptivo.

Encina trató de compatibilizarlos. De ahí que haya sido tan insistente en encontrar un término medio entre interpretación y narración, entre lo que él llama historia e investigación. Los hechos importan, pero no son todo, nos dice. Para Encina, detrás de cada hecho lo que hay son sentimientos; por tanto, no cabe emplear sólo el raciocinio. Hay que sensibilizarse si se quiere entender y hacer historia. El historiador trata de recrear mundos que no han sido vividos por él. Por lo mismo, debe volverse “antena”. Debe usar la intuición y la imaginación, aunque nunca caer en la fantasía. Se tiene que compenetrar de los valores espirituales del período que está tratando. Debe saber de todo; cuanto más, mejor. Debe volverse un poco sabio, un poco pensador; en fin, debe aspirar a ser un artista.

No estoy del todo seguro que la propuesta de Encina logre finalmente su cometido. Armonizar el historicismo con el positivismo es quizás un desafío imposible. El punto clave, sin embargo, es otro. Su intento, por muy fallido que haya sido, igual es auténtico, y el esfuerzo gastado en ello es real. Ahí reside no poco de su talento para entusiasmar. El querer ir al fondo, al fondo humano —no como el que predica un estructuralismo obsesionado con abstracciones indexables— se percibe en sus escritos como algo vital. Que esto lo vuelve subjetivo, sí; por supuesto y enhorabuena. Que lo vuelve poco confiable, quizás. Que es vitalista de más y nacionalista en exceso, sin duda. Pero que el lector simpatiza con esta aspiración humana profunda, de eso no puede haber duda alguna, aunque los historiadores —en especial entre nosotros— lo hayan olvidado hace ya demasiado tiempo. Afortunadamente, Encina está ahí, sigue ahí, para recordárnoslo.

Aun a riesgo de que se agiten las alas y se produzcan tiritones, me atrevería a aventurar que en lo más profundo de su propuesta hay

también en Encina, ironía de ironías, algo muy sorprendente, rarísimo en historiadores, nada menos que una suerte de escepticismo intelectual. La prueba está en el libro que estamos prologando, cuando habla de que la historia es independiente del historiador. Idea que manifiesta un recato, un desprendimiento, una modestia casi franciscana que no se condice con la vanidad habitual que se le atribuye. Que Encina fue insufriblemente pedante y narcisista ya lo dije. Pero he ahí Encina quien nos plantea que “el concepto moral del autor es un concepto que no conocieron los actores y que, a la vuelta de los años, tampoco será el del lector”. El pasado se mira a través del prisma del tiempo, y el tiempo deforma la mirada. Una cosa es la historia que se hace y otra la que mañana se lee. “No hay medio de impedir el envejecimiento de la historia”. Es decir, la historia se está reescribiendo permanentemente. Lo que escribe el historiador —Encina incluido— nunca será definitivo.

De ahí que hay que tener sumo cuidado al enjuiciar a Encina. Su revisionismo no fue frívolo; tenía asidero teórico. Según Encina, no existe la historia definitiva. La historia es “un semillero de interpretaciones erradas”, ergo, hay que volver a ella una y otra vez. ¿Sorprendente? No. Encina era lo suficientemente honesto consigo mismo como para no extender sin límites su vanidad. Son otros, en verdad, los que han momificado a Encina; sus admiradores incondicionales y los que aborreciéndolo lo reciclan. Intuyo que él los hubiera despreciado a ambos, lo cual ciertamente no es muy franciscano.

Esto de los límites es muy frecuente en Encina. En un plano meramente práctico, vean ustedes cómo en este texto que estamos prologando discute las diferentes opciones que se tienen al narrar históricamente un hecho, la batalla de Rancagua es el ejemplo que él propone. El oficio del historiador supone estrategias, maneras de describir y narrar; es decir, el historiador trabaja con alternativas, limitaciones y posibilidades.

En un plano más profundo, el explicar el desafío del historiador como un intento de revivir el pasado a partir de, como él dice por ahí, “despojos inertes, truncos o estropeados”, es un fino reconocimiento de que el historiador tiene una limitación todavía más límite: que se está las más de las veces ante algo muerto, no recuperable en su totalidad, pero sí en su espíritu, siempre y cuando se trate de un excepcional historiador. Que lo trascendental en la historia es lo que

los pueblos creen aunque sea falso —aseveración que hace también por ahí— es otra muestra más de que el historiador, según Encina, tiene que respetar la historia, no pretender cambiarla o tergiversarla a su antojo. De ahí también, otra de sus máximas historicistas: que a la historia no hay que usarla —prostituir la llama— en aras de un partido o de una doctrina. Encina es sensato, lúcido también.

En realidad, hay muchos aciertos que sorprenden en Encina. La verdad sea dicha, lo que asombra no es sólo Encina, cuando y si se le lee, sino lo que su lectura efectiva desmiente, lo que a menudo se ha dicho erróneamente de él y que no es tal. Por ejemplo, se ha sostenido que endiosaba a ciertos personajes. Ni tanto. Lo que pretendía más bien —aunque el lenguaje a veces lo traiciona— era simbolizar, o mejor dicho retratar emblemáticamente, mediante ciertos hombres que según él “realmente encarnan el pasado”, el espíritu de la época. Encina se acerca en esto más a Macaulay que a Carlyle. Además, hay una veta en Encina que hace que los personajes estén como más allá del bien y el mal, actuando espontáneamente, desprovistos de constreñimientos éticos o jurídicos o sociales. Esto también ha escandalizado a más de algún lector. El asunto en realidad no es tan alarmante. Encina tiene una veta libertarista fuerte, gracias a un poco de Nietzsche o de Bergson quizás; es decir, en estos casos habla más el filósofo que hace historia que el historiador que pretende moralizar.

Se suele asociar a Encina también con cierto prejuicio estatista. Una lectura más a fondo, sin embargo, bien podría revelar que su visión de Estado es tan mística, tan etéreamente animada, tan poco congruente con el sentido weberiano estricto de monopolizador burocrático de la coerción y de cierto constructivismo social racionalizador, que Encina en realidad se margina de nuestra corriente historiográfica majadera que todo lo ve en función de esta entelequia ingenieril sobredimensionada. En Encina lo rural y ciertos individuos notables son tanto más decisivos que lo estatal, lo cual es bienvenido. Por último, se ha dicho que no era historiador sino ensayista. Si, y de los óptimos, de los que han hecho que la historia sea un ejercicio que vale la pena, porque influye, estimula, apasiona y no aburre.

A Encina lo que le sobra es coraje y eso por cierto asusta. Proponer una historia interpretativa, de tesis, de ideas, y aspirar a que la obra histórica alcance a tener altura de miras y, si se puede, logre

ser una pieza estética, y además suscite impacto, definitivamente precisa valentía y ambición. Y ya que estamos hablando de coraje, cómo no mencionar el hecho de que Encina simplemente se salió del cauce normal que se suponía para un historiador. Escribió a pesar del *establishment* académico. Fue siempre displicente; rechazó ofrecimientos de cargos y honores. No se guió por casi ninguno de los protocolos consagrados. No tuvo mentores, no se escudó en la minucia erudita, no dejó escuela, no jugó la carta del cortesano palaciego. Fue siempre un observador desde adentro —desde lo que para él era el país, Chile, llámenlo como quieran—, a la vez que desde la distancia, al margen tanto del mundo político partidista como de los corrillos académico-intelectuales, particularmente el vinculado al oficio histórico, el que de un tiempo a esta parte se autoproclama “gremio”.

Y eso que se le leyó; fue generoso con el lector, y ellos con él. Y se le seguirá leyendo, por el enorme torrente de información que consigna. Que proviene de otros, sí, pero está ahí en su obra e igual sirve. Encina en esto se parece a esos acueductos romanos, un poco toscos, no muy clásicos que digamos, pero resistentes, difíciles de derribar, caudalosos y claramente monumentales. Y no sólo por la información se le seguirá leyendo, sino por todo lo ya dicho.

Es todavía prematuro intentar hacer historia de Chile al margen absoluto de su visión y aporte; ha producido demasiado efecto ya. Corresponde criticarlo, por cierto, pero no despreciarlo. Conforme, no es un Atlas, pero tampoco un Cíclope. Insistiría en que sí es un gigante, un gigante no simpático, pero gigante.

ALFREDO JOCELYN-HOLT LETELIER

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

El texto de *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia* que a continuación se reedita corresponde a la edición de Editorial Nascimento, que apareciera en 1935. Se incluyen los siete capítulos originales, más los artículos que se consignan en el *Anexo*.

Hemos añadido en esta nueva edición tres escritos adicionales: los prólogos correspondientes a la primera y segunda edición de la *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891* y el prólogo del tomo XIX de esa misma obra, por considerarlos complementarios a la propuesta inicial que se encuentra en el texto de 1935.

A. J-H. L.

LA LITERATURA
HISTÓRICA CHILENA
y el concepto actual
de la historia

solo una fase del
y documental. Se
ocurre en Barros
otros, como dice
trabajos de esta
o sea la fase últi

Prólogo

Al revisar las notas que reuní, bajo el rubro de "Portales", en una introducción a la *Historia de la época de Diego Portales*, suprimí numerosas reflexiones que habrían sido impertinentes en el texto, y lo mismo he debido hacer en la redacción de la historia.

El presente libro es un **resumen de las** notas de ambas series que dicen relación con el pasado de **nuestra** literatura histórica, con su anquilosis actual y con la teoría de la historia.

Buena parte de su contenido ha sido ya tratada por los preceptistas desde su punto de vista, que es la elaboración de normas literarias. Ahora vuelve la misma materia a ser encarada desde un ángulo opuesto: el de las dificultades con que he tropezado y de los escollos que he advertido al escribir la historia.

Un tratado de historiografía debe abarcar, también, la investigación; pero como el nuevo concepto de la historia no afecta a las normas clásicas sobre este proceso preliminar, me ha parecido preferible concentrar mis reflexiones en la historia propiamente dicha. Prescindo, pues, de las diversas fases de la investigación: las colecciones de documentos, como las de Medina y de Matta Vial; su agrupación por materia; y su crítica desde el punto de vista del esclarecimiento de los hechos.

La historia tal como la entendieron Barros Arana y el señor Errázuriz, queda flotando entre la investigación y la historia. Dentro del antiguo concepto, se la incluía en la última; dentro del actual, es sólo una fase superior de la primera. Ya sea que se elaboren los datos y documentos acumulados, en gran parte, por el propio autor, como ocurre en Barros Arana, ya sea que se explote el material reunido por otros, como sucede en el caso del señor Errázuriz, lo esencial en los trabajos de esta índole es el esclarecimiento material de los hechos, o sea la fase última de la investigación. La simple organización de los

hechos en un relato cronológico, aunque los enlace el raciocinio del autor, no altera la naturaleza literaria del trabajo. La historia sólo empieza con la simbolización, o sea la representación fiel del cuerpo y del alma del pasado por medio de un corto número de hechos, de hombres y de procesos en que se encarnó espontáneamente.

Sin embargo, como las ideas recibidas están aún muy vivas entre nosotros, para mayor claridad, continúo llamando en el texto, antiguo concepto de la historia a este aspecto superior de la investigación.

FRANCISCO A. ENCINA

Santiago, marzo de 1935

CAPÍTULO I

LA VOCACIÓN HISTÓRICA DEL GENIO CHILENO

"Conocida es la frase invariable que se pronuncia contra toda invención: 'O es falsa o mala'; después se la adopta diciendo que era conocida de mucho tiempo antes".

Th. Ribot

INCLINACIÓN DEL GENIO LITERARIO CHILENO HACIA LA HISTORIA. GÉNESIS Y DESARROLLO DE LA VOCACIÓN. LA GUERRA DE ARAUCO. AMBIENTE COLONIAL ADVERSO A LA LITERATURA DE IMAGINACIÓN. LA COMPOSICIÓN ÉTNICA DEL PUEBLO CHILENO. POBREZA DE VIDA INTERIOR E INDIGENCIA DE LA IMAGINACIÓN. EL CONCEPTO SOCIAL SOBRE LA HISTORIA. LA INFLUENCIA DE BELLO.

Lo que primero hiere la atención en el estudio de nuestro desarrollo intelectual, es la acentuada vocación histórica y jurídica del genio chileno. Limitándose a la historia, las crónicas y memorias escritas por los soldados y por los eclesiásticos forman casi todo el acervo de la literatura colonial. Los ensayos históricos se impusieron, a la larga, por su mayor valor relativo, en el despertar literario que empieza en 1842; y las obras de Vicuña Mackenna, Amunátegui, Barros Arana, Errázuriz, Medina, Sotomayor Valdés y Bulnes dominan sin contrapeso en nuestra producción intelectual hasta fines del siglo XIX. La misma obra maestra de nuestra literatura de este período, los *Recuerdos del pasado*, de Pérez Rosales, es la obra de un memorialista, en la buena acepción del concepto, y prelude una de las nuevas formas que, según se verá más adelante, necesita tomar la historia.

Nuestra literatura histórica se resiente, lo mismo que toda nuestra producción intelectual, del exceso de pensamiento reflejo y de la correlativa debilidad en la observación directa de los hechos y de los fenómenos. Pero se impone en forma aplastante sobre la de las repúblicas hermanas y aun sobre la de la madre patria. La *Historia general de Chile* de Barros Arana; la *Historia de Chile, bajo el gobierno del general don Joaquín Prieto*, de Sotomayor Valdés; algunas de las crónicas de Errázuriz; y el *Descubrimiento y Conquista de Chile* y la *Reconquista española*, de Amunátegui, para no enumerar sino a los muertos, si no resisten la comparación con las obras maestras, no desentonan en el grueso de la literatura histórica europea de su tiempo.

La investigación chilena honraria a un pueblo muchas veces más numeroso y más adelantado que el nuestro. "No hay rincón de su historia —dice Menéndez Pelayo— que los chilenos no hayan estudiado, ni papel de sus archivos y de los nuestros que no impriman e ilustren con comentarios. Chile, colonia secundaria durante la dominación española, tiene historias más largas que la de Roma de Mommsen, más largas que las de Grecia por Curtius y por Grote"¹.

Barros Arana y Medina no tienen rivales de habla española en cuanto investigadores.

La montaña de intuiciones del alma del pasado que acumuló Vicuña Mackenna, encierra tesoros inestimables. La Musa, que le agració con el presente rarísimo de la intuición del pasado, le negó el instinto del encadenamiento histórico; y esta falla, sumada a la falta del sentido de las proporciones y al torbellino de su vida, le impidió tallar y engastar las piedras preciosas que extrajo de sus entrañas. Pero, desde cada una de las páginas que escribió, el pasado hace señas al pensador y al artista, instándolos a que lo articulen con el soplo de la idea y lo toquen con la gracia de la forma. No conocemos en la literatura histórica mundial un filón de ley más alta.

Hacia la misma época en que esta abundante y valiosa floración histórica alcanzaba su apogeo, los demás géneros literarios arrastraban una existencia lánguida. Aquí y acullá, algunos versos delicados o de recia envergadura, una o dos decenas de novelas pasables y

¹*Historia de la literatura hispanoamericana*, capítulo XI.

algunas piezas oratorias, nadan en un océano de promesas incumplidas y de obras sin originalidad y sin bríos.

Prescindimos de las ciencias: el pensamiento chileno no había llegado aún a la madurez necesaria para roturar con éxito sus dominios.

La excesiva canalización del pensamiento chileno hacia la historia, aun aisladamente considerada, es un fenómeno extraño; y si se le relaciona con las inclinaciones intelectuales del pueblo español, se torna desconcertante.

La historia nunca fue predilecta del genio literario ibero. Su literatura histórica vale poco, y sus características mentales parecen avenirse mal con su cultivo. Su vigorosa imaginación plástica le ha empujado siempre hacia lo ambiente, hacia lo que penetra por la vista, por el olfato, por el oído, por el paladar y por el tacto. Nunca ha mostrado un instinto vivo del encadenamiento histórico, y su reemplazo por el razonamiento lógico, tan grato al francés, choca con la debilidad de la imaginación combinadora.

Por otro lado, la constancia del fenómeno, que aflora en los albores de la Colonia y persiste casi hasta nuestros días, y ese algo indefinible que separa lo espontáneo de lo adquirido, obligan a eliminar, desde el primer momento, la acción de las influencias externas. Hay, pues, que buscar el origen del fenómeno en otras fuentes que la herencia española y que el ejemplo extranjero.

Nuestra vocación histórica es la resultante de un conjunto de influencias, perfectamente tangibles, del pasado histórico, que actuaron sobre un fondo étnico muy distinto del español y mejor dispuesto que él para el cultivo de la historia y del derecho. Conviene examinar separadamente estas influencias y el compuesto étnico que reaccionó a sus estímulos.

La Colonia, tal como hoy se nos presenta, es un período histórico sencillo, semiprimitivo en el cual los factores cósmicos predominan sobre los psicológicos. Es poco más que un proceso vital: la gestación de la nueva raza en el seno materno. Las razas progenitoras, su cruzamiento y las influencias directas o indirectas del medio físico son los grandes factores del devenir. El mismo régimen colonial reviste la fatalidad de lo racial y de lo cósmico: España sólo podía dar su propio contenido, y la Colonia sólo podía recibir lo que la

psicología de la raza colonizadora y el grado de evolución mental a que **retrocedió** con el mestizaje le permitían.

Pero un factor sociológico, la guerra de Arauco, diferenció, por un lado, la base étnica del pueblo chileno, y por otro, su evolución colonial del resto de la América española.

Este factor, que influyó poderosamente todos los aspectos de nuestro desenvolvimiento material, intelectual y moral, encierra, también, la primera de las influencias que gestaron nuestra vocación histórica. Las peripecias de la guerra y las impresiones duraderas que grabaron en la imaginación de los actores, instaban a conservarlas en memorias. Se trataba de acontecimientos fáciles de retener, al alcance de cualquier soldado o espectador inteligente, cuya narración no requería perspicacia psicológica, ni cultura ni arte literario. El deseo de legar a la posteridad el recuerdo de los hechos en que se actuó y el ocio forzado de los días de tregua o de reforma, hicieron el **resto**.

Emana de la guerra de Arauco algo cósmico, inaccesible a la razón, que se adentró muy hondo en actores y en espectadores, y que despertó un profundo interés dramático. Ningún español divisó en ella **una campaña vulgar contra salvajes, semejante a las que se realizaban en las llanuras o en las selvas del resto de la América.** Los soldados de los tercios de Italia, de Flandes y de Navarra presintieron intuitivamente su profunda significación. Adivinaron lo que hasta hoy **no ha vislumbrado la historia: el recio choque de dos grandes impulsos que se cruzaron en furiosa arremetida por el predominio y la supervivencia histórica.** El araucano, invasor recién llegado, cortó **por mitad los restos de las razas ya usadas por las civilizaciones que habían recubierto nuestro territorio.** Llegaba en plena juventud cósmica, trayendo una áspera energía vital, aun intacta, y **una fuerte chance en la lucha por el predominio. De prevalecer en la contienda, una evolución social parecida a la japonesa habría cumplido, tal vez, su sino en el extremo austral de América. Del otro lado, los últimos restos del más belicoso y del más enérgico de los pueblos germanos, aguijoneados, por el instinto racial, buscaban en las regiones ignotas de América el cumplimiento de su sino, fallido en Janda (Guadalete), arrastrando tras de sí al ibero sedentario. La araucana no es una vana ficción poética: Ercilla captó ese algo cósmico que emanaba de las almas, de los cuerpos, de la tierra, de los ríos y de los bosques y**

que envolvió a la contienda de Arauco en el mismo vaho que a la epopeya de Troya.

Esta intuición confusa del hondo significado del drama que se desarrolló en un rincón perdido del continente americano, impresionó profundamente al alma colonial. Fue acicate que movió a narrarlo al religioso y al soldado capaces de manejar una pluma; y, por un proceso psicológico elemental, el interés se extendió, del ejército y de las tribus que actuaban en la contienda, al suelo y al teatro en que el drama se representaba. Algunos de los cronistas traían, tal vez, desde la Península la vocación dormida; pero fue el ambiente chileno, saturado con las exhalaciones del duelo araucano-gótico, el que las despertó.

Las consecuencias indirectas de la guerra de Arauco contribuyeron, también, por otro costado a destacar el predominio de la literatura histórica durante la Colonia.

El cultivo de la novela, del teatro, de la poesía imaginativa y de los géneros análogos exige una vida social que rebase las necesidades materiales de la existencia, y el desarrollo de gustos que presuponen cierta cultura y refinamiento, por lo menos en la alta clase social. Ni los acantonamientos de rudos soldados, ni los fortines y aldeas en que transcurre con el arma al brazo una vida incierta, pendiente del enemigo y del alimento, son medios adecuados para su florecencia.

Más tarde, Santiago, La Serena, Concepción y otras ciudades alcanzaron cierto desarrollo y desarrollaron una vida familiar y social sencilla, patriarcal, semiprimitiva, reflejo fiel del estado a que el mestizaje y el enclaustramiento colonial habían retrotraído al español. En ella había poco lugar para los refinamientos y las superfluidades de la civilización. Aun prescindiendo de la inclinación racial que se hará caudal más adelante, en la sociedad colonial chilena todo era adverso al cultivo de las bellas letras.

Los géneros más independientes de la vida social, como la poesía lírica y los arranques del pensamiento subjetivo, chocaban, por su parte, contra la extrema pobreza de vida interior que también se considerará más adelante.

El predominio del género histórico durante la Colonia resulta, así, un efecto de perspectiva. Si no hubiera continuado durante la República, difícilmente habría podido hablarse de una vocación de

la raza. Sin desconocer el valor de algunas de las crónicas, habría bastado una producción mediana en abundancia y en calidad en los demás géneros para hacerlo desaparecer.

Hemos aludido de paso a una vocación histórica racial o, mejor dicho, a una disposición étnica original favorable a las influencias históricas que encauzaron nuestro pensamiento hacia la historia. La observación psicológica la percibe con mucho relieve y la historia la comprueba.

Podría creerse que la orientación histórica del movimiento literario de 1842 arrancó directamente de la literatura colonial, y que fue, en cierta medida, la continuación del impulso primitivo. Nada más errado. El día que se rehaga nuestra historia y se restablezcan los factores espirituales que informan el suceder, se advertirá que el nexo colonial sólo subsistió en Chile en lo inconsciente, en lo racial, en lo cósmico, si se quiere según nuestro lenguaje. Toda influencia espiritual consciente, mal que pese a Lastarria, no sólo se cortó, sino que fue substituida por el distanciamiento y el odio, más vivo en las clases tradicionales que en el pueblo y en los advenedizos. Hacia la mitad del siglo XIX, las crónicas coloniales dormían, casi todas inéditas, en los archivos españoles o americanos. Cuando Gay y sus continuadores las exhumaron, ya la idea-fuerza involucrada inaparentemente en la creación portaliana, el odio al pasado colonial, había germinado con el rápido olvido de los sufrimientos de la revolución y de la anarquía. Los mismos elementos que Lastarria supone restauradores del pasado colonial, habrían querido borrar la Colonia y empezar la vida nacional en 1810. En semejante disposición sentimental toda influencia consciente del pasado español era imposible. Fue, por el contrario, la vigorosa inclinación histórica del genio chileno la que, venciendo la repugnancia al legado colonial, se adueñó de las crónicas y las convirtió en urdimbre del telar en que intentó reconstituir la tela del pasado.

Ahora, si el genio español jamás ha manifestado aptitudes históricas, ¿de dónde arranca nuestra inclinación hacia la historia?

Llegamos aquí al punto de partida de los grandes errores de interpretación que han engendrado el curioso contrasentido de ser el pueblo chileno, tal vez, el que más ha cultivado su historia y, al mismo tiempo, uno de los que más ignora su propia historia.

Con excepción de Nicolás Palacios, cuya rara agudeza psicológica le permitió ver la realidad, a través del hacinamiento de prejuicios científicos que aplastaron el cerebro del pensador, todos nuestros historiadores han partido de un doble error histórico y psicológico. Consiste el primero en suponer que el conquistador americano y el colonizador de Chile tenían la misma composición étnica que la masa de la población peninsular; y el segundo en prescindir de las consecuencias psicológicas del cruzamiento del conquistador con el aborígen. No han ignorado este último hecho; pero han preterido sus trascendentales consecuencias sobre todos los aspectos de la estructura y del desarrollo sociales. Han situado su visión histórica en un plano étnico semejante al europeo y al de los Estados Unidos.

Son de tanta trascendencia estos dos errores que, sin su rectificación, es imposible entender nada de lo que ha sucedido ni de lo que sucederá en Chile. El psicólogo buscará en vano explicación al temperamento y al carácter del pueblo chileno. El sociólogo se estrellará contra una muralla china al intentar comprender las diversas fases de nuestra evolución social y política. El pensador que busque el encadenamiento histórico, sólo encontrará un suceder absurdo y rebelde a toda inteligencia racional. Aun prescindiendo de los demás errores en que nos hicieron incurrir la disposición sentimental, la debilidad de la observación directa, el exceso de pensamiento reflejo y el grado de desarrollo mental, bastan los apuntados para obligarnos a rehacer nuestra historia de pies a cabeza.

Lo que ocurre en los aspectos capitales, ocurre en los fenómenos más modestos y al parecer más inconexos con el extravío inicial. Nuestra vocación histórica y jurídica, para no alejarnos del tema, es sencillamente inexplicable sin la diferenciación étnica original. Cargue, pues, sobre los hombros de los que pretirieron un fenómeno tan notorio y aparente que, aun cerrando los ojos, se le palpa, la responsabilidad de la digresión que nos vemos obligados a hacer.

Al despuntar el siglo XVI, la masa de la población española estaba formada por el elemento autóctono, dolico-moreno, de corta estatura y de cabellos negros y crespos que nos describe Tácito, el ibero, rama de la gran familia afrosemítica, que la antropología moderna ha incluido en el *Homus Mediterraneus*. Antropológicamente, persistían aún las huellas de los cruzamientos con el celta y con otros pueblos;

pero psicológicamente parecían ya eliminadas estas sangres. Aun mal refundidos, se incrustaban en el elemento autóctono los restos del pueblo godo salvados de Janda (Guadalete). Raza nórdica de elevada estatura, dolicocefala, rubia, de ojos azules, era antropológica y psicológicamente la antítesis de la ibera. Atados por el lazo de una misma historia, iberos y godos convivían, conservando el último la iniciativa militar y política que fluía de su carácter expansivo y aventurero, pero arrastrando durante la paz una existencia precaria, a causa del débil desarrollo de sus aptitudes económicas.

La conquista de América atrajo de preferencia al español de psicología goda. "Un campo de acción vasto como el mundo y peligroso como los elementos, tentó su espíritu de lucha y de aventura. Posibilidades inmensurables de fortuna, de gloria y de poderío golpearon a las puertas de los segundones, de los bastardos y de todos los que tenían poco que dejar y coraje sin empleo"². El conquistador de América traía, pues, en sus venas un porcentaje de sangre goda que es imposible avaluar; pero, en todo caso, muy alto con relación al español de tipo medio que permaneció en la Península. Palacios exageró indudablemente este porcentaje; mas, si fuera forzoso optar entre su exageración y la miopía de los historiadores, la realidad estaría más próxima de Palacios que de Barros Arana. Este tipo, psicológicamente seleccionado en sentido aventurero y militar y antropológicamente cargado de sangre goda, cesó de venir a América después de la Conquista. "Paulatinamente, lo reemplazaron el funcionario y el comerciante, más vecinos a la psicología media del pueblo español. Pero en Chile la guerra de Arauco mantuvo la selección en el mismo sentido de la época de la Conquista hasta el **siglo xviii**"³. Hemos recordado en otros libros que se calculaba en **40.000 el número** de españoles muertos en la guerra de Arauco hasta **fin del siglo xvii**; que el ejército llegó a 1.500 hombres durante el **último tiempo** de la Colonia; y que este ejército suministró, **fundamentalmente, la sábana paterna** del pueblo **chileno**.

La exageración de Palacios se acentúa bastante al avaluar el porcentaje de sangre goda en el soldado que continuó viniendo a Chile durante la Colonia. La eliminación del elemento godo en la

²Encina, *La rásfaga creadora del alma española*.

³Encina, *Portales*.

composición étnica del pueblo español, fue muy violenta durante los siglos XVI y XVII: la conquista de América y la guerra de Carlos V fueron sangrías sueltas por donde perdió España casi todo su caudal de sangre nórdica⁴. Pero, en todo caso, el soldado que vino a Chile durante los siglos XVI y XVII, traía en sus venas más sangre goda que el común del pueblo español y que el colonizador de los demás países americanos.

Prescindamos, por el momento, del rasguño de sangre aborígen, que llegó a las altas capas de la sociedad chilena a través de las hijas de los conquistadores; y demos de mano a las consecuencias psicológicas y sociológicas del mestizaje, fenómenos demasiado hondos para esbozarlos en una digresión.

Este mayor porcentaje de sangre goda influyó en el temperamento y en el carácter chilenos en una medida que, salvo Palacios, nadie ha advertido. La capa vasca la recubrió en las postrimerías de la Colonia, sin destruirla. Limitémonos a su influencia en los rasgos psicológicos. El godo exteriorizó en la península una honda religiosidad y un sentido serio y profundo de la vida. Herencia suya es, en gran parte, el sentimiento religioso de la alta sociedad chilena, pobre si se le compara con el desenvuelto por los pueblos inglés y alemán; pero de características más vecinas a las suyas que a las del pueblo español y de las restantes repúblicas americanas. Reflejo de su sentido de la vida y de su índole intelectual parecen ser, también, las vocaciones histórica y jurídica.

Tratándose de una raza que se disolvió antes de completar el ciclo de su desarrollo mental, esta filiación, que percibimos desde el primer contacto con la historia, hacia 1900, será siempre una conjetura. Mas la vemos, la sentimos y la palpamos, y sin ella, no acertamos a explicarnos nuestro genio literario y especialmente su vocación histórica, tan reñida con las inclinaciones del genio español. Todo el que tenga alguna sensibilidad psicológica percibirá en esta vocación el sello inconfundible de lo racial, de lo espontáneo, de lo que emana del fondo vital, tan diferente de lo adquirido y postizo.

⁴Tanto los peninsulares como los extranjeros que hemos estudiado las variaciones de la constitución étnica del pueblo español, a pesar de la divergencia de los caminos, hemos coincidido en este hecho.

La inclinación racial, estimulada por el propio desarrollo psíquico, basta para explicar la segunda canalización del pensamiento chileno hacia la historia, que empieza con Benavente, Gandarillas, Lastarria, Sanfuentes, García Reyes, Tocornal, Errázuriz Zañartu, Concha y Toro y Santa María para culminar con Vicuña Mackenna, Amunátegui, Barros Arana, Medina, Errázuriz, Sotomayor Valdés y Bulnes. Pero actuó en ella otro factor que, sin ser en rigor necesario, conviene precisar.

El movimiento literario que se inicia en 1842 no fue la resultante espontánea de nuestro desarrollo mental: fue un afloramiento forzado por la influencia de Bello y de los argentinos de un contenido que distaba de haber llegado a la madurez. Su rápido languidecimiento no deja la menor duda al respecto. Ni los estímulos que lo encendieron artificialmente lo empujaron hacia la historia, ni la reacción se orientó en el primer momento hacia ella. Los estímulos procuraron dirigirlo más bien hacia la literatura, y el genio chileno procuró reaccionar en ese sentido. Pero chocó con dos obstáculos insuperables.

El primero fue la indigencia de la imaginación. El cruzamiento vasco-castellano con el godo, engendró un fenómeno que ha herido vivamente nuestra atención desde que despertamos a la conciencia de la vida psicológica: la rica imaginación plástica del ibero desapareció; pero desapareció, también, la poderosa imaginación interior de corte inglés que anunciaban las primeras manifestaciones del genio godo. ¿Se destruyeron definitivamente en un fenómeno de interferencia? ¿El retroceso mental, determinado por el cruzamiento y por el coloniaje, mantienen aún dormidos los gérmenes góticos? Dejemos sin respuestas estas preguntas a las cuales sólo el porvenir puede contestar, y limitémonos a las consecuencias del hecho.

Ya se ha anotado el segundo: la extrema pobreza de vida interior. Por otro contrasentido aparente, pero que en realidad es la consecuencia ineludible del anterior, el chileno, al perder la viva sensibilidad española para el mundo externo, no se reconcentró, por correlación, en su propio yo. A los que llevamos estructuras mentales heredadas de otras sangres, nos asombra la pobreza de vida interior que se palpa en inteligencias del corte de Amunátegui, de Barros Arana y de Sotomayor Valdés entre los historiadores, de Letelier y de Lastarria entre los pensadores y en la inmensa mayoría de los literatos. Aun en el corto número de los cerebros superiores el

fenómeno persiste con tenacidad. En don Manuel Montt la claridad intelectual aumenta hasta una rara lucidez, pero la vida interior permanece rudimentaria. Don Isidoro Errázuriz, que mostró en su juventud una vida interior tumultuosa, tomó hacia el ocaso la dirección racial. Limitémonos, también, a tomar nota del hecho.

La debilidad imaginativa y la pobreza de vida interior se traducen, fatalmente, en impotencia creadora; jamás escribirá una gran novela ni un gran drama el literato ayuno de imaginación. Si es la intuición la que nos permite ir más allá de la cáscara de las cosas y de los fenómenos espirituales, es la imaginación la que nos permite robar la belleza latente en el fondo de la vida. La realidad sólo nos suministra los materiales; es el contenido de nuestro yo el que nos permite alcanzar lo sublime lírico y traspasar los estrechos límites del sentido común en el vuelo del pensamiento.

Un genio nacional pobre de imaginación y de vida interior camina cuesta arriba en la creación artística, y mira continuamente hacia los lados, buscando un atajo más accesible a sus disposiciones: en el mundo del pensamiento, como en el mundo físico, el impulso tiende a deslizarse por la línea de menor resistencia.

No ya como un atajo, sino como una carretera real en suave declive, se ofreció al genio literario chileno la historia tal cual la realizó —no como la concibió— Barros Arana. La imaginación no entra en ella para nada. Los gérmenes de sugerencias que pululan en cada documento, en cada hoja y en cada línea, entran dormidos a la historia, salvo unos pocos accesibles al sentido común o que la tradición logró conservar despiertos. El otro gran hogar que quema imaginación, el desentrañamiento del devenir histórico, está reemplazado por reflexiones de sano sentido común, que unen, como pueden, lo que estuvo desunido en la realidad vivida, y reemplazan, también como pueden, el nexo invisible del suceder.

No estamos, pues, distantes de conceder que, aun no mediando la inclinación racial, el genio literario chileno habría reaccionado en el sentido histórico a los estímulos artificiales que recibió hacia mediados del siglo XIX. Estaba en esa fecha abocado al dilema de no producir nada o de producir historia. Pero hay gran distancia en la naturaleza y en el contenido de ambas reacciones.

Si nuestro florecimiento histórico hubiera sido sólo la consecuencia del cierra-puertas de los demás géneros literarios, nada tendría-

mos que esperar. Sólo podía durar lo que la impotencia artística; y ni siquiera esa duración era segura: lo artificial, lo que no emana de la raza, lo que no arraiga en el fondo vital, se disuelve, fatalmente, a corto plazo, en el curso del suceder. Hemos visto a la tradición portaliana morir espiritualmente a los sesenta años de duración y volverse mantillo histórico en treinta años más, a pesar de su acentuado carácter religioso. Nuestra robusta literatura histórica habría sido un accidente; y la crisis que hoy palpamos, el ocaso en que se extingue un impulso fallido que la vida abandonó.

Por el contrario, si, como creemos ver, nuestra **vocación histórica** es un reflejo de las disposiciones raciales, una resultante del alto porcentaje de sangre goda que entra en nuestra composición étnica, la crisis que atravesamos sólo sería un alto necesario para recogernos sobre nosotros mismos, contemplar el pasado, explorar el futuro y lanzarnos de nuevo hacia una meta que, seguramente, no alcanzará otro pueblo de habla española. Si nuestro devenir logra sortear los escollos que se atraviesan en el camino de nuestra evolución política, **el pensamiento histórico chileno** tiene el derecho de aspirar a todo. Lo racial es superior a las vicisitudes y a los contrastes, y no cesa de superarse mientras va en ascenso el impulso vital. Reharemos nuestra historia, ya anticuada, aprovechando los mismos materiales con que está construida. Crearemos nuevas formas; y desarrollaremos o pediremos a los mestizos de razas mejor dotadas, jirones que el alma nacional se ha apropiado por derecho legítimo de conquista, la poderosa imaginación que requiere el concepto actual de la historia. Nuestro Vicuña Mackenna es prenda de la posibilidad de este postrer auxilio. Nada es capaz de detener a un pueblo joven en el cumplimiento de una vocación que emana de la sangre.

Cabría señalar, también, el concepto social sobre la historia entre las causas que han estimulado su cultivo. La historia ha sido entre nosotros el único género literario compatible con la política, con la cordura y con la gravedad. Se toleraron a Lillo y a otros los versos como cosas de la mocedad, y a Blest Gana sus novelas porque estaba muy distante.

Pero este concepto sólo secundariamente se tornó estímulo. Cuando Benavente, Errázuriz Zañartu, Tocornal, Santa María y los demás se asomaron a la historia, era la voz de la sangre la que los

llamaba. Fueron ellos los que afirmaron el concepto y no el concepto el que los empujó. En las vocaciones el impulso vital es casi todo; el estímulo social sólo es duradero cuando es eco suyo.

No estará de más puntualizar, antes de cerrar este capítulo, el sentido de la influencia de Bello en la dirección del desarrollo de nuestra literatura histórica. Para nosotros fue tan feliz que, de prevalecer la tendencia de Lastarria, su valor habría sido muy mediocre.

El simplismo impenitente de nuestro intelectual confunde dos situaciones diametralmente opuestas: la que existía hacia mediados del siglo XIX, cuando la investigación estaba en pañales y nuestros escritores carecían aún de las aptitudes que exige la historia; y la de hoy en que, agotado ya el contenido del concepto de Barros Arana, un grupo de investigadores se empeña en limitar la historia a la materialidad de la documentación.

Como observa Barros Arana, haciéndose eco del punto de vista de Bello, la historia filosófica (para conservar la impropia denominación de la época) "es la última transformación del arte histórico. No puede existir sino a condición de que la historia haya pasado por las otras fases, de que haya llevado a cabo un estudio atento y minucioso de los documentos y de los hechos, y de que haya establecido definitivamente la verdad, despojándola de fábulas y de invenciones, y echado así los cimientos sobre los cuales debe construirse la historia verdaderamente filosófica. El estudio de los hechos no ha llegado entre nosotros a este grado de perfeccionamiento". O dicho en el breve lenguaje moderno: la investigación debe preceder a la historia.

No hay reflexiones que justifiquen mejor los atinados consejos de Bello ni que, al propio tiempo, condenen con más energía el empecinamiento de los que continúan empeñados en limitar la historia a la acumulación material de los documentos.

Desde el otro punto de vista, como veremos más adelante, si la investigación requiere dotes especiales, la historia exige facultades intelectuales que se excluyen violentamente con las que forman al investigador. Por el momento, limitémonos a anotar el hecho de que, entre 1850 y 1900, ni la preparación científica ni el grado de desarrollo mental permitían en Chile el cultivo de la historia en el sentido que hoy se la concibe, tan lejos de lo que se llamó historia filosófica como de lo que se llamó historia *ad narrandum*.

Si, desgraciadamente, el pensamiento chileno se hubiera encauzado hacia esa fecha en lo que Lastarria llamaba historia filosófica, no habría obtenido "otro resultado que el de combinar una serie de generalidades más o menos vagas y declamatorias, una especie de caos que no procura agrado ni instrucción, una obra fútil y de escaso valor, que sólo puede cautivar a los espíritus más superficiales"⁵.

Este reconocimiento del acierto de nuestros predecesores en la elección de los caminos que se abrían delante de ellos, será prenda de que no nos mueve espíritu de sistema al juzgar, más adelante, con dureza, la miopía de los que se empecinan en dar vueltas y revueltas en una senda que remató en un precipicio, en vez de buscar una nueva que nos permita proseguir la ascensión interrumpida.

⁵Barros Arana, *Historia general de Chile*. Prólogo.

CAPÍTULO II

LA DECADENCIA

“Porque, ¿hay algo más injusto que guardar a los antiguos un respeto que ellos no tuvieron por sus predecesores; y tratarlos con una veneración inviolable, cuando si ellos merecen ser respetados, es por no haberla tenido?”.

Pascal

LA HISTORIA PIERDE EL PUESTO QUE OCUPABA EN NUESTRA PRODUCCIÓN INTELLECTUAL. DECADENCIA DEL VALOR DE LA LITERATURA HISTÓRICA. CAUSAS DEL FENÓMENO. INFLUENCIA DE BARROS ARANA. SUS CARACTERÍSTICAS INTELLECTUALES. SU CONCEPCIÓN DE LA HISTORIA. LA GRANDEZA DE UNA REBELIÓN. LA *HISTORIA GENERAL DE CHILE*. SUS DEBILIDADES ERIGIDAS EN ESCUELA HISTÓRICA.

Desde que despunta el siglo xx, cambia paulatinamente nuestro panorama literario. La historia, que no había cesado de ganar terreno durante la segunda mitad del siglo xix, retrocede, y en treinta y cinco años pasa a segundo término como abundancia y como valor, superada por la novela, por la crítica y por las diversas formas de la poesía.

La investigación se mantiene todavía enhiesta con Medina, Thayer Ojeda y Matta Vial. Enriquece la herencia del siglo anterior con adquisiciones menos aparentes, pero no menos valiosas que las legadas por la generación de 1830; y el desahogo fiscal permite imprimir no sólo lo recién rescatado de los archivos, sino, también, las crónicas y documentos de la primera rebusca que permanecían inéditos.

Sin embargo, la historia propiamente dicha no puede sostener la **concurrentia**. Produce, todavía, algunas obras valiosas; pero son **simples ecos** del pasado. No ha logrado renovar sus métodos ni encontrar su camino. Sus cultivadores, con excepción de los sobrevivientes del siglo XIX, se manifiestan inferiores a sí mismos. La debilidad de los brotes contrasta con la robustez del sarmiento; parece que una helada invernal hubiera quemado las yemas en algodón. La labor histórica de Matta Vial, de Alberto Edwards, de Galdames y de la mayoría de los cultivadores de la historia queda **por debajo** de sus grandes facultades intelectuales.

En cambio, la poesía subjetiva y simbolista sube con Pedro Prado a alturas que, por momentos, recuerdan a Goethe, y la novela traspasa las fronteras y los mares y se asoma con *El socio* de Prieto a la cumbre mundial. Barrios, Edwards Bello y diez más marcan un avance muy vigoroso sobre sus predecesores. Si transportamos la **comparación** a las masas, advertimos que mientras todos los géneros, con excepción del teatro, han dado grandes pasos, la historia ha quedado rezagada en el sitio que la encontró el despuntar del siglo. Es tan notorio el fenómeno que permite eludir las comparaciones individuales y **ahorrar esta mortificación a las víctimas de un error** gremial en la concepción de la historia, más que de su propia insuficiencia. ¿Pero se trata de un avance arrollador de los demás géneros literarios, o de una decadencia efectiva de la historia?

Ya se ha contestado afirmativamente a la primera parte de la interrogación. Hay un desarrollo vigoroso de nuestro genio literario, como resultado del avance en la evolución mental, de modificaciones en la estructura étnica de la clase superior, de cambios en el ambiente social, de las influencias externas y de otros factores que **no es necesario** considerar aquí. Mas hay, también, una **decadencia efectiva de la producción** histórica. Para demostrarla basta **apuntar un hecho**: las principales obras históricas publicadas entre 1900 y 1935, como ya se dijo, vienen del pasado; son los restos de un caudal cuya fuente se **extinguió**. Barros Arana **representa el mayor esfuerzo** con su **historia de la administración Bulnes**. El anciano ya sólo es una **sombra desvaída del autor de la *Historia general de Chile***. No ha podido renovarse, y escribe en pleno siglo XX con las ideas y los conocimientos de mediados del XIX. Además, su **insensibilidad psicológica para los fenómenos espirituales, obstáculo insuperable para**

la aprehensión fiel de la realidad pasada aun en períodos primitivos y casi cósmicos, como el coloniaje, tornó imposible su visión de la historia de la República, en que lo espiritual es casi todo. Sagazmente eludió el período de Prieto, que nunca pudo entender, y del de Bulnes sólo percibió la cáscara muerta del suceder. Así y todo, representa el mayor valor como ensayo de historia general. Errázuriz y Bulnes sostienen el pabellón que se desliza de las manos caducas de Barros Arana. La investigación de Medina y de Thayer Ojeda permitió a don Crescente escribir algunas crónicas valiosas como verdad puramente material y externa y como estilo. Sin la insensibilidad del autor para percibir las sugerencias dormidas en los documentos, la división del trabajo habría producido, tal vez, los felices resultados que, según veremos más adelante, duermen latentes en ella. Las disposiciones naturales del autor y el tema, salvaron del desastre colectivo la *Historia de la Guerra del Pacífico* de Bulnes. Es la obra más valiosa del período.

Pero el pensamiento histórico se ha mostrado incapaz de proseguir el impulso que venía del pasado. Desde los aportes intelectuales recibidos del exterior hasta la holgura material, todo le ha sido favorable y todo lo ha desperdiciado. Si sólo se mira la superficie del extraño fenómeno, se siente la tentación de creer que la misma cuantía de la herencia y las facilidades ambientes embotaron los estímulos y adormecieron el deseo vital de perpetua superación.

En los sesenta años últimos, las diversas ramas de la ciencia social han avanzado más que en todos los siglos precedentes. Han ido, tal vez, demasiado lejos en la pretensión de encerrar en leyes valederas para el futuro el devenir histórico. Su misma visión del pasado se resiente de una sistematización excesiva. Pero han acumulado un mundo de fenómenos antes inaparentes o mal advertidos; han alumbrado con luz viva las fases primarias de la evolución social y dilatado los horizontes de la historia en el tiempo y en el espacio. La antropología, la psicología genética y la psicología colectiva han recogido observaciones que permiten internarse en las entrañas del devenir histórico. La extensión del panorama y el estudio comparado del desarrollo social, procuran al historiador un bagaje de conocimientos que permiten rehacer la visión del pasado sobre bases que no era cuerdo soñar un siglo atrás.

Nuestro grado de desarrollo mental, que no debe confundirse con

la cultura, no ha cesado de subir; y si hemos de juzgar por los demás géneros literarios, ha habido aceleración en el proceso.

La cultura ha dejado de ser el patrimonio de unos pocos. El número de los llamados ha crecido, tal vez, hasta quintuplicarse. La enseñanza solicita las vocaciones y las aptitudes latentes en forma que ninguna gran disposición natural puede quedar dormida.

Las pasiones se han modificado favorablemente. La generación de Barros Arana escribió con sangre en los ojos. Había bebido con la leche del odio al español, fuente de su absurda abominación del coloniaje, o sea del seno materno. La confusión de los oficios de político y de intelectual arrastraba, fatalmente, a prostituir la historia en aras de las pasiones y de los intereses de partido. Los mismos odios tradicionales entre los bandos patriotas y las rencillas familiares eran otras tantas vendas que nublaban la vista. Todo esto ha desaparecido o se ha suavizado.

El material histórico se ha enriquecido, y cada cual puede tener hoy en su mesa de trabajo impreso la mayor parte de lo que antes era necesario descifrar penosamente, con un desgaste lamentable de tiempo y de la sensibilidad de las antenas en que vibran las ondas del pasado. Gracias a Vicuña Mackenna, a Barros Arana y a Medina, ya no es necesario emprender costosos viajes a Europa. Lo que hemos traído basta para producir la representación fiel de nuestro pasado; lo que queda sólo interesa al erudito. Las antenas que no vibren con la *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile*, con los Archivos Notariales y Judiciales, etc., no vibrarán con la adición de nuevas montañas documentales, supuesto que lo que falta fuera más de lo que parece.

Sin embargo, los historiadores se han mostrado no sólo impotentes para rehacer nuestra historia por su propio esfuerzo, sino, también, para utilizar los tesoros aun no explotados que les legaron sus predecesores y los valiosos auxilios que han recibido de los avances de las actividades afines del pensamiento.

Entre los escritores de habla española ninguno ha exteriorizado la intuición psicológica genial de Nicolás Palacios. Recubierto por la caparazón de un andamiaje científico indigerido y nadando entre sus malandanzas filológicas y sociológicas, hay un caudal de intuiciones psicológicas sencillamente asombroso. Después de contemplar cómo la garra de Palacios abre las entrañas del alma chilena y le

arranca su contenido, lo mismo en los grandes rasgos que en los matices más tenues, uno se siente incapaz de apreciar las filigranas artístico-psicológicas de segunda mano de Fouillée. Palacios alumbró con luz fulgurante, excesiva, casi cegadora, el fenómeno que constituye la piedra angular de nuestra historia: la diferenciación étnica original del pueblo chileno. A los pocos que lo habíamos advertido, se nos impuso, casi como un fenómeno nuevo de contornos y modalidades definidas, la confusa intuición que ya se nos había esbozado más de sangre a sangre que como percepción cerebral¹.

Las consecuencias psicológicas y sociológicas del mestizaje se hicieron presente desde dos puntos de vista opuestos. Mientras las palpábamos sobre el terreno los pocos que, por necesidad mental, tuvimos que encauzarnos en el pensamiento directo, Gustavo Le Bon y su escuela las vulgarizaban teóricamente en fórmulas demasiado rígidas para contener la realidad, pero suficientes para abrir los ojos al historiador. Una edición de *Nuestra inferioridad económica*, enorme para la época la índole del libro y el anonimato del autor, se agotó en días; pero no sabemos que ninguno de los historiadores advirtiera que en la obra hay una novedad trascendente que obliga a rehacer toda nuestra historia.

Nadie había podido explicarse lo que ocurrió en Chile entre 1830 y 1891. Al fin, de un campo bien distante de la historia surgió, casualmente, la luz: una gran sugestión de carácter acentuadamente religioso había engendrado una tradición. Era muy natural que se recibiera con desconfianza la novedad, y que se interrogara ávidamente a los hechos para comprobar el fenómeno. En vez de seguir este camino, se levantaron los brazos al cielo clamando contra la incursión de la fantasía y de la tesis en la historia. Un extraño a la psicología sentiría la tentación de creer que el balance de sugestiones que, ayudado por la gravitación del pasado, imprime equilibrio inestable a la vida de los pueblos en los grados altos del desarrollo mental, era fenómeno desconocido de los historiadores chilenos; o que la primera tradición político-religiosa que aparece en la historia

¹Algunos años antes de tratar a Palacios, habíamos cambiado ideas con Fouillée sobre la influencia de la sangría gótica de la conquista de América en la decadencia española.

es la de Portales; o que la primera noticia del conocido y trillado fenómeno arranca de Spengler.

○ Dada esta disposición mental, la inteligencia de nuestra historia tenía que degenerar, fatalmente, en una repetición anacrónica de los errores y de la superficialidad de la interpretación recibida, sin la excusa de los tiempos. Casi toda nuestra producción histórica de los últimos treinta años está encuadrada en el marco tradicional: ignorancia de la diferenciación racial chileno-española; desconocimiento de las consecuencias del mestizaje; sustitución del alma del pasado por las ideas del presente del autor; pesadez en la forma, como prenda aparente de la profundidad del fondo; poda de los fenómenos espirituales que engendran el devenir histórico; clasificación lastarriana de los partidos políticos en reaccionarios, admiradores del régimen colonial, y en progresistas, enemigos de ese régimen; la libertad, el orden, la tiranía, la democracia, etc., como conceptos fijos, o sea títulos que cubren los más encontrados sentimientos, ideas, intereses y tendencias.

○ La forma de la historia ha cambiado radicalmente. Ni los esquemas que se llamaron historias filosóficas ni las crónicas o historias *ad narrandum* permiten representar el pasado. Sólo la simbolización y la magia del arte logran cogerlo vivo e imponerlo a la visión del presente. Vicuña Mackenna nos legó un material precioso, que permite reconstituir, dentro de este nuevo concepto, períodos enteros del pasado aun a escritores sin poder propio de representación. Basta ordenar, corregir los errores de hecho, restablecer las proporciones, introducir el encadenamiento histórico y modificar la forma, para trocar en obras maestras sus profundas intuiciones. Pero el genial escritor era descuidado en los hechos, carecía de juicio, pecaba contra la gravedad y, sobre todo, veía más allá del sentido común: montaña de pecados contra los cánones chilenos de la historia que debe castigarse con la abominación a fardo cerrado. El que se le aproxima se hace sospechoso, se contamina.

La pereza mental y la miopía psicológica tienen comodines para los trances apurados. Uno de estos recursos las ha librado de la molestia de pensar en la causa de la decadencia de nuestra literatura histórica: los escritores del siglo XIX eran más inteligentes, más ilustrados y más laboriosos que los del siglo XX.

Nada hay más antipático ni más arbitrario que los cotejos de talentos. ¿Talento para qué?, es la contrapregunta que se atraviesa delante de la interrogación sobre el poder mental de un escritor. Pero toda mentecatez obliga, generalmente, a recurrir a otra mentecatez para contrarrestarla. Eslabón que enlaza la generación que pasó con la actual, difícilmente otro escritor podrá juzgar desde una posición más favorable que la nuestra. Éramos muy jóvenes cuando conocimos y tratamos a algunos de los grandes historiadores del siglo pasado, pero la sensibilidad para lo psíquico suplía, hasta cierto punto, nuestros defectos de edad y de madurez de criterio. Pues bien, si esta circunstancia da alguna autoridad a nuestro juicio, el aserto no pasa de ser un simple reflejo del verso de Horacio: "Viejos alabadores del tiempo en que ellos fueron jóvenes", en los sobrevivientes del período de oro de nuestra historia; y eco de la copla de Jorge Manrique: "cómo a nuestro parecer cualquiera tiempo pasado fue mejor", en la nueva generación.

Entre los chilenos que se han asomado a la historia, considerados en el conjunto del poder mental, no ha habido cerebro más poderoso que el de Alberto Edwards; y en la fuerza de la intuición histórica sólo cede a Vicuña Mackenna, superándolo en la firmeza del juicio. Enrique Matta Vial, para no hablar sino de los muertos, tendría que ser colocado inmediatamente después de don Isidoro Errázuriz. Entre los vivos quedan dos, a lo menos, cuyas aptitudes sometidas a la gimnasia de los escritores del siglo XIX, habrían llevado nuestra historia a cumbres insospechadas. Pronto vamos a ver que Barros Arana era intelectualmente menos que algunos de los jóvenes escritores en cuyas manos languidece hoy la historia.

Lo que inclina la balanza hacia el platillo del pasado es un fenómeno que nada tiene que ver con el poder mental ni con la cultura; pero que el sentido común difícilmente aceptará. Vamos, sin embargo, a intentar explicarlo.

Las formas bajo las cuales se nos representa la vida tienen un ritmo: nacen, crecen, florecen, se marchitan, mueren y se disuelven en mantillo. El ritmo se cumple en el árbol, en el animal, en el hombre, en los pueblos, en las corrientes intelectuales y en todo lo que vive. La vida literaria está tejida por impulsos que afloran, cumplen su ritmo y se tornan mantillo; y del mantillo en que se disuelve la corriente que muere, se nutren las raíces de la corriente

que nace. Si una sociedad, después de cumplido su ciclo vital, se anquilosa, retarda el advenimiento de la nueva forma social en la misma medida que el azar prolonga artificialmente sus días inútiles. Si una forma literaria cuyo contenido vital se agotó se embalsama, en vez de disolverse, impide el advenimiento de la forma que debe sustituirla: la vida no renace sobre el cadáver embalsamado.

Es lo que ha ocurrido en la evolución de nuestro pensamiento histórico. La forma preliminar de que hablaba Barros Arana, o sea la que cuenta ordenadamente los resultados materiales de la investigación, germinó, creció, fructificó y se agostó. Pero, en vez de convertirse en mantillo y nutrir a la forma que debe superarla, se embalsamó; formó una costra dura, pétrea, que los brotes tiernos no pueden romper de adentro hacia afuera y que ninguna raicilla puede horadar de afuera hacia adentro.

Una forma literaria desdeñada por el pensamiento en avance es forma infecunda, cadáver insepulto; y el menosprecio del historiador chileno por todo lo que no está contenido en la momia, es imagen pálida del desdén insultante del pensador y del artista por el concepto chileno de la historia.

El alejamiento de los que tienen alas cerebrales se produce, en la generalidad de los casos, antes de asomarse a la historia. La vocación racial empujó, sin embargo, hacia ella a algunas inteligencias de primer orden; mas la camisa de fuerza de la anquilosis, que acecha al que se le aproxima, cayó sobre ellos y atrofió incumplidas sus disposiciones naturales. La forma literaria que va en ascenso espolea al escritor y le fuerza a rendir todo su contenido; satura la atmósfera con una energía galvánica que empuja y estimula a superarse. Lo palpamos en Barros Arana y en la mayoría de los historiadores del siglo XIX. Por el contrario, la forma anquilosada corta las alas y desmoraliza; difunde en la atmósfera algo que desalienta e impele a replegarse sobre sí mismo o empuja hacia la imitación. Se abandona la jornada o se la recorre con el trote cansado del caballo de posta. Es el caso de los cerebros superiores de Edwards y de Matta Vial y de algunos de los que viven. Sólo los medianos trotan alegremente con su carga; el datito que añade un chisme o una tontería, casi siempre desdeñada por los antiguos historiadores, a nuestras prolijas crónicas más

largas que la *Historia de Roma* de Mommsen y más largas que las historias de Grecia por Curtius y por Grote.

¿Pero cómo se generó esta anquilosis?

La génesis de la anquilosis que momificó nuestro pensamiento histórico entraña una de las manifestaciones más visibles de la falta de lógica en el suceder.

Entre nuestros historiadores, fue Barros Arana el que tuvo una vocación histórica más honda y un concepto más amplio de la historia. Admiraba las síntesis de los grandes pensadores que le dieron “una grandiosidad sorprendente”. La historia así concebida —dice— “nos permite observar en un cuadro general y concreto la marcha progresiva de la humanidad, y apreciar en su conjunto las leyes morales a que está sometido su desenvolvimiento”. Reconoció “que la historia de la sucesión ordenada de los gobernantes de un pueblo, de las guerras que sostuvieron y de las más aparatosas manifestaciones de la vida pública, no satisfacen en nuestra época a los lectores ilustrados. Buscan éstos en las relaciones del pasado algo que lo haga conocer más completamente, que explique su espíritu, su manera de ser y que revele las diversas fases porque ha pasado la sociedad de que se trata. Para muchos de ellos, la relación prolija de acontecimientos, por pintoresca y animada que sea, tiene escasa importancia”. Y mirando al porvenir, presiente que “la historia narrativa tendrá en los siglos venideros menos adeptos”.

Demos de mano a la anticuada oposición entre la historia filosófica y la historia narrativa, y el fondo de su concepto es uno de los que más se aproxima al de hoy. Si no lo realizó, no fue por errada dirección, sino porque sus facultades naturales no se lo permitieron: colocado en la alternativa de acomodar la concepción de la historia a sus facultades o de fracasar, persiguiendo un ideal que las rebasaba en exceso, su modestia y su buen juicio le empujaron por el primer sendero. Por lo demás, en la historia tal como él podía escribirla sólo veía la fase inicial de un proceso de superación. Jamás le oímos preconizar como ideal su sistema. A lo menos, a nosotros siempre nos empujó hacia Macaulay.

No logró sobreponerse a las mortificaciones que le ocasionaron la capacidad investigadora de Medina, a pesar de excederlo en la

firmeza crítica, y la historia de Sotomayor Valdés, al hacerle percibir, mostrándosele por el costado opuesto, su fatal inclinación a mezclar el presente en el pasado. Mas el apostolado que hay en el fondo de las vocaciones verdaderas lo preservó de la pequeñez del sistema.

Y sin embargo, por una ironía del destino, que parece burlarse siempre de la lógica, este verdadero apóstol de la historia fue el vehículo involuntario de la anquilosis que debería detener entre nosotros su progreso. El maestro que habría deseado hacer de cada chileno un historiador, debía trocarse en rodado que impide la prosecución de la marcha de nuestro pensamiento histórico; el historiador que soñó con Macaulay el perfeccionamiento indefinido de la historia, debía convertirse en cárcel donde se pudre el impulso intelectual más vigoroso que hasta hoy ha exteriorizado el genio chileno.

Conviene, antes de proseguir, esbozar la personalidad intelectual de Barros Arana, su concepción de la historia y los resultados prácticos que obtuvo en su tesonera labor. Sólo así se podrá precisar el papel que ha jugado en la crisis de nuestra historia.

El recuerdo de los condiscípulos coincide en pintar a Barros Arana como alumno tardo intelectualmente, cuya aplicación y laboriosidad le permitían cumplir sin brillo las sencillas tareas escolares de su época. No habría exteriorizado ninguna disposición especial; el aprendizaje de la historia no habría sido para él más fácil que el de las matemáticas.

Causa mucha extrañeza la dificultad para aprender la historia en un niño que más tarde exteriorizó una de las memorias históricas más felices que se registran en nuestros anales literarios. Los libros del Instituto tampoco justifican rigurosamente el juicio. Barros Arana no fue un alumno sobresaliente: en el cuadro de honor del año 1843 figuró en tercer lugar en aritmética, en quinto en latín y en séptimo en dibujo natural; en el cuadro de 1844 sólo figura en quinto lugar en dibujo; y no aparece su nombre en el de 1845. Pero las votaciones corresponden a un buen alumno².

²Barros Arana perdió, como era natural atendida su edad, el año escolar de 1839; pero, matriculado como alumno interno del Instituto el 26 de marzo de 1840, siguió con regularidad los cursos de humanidades, sin recibir nunca un voto de reprobación en sus exámenes. Desde que cumple los 13 años, se le puede considerar un buen alumno. La deferencia del vicerrector del Instituto Nacional, don Carlos Ramírez, nos

En el juicio de los condiscípulos entra, sin duda, por mucho la ausencia de vivacidad y de ingenio. Ya en el apogeo de la vida, la falta de espiritualidad y de gracia colocaba al gran historiador en situación deprimida aun en el grupo de sus amigos³. Tampoco toma en cuenta la desventajosa posición en que lo colocaba la edad. Entró al Instituto de poco más de 8 años en 1839; y en 1845 aparece dando examen de historia romana, prosodia y métrica latina, latinidad superior, francés e historia santa a un mismo tiempo con don Miguel Luis Amunátegui, que era dos años y medio mayor que él.

En cambio, las características del hombre y del escritor se destacan con tanto relieve que se entran por la retina sin necesidad de buscarlas.

Parodiando en prosa el célebre verso del epigrama de Quevedo, era un escritor al sentido común pegado. El sentido común, el recio sentido común vasco, constituía la urdimbre y la trama de su personalidad intelectual y humana. Sus conocimientos y su fanatismo por la cultura podían engañar al interlocutor distraído que lo trataba por primera vez, e inducirlo a ver un profesor. Era sólo un barniz; debajo del historiador y del profesor estaba psicológicamente intacto el vasco sensato; ni la vocación ni la gimnasia de una vida entera consagrada a la enseñanza y a la historia lograron doblar el regio andamiaje ancestral. El pensamiento de Cicerón con que cerró el prólogo de su último libro: *Un decenio de la historia de Chile*, en los originales, está escrito sobre el dorso de la papeleta bancaria en que se le comunicaba el moderado saldo al haber de su cuenta corriente en ese día.

Implícita en su recia estructura vasca está la línea maestra de sus

permite reproducir las votaciones de sus exámenes: año 1843, 2 D. y 1 A. en tercera de latín, calificativo de bueno en dibujo y 3 D. y 1 A. en aritmética y álgebra; año escolar 1844, 1 D. y 3 A. en Historia Griega, 2 D. y 2 A. en cuarta y quinta de latín y 1 D. y 3 A. en clase adelantada de latín (toda la gramática y traducción de Tito Livio); año escolar de 1845, 2 D. y 1 A. en Historia Romana y 3 D. en Historia Santa.

³Don Francisco Valdés Vergara nos refirió los esfuerzos que su tío don José Francisco Vergara y Echevers gastaba en la tertulia de su quinta de Viña del Mar, para no aplastar con su ingenio y el brillo de su talento la opaca figura del huésped y amigo querido. La señora Blanca Vergara de Errázuriz recordó, también, la misma observación recogida en las tertulias de su padre.

características intelectuales: la limitación⁴. Como en don Crescente Errázuriz, una bóveda de bruñido acero enclaustra el vuelo del pensamiento. El horizonte de la vida se encierra en los límites de su propia personalidad y del ambiente familiar y social que la envolvió. Todo lo que rebasa la vida cotidiana prosaica y vulgar les era inaccesible: no corrieron el riesgo de extraviarse en las regiones nebulosas de la fantasía; leyéndolos, se siente la tentación de creer que nunca les torturó el enigma de la existencia ni se asomaron al abismo insondable de la vida.

Sobre este fondo común, los demás aspectos y matices de la personalidad individualizaron con bastante energía a ambos escritores. Mientras que la cultura y la historia fueron una distracción, casi un accidente, en el gran prelado, para Barros Arana lo fueron todo.

La percepción de los sentimientos y de los móviles humanos era en el señor Errázuriz más aguda que en el gran investigador; y sin ver más lejos ni más hondo, veía más claro dentro de la esfera que encerraba para ambos el vuelo del pensamiento.

El sentido común constituía para los dos la única medida de los hombres, de las ideas y de los acontecimientos; pero otros factores los conducían a resultados diferentes en la apreciación.

La conciencia de su superioridad y el sentido muy desenvuelto del ridículo, impulsaron al ilustre prelado a ver en los hombres que conoció y trató un desfile de mentecatos, de chiflados y de locos: el padre Jeremías, don Blas Cañas, los señores Astorga, Taforó, Lazo, Fabres, Escobar, Casanova, Infante, Fernández Concha, don Hipólito Salas, el presidente Balmaceda, etc. Menos mal que rompiera su irónica silueta del mandatario.

Dos rasgos suavizaron en Barros Arana las consecuencias de la estrechez mental en la apreciación de los hombres. Su modestia intelectual lo tornó, si no más comprensivo, más respetuoso con los desequilibrados que chocaban a su sentido común, pero que representaron un valor efectivo.

La ausencia del sentido del ridículo contribuyó al mismo resultado. La ironía espontánea, que movió al señor Errázuriz a deshacer su

⁴La limitación intelectual, en el sentido que tiene aquí, no se excluye con el talento dentro del orden de ideas accesibles a la mentalidad del escritor, como ocurre con don Crescente Errázuriz.

propia personalidad de prelado y de cristiano y la de todos los hombres que topó en su carrera, menos el señor Valdivieso, por el placer estético de hacerlo, era extraña a la idiosincrasia de Barros Arana. Sólo la miopía psicológica de los intelectuales chilenos de la época pudo atribuirle la paternidad de las cartas de Severo Perpena⁵. Su sátira era burda, pesada y degeneraba en el pelambre vulgar. Nunca encontraba ni la expresión espiritual ni el dardo agudo que traspasa. La conciencia del fracaso de los desgraciados ensayos periodísticos de su juventud, lo alejó de un arma que no se avenía con sus dotes intelectuales. Comprendió menos a los hombres, pero también los caricaturó menos.

De su urdimbre vasca emana, igualmente, su austera concepción moral de la vida, que tan honda trascendencia tuvo en la realización práctica de su concepto de la historia. La vida es seria. La laboriosidad tenaz orientada hacia un fin útil por medios dignos y justos es lo único que la realza a sus ojos. Fue, a la vez, la vida que vivió y el prisma a través del cual juzgó a los hombres en la historia.

La resistencia admirable del sentido común a la deformación engendrada por el oficio de escritor produjo una resultante extraña: el desdoblamiento de la personalidad. Lo artificial, lo adquirido, la cultura, se sobrepuso, como un barniz, sobre la personalidad sin integrarse en ella. En la *Historia de Chile* el fenómeno se torna muy aparente. Psicológicamente, es una obra escrita por el sentido común de un hacendado o de un comerciante cuerdo y sesudo, que el intelectual no ha comprendido ni comprenderá jamás. Pero el texto parece haber sido retocado por una junta de profesores en cuya mente campeaba todavía la filosofía política del siglo XVIII. Lo adornaron con algo de lo que cada uno sabía, sin cuidarse a veces del contenido vital del trozo de historia en que iban engastando su saber. Un ejemplo fijará mejor el concepto.

Señalando Barros Arana las causas de la anarquía de 1823-1830, dice que no fue "la consecuencia de ambiciones malsanas, ni del caudillaje militar, que, si bien había asomado en Chile en sus formas más amenazadoras en los primeros días de la revolución, no tenía entonces (1825) ni tuvo más tarde el carácter alarmante y odioso

⁵Seudónimo de don José Francisco Vergara y Echevers.

que alcanzó en otros pueblos hispanoamericanos. Era, sí, el fruto de la educación colonial, de la ninguna preparación del pueblo, comprendiendo bajo este nombre las clases acomodadas, para constituir un gobierno regular bajo el régimen republicano, que debía ser una obra de mayor cultura y de una larga y penosa evolución"⁶. Y poco más adelante, refiriéndose al orden que implantó Portales, rectifica el juicio, diciendo: "La república de Chile disfrutaba desde 1830 de una paz desconocida hasta entonces en los otros Estados del mismo origen, y que por su duración no tenía precedente en nuestra historia desde los primeros días de la revolución de la independencia". "Esta paz interior, fruto en gran parte de la actitud vigilante y vigorosa del gobierno, lo era muy principalmente de los hábitos arraigados de orden y trabajo en un país generalmente pobre y apático"... En su incapacidad para percibir los fenómenos psíquicos, el sentido común del historiador se explica el orden "por la actitud vigilante y vigorosa del gobierno", actuando sobre hábitos arraigados, que antes creía con razón que sólo podían ser la resultante de una larga evolución. Poco más adelante comprueba que, después de Yungay, el gobierno relajó las medidas de vigilancia, y las conspiraciones, en vez de aumentar, disminuyeron. El historiador recordó, entonces, una frase leída en un escrito de juventud de Macaulay: "Sólo hay un remedio para los males que produce la libertad recién conquistada, y es la libertad misma"⁷ y haciendo suyo este pensamiento, dice: "Nadie hablaba de revueltas, porque no había persecuciones"⁸.

La alianza de su sentido común con los recuerdos de lecturas que a cada momento se hacen fuego con él, formó una argamasa, aparentemente sólida, que en todo el curso de la historia substituye el significado hondo y el encadenamiento de los fenómenos por una inteligencia convencional, que con frecuencia resbala por la superficialidad de los sucesos y de los hombres⁹.

Este extraño fenómeno, este desdoblamiento entre la personali-

⁶*Historia general de Chile*, tomo XIV, p. 465.

⁷Milton.

⁸*Un decenio de la historia de Chile*, tomo I, pp. 7 y 55.

⁹Si se interpretan con buena voluntad estas contradicciones, se advierte en ellas una percepción incompleta de la realidad, sólo aparentemente perturbada por la sugestión doctrinaria.

dad y la cultura, fue la resultante de la rigidez atávica de la organización mental y moral, reforzada por el medio que meció su juventud. Pero no habría sido posible sin la concurrencia de otra característica: la pobreza ideológica. Barros Arana nunca pensó los fenómenos ni los problemas que rebasan el sentido común; el ejercicio desarrolló en él un notable poder de selección para escoger entre las ideas ajenas las que convenían con su idiosincrasia. Estas adquisiciones nunca se incorporaron a su estructura mental, y se produjo el curioso resultado de que la cultura no es prisma que deforme ni luz que alumbre el fondo de su visión; sólo es etiqueta que cubre los errores y los aciertos.

La última gran característica es la violencia de las pasiones. El odio a los hombres que alguna vez lo ofendieron o que ofendieron a su

El sentido común del autor se da cuenta confusa de que en Chile se reunieron condiciones físicas, étnicas e históricas favorables al orden; pero que, abandonadas a sí mismas, la anarquía habría devorado. Advierte, también, que Portales agregó a la consolidación del orden algo ineludible, y en su incapacidad para percibir lo psíquico, juzgando por las apariencias, cree divisarlo en la firmeza del gobierno. Más adelante constata que, a pesar de haberse suprimido las medidas de represión, el orden tiende a asentarse cada vez más. La visión del sentido común no era, pues, rigurosamente exacta, y busca una explicación cualquiera, sin meditarla, en las reminiscencias de lo leído. Macaulay, con la vehemencia mental de los 25 años, había expresado una creencia de su generación en una frase gráfica que se grabó simpáticamente en Barros Arana, y la incorpora en su inteligencia de la historia, sin fijarse en que invierte los términos de la realidad. Pero, en el fondo, su sentido común sigue creyendo que el aserto de Macaulay sólo se cumple en pueblos adultos cuya alma elaboró por sí misma el sentimiento de la libertad; y que, sin ese algo, que no alcanza a divisar, con gobiernos fuertes y con gobiernos débiles, habrían desaparecido en Chile el orden y la libertad. Lo presente, pero su completa insensibilidad aún para los fenómenos psicológicos de mayor relieve, le impide percibir que la tragedia del Barón tuvo un significado trascendente, que engendró, por un lado, el espanto y, por otro, transfiguró a Portales en una idea-fuerza; que del campo de batalla de Yungay surgió un alma nacional; y que, mientras la mano de Santa Cruz cesaba de actuar, la gloria de Bulnes se atravesó, momentáneamente, como un dique contra la anarquía. No lo dice porque el cerebro no lo ve, pero la sangre lo siente. Cuenta que a raíz de Yungay surgió en Chile por primera vez un entusiasmo nacional que no se advierte en la revolución de la Independencia.

La misma insensibilidad psicológica le impide ver que la revolución de 1851 fue originada por el rápido desvanecimiento del espanto que causó la hecatombe del Barón, por las repercusiones del 48 europeo y por la transición del poder del militar al civil. Ya en esta parte la voz de la sangre enmudeció ahogada por sus odios personales, cuya vehemencia excede toda ponderación. Arrastrado por el descarrila-

padre era inextinguible; el corto número de sus fanatismos, la anti-religiosidad y la cultura, le cegaba completamente¹⁰.

No conocemos otro escritor que haya luchado con más denuedo contra sus disposiciones sentimentales. Cuando se le oía expresarse de las ideas y de los hombres odiados, parecía imposible que de su pluma pudiera brotar otra cosa que los capítulos que escribió en el *Cuadro histórico de la administración Montt*. Reaccionaba, sin embargo, contra sus sentimientos y contra sus fanatismos, salvo el de la cultura, con una energía sencillamente admirable. No alcanzaba la imparcialidad, porque era una meta imposible para un temperamento como el suyo. Alcanzaba, en cambio, la apariencia de la imparcialidad, que ya es mucho. Pretirió, tal vez, sin darse cuenta, la docu-

miento del devenir histórico, tampoco ve que el orden de 1830-1851 y el aplastamiento mismo de las revueltas, crearon un hábito e hicieron posible el régimen de 1861-1891.

Esta incapacidad para percibir lo psíquico y esta dualidad entre la sangre y las sugerencias de las lecturas, empiezan en la primera página de la *Historia general de Chile* y sólo concluyen en la última página de *Un decenio de la historia de Chile*.

Hizo una historia que nunca se admirará bastante como esfuerzo de investigación. Pero impuso, al propio tiempo, en nuestro ambiente intelectual un concepto superficial y trunco de la evolución política del pueblo chileno. Se puede discutir en qué medida esta visión es la resultante de las fallas cerebrales del historiador, y en qué medida refleja las fallas psíquicas de su raza; no se puede discutir su irrealidad.

¹⁰Permaneció atado a los odios personales y a sus sectarismos hasta la senectud. La serena indulgencia para con los hombres y las ideas, característica del ocaso en las mentalidades superiores, no alumbró el final de su larga jornada intelectual, por el contrario, la idea de vengarse póstumamente de los que odió, se tornó casi una obsesión, si hemos de juzgar por las distanciadas conversaciones que tuvimos con él en los años últimos. Las pocas páginas que nos leyó de una especie de "Memorias" se acercaban más a la sátira burda que a la ironía del señor Errázuriz. Ignoramos la suerte de estas páginas; pues, habiéndole encarecido con demasiada franqueza que no empequeñeciera su personalidad —con todas sus limitaciones, la mayor de la América española en el terreno histórico— acabó por fastidiarse y por no volver a hablarnos del asunto.

Los que conocieron joven a Barros Arana coinciden en afirmar que su volterianismo fue, primitivamente, el de Portales, con menos gracia y sin el sentido humano que la ausencia de espíritu libresco le imprimió en el gran ministro. El fanatismo antirreligioso habría sido la resultante secundaria de los ataques de que lo hicieron blanco el fanatismo religioso y los prejuicios de la época. El aserto calza con su estructura mental y con su temperamento. Pero habría que añadir que se convirtió en una segunda naturaleza. A lo menos, cuando le conocimos, hacia 1892, su sectarismo distaba mucho de revestir el carácter de lo accidental y postizo.

mentación que realizaba a los hombres aborrecidos; mas nunca les inventó nada y aun disimuló sus faltas cuando lo exigía su concepto moral de la historia.

La curiosidad intelectual, como ocurre en todos los limitados, se transformó muy temprano en la admiración de la cultura por la cultura; y otra transferencia acabó por confundir, por lo menos en la historia, la cultura con el desarrollo mental. Este fanatismo, admirable como apostolado, se tornó para el historiador en una nueva venda que se superpuso a la de la estrechez excesiva de su visión. Sin embargo, nunca cayó en la pedantería del profesor alemán, que tanto mortificaba a los nervios de Goethe. Hay en su fanatismo un no sé qué de ingenuo y de liviano; la humillación de la mente ante el saber de ropa hecha resulta en él simpática.

El concepto de la historia se representó a Barros Arana, como a muchos pensadores del siglo XIX, dentro del marco forzado de un dilema: la historia filosófica y la historia *ad narrandum*.

Bajo la denominación impropia de historia filosófica se englobaban todas las obras que iban más allá de las apariencias del suceder histórico. Caía dentro de la órbita de este concepto una gama que oscilaba desde la historia objetiva, en que la intuición del autor logra aprehender el alma del pasado y el encadenamiento histórico vivo, hasta las obras puramente subjetivas, en que el autor vacía la masa triturada de los hechos en un molde elaborado previamente por sus concepciones filosóficas, sociales o políticas. Se daba, también, esta denominación a los cuadros en que los acontecimientos se disponían en forma calculada para destacar el nexo que los unió en la realidad.

Caracterizaba exteriormente a la historia filosófica, la menor importancia relativa que el autor concede a la narración de los hechos materiales con respecto a las ideas y a los sentimientos que animaron el pasado y a los móviles de los actores. Lastarria representó bien, entre nosotros, la variante de la historia filosófica que acomoda los hechos a las teorías políticas y sociales y a los postulados filosóficos.

La historia *ad narrandum* tendía, al principio, a confundirse con la crónica, o sea con la narración ordenada de lo que ocurrió, que prescinde conscientemente del nexo vital, no siempre lógico, que

une los sucesos en el tiempo y en el espacio. De hecho olvidaba casi completamente el alma del pasado; y se inclinaba por lo general a la narración de las guerras, de los cambios de gobierno y de los acontecimientos sensacionales, en detrimento de las mudanzas inaparentes en los diversos aspectos de la vida que gestan el suceder. Más tarde abarcó, siempre dentro del mismo concepto, la vida familiar y social, el desarrollo económico y la evolución de la cultura.

Desde el punto de vista que hoy nos interesa, la historia *ad narrandum*, lo mismo que la filosófica, oscilaba del objetivismo al subjetivismo al compás de la disposición sentimental e ideológica del autor. Los sucesos se coloreaban según el color del vidrio a través del cual se les miraba. La fisonomía de la revolución de la Independencia cambiaba completamente narrada por un español o por un patriota, por un carrerino o por un o'higginista. Y como, de acuerdo con el concepto tradicional, se clasificaban los hombres y los actos en buenos, en regulares y en malos, a través del prisma moral del autor, el subjetivismo resultaba aún más acentuado en la mayoría de las historias *ad narrandum* que en las filosóficas. La amplitud y la profundidad mentales de la mayor parte de los grandes pensadores que escribieron historias filosóficas, levantaron sus miradas por encima de las pasiones pequeñas y grandes. Su error consistió, precisamente, en prescindir demasiado de lo humano y en posarse en exceso sobre las grandes abstracciones de nuestra mente. Por el contrario, la pequeñez intelectual de la mayoría de los historiadores *ad narrandum*, los ató al patriotismo y a la moral, en las pasiones grandes, y al sectarismo religioso político y social y aun a los odios familiares y personales, en las pasiones pequeñas.

Lo que caracterizaba a la historia *ad narrandum*, exteriormente, era la extensión y la importancia preponderante que tomaban en ella los hechos.

Como ya se ha visto, Barros Arana se inclinó a esta segunda forma. Su preferencia estaba impuesta por el atraso en que se encontraba entre nosotros la investigación, por la índole de sus disposiciones naturales y por la experiencia del fracaso de los ensayos que habían intentado otros escritores, especialmente Lastarria. Verdadero genio de la investigación, carecía de casi todas las dotes que hacen al historiador. Su obra, según veremos más tarde, fue la resultante —y no es este el menor de sus méritos— de un esfuerzo tenaz y

metódico, en que tuvo que crearse a sí mismo las aptitudes y acomodar la concepción de la historia a sus facultades.

Pero al optar por la historia *ad narrandum* no se resignó, como don Crescente Errázuriz, a encerrarse en la simple crónica. Aspiró a incorporar en el cuadro narrativo "el encadenamiento lógico de los hechos, su sucesión natural explicada por medio de las relaciones de causa y de efecto, el estudio no sólo de los sucesos militares y brillantes, sino de todos los accidentes civiles y sociales que pueden darnos a conocer la vida de otros tiempos, lo que pensaban y sufrían las generaciones pasadas, así como su estado moral y material". Y, repitiendo este concepto, añade a renglón seguido: "La historia de un pueblo no es ya únicamente la de sus gobernantes, de sus ministros, de sus generales y de sus hombres notables, sino la del pueblo mismo, estudiado en todas sus manifestaciones, sus costumbres, sus leyes, sus ideas, sus creencias, su vida material y moral; y debe además estar expuesta con la más transparente claridad para que del conjunto de hechos tan complejos, resulte la reconstrucción artificial pero exacta del pasado"¹¹.

Este concepto penetró hondo en la mentalidad del gran investigador. Fue la meta que se propuso alcanzar. Si quedó rezagado en la mitad de la jornada, culpa fue de las fuerzas y no de la dirección.

No ocurre lo mismo con el concepto de la objetividad de la historia. "Se insiste mucho en nuestros días, y con razón —dice, reproduciendo a Scherer— en la necesidad que tiene el historiador de hacer abstracción intelectual y moral del medio en que se encuentra colocado. Se quiere que se separe de su siglo, y en cierta manera de sí mismo, de sus propios sentimientos, de sus propias ideas, a fin de entrar mejor en el espíritu de los tiempos pasados. La recomendación es buena, pero es más difícil de seguirse de lo que parece. Se necesita un grande hábito en las investigaciones para saber cuánto difiere el hombre antiguo del hombre moderno y se necesita una flexibilidad de espíritu poco común para transportarse a una antigüedad remota y asociarse por un momento a sus preocupaciones y pasiones; se necesita una alta imparcialidad de espíritu para desligarse de su propia manera de ver, y para renunciar a hacer de ella la regla de lo verdadero".

¹¹ *Historia general de Chile*. Prólogo.

Barros Arana reprodujo, casi mecánicamente, estas reflexiones. Era demasiado extraño a la psicología para comprender su significado profundo, y demasiado extraño al arte para presentir que en ellas está implícita la solución de la dificultad que el complejo desarrollo social de nuestros días opone a la historia general tal como se la concebía en su tiempo.

Tampoco tuvo la conciencia del encadenamiento histórico como algo real y vivo, absolutamente independiente del raciocinio y de la lógica del historiador: cuando habla de que la filosofía de la historia debe desprenderse sencillamente de los hechos, sólo tiene presente la relación de causa y de efecto, que el sentido común elabora para explicarse lo que sucedió en los tiempos pasados. No sólo no se aisló del ambiente que le rodeaba, a fin de penetrar en el espíritu del pasado, sino que transportó a él las ideas, las pasiones, los intereses, el alma en una palabra, del momento en que le cupo vivir. El historiador, lejos de intentar el adormecimiento de su propia personalidad, deformó enérgicamente la historia para acomodarla a su propia visión sensata y limitada en exceso. Su recio sentido común informa el suceder desde la llegada de Almagro hasta el advenimiento de don Manuel Montt y ahoga por completo el encadenamiento histórico real, que nunca pudo percibir.

El concepto moral de la vida completó en Barros Arana la concepción de la historia: la historia debe ser seria, grave, sensata y razonable. A pesar de la sentencia de Cicerón: "¿Quién ignora que la primera ley de la historia es no decir nada que sea falso, tener el valor para no callar nada verdadero; y evitar hasta la sospecha de favor o de odio?", debe suprimirse todo lo que pueda influir desfavorablemente en la formación moral de las generaciones que vienen. Hay que disimular el hecho de que la revolución de la Independencia fue una guerra civil; y censurar las zamacuecas de Portales, que Vicuña Mackenna tuvo la desgraciada ocurrencia de recoger en la historia. El temperamento y el carácter de Carrera repugnan a su sangre vasca; pero fue gobernante de Chile y, aunque en rigor no era necesario, consagró largas notas a vindicarlo de los cargos de asesino y de salteador con que infamaron su memoria Osorio y las víctimas de sus atropellos, y pasó, como por sobre ascuas, por las atrocidades cometidas en el villorrio argentino de El Salto.

Siendo la historia una lección de moral, debe destacarse en ella

un grupo predominante de hombres intelectual y moralmente superiores, espejo de todas las virtudes cívicas y privadas; y como la realidad histórica, por desgracia, no los da hechos, el historiador tiene el deber de fabricarlos sin mentir. Basta relegar al claroscuro las fallas. Una comarsa menor de réprobos debe ser objeto de los juicios severos del historiador; pero sin faltar a la dignidad en la censura ni a la decencia en la narración de la conducta de los personajes. Don Ambrosio O'Higgins, Martínez de Rozas, don Bernardo O'Higgins, San Martín, Cienfuegos, Zenteno, Pinto, Bulnes, etc., le suministraron el material para la elaboración de los personajes ejemplares; el gobernador Meneses, San Bruno, García Carrasco, Carrera, Montea-gudo, etc., se lo suministraron para la de los réprobos. En el medio quedaron, flotando en el vacío, los caracteres complejos, grandes o pequeños, que su falta de agudeza psicológica no podía clasificar: Portales, Manuel Rodríguez, Irisarri, etc. Los hombres corrientes, Prieto, Tocornal, etc., forman una masa poco diferenciada; y los midió siempre teniendo muy en cuenta su religiosidad y su concepto de la enseñanza. Con los que tuvo cuentas pendientes, Montt, Errázuriz Zañartu, Santa María y Balmaceda, dejando a un lado a los pequeños, el juicio se tornó imposible. Pero, a diferencia de Vicuña Mackenna, tuvo la cordura de no introducir sus desahogos en la historia.

Para alcanzar este objetivo, empleó un recurso literario que ha pasado inadvertido: la colocación estudiada del documento, a fin de producir el efecto que el historiador desea, sin declamar, sin abogar y sin suprimir el documento mismo. Llevó a tan alto grado de perfección este arte que se da el caso curioso de que el lector indocto entiende lo contrario de lo que las fuentes dicen, al paso que el docto sólo divisa una mala presentación documental originada por descuido, a menos de estar prevenido. Es la resultante de la lucha entre su deseo de hacer de la historia una cátedra de moral y su innata necesidad de ser veraz. Debe reconocerse, sí, que Barros Arana empleó este procedimiento, casi siempre, para realizar su concepto moral de la historia y especialmente para crear los personajes ejemplares que la vida no da hechos. Sólo ocasionalmente recurrió a él para desahogar sus sectarismos y sus odios personales; la disimulación de las consecuencias de la expulsión de los jesuitas y de la labor de don Manuel Montt en el gobierno de Bulnes son excepciones;

pero excepciones que comprometen gravemente la inteligencia del devenir histórico. La misma ocultación de la conducta de Freire y de Pinto en el proceso de Argomedo, que tuvo a la vista, perturba de tal manera el desarrollo de los sucesos políticos que siguen, que sólo nos fue posible entenderlos cuando la documentación original cayó en nuestras manos. Sin embargo, no le movió otro propósito que disimular la falta de sagacidad política de Pinto, a la sazón ministro del interior. El encadenamiento histórico es una delicada máquina de reloj; basta hacerle una ligera presión o introducirle algunos granos de arena para que se rompa en los puntos más imprevistos: no hay sagacidad ni firmeza de juicio capaz de suprimir o de añadir nada a lo que sucedió sin que se desorganice.

Estaba tan arraigado en Barros Arana el concepto de la historia como lección de moral que nunca advirtió las repercusiones que tiene en la inteligencia del pasado. Siempre tuvo para con nosotros una deferencia grande, atendidas su estructura mental y su posición. Pero la indulgencia se eclipsó, momentáneamente, cuando en una de las espaciadas visitas tuvimos la mala idea de hacerle notar que la disimulación de la tardanza mental de O'Higgins y de la incapacidad política del general Pinto, tornaba ininteligible el devenir histórico de 1820 a 1830. Cuando el chaparrón escampó, dijonos desde lo más profundo de su alma: "Si la historia no nos ofrece hombres modelos, es deber del historiador hacerlos. Son pocos los que buscan la **inteligencia de la historia**, y muchos los que reciben las lecciones que ella da".

Inconscientemente, el predominio aplastante del sentido común engendró otro aspecto en su concepción de la historia: el de la **sensatez o cordura** histórica. Un proceso psicológico transfirió la **cordura del cerebro** del historiador a la realidad histórica. La representación del pasado se producía en él a través de una verdadera máquina que podaba lo excesivo y lo disonante. El curso del suceso tomó en su mente una regularidad que **no tuvo en la historia**.

Nunca se admirará en exceso el rendimiento que Barros Arana obtuvo de sus modestas dotes intelectuales: el conocimiento de sí mismo, el buen juicio y la laboriosidad metódica permitieron a un hombre físicamente débil, sin más armas intelectuales que una memoria histórica feliz, una aguda intuición de la verdad material de los hechos y un sentido común tan recio como limitado, dar cima

a una empresa que parecía superior al esfuerzo de muchos hombres bien dotados.

Siguiendo el curso de su carrera de escritor, se siente la tentación de creer que la musa de la historia lo escogió para hacer una demostración práctica de los resultados que puede rendir la división del trabajo en sus dominios. Depositó en él la curiosidad, "que forma al bibliófilo, al erudito, al investigador histórico... la curiosidad no así como quiera, sino en toda su plenitud, en toda su vehemencia infantil, con todos sus deseos irresistibles, con todas sus malas intenciones, con todas sus miradas indiscretas"¹². Le añadió la memoria, el buen juicio y la intuición de la verdad material de los hechos. Pero, a fin de contenerlo en los dominios de la investigación, le negó, al propio tiempo, las dotes que hacen al escritor.

Barros Arana se rebeló contra el papel de cuy de laboratorio que la musa le había señalado, y espoleó su contenido en el empeño tenaz de ser escritor. El contenido, después de dar de sí cuanto podía dar, cayó agotado; la voluntad le obligó a levantarse; y asiéndose de los ganchos de los árboles que bordeaban el camino, continuó, tambaleándose y a pasitos cortos, la áspera repechada. Su potencia ideológica es muy débil; aprende a adaptar a su cerebro las ideas de los demás. Su pluma se enreda en el papel; se ejercita en hacer traducciones del francés, en adquirir por gimnasia el hábito de vestir el pensamiento ajeno; y a los veinte años ya puede narrar algo de lo que ha espigado su curiosidad. El estilo es fatigoso y nada hay en él que presague un escritor; trabaja catorce años más con tesón infatigable, y obliga a un esteta de su generación a reconocer que "su estilo no ha llegado a ser elegante, ameno, ni pintoresco, no ha alcanzado tampoco una corrección indisputable; pero ahora camina con naturalidad y soltura; ha perdido lo que tenía de fatigoso, conservando su severidad; es claro y preciso, sin pretensiones ni afectación, y se encuentra sostenido por la acertada disposición y enlace de las diversas partes de su asunto"¹³.

Admira a Macaulay y a los grandes historiadores y quiso imitarlos; su autocrítica advierte el resultado lamentable de la tentativa, y vira

¹²Domingo Arteaga Alemparte, *Los constituyentes de 1870*.

¹³Ibid.

hacia sí mismo en busca de una forma histórica que convenga a sus disposiciones naturales.

Esta rebelión sin audacia ni más escenario que el propio yo, esta lucha obscura y tenaz contra las disposiciones naturales, acabó por forjar a macha martillo un pensador sin ideas y un maestro de bellas letras que carecía de imaginación y de sensibilidad para la percepción de la belleza; una especie de genio del sentido común canalizado hacia la historia.

Hacia la misma época, don Isidoro Errázuriz malgastaba en el sensualismo de la vida, en la política y en el periodismo uno de los cerebros más poderosos que hayan nacido en suelo americano; la sífilis hacía la noche cerebral y mataba, en seguida, a Ignacio Zenteno Gana, el bohemio genial que don Juan Pablo Urzúa encerraba con llave en un cuartito de *El Ferrocarril* para que escribiera el editorial; y que de sobremesa solía entretenerse en descifrar los símbolos de Platón, o que, siguiendo los giros de las volutas de humo de su habano, desarrollaba la intuición griega del perpetuo devenir con una profundidad y trascendencia delante de las cuales los textos alejandrinos y las poéticas imágenes de Bergson parecen acrobacias; y el poderoso temperamento literario de don José Francisco Vergara y Echevers se consumía entre las flores de su quinta de Viña del Mar, los campos de batalla del Perú y un asomo abortado al mundo de la política¹⁴.

En la lucha de Barros Arana contra sus disposiciones hay una grandeza independiente de los resultados: es la imagen de la rebelión de la caña que piensa ante la fatalidad del cosmos intemporal e

¹⁴El destino enlazó con una amistad íntima a Barros Arana y a Vergara, como para hacer resaltar más su ironía. Puso en uno la vocación por la historia y le negó las aptitudes de escritor; y puso en el otro las aptitudes y le escamoteó la vocación. Talento amplio y profundo de una rara flexibilidad, adornado por una cultura enciclopédica que no se especializó ni debilitó su vigorosa personalidad humana; psicólogo agudísimo de lo pasado con mucho instinto del encadenamiento histórico; temperamento literario de una rara intensidad de representación, que jamás degenera en la fantasía; y narrador inimitable, difícilmente se han reunido en otro individuo, en la medida que en don José Francisco Vergara, las dotes que hacen al gran historiador. Difícilmente, tampoco, otro les volvió la espalda más desdeñosamente, por la espada y por una actividad, como la política, en la cual tenía que naufragar, necesariamente, dada la vehemencia de su carácter y la falta de las dotes que hacen al conductor de hombres.

inmensurable. La misma grandeza respira su obra: el pensamiento se aparta del texto y se posa en el drama, desarrollado en 18 volúmenes y 10.565 páginas, entre la mano que se estira para coger el pasado y el pasado que se le escurre de los dedos, para ofrecerse de nuevo y volver a escurrirse.

Esta grandeza humana del drama absorbe en tal medida, que es casi imposible concentrar la atención en la urdimbre y en la trama del libro. Mientras más activa es la mente del lector tanto más se posa en los resultados asombrosos de los estímulos fuertes sobre las posibilidades dormidas, y tanto más se aparta de las páginas sin alma y sin vida de la *Historia general de Chile*. La acabamos de leer por tercera vez, y en cada lectura se nos dibuja con mayor precisión la imagen de don Diego, informe y gigantesco esqueleto con gorra y zapatillas, inclinada sobre el hombro la cabeza que el cuello no alcanza a sostener, persiguiendo metódicamente, a través de un espeso matorral, la imagen del pasado. Pero castigüemos la pluma y obligüémosla a trocarse en bisturí.

La *Historia general de Chile*, cualesquiera que sean sus deficiencias, representa uno de los mayores esfuerzos de investigación que se haya realizado en América. Barros Arana recogió metódicamente, en el curso de una vida larga y laboriosa, mucha parte de las noticias que era posible procurarse en su época sobre el pasado colonial y casi todas las relacionadas con la revolución de la Independencia. Las controló entre sí y esclareció la verdad material de los hechos, con una sagacidad crítica no superada por otro escritor de habla española. Su juicio, casi siempre ecuánime, supo guardar la compostura y la dignidad de la forma, aun en los momentos en que sus pasiones lo arrastran a la parcialidad en el fondo, salvo cuando entra en juego su antirreligiosidad. El libro es un oasis en la literatura histórica hispanoamericana, por lo general apasionada y declamatoria hasta tornar un verdadero martirio su lectura.

Aun en su error capital, el intento de representar fotográficamente todo el matorral histórico, si no alcanzó éxito, desplegó a lo menos un método y una claridad admirables.

El estilo es serio, sencillo, sin imágenes, galas ni pretensiones, y no cansa a través de los 18 volümenes, a pesar de no estar sostenido por la fuerza de las ideas.

Los prejuicios de la ideología y de la cultura asoman con cierta frecuencia; mas el brazo robusto del sentido común los coge pronto por el cuello, los aparta del proscenio y los relega al claroscuro. El fanatismo religioso y la admiración por la cultura son excepciones aisladas.

Dentro del antiguo concepto de la historia, es, sin disputa, la obra más valiosa de la literatura histórica española e hispanoamericana de su época. Las obras de Mitre y otras historia especiales la exceden por el brillo de la forma y por la fuerza ideológica; pero ninguna se le aproxima en el esfuerzo que representa y muy pocas la igualan en la claridad y acertada distribución de las materias.

Sin embargo, desde que se avanza algo en la lectura, una sensación penosa se apodera del lector. Es la sensación de lo no alcanzado; los personajes y los sucesos desfilan; al final de cada siglo, un cuadro resume la jornada realizada y sirve de punto de partida al que empieza; en la historia hay poco de más y no es mucho lo que falta dentro de la visión vulgar y corriente; la narración de las batallas y de los sucesos es excelente: pero el final llega, y se experimenta una sorpresa al advertir que el largo desfile cinematográfico, lejos de organizarse por sí mismo, como espera el autor, queda en el cerebro como una montaña de sucesos, de nombres, de números y de fechas. La película parece tomada de un cuadro compuesto artificialmente y no de la realidad; produce la sensación indefinible de lo convencional, de lo que no llega al fondo de los hombres y del suceder.

Si se leen, en seguida, las crónicas y la documentación original, la luz se hace súbitamente sobre el extraño fenómeno.

La reacción del áspero sentido común vasco sobre la inercia psicológica del escritor recubrió el pasado con una espesa capa de hielo, sobre la cual pueden transitar trenes de artillería. Sólo al final, al contemplar desde el ocaso el hondo drama de su lucha contra las disposiciones naturales, la dura costra se ablanda por un instante para soldarse de nuevo. El sedimento místico que hay en el fondo del suceder, el nexo vital que encadena el devenir histórico y el alma del pasado quedaron sepultados bajo el hielo. El historiador mira atentamente y en buena dirección, pero sólo percibe imágenes desvaídas y contornos vagos de lo que fue; sus antenas psicológicas permanecen insensibles a las ondas del pasado.

Casi todo lo profundo y significativo, la diferenciación racial, las

hondas consecuencias del mestizaje, la gestación del alma colonial, la filigrana de fuerzas espirituales con que la lanzadera de los siglos va tejendo el suceder queda al margen de la historia.

En vez de asociarse a las preocupaciones, intereses y sentimientos del pasado y de sentirlos artísticamente, mata la vida en los hombres y en los sucesos, erigiéndose en juez y midiéndolos con una vara que ellos no conocieron y que nosotros ya sólo vislumbramos entre nieblas: la del enciclopedismo del siglo XVIII. Las sombras se turban, y en vez de virar hacia el pasado y recobrar la colocación que tuvieron en él, se encaminan en tropel hacia el presente del autor. Nunca un descendiente de español comprendió menos el alma española; y pocas veces la miopía psicológica y la ausencia de sentimiento estético se aliaron para producir resultados más deplorables que el obtenido en la interpretación del misticismo castellano por el volterianismo del autor. El asesinato psicológico y artístico de don García Hurtado de Mendoza es sólo la imagen de un extravío que campea en la obra entera y que la seriedad del marco general hace resaltar hasta lo pesado y lo mortificante.

La incapacidad para simbolizar, o sea para percibir intuitivamente los hombres y los sucesos que realmente encarnan el pasado, le obligó a incorporarlo todo en la historia. Como tenía fatalmente que ocurrir, se produjo el matorral; y el autor, aprisionado, no logró ganar altura suficiente para percibir los relieves y los contornos. De siglo en siglo se sienta bajo la sombra de un roble, y substituye lo que no ve por una imagen vaga, como todo lo que no se aprehende robando a la vida el contenido de sus entrañas y al mundo de las formas el don de la expresión. Y en vez de expresar estas imágenes como las percibió, las vacía en los filtros de la sensatez y de la cordura, a fin de presentarlas claras, decentes, razonables y vulgares. Nada brota directamente del fondo de la vida.

La vida colonial se asemeja más al suave cabrilleo de nuestros lagos andinos, iluminados por el resplandor familiar de las erupciones volcánicas, casi regulares, que al proceloso océano que baña nuestras costas. Pero pululan en ella torbellinos de gérmenes espirituales, contrastes de luces y de sombras y el balbucir inefable de la vida que empieza. Nuestra revolución está tejida con audacias y timideces, con ilusiones y desengaños, con heroísmos y cobardías, con egoísmos pequeños y con renunciamientos sublimes. El autor

sólo percibe lo grueso, lo burdo, y lo refleja con luz mortecina de un invierno polar. Su insensibilidad artística sólo hace paréntesis para dar cabida a la sequedad castellano-vasca. Todo se redondea y achata: los inviernos pierden su crudeza; la vida que renace con la primavera se hiela en las yemas; las tempestades se desvanecen antes de tocar la tierra; los arranques del orgullo y del odio, los extravíos y las intuiciones geniales se reducen a actos corrientes y vulgares; O'Higgins, Carrera, San Martín, Manuel Rodríguez, Monteagudo, Zenteno, Cochrane, Blanco, Pinto, Portales, Prieto y Bulnes, tan enérgicamente individualizados, desfilan envueltos en una amplia capa de lugares comunes. Los rasgos salientes se escapan y las anécdotas salientes que fijan su carácter aparecen, de cuando en cuando, como por azar. La gran falla de la personalidad de O'Higgins, la falta de instinto político, factor fundamental en nuestro desarrollo histórico, apenas asoma pálidamente con la excesiva viveza de sus sentimientos democráticos. La desconformación cerebral de Infante, que agravándose gradualmente, acabó en un trastorno mental circunscripto a cierto orden de ideas, es "singularidad de criterio". El genio creador de Portales se convierte en un estadista hábil, enérgico, con mucho sentido práctico y un gran desasimiento por los atractivos del poder. Una espesa capa de ceniza cae sobre las cumbres, rellena las simas, borra las formas y los colores, y envuelve las ideas, los sentimientos, las pasiones, los hombres, los sucesos y las cosas en un sudario gris, mientras el pasado huye a refugiarse en las páginas destartadas de Vicuña Mackenna. El que intente entender el pasado de Chile a través de su lectura, sólo cogerá jirones materiales de lo que fue, amasados con las ideas y con los sentimientos del autor.

Nada sería más injusto que reprochar a Barros Arana el relativo fracaso de su tentativa; fue bien orientada y dio en ella de sí más de lo que sus disposiciones naturales contenían, si esto es posible. Con todas sus flaquezas, es la que más resultó en la literatura hispanoamericana entre las distintas tentativas de historia general, y como esfuerzo nada se le aproxima entre nosotros. Pero, al propio tiempo, no hay error mayor que el de convertir este esfuerzo en sudario de la momificación de nuestra literatura histórica, ni crimen literario comparable al de señalar como modelo precisamente las flaquezas de Barros Arana.

Nuestro florecimiento histórico de la segunda mitad del siglo XIX germinó con las memorias presentadas a la Universidad entre 1844 y 1868, y fructificó con la *Historia general de Chile* (1884-1902).

La concepción histórica de Barros Arana no era susceptible de desenvolvimiento ulterior. No se podía rehacer la historia de la Colonia sin cambiar fundamentalmente el método y el punto de vista, ni era posible edificar la historia de la República sobre los cimientos desplomados que nos legó el ilustre investigador. La nueva generación se encontró, así, abocada al dilema de crear un nuevo método histórico y rehacer de pies a cabeza el edificio recibido, o de añadir, imitando el método del maestro, algunos aposentos al vetusto caserón. Optó por el segundo término.

Todo conspiró para que la *Historia de Chile* se convirtiera en modelo: la bien ganada fama del autor; el mérito del libro en cuanto investigación; su proximidad al sentido común; el atractivo de poder escribir historia sin intuición del pasado, sin sensibilidad psicológica y sin dotes literarias; la seriedad, tan grata al alma chilena; la simplicidad de la visión del desarrollo histórico; el esfuerzo del autor por parecer imparcial; la forma opaca y gris, cara a los investigadores; y el mismo divorcio entre la literatura y la historia. La imitación tomó distintas direcciones; sólo es posible considerar las que han tenido mayor boga.

La más importante es la que pretende reducir la historia al comentario de los documentos. Barros Arana había insistido, con razón, en la necesidad de investigar antes de interpretar. Pero jamás incurrió en la ingenuidad de confundir la investigación y la historia, ni de circunscribir ésta a la materialidad de los documentos. Sin embargo, se tomó pie de su ejemplo para hacer degenerar la historia en un género híbrido, que no responde ni al concepto de la historia, ni al de la investigación ni a ninguna necesidad intelectual.

A medida que se repasa la documentación, aparecen pequeños detalles que suelen rectificar el dato ya estampado en la historia. Así, la madre del abate Molina no fue doña María Bruna Opazo, sino doña Francisca González Bruna. La expedición de Gómez de Alvarado no se detuvo en el Maule, sino que llegó hasta la confluencia del Ñuble con el Itata, donde peleó una batalla indecisa antes de dar la vuelta al norte. El jesuita Luis de Valdivia abandonó la guerra

defensiva a consecuencia de un choque con el provincial del Paraguay, el padre Pedro de Oñate. La vuelta a Concepción de don Juan Martínez de Rozas fue la consecuencia de la pesada atmósfera que le creó en Santiago su parte en el asunto del Escorpión. Si se estudia la batalla de Chacabuco, se arriba a la conclusión de que el plan de San Martín era tácticamente irrealizable. Si O'Higgins, por agresividad fisiológica, no ataca a Maroto y lo enclava, dando con ello lugar a que Soler llegara, el jefe realista cuya movilidad era muy grande (casi no llevaba artillería), se habría retirado a Colina por la cuerda del arco.

Todo esto es útil: pero no quita ni pone rey en la historia de Chile¹⁵.

Se comprende el entusiasmo del investigador delante de estos hallazgos: es su oficio, el oficio que encierra la razón de ser de su existencia. También es útil depurar la historia de los errores de detalles, aunque no influyan en el fondo de la concepción. No se comprenden tan bien las ventajas de usar la forma histórica para dar a conocer estas novedades; basta con publicarlas en las revistas, en forma breve, y con indicación de la fuente a fin de que el historiador tome nota de ellas.

Entre nosotros se ha ido tan lejos en este extravío del concepto de la historia, que hay quienes miran como una intrusión en dominio vedado todo trabajo histórico que va más allá de añadir un dato nuevo a la documentación conocida. El concepto ha llegado a concretarse en una pintoresca expresión que pasará a la historia de nuestra literatura. Se denomina "alfajor alto" todo lo que excede a la adición material de un documento desconocido. La intuición de Palacios sobre la estructura étnica del conquistador chileno, que, despojada de sus exageraciones, alumbraba como un faro nuestro devenir histórico, es "alfajor alto". "Alfajor alto" son, también, las consecuencias psicológicas y sociológicas del mestizaje. "Alfajor alto"

¹⁵ Los dos primeros detalles los descubrimos leyendo las fuentes de nuestra historia hace ya 34 y 33 años, y el último nos lo hizo notar el general don Salvador Vergara durante una excursión; y sin don Luis Francisco Prieto no nos hubiera pedido el primero, los tres estarían aún durmiendo en nuestros papeles con cien detalles más de igual calibre.

son, igualmente, las fuerzas espirituales que informan la vida de un pueblo.

Hace *pendant* con el "alfajor alto" el horror a la tesis. Tesis es el saber que va más allá del contenido del documento; tesis es toda visión honda del desarrollo histórico, todo lo que rebasa la visión limitada del sentido común y de la ignorancia; tesis es todo lo que no está en el almacén de ropa hecha en que se surten los incapaces de pensar por sí mismos. El falso postulado de que la estagnación mental del colonizador español fue la consecuencia exclusiva del régimen colonial, no es tesis. Demostrar que fue la consecuencia del cruzamiento con el aborígen y de la distancia de los grandes centros de civilización, es tesis. Sentar el postulado de que la anarquía hispanoamericana fue la consecuencia de la transgresión de los principios democráticos, no es tesis. Probar que fue la resultante de la ruptura de la tradición y de la incongruencia entre la forma democrática de gobierno y las aptitudes de los pueblos que la adoptaron, es tesis. Decir que el orden que reinó en Chile entre 1830 y 1891 fue la expresión de la cordura del pueblo chileno, no es tesis. Afirmar que fue la resultante de una sugestión político-religiosa, como lo prueba el hecho de que la cordura chilena no pudo imponerle antes de 1830, es tesis. Explicarse la historia por las apariencias, como quien juzga el cuerpo humano por el traje, no es tesis. Penetrar a fondo en la historia y examinar la estructura del cuerpo y el funcionamiento de los órganos, compararlos con los de otros pueblos y poner en relieve las semejanzas y disconformidades, es tesis. Tesis es, en resumen, todo lo que huele a idea.

Dentro de este concepto, el poder cerebral aplicado a la inteligencia de la historia es un peligro: tiende a desnaturalizar el contenido del documento. El primer mérito de un historiador es la limitación mental, la incapacidad para percibir nada más allá de las apariencias de lo que sucedió. Condenándole a repetir mecánicamente los conceptos simples y superficiales en que la inteligencia vulgar simboliza el suceder, lo aleja de la peligrosa curiosidad de interrogar al documento y de ver lo que realmente ocurrió.

La ignorancia es un escudo protector. Un escritor extraño a la antropología, a las distintas ramas de la psicología, a la sociología y a la filosofía, que jamás haya meditado el ritmo y las características de las distintas civilizaciones, estará libre de la tentación de añadir nada

de su cosecha al contenido de los documentos. Por otro lado, no habiendo distraído tiempo en curiosidades extrañas a la historia, siempre conocerá mejor la documentación.

Si, además, carece de imaginación para representarse el pasado, el ciclo de las cualidades que hacen al gran historiador se completa. Siempre los imaginativos tienden a revivir el espíritu del pasado. Aunque los documentos no lo dicen, es probable que nuestros antepasados hayan tenido alma, como nosotros; se puede, también, conceder que sus ideas, sus sentimientos y sus intereses difieran algo de los nuestros; mas, todo esto, no consta expresamente en los documentos; hay que inferirlo, y esta operación mental introduce en la historia un factor subjetivo —el cerebro del historiador— que le quita certidumbre y seriedad.

Una mala imitación de Barros Arana ha confundido la dignidad histórica con la gravedad empalagosa y con la pesadez de la forma; y otra imitación desatentada ha erigido en modelo el estilo del ilustre historiador y abomina de todo lo que se aparta de él. Pero es preferible considerar este extravío al final, al hablar de la forma en la historia.

Resta por anotar otro error que viene directamente del maestro. Creyó Barros Arana que la imagen del pasado podía desprenderse de los hechos, sin necesidad de la simbolización de que hablaremos más tarde, mediante el razonamiento que substituye el nexos vivo del suceder por las relaciones de causa y efecto. Este error empujó hacia la historia a escritores que nacieron sin la intuición del pasado y sin el temperamento literario que hace posible la simbolización en la forma de Macaulay, de Renan, de Burckhardt, o en la que su genio sea capaz de crear, si tiene alas para hacerlo. Este mismo convencimiento, sumándose al terror por lo que excede al texto material de la documentación, movió a los historiadores a prescindir del concurso del pensador y a expulsar de sus dominios al arte.

La tentativa de historiar algunos períodos de la República dentro del método de Barros Arana, es la mejor demostración de su infecundidad actual: talentos indiscutibles sólo lograron poner en evidencia la imposibilidad de representarse la historia desde el interior del espeso matorral del suceder, y de imponerla a la visión de los demás sin poseer un vigoroso temperamento artístico.

CAPÍTULO III

EL NUEVO CONCEPTO DE LA HISTORIA

“Ni el ciego juzga de los colores, ni estéticos y preceptistas sin alma pueden juzgar de la belleza y enamorarse de sus divinos resplandores”.

Menéndez Pelayo

NECESIDAD DE ABANDONAR EL MÉTODO TRADICIONAL. LA RECONSTITUCIÓN DEL PASADO. LOS HECHOS HISTÓRICOS Y SU REPRESENTACIÓN. OBJETIVISMO, SUBJETIVISMO, RACIONALISMO E INTUICIONISMO. INCOMPATIBILIDAD ENTRE LA INVESTIGACIÓN Y EL CULTIVO DE LA HISTORIA. EL CONCEPTO DE LA HISTORIA GENERAL Y LA COMPLEJIDAD DE LA VIDA EN LOS PUEBLOS MODERNOS. LA HISTORIA CENTRAL O VERTEBRAL. LAS HISTORIAS ESPECIALES. LOS MEMORIALISTAS. LA CRÓNICA. LA TRADICIÓN. LA BIOGRAFÍA. EL NUEVO CONCEPTO DE LA BIOGRAFÍA. VENTAJAS E INCONVENIENTES DEL NUEVO GÉNERO LITERARIO.

El culto de los que nos precedieron es espada de doble filo: mientras el impulso va en ascenso, es escalón que insta a subir; cuando el impulso, cumplido su ritmo, se marchita es, primero, grada que conduce al sepulcro y, después, sudario que envuelve el cadáver. “Si los que nos precedieron —dice Pascal— aludiendo a la segunda fase, no se hubieran animado a añadir a lo recibido de sus mayores, se hubieran privado a sí mismos y hubieran privado a la posteridad del fruto de sus invenciones”.

Muy grandes son los servicios prestados por los investigadores: llenan las páginas más valiosas de nuestro pasado espiritual, y sin ellos sería empresa imposible escribir nuestra historia. Pero el agra-

decimiento no puede llegar hasta el sacrificio de la historia en aras de la anquilosis mental que engendra la vida en los sótanos de los archivos. Semejante pretensión es tan cuerda como la de un hábil fabricante de ladrillos que, enamorado de su obra, corriera a pedradas al albañil y al arquitecto que intentaran utilizarlos en una hermosa construcción.

Coloquemos a Barros Arana en el doble marco que le corresponde: un genio de la investigación y un símbolo del rendimiento del esfuerzo humano. Tomemos de él lo que coincide con el genio nacional y no se excluye con el nuevo concepto de la historia: la seriedad y la sencillez. Pero llevemos la visión de nuestro pasado colonial hasta donde alcancen nuestras fuerzas, sin preocuparnos de la inteligencia limitada y convencional que se oculta bajo el razonamiento sensato del gran investigador. Procuremos aprehenderlo tal cual fue; representémoslo con la máxima intensidad posible; y transmitamos su imagen a los demás en forma que sientan y palpen sus contornos materiales y el espíritu que lo animó. Cada bloque de la historia de la República que elaboremos se asentará sólidamente sobre estos cimientos; un nuevo impulso germinará; y nuestra literatura histórica subirá de nuevo al primer plano, como valor si no como cantidad.

No necesitamos sacrificar al investigador ni desprendernos del que nació sin la intuición del pasado: dentro del nuevo concepto de la historia todos tienen cabida; pero cada uno en el lugar que le está asignado en la distribución del trabajo. La historia sólo puede ser la resultante de la cooperación del investigador, de las hondas reflexiones del filósofo y de la potencia creadora del artista.

Nuestra literatura histórica es una construcción pesada que carece de cimientos; desarmemos el edificio, ya desplomado y próximo a derrumbarse, antes que sepulte y destroce el precioso material, y aprovechémoslo en una construcción más esbelta y mejor cimentada. Pero antes de empezar la obra, esboce y discutamos el plan y la mejor manera de aprovechar los materiales. Ni el plan ni las discusiones teóricas pueden suplir las aptitudes naturales del arquitecto; mas pueden evitar algunos peligros y, sobre todo, crear una atmósfera más propicia a la empresa.

Es conveniente empezar por el esbozo de lo que la historia aspira hoy a ser; acentuar sus exigencias intelectuales; seguir con los esco-

llos que acechan al historiador; y concluir con algunas reflexiones sobre la forma, que tienen particular interés para nosotros. Por vía de apéndice, añadiremos un ligero esbozo de la raza como factor de la historia.

Si el que ha vivido conscientemente un medio siglo mira hacia atrás, percibirá un cambio, ora brusco y accidentado, ora continuo y casi inaparente, de la vida individual y social. Exteriormente, han cambiado las instituciones, los gustos y los hábitos. Internándose un poco, si tiene intuición psicológica, percibirá una mudanza en las ideas, los sentimientos, la moral, los intereses y en todos los aspectos del alma nacional. Si transportamos la comparación a tiempos más distantes, los cambios se acentúan en intensidad y en amplitud. El contraste entre el presente y el año 1850, por ejemplo, es imagen pálida de las mudanzas producidas entre el final del siglo XVII y el momento que vivimos.

Los cambios materiales son muy aparentes; no se necesita agudeza psicológica para percibir que el traje no es el mismo ni que las relaciones de las clases sociales difieren profundamente. El mismo avance de la cultura, aunque fenómeno espiritual, se destaca con relieve a través de sus manifestaciones externas. En cambio, las diferencias en lo que constituye el espíritu de ambas épocas, casi siempre escapa, en grado mayor o menor, aun a los observadores inteligentes e ilustrados. La religión es la misma, pero el sentido que tenía en el alma chilena del siglo XVII difiere mucho del que tiene en el alma chilena de 1935. En la vida familiar y social las diferencias no son menos profundas. La misma palabra refleja un contenido ideológico y sentimental muy distinto: los conceptos de padre y de hijo, de marido y de mujer, de patrón y de empleado, de peninsular y de criollo, de valiente y de cobarde, de cuerdo y de desequilibrado, etc., simbolizan ideas y sentimientos muy diversos a través de los siglos y aun de los simples decenios.

La historia aspira hoy a reconstituir esta vida pasada, tan diferente de la actual, no sólo en cuerpo, sino también en espíritu. Va, por consiguiente, más allá de la crónica que narra lo externo y aparente; y comprende en sus dominios aún los procesos biológicos, psicológicos y sociológicos que condicionaron el suceder. Mas, el historiador no puede desarticular los fenómenos para estudiarlos, a la manera

que el anatomista los órganos del cuerpo humano. Éste ha sido uno de los grandes errores de los sociólogos. Necesita revivir las ideas, los sentimientos, los intereses y los prejuicios de los hombres que tejieron el pasado; coger intuitivamente su fondo íntimo, su estructura, su fisonomía y las transformaciones incesantes que experimenta; y reanimarlos mediante su genio artístico.

No le es lícito introducir nada extraño al propio pasado: los postulados sociales, los principios políticos, las ideas filosóficas, los sentimientos religiosos, los conceptos morales, etc., no son moldes, sino elementos constitutivos e integrantes de él. El historiador debe limitarse a representar la realidad histórica, sin añadirle nada de su parte, ni erigir su presente fugaz en medida del pasado ni en cárcel del porvenir. La trasplatación de las ideas, de los sentimientos y de cualquier aspecto del presente del autor, importa una falsificación de la historia, más grave que los cambios de los nombres, de las fechas y de los elementos externos del suceder; pues, al paso que estos últimos desfiguran el rostro y el cuerpo del pasado, aquélla tergiversa el espíritu que lo presidió. Los errores de detalle son simples cicatrices que afean la forma de la historia; las alteraciones psicológicas la truecan en otra distinta.

La misión del historiador ha dejado, pues, de ser la de razonar lo que sucedió de acuerdo con las ideas y sentimientos de su tiempo y repartir con sabiduría la alabanza y la censura. Dentro del nuevo concepto, es un hilo conductor que capta las vibraciones del pasado y las transmite al presente por medio de una representación concreta en la cual revive lo que fue.

La distancia que siempre ha tenido el lector a la historia esquemática refleja algo más que una predilección estética: el catálogo abstracto de los caracteres raciales, del grado de desarrollo mental y de los demás factores y aspectos de la evolución histórica, es un esqueleto sin carnes y sin formas; cualquiera que sea la solidez de su estructura, es una visión vana, pues la vida sólo se encarna en los hombres y en los hechos. Prescindir de ellos es matar la historia.

Mas, no todos los hechos pueden entrar materialmente en la historia; y el criterio que debe percibir la selección, ha dado pie al espíritu de escuela para preconizar dos errores igualmente funestos para su correcta concepción.

El primero radica el valor del hecho en el hecho mismo, sin considerar su significado. La historia se convierte, dentro de esta escuela, en una acumulación enmarañada de sucesos y de datos que no tienen entre sí otro lazo que el razonamiento del historiador. Es el método de Barros Arana y de todos los investigadores que han intentado escribir por sí mismos la historia. Su resultante, como ya se adelantó, es el mareo del autor y de los lectores.

El segundo acepta la selección de los hechos; pero introduce en ella un criterio subjetivo que deriva de los gustos o de las predilecciones del escritor. Unos prefieren las batallas, otros los cambios políticos, otros las crisis económicas, otros las costumbres, etc. Más frecuentemente, el autor se construye un patrón en el cual distribuye racionalmente la importancia relativa que concede a cada orden de hechos o de fenómenos, y en este patrón va vaciando el contenido del devenir histórico, a medida que lo recorre.

La historia concebida en esta forma es el más fútil de los géneros literarios: como agrado será siempre inferior a la buena novela y a la biografía animada; y como conocimiento y experiencia del pasado, un manantial inexhausto de errores.

Se ha dicho muchas veces que el devenir histórico tiene un encadenamiento o nexo vital, absolutamente independiente de la lógica. Ese encadenamiento surge de los hechos mismos, según ya lo notaron los grandes historiadores del pasado. En todos los aspectos del devenir, lo mismo en el desarrollo mental que en las transformaciones políticas, lo mismo en la gestación de las ideas fuerzas que en los cambios económicos, un complejo tejido de influencias va elaborando, como en un telar, la trama del suceder sobre la urdimbre de los hilos más estables, el medio físico, la constitución étnica, etc. Basta alterar el grueso o el color de un hilo o cambiar su colocación, para adular el diseño vital de la tela; basta cambiar la colocación o la importancia que un hecho tuvo, para matar el encadenamiento histórico y tornar ininteligible el pasado. La vida entrecruza a los hombres y a los hechos de mil maneras: por momentos exalta a la batalla o al cambio moral o al quebranto económico, y por momentos los eclipsa. El historiador necesita percibir los movimientos, los eclipses y las reapariciones de cada hilo en el telar vivo del suceder y transportarlos fielmente a la historia. La distancia a que estamos colocados es brisa que separa la paja del grano y elimina lo menudo,

lo que no tuvo significado ni por sí mismo ni por lo que simboliza. Siempre que no los perturbemos con el contenido de nuestro yo, los hechos y los personajes toman espontáneamente el lugar y la importancia que corresponde a su significación histórica. El propio devenir histórico viene a ser, así, la criba que separa lo que debe entrar en la historia de lo que debe retornar al fondo cósmico de la existencia.

Se ha formado desde antiguo una amalgama espúrea entre el racionalismo y el objetivismo históricos, que impide separar estos aspectos, en realidad independientes, de la concepción de la historia. Se ganaría mucho en claridad considerando separadamente el objetivismo del subjetivismo y el racionalismo del intuicionismo. Por desgracia, nos alejaríamos de la realidad actual, que es la amalgama, dejando agazapado en un recodo del camino el problema capital de la hora presente: la posibilidad de la coexistencia del objetivismo histórico con una poderosa personalidad humana en el historiador.

Racionalismo y objetivismo, como ya se dijo, son conceptos absolutamente independientes. El primero pretende reconstituir la historia mediante el empleo del raciocinio; confía al pensamiento discursivo la tarea de rehacer el espíritu del pasado, infiriéndolo de sus manifestaciones interpretadas por el presente del autor. El raciocinio substituye al nexo vital o encadenamiento histórico; es la vara que mide los sucesos y el criterio que determina la colocación de los hechos. Don Crescente Errázuriz y Barros Arana son modelos de historiadores racionalistas.

Dentro de este concepto, el **historiador tiende al subjetivismo** si se inclina a ver y medir el pasado con su propia razón, como Lastarria; y al **objetivismo**, si percibe y juzga con la razón común, impersonal, como Barros Arana. Será tanto más subjetivo cuanto más vigorosa sea su personalidad, y tanto más objetivo cuanto más impersonal.

Frente a la escuela racionalista, se alza el concepto de Goethe, que preconiza la **aprehensión intuitiva directa del pasado**, como la única segura y completa. El raciocinio de cerebros ya muy distantes de los que lo generaron no es, a su juicio, instrumento capaz de percibirlo; la reconstitución razonada será siempre una parodia. En cambio, la intuición nos da la **historia organizada desde el primer instante**; el raciocinio sólo es un auxiliar.

A esta escuela pertenecen la mayoría de las grandes obras históricas del pasado; y en el siglo XIX, en plena racha racionalista, se mantuvo enhiesta con Macaulay, Carlyle, Mommsen, Renan y Burckhardt. El poderoso cerebro de Taine se cernió entre ambos conceptos. Quiso llevar la razón a las fuentes del conocimiento histórico, y las fuentes le rechazaron con un bombardeo de pequeños hechos. El alambique de su raciocinio, alimentado con ellos, destiló una imagen de la realidad que, como hemos dicho en otras ocasiones, se parece a la Revolución Francesa, sin ser la Revolución Francesa.

Pero todos estos grandes historiadores, en su reacción contra la insensibilidad glacial del objetivismo racionalista, viraron hacia una especie de intuicionismo subjetivo. Huyendo de Scila se acercaron demasiado a Caribdis; y la mayoría de ellos introdujo en la visión intuitiva del pasado sus propias ideas y sentimientos, a veces velándola y a veces deformándola.

El objetivismo histórico pretende reconstituir el pasado con absoluta abstracción del presente, salvo como hilo conductor que remonta a lo que le precedió. El historiador debe reducirse a una simple antena, anulando su personalidad en cuanto fuente de ideas y de conceptos propios. Dentro de él no es lícito añadir al pasado nada extraño que pueda alterarlo. La misma reacción artística que determina su contacto no debe de ir más allá del avivamiento de los colores y de los contornos; debe ser algo así como el bismuto que colorea las vísceras y las torna aparentes.

El objetivismo se opone, especialmente, a la antigua escuela filosófica; y rechaza, por igual, la inferencia de leyes históricas y la acomodación de los hechos a concepciones filosóficas y sociológicas preconcebidas.

Este concepto degeneró en la práctica en dos postulados, que determinaron el síncope momentáneo que atraviesa en estos instantes. Huyendo del subjetivismo, sus apóstoles acabaron por erigir en escuela la entrada del documento crudo a la historia, como si temieran profanar con sus ojos la imagen desnuda del pasado que flota entre los despojos materiales de lo que fue.

El segundo postulado sólo es un corolario del primero. Si el pasado puede reconstituirse mediante la acumulación material de los documentos, ¿no es estorbo en la historia la personalidad del historiador? La respuesta no podía ser dudosa, dada la estructura

mental de los intelectuales en cuyas manos cayó la historia objetiva, después de huir de ella los grandes intuitivos. Todos reunían el doble oficio de investigador y de historiador; sus ojos recubiertos por el polvo de los archivos eran impotentes para percibir la imagen del pasado; y sus brazos se habrían estirado en vano para aprehenderla. La resultante fatal de su estructura psíquica tenía que ser el concepto de la inercia o pasividad absoluta del historiador. Confundieron el adormecimiento de la personalidad, necesario para que el espíritu del pasado pueda entrar en ella, con la insensibilidad, sin darse cuenta del alcance de su postulado, sin advertir que entraña la muerte de la historia.

Pero el objetivismo, en su sentido hondo, no ha muerto; su posición frente al pasado es la única fecunda; y aún le aguardan altos destinos. Sólo necesita ser alzado de la sima en que le despeñó la torpeza de sus cultores. Tiene, sí, que divorciarse de su antigua consorte, ya vieja e infecunda, la razón, y casarse con la intuición. Necesita también, cambiar de carácter; y de marido débil y bondadoso que fue, trocarse en amo exigente, capaz de hacerse amar con admiración y respeto de su inquieta y voluble nueva consorte.

El error del objetivismo fue su oposición ficticia con la personalidad del historiador. Aniquilada ésta, desaparece la historia: "ni el ciego juzga de los colores" ni los adoquines pueden percibir el pasado. La primera exigencia del historiador es una poderosa personalidad humana, capaz de rendir a discreción su coqueta imagen. No es a la muerte, sino a la vida a la que debemos pedir brazos para aprehender lo que fuimos; la vela del barco que conduce al pasado ansía el abrazo, a veces mortal, del huracán y desprecia la caricia eunuca de la calma.

La segunda exigencia, sin la cual no habrá historiadores ni habrá historia, es un fondo místico capaz de exaltar el alma en un amor ideal al pasado por el pasado. Sólo un poderoso temperamento encendido en un ansia mística por la vida que fue, puede cogerla intacta y transportarla al presente libre de toda contaminación. Sólo él podrá encontrar en su pasión las fuerzas necesarias para rechazar lo espúreo: presente, prejuicios y sentimientos bastardos.

Para recibir la visita de la imagen de lo que fuimos, el historiador necesita convertirse en antena; pero en antena vibrante de vida y de ansias místicas: sólo en ella las ondas del pasado repercuten claras,

distintas y anhelantes de revivir en el libro la vida que vivieron en la realidad.

El pájaro azul de la historia, más hermoso que el de la fantasía, porque fue realidad, se posará confiado en la antena imantada; basta fotografiarlo, sin tocar sus plumas ni añadirle adornos ideológicos o morales. La historia se hará sola: fenómenos ignorados por el razonamiento surgirán espontáneamente; las piedras desmoronadas del edificio recobrarán su colocación; y la imagen luminosa del pasado surgirá, proyectando su vislumbre sobre el presente y aun sobre el futuro inmediato.

Queda siempre un tabique que nos separa de la objetividad perfecta: el espejo en perpetua transformación de nuestra mente. No podemos derribarlo, sin suprimir la evolución misma de la vida; consuélenos el hecho de que el fenómeno condiciona el conocimiento en toda su amplitud.

No hay dos actividades que se excluyan entre sí más violentamente que la investigación y la historia. La confusión de ambos oficios ha perjudicado mucho a la primera y ha sido la tumba de la segunda, desde que la naturaleza de las fuentes históricas hizo necesario el enclaustramiento del investigador en los sótanos de los archivos. Para convencerse de ello, basta reparar en las exigencias intelectuales de la historia y en las de la investigación.

El oficio importa ya una selección; un cerebro amplio y profundo, como el que requiere la concepción actual de la historia, jamás se encerrará en los archivos a coleccionar documentos. "No sabían —dice Leibniz, recordando los encontrados juicios que, durante su niñez, se formularon sobre su vocación— que mi espíritu no podía satisfacerse con un solo orden de cosas". A la tranquila seguridad de las galerías que albergan la existencia del topo, preferirá siempre el vuelo azaroso del águila. No hay lazos bastante fuertes para atar al banco del erudito a un cerebro profundo y curioso; si los problemas últimos lo rechazan, hundirá, ávida, su mente en el abismo de la vida. Salvo un caso en mil, el que encierra su existencia en la investigación —sin que por esto deje de cumplir una tarea noble, útil y aun heroica— carecerá de la profundidad y de la amplitud mentales para comprender el fondo íntimo del pasado.

Añádase a esta falta inicial de disposiciones naturales, la incapaci-

tación que engendra el oficio: la vida que transcurre en el fondo de las bibliotecas, consagradas a rebuscar documentos, verificar su autenticidad y agruparlos por tiempo, lugar y materias, no es escuela que desarrolle la sensibilidad de las antenas que captan las ondas del presente o del pasado. Las últimas llegan hasta nosotros envueltas en el polvo de los archivos: pero ese polvo sólo es fecundo cuando el presente lo descompone; sólo la luz que irradia el presente permite ver, a través de la corteza muerta del documento, la realidad viva que fue. El historiador necesita conocer los caracteres de los hombres y de los pueblos, leer a libro abierto en el corazón humano; ser psicólogo y no profesor de psicología. La adquisición de la amplia cultura que exige la historia se hace imposible para el investigador. El erudito que divide su vida entre el oficio de profesor, archivero o bibliotecario, que sustenta su existencia material, y el de investigador, que sustenta su vida intelectual, no tiene ni tiempo ni gusto para pensar los grandes problemas de la historia y sus relaciones con las demás ramas del conocimiento. El mundo del pensamiento se encierra para él en los legajos que contienen los documentos relacionados con los trozos de historia que le interesan. Un genio de la investigación será, casi siempre, un miope en la comprensión de la historia: atento a la novedad del documento, acaba rápidamente por ser su esclavo; su trascendencia histórica se le escapa; el hecho conocido, aunque sea piedra angular de la historia, no le interesa; y consagra capítulos al nuevo pequeño detalle, aunque carezca de valor histórico.

Casi no es necesario exhibir el reverso de la medalla. El historiador no puede dar un paso sin el auxilio del investigador. Su posición es la de la reina en la colmena: si las abejas no la alimentan, perece. Como ella, su misión es transformar en vida el polen que le ingieren. Desde el momento en que pretenda ser investigador, perderán la historia y la investigación: la práctica continuada de la búsqueda de novedades históricas embotará su sensibilidad cerebral y debilitará su poder de representación; y, salvo casos muy excepcionales, siempre será un investigador mediano y poco seguro. Son demasiado diversas las energías mentales que consumen la rebusca material de los documentos y su estudio desde el punto de vista de la reconstitución del pasado.

El investigador, como el sabio de microscopio y de laboratorio, puede abstraerse a la vida del presente. Sus aptitudes ganan con el

enclaustramiento; el historiador perece en él. El cabo del hilo mágico que conduce al pasado, o sea el fondo que persiste en la vida a través de sus cambios, está en el presente. El que no lo viva no conocerá a los hombres ni a los pueblos, sus intereses, sus pasiones, su estructura íntima, sus reacciones. El historiador necesita ser hombre de mundo y vivir la vida presente en toda su amplitud y profundidad para penetrar en la vida pasada. Es el faro que le señala el final de la etapa y la piedra de toque de la realidad de su intuición de los cambios sociales, políticos, intelectuales y morales.

El investigador cumple en el proceso de reconstitución del pasado una labor preliminar ineludible. "Es necesario —dice Below— que cierto número de investigadores tomen sobre sí el oficio de carreteros". Estas palabras despectivas encaran el aspecto pequeño y torpe del investigador; recuerdan, demasiado de cerca, la negativa de la Sociedad Real a recibir en su seno el cadáver de Macaulay, porque "prefirió tratar la forma política y social, en vez de seguir el lento y fatigoso camino de los investigadores". La labor pesada y oscura de la investigación tiene su heroísmo propio. "No somos la línea, pero somos los puntos que la formamos", dijo de su oficio el pontifice Pío XI.

La historia, tal como hoy la concebimos, más que la obra del genio de un hombre es la obra del genio de un pueblo. Tiene necesariamente que ser la resultante de la cooperación de varias actividades: el investigador es el minero que extrae el metal; el pensador, el crisol que lo funde; y el artista, el soplo que enciende la vida en el lingote inerte.

Ninguna de estas diversas fases de la elaboración histórica tiene el derecho de desdeñar a las otras. Un genio de la investigación vale lo que un Macaulay o un Mommsen; Barros Arana y Medina crecérán el día que un poderoso pensador talle los hermosos brillantes y esmeraldas que extrajeron de nuestros archivos y un gran poeta los engaste en monturas delicadas.

Lo ridículo, lo que atrae sobre el investigador el desprecio del talento y la mofa del artista, no es su labor heroica: es la estrechez mental que lo impulsa a despreciar la idea que alumbra su cosecha y lo mueve a mirar, como intruso y ladrón, al poeta que castra heroicamente su fantasía inventora, para transformar en belleza el burdo lingote; es su miopía, que encierra los horizontes de la vida entre las paredes de los archivos.

Esbozando su concepción de la historia, dice Macaulay: "Hay muchas obras científicas que son perfectas en su género. Hay poemas sin defectos o con pequeñas tachas que desaparecen en la belleza del conjunto. Hay discursos —de Demóstenes particularmente— en los cuales no es posible cambiar una palabra sin desperfeccionarlos. Pero no conocemos ninguna obra histórica que se aproxime a la historia tal como concebimos que debería ser. Todas se desvían mucho hacia la derecha o hacia la izquierda de la línea ideal que debieron seguir".

El ilustre escritor, al formular este juicio, tenía en cuenta más la imposibilidad de reunir en un hombre las grandes exigencias intelectuales de la historia, que las dificultades inherentes a la concepción tradicional. La idea de encerrar en un cuadro todos los hechos y procesos del desenvolvimiento histórico es irrealizable, tratándose de pueblos de vida activa y compleja. Fatalmente, hay que sacrificar los procesos históricos a los detalles, como le ocurrió a Barros Arana, o que caer en el esquema, como le sucedió a los historiadores filósofos, o que limitarse a ciertos aspectos dominantes intuitivamente percibidos, como lo hizo el propio Macaulay y la mayoría de los que acertaron. Dada la creciente complejidad de la vida moderna, es un error persistir en un empeño ya fracasado dentro de condiciones menos adversas; no hay poder cerebral ni forma artística que puedan realizar un intento semejante. Sin renunciar al cuadro único, la cooperación del investigador, del filósofo y del poeta, aumenta las dificultades, en vez de salvar el antagonismo que existe entre la narración cronológica de los hechos en cada aspecto del desenvolvimiento social y la representación simbólica del devenir histórico. Es la misma oposición irreductible entre la biografía y la historia, que ya se planteó con Plutarco.

El pensador, el político, el intelectual y con frecuencia el simple lector, necesitan el cuadro vivo y plástico del pasado; y necesitan, también, como obra de consulta, una exposición ordenada que registre todos los hechos históricos agrupados por materias. Si nos encerramos en los añejos conceptos de la historia *ad narrandum* y *ad probandum*, o si persistimos en la cuadratura del círculo del cuadro único, la conciliación de ambas necesidades es imposible. Mas nada se opone a ello dentro de la concepción de la historia que se ha esbozado en los párrafos anteriores.

La historia a secas o la historia central o vertebral, si se prefiere acentuar su carácter, tiene que ser concebida sin otra finalidad que la representación simbólica de la vida nacional y de sus cambios y vicisitudes.

Derivando de ella, como las costillas de la columna vertebral, deben arrancar una serie de historias especiales: historia de los partidos políticos, historia militar, historia literaria, historia de la enseñanza, historia económica, historia eclesiástica, historia de las costumbres, etcétera.

Finalmente, algunos géneros literarios, que responden mejor a las exigencias de la representación de algunos aspectos del pasado, como la biografía, la crónica y la tradición, son indispensables para completarla.

Conviene examinar en detalle esta concepción.

La pretensión de encerrar dentro de ciertas normas literarias fijas la historia central o vertebral, revelaría inconsciencia del concepto de ella. Su norte es la reconstitución del pasado, simbolizándolo en un corto número de procesos, de personajes y de acontecimientos, e imponerlo a la visión del presente. La realización material del objetivo depende, en primer término, del pasado mismo. No hay dos historias iguales: difieren los hechos, los hombres y los procesos; y los elementos de simbolización cambian de pueblo a pueblo, y dentro de un mismo pueblo, de momento a momento. Depende, en seguida, del pensador. Las visiones producidas en el mismo momento, si son hondas y reales, no pueden diferir fundamentalmente; en cambio, la manera de expresarlas es tan variable como las disposiciones mentales de cada autor. La meta es una, pero los caminos se separan para converger sólo al término. La verdad y la estética no pueden pedir cuenta sino de los resultados.

Aun esta recomendación está de más. Como lo veremos más adelante, la historia central o vertebral sólo puede ser intentada con algunas probabilidades de éxito por cerebros poderosos, excepcionalmente favorecidos con la intuición del pasado, con el sentido del encadenamiento histórico y con el poder de simbolización necesario para representárselo concretamente; y los cerebros de esta envergadura se ciernen, casi siempre, sobre las reglas literarias; saben encontrar su

camino propio en una conciliación entre su vigorosa personalidad y las normas estéticas de su tiempo y de su pueblo.

Salvo la recomendación de huir del esquema y de simbolizar siempre en el hecho concreto, no hay norma alguna de carácter general: los problemas cambian a cada instante, y sólo el instinto artístico del historiador y su experiencia pueden elegir, en cada caso, la solución más feliz para su propio temperamento.

El escollo tradicional de las historias especiales, su desarticulación con el desenvolvimiento histórico general, desaparece con la historia central o vertebral. La historia del desarrollo económico, por ejemplo, no tiene para qué preocuparse de la evolución mental y de su influencia sobre las aptitudes económicas de la población, ni de los cambios en la vida familiar y social, ni de las grandes vicisitudes políticas: estando contenidos en la historia central, le basta al historiador especial tenerlos presente y referirse sencillamente a ella, sin entrar a fondo en dominios ajenos a su especialidad. Lo mismo ocurrirá con la historia de la enseñanza, con la historia literaria, con la historia militar, con la historia política, en sentido estrecho, etc.: todas ensamblarán con la historia central; y, a través de ella, ensamblarán, también, entre sí.

Siendo la finalidad de estas historias reconstituir un solo aspecto del proceso histórico, pueden prescindir de la simbolización, y narrar en forma ordenada lo pertinente a su materia con la extensión necesaria para que ningún hecho importante quede fuera de la historia. Destinadas casi exclusivamente al especialista, no hay el temor de fatigar, y abarcando un solo orden de hechos y de fenómenos, no existe el peligro de que el matorral perturbe la percepción de las grandes líneas del aspecto que se historia, si el autor sabe destacarlo.

El método de Barros Arana, con ligeras correcciones, tiene en este género histórico amplia aplicación, y el genio chileno encontrará en él un campo propicio a su índole natural.

Una norma inflexible debe presidir en la confección de las historias especiales, para que resulten realmente un complemento de la historia vertebral. El historiador necesita refrenar la tendencia del especialista a hacer de su materia el eje del devenir histórico. Debe repetirse a cada instante, como el "que morir tenemos" del fraile trapense, que su historia es sólo una faz de un prisma de muchas

caras, y que la suya no vale más que las otras. El olvido de este hecho malogrará su esfuerzo; lejos de ayudar a la representación del pasado, contribuirá a estorbarla, deformándolo.

Menos aun debe intentar reconstruir el proceso histórico desde el ángulo en que está colocado, cualquiera que sea. El punto de vista lo conducirá al fracaso y al ridículo, por grande que sea su talento. La tentativa misma presupone ya una insuficiencia mental y una lamentable falta de juicio.

Las creaciones del arte suelen exceder a las de la vida en belleza y duración. La Venus de Milo encarnó más belleza para el genio artístico griego que todas sus mujeres, y continúa atravesando edades muchos siglos después que aquéllas retornaron al seno materno. En este milagro el escultor transfiguró en belleza inmortal los encantos de la mujer griega que deseó o poseyó. Los grandes poetas experimentaron las sensaciones, las ansias, las angustias, los dolores y las alegrías que cantaron. El historiador está a este respecto mal colocado con relación a los demás artistas. Tiene que reconstruir, a través de despojos inertes, ideas, sentimientos y pasiones que no ha sentido latir dentro de sí mismo ni podido captar, como el novelista, de la onda vital directa; tiene que representarse una vida que no vivió y que describir acontecimientos en que no actuó. Por extraña ironía, la paradoja de Wilde: "Los únicos seres reales son los que nuestra imaginación crea", se cumple más en él que en el poeta y el novelista. Su visión será siempre más amplia, más justa y mejor ensamblada en lo que la precede y en lo que la sigue que la de los actores; pero jamás alcanzará el hervor de vida que respira en éstos. No debe, pues, extrañarnos que la lectura de las memorias de Benvenuto Cellini dé, a través de su fantasía, de sus exageraciones y de sus odios, una idea del alma del Renacimiento que no suministra la lectura de la verdadera montaña de libros escritos sobre este período histórico. En las memorias de Casanova hay bastante fantasía: vistió el esqueleto de la vida que imaginó vivir con las carnes y los ropajes de la vida que realmente vivió. Sin embargo, ningún historiador ha logrado representarnos con igual intensidad la vida aventurera de la segunda mitad del siglo XVIII. En los *Recuerdos del pasado*, de Pérez Rosales, y no en la historia, flota el alma del pueblo chileno de mediados del siglo XIX.

Cuando el alma de un momento histórico se enreda en la pluma de alguno de los contemporáneos, la literatura histórica hace una adquisición inestimable: el futuro historiador tiene un elemento insustituible en su trabajo de reconstitución del pasado, y el curioso puede contemplarlo en un espejo que ninguna creación artística puede imitar. Por desgracia, el suceder no tiene cuenta de la literatura histórica; y no se cuida de producir cada treinta años una esponja que absorba su contenido espiritual, lo encierre en redoma y lo conserve para lección y solaz del futuro.

El arte nunca podrá substituir al memorialista genial; sin embargo, con un criterio más amplio que el que hasta ahora ha dominado en la historiografía, se le puede reemplazar, en parte, y alcanzar una representación más viva y más completa que la de los textos históricos. Basta acoger y perfeccionar algunos géneros más flexibles, que el espíritu de gremio ha dejado a las puertas de la historia casi hasta nuestros días, tales como la crónica, la tradición y la biografía.

A diferencia de las historias especiales, en estos tres géneros debe predominar el aspecto artístico sobre el material histórico, siempre dentro de la renuncia a la invención.

Aunque la gracia de la forma no está de más en las historias especiales, como no lo está en parte alguna, en ellas lo esencial serán siempre los hechos y su ordenación, teniendo en vista su finalidad de obras de consulta. Por el contrario, la crónica, la tradición y la biografía son auxiliares de la historia central en la representación del pasado, y, lo mismo que ella, sólo podrán cumplir sus fines en manos del artista que renuncie a inventar.

Pero las exigencias intelectuales de estos géneros son distintas de las de la historia y difieren bastante en cada uno. La profundidad y amplitud de visión, el fuerte instinto del encadenamiento histórico y el poder de simbolización que requiere la historia, aplicados a cualquiera de los tres géneros, los mata. Noventa y nueve veces sobre ciento, un gran cronista fracasará en la biografía, y lo mismo le ocurrirá al biógrafo en la crónica. Baste reparar en que casi todos los grandes captores de ambientes son psicológicamente miopes, y en que la mayoría de los grandes psicólogos carecen de sensibilidad para los ambientes.

En la crónica debe escogerse siempre un suceso o un momento

histórico limitado en el tiempo y en el espacio, cuyo interés esté en él mismo. En esencia, sólo debe consistir en la substracción momentánea de un fragmento del torbellino histórico, para contemplarlo con más detención y sin otra finalidad que el interés de los sucesos por los sucesos. Si intenta extenderse a un panorama muy complejo, cae en el matorral y la obra se pierde como elemento de representación de la historia; es lo que les ocurre a las crónicas de don Crescente Errázuriz, a pesar del indisputable talento del autor. Si se prolonga en el tiempo, tiene que tomar en cuenta el encadenamiento histórico, so pena de convertirse en arena, que cayendo sobre los descansos del eje del suceder, perturban su funcionamiento regular.

Nunca se insistirá en exceso al acentuar la diferencia fundamental entre la historia y la crónica. En la historia lo esencial es el continuo cambio y su dirección: hombres, sucesos, ideas, sentimientos, etc., sólo son elementos del devenir. En la crónica la imagen del trozo histórico que se escoge debe estar, por el contrario, inmóvil delante de nuestra retina de artista. Necesitamos desentendernos lo más posible del torbellino de que hace parte y de su significación profunda, si la tiene. Desde el instante en que desviemos nuestra vista hacia esos aspectos, caeremos en el error de encarar la historia desde un rincón perdido de la amplia selva; y si la conversión de la historia en crónica, a la manera de Barros Arana, enreda el pasado en el matorral y mata su representación, las pretensiones históricas de la crónica asesinan el género artísticamente y como elemento de reconstitución de los tiempos pretéritos.

Por el contrario, si el cronista concentra su esfuerzo en la representación artística y fiel de un suceso susceptible de ser aislado intacto del conjunto, producirá en el lector, junto con el deleite estético, una imagen sencilla y concreta de los hombres que actuaron en él y del medio en que se movían, que le ayudará poderosamente a percibir la simbolización más profunda que necesita emplear la historia. También servirá, lo mismo que la biografía y que la tradición, de piedra de toque en la cual el futuro historiador puede controlar parcialmente su visión intuitiva del conjunto del proceso histórico.

El motín de los artilleros de Braun Menéndez es una hermosa golondrina nuncio del porvenir que aguarda a este género literario, tan apropiado a nuestro grado de desarrollo intelectual.

También se ha usado la forma de la crónica en la narración de la historia de algunas ciudades o regiones, o de una compleja red de sucesos desarrollados en momentos singularmente interesantes de la vida de una nación. Pertenecen al primer tipo la *Crónica de la Serena* de Concha, y al segundo, la *Crónica de 1810* de Amunátegui.

Ambos tipos de crónicas son formas contraindicadas en la representación del pasado: es tan imposible sugerir la evolución histórica de un pueblo mediante la descripción de las modalidades que revistió en una localidad, como el significado de un cambio social o político mediante la descripción externa de los sucesos.

En cambio, si los cronistas locales y los memorialistas *a posteriori*, limitan su propósito, como lo han hecho muchos de ellos, a la acumulación ordenada de materiales para la historia, ambas formas son útiles. Las crónicas lugareñas permiten al historiador controlar las variantes regionales de la historia; y la buena crónica de una revolución o de cualquier acontecimiento trascendental le suministra hechos preciosos, ora para inferir su fondo **íntimo, ora para simbolizarlo.**

Eso sí que estos géneros literarios deben conformarse a las normas de la investigación y no a las de la historia, so pena de degenerar en un género híbrido destituido de valor. El cronista investigador debe limitarse a ordenar y transcribir los documentos y las relaciones sin añadirles nada fuera de las notas necesarias para su correcta inteligencia y de una crítica de las fuentes desde el punto de vista de la verdad material. Por ningún motivo debe descartar las creencias ni las pasiones, a pretexto de ser erróneas o injustificadas. Lo que determina el suceder es lo que los actores sintieron o creyeron; no lo que nosotros conceptuamos verdadero o **justo.**

Siempre será preferible en obras de esta índole que el autor renuncie a toda pretensión literaria. En la ordenación de las fuentes de la historia, el supremo arte está en el orden, en la claridad, en la sencillez y en la ausencia de pretensiones. Intentando darles interés para el común de los lectores, sólo estropeará la investigación para fracasar artísticamente.

La tradición tiene una flexibilidad extrema: puede deslizarse por resquicios donde no cabe otro género literario, y llegar al espíritu del

pasado por senderos inaccesibles a la historia y a la crónica*. El capítulo de frailes, el juicio de divorcio, la aventura galante, la reyerta, el pleito, la devoción de un santo, el milagro de otro y mil sucesos de igual índole son los hilos vivos con que la lanzadera del suceder va tejiendo la vida familiar y social: basta recogerlos intactos para que la reconstitución de la tela se realice espontáneamente en nuestra imaginación. Ha sido un error de la historiografía no haber acogido este género desde el primer momento para someterlo a sus fines, en vez de dejarlo degenerar en una forma híbrida, que no es historia y sólo a medias es arte.

La tradición, concebida como género histórico, tiene que someterse al primero de los cánones de la historia: no alterar la fisonomía del pasado ni los hechos y personajes históricos. Al desviarse de esta línea, deja de ser un complemento y se convierte en un factor de perturbación, semejante a la novela histórica.

Por lo demás, aun respetando escrupulosamente lo histórico, le queda una libertad de que los otros géneros no disponen. En lo pequeño, en lo que queda fuera de la historia, no necesita tomar materialmente del suceso todos los elementos con que teje el relato: sólo debe exigírsele que refleje bien el espíritu del momento en que lo sitúa y que no propague errores, deformando el carácter de los personajes o de los sucesos históricos.

Ni siquiera esta licencia es necesaria; los legajos coloniales suministran alimento, poco exigente de aliño, para varias generaciones de tradicionalistas. Palma condimentó más por el placer de lucir su pimienta, que por necesidad artística. La República ofrece, también, temas preciosos, que después de Vicuña Mackenna han empezado a perderse lastimosamente. El emperramiento del comandante Claro, las mil aventuras de los buscadores de oro en California, el temblor grande, las excentricidades de don Isidoro Cox, el baile del gobernador Astorga, la bandeja de duraznos que motivó la inclusión de don Francisco Marín en la última lista de senadores que confeccionó el

*Según la Real Academia Española, se entiende por tradición: "Comunicación o transmisión de noticias, composiciones literarias, doctrinas, ritos, costumbres, hecha de padres a hijos al correr los tiempos y sucederse las generaciones".

A lo que Encina apunta aquí es a lo que hoy en día denominamos folclor o historia oral (Nota del editor).

presidente Errázuriz Zañartu y mil anécdotas más, que pueden ser temas de tradiciones preciosas, se van desvaneciendo para siempre del recuerdo.

Las exigencias intelectuales de este género son ínfimas, si se las compara con las de la historia. La verdad es que si no se ha escrito una historia ideal, es porque el cerebro humano no ha logrado aunar las dotes que ella presupone; en cambio, en la tradición basta cierto instinto del pasado, un ligero conocimiento de la historia nacional y algunas dotes artísticas. El tradicionalista está dispensado del sentido del encadenamiento histórico, de la firmeza de juicio y del saber amplio y profundo, que presupone la historia, aún en grado mayor que el cronista.

Bastaría invertir el punto de vista y hacer de la tradición una auxiliar de la historia, en vez de fuente de invenciones artísticas, para que germinara una nueva forma histórica sana y fecunda. Tenemos los archivos y la vocación. ¡Cuánto habría ganado la historia y cuánto habrían ganado ellos mismos, si un concepto más claro de las supremas exigencias de aquélla y una conciencia más cabal de la importancia de la tradición y de la crónica, hubiera canalizado hacia estos géneros a varios de los historiadores fracasados! ¡Cuántos de los temperamentos literarios que flaquearon por el lado de la imaginación inventiva, habrían legado un nombre ilustre en las letras, si se orientan hacia la tradición!

La biografía, dentro de la antigua concepción, es una rama indispensable de la historia. Permite aislar del torbellino del suceder a las grandes figuras así como la crónica aísla los sucesos, para estudiarlas y comprenderlas mejor. Aun desde el punto de vista estrictamente histórico, ayuda, por una parte, a la inteligencia más honda del pasado y, por otra, sirve de control a la visión del conjunto. Tratándose de una selva enmarañada, nunca estará de más enfocarla en la totalidad del paisaje y en los ejemplares aislados.

La biografía concebida así carece de la agilidad de la tradición para moverse como ardilla entre los hilos del suceder, cogerlos y devanarlos uno a uno. Tampoco tiene la libertad de movimientos suficiente. Está atada a la historia con una cadena demasiado corta: no puede traspasar el círculo de la realidad histórica ni suplirla.

Tal vez esta última necesidad contribuyó a precipitar la transfor-

mación del concepto tradicional de la biografía hacia la forma que resucitó Lytton Strachey y que Ludwig, Maurois y otros han impuesto.

Como ocurrió con el romanticismo, la nueva escuela ha ido más allá de lo que su contenido parecía permitirle. Ludwig ha preconizado el intuicionismo antiobjetivista en la historia. Un ligero lastre filosófico le habría advertido que, en el vocabulario universal, esa combinación lleva el nombre de fantasía. En toda intuición hay un fondo de realidad objetiva que la mente humana aprehende por procedimientos de los cuales sólo conocemos el aspecto externo; al desaparecer ese elemento, se cae en una de las formas de la pseudointuición, que, en esencia, se confunde con la simple fantasía.

No vale la pena insistir en este trastrueque de palabras. El propio empeño de su autor en hacer intuitivamente biografías objetivas está demostrando el paralogismo.

El objetivo perseguido por la nueva escuela es refundir en una la vida pública y la vida privada del personaje, mediante el matrimonio del concepto clásico con el género íntimo tradicional en la literatura francesa, del cual es una muestra *María Antonieta* de los Goncourt. El *Winckelmann* de Goethe suministró el modelo. Se persigue producir en el lector una serie de sugerencias que, reunidas, le representen el temperamento y el carácter del personaje, y, a través de ellos, su actuación histórica, mediante la combinación artística de los hechos y de los datos íntimos.

La idea es excelente; otra cosa es saber si es o no posible.

Tres preguntas se atraviesan delante de la concepción: ¿se produce en el lector en todo caso la representación del personaje?; ¿esta imagen se traduce en un concepto real de su actuación pública?; ¿es posible percibir el marco histórico a través de esta representación?

La respuesta depende de los puntos intelectuales que calce el lector, del personaje biografiado y de mil detalles que varían de caso a caso. Algunos ejemplos responderán mejor que las reflexiones.

Escojamos la *Reina Victoria*, de Strachey; *el Disraeli*, de Maurois; *el Napoleón*, *el Lincoln* y *el Bismarck*, de Ludwig. Su lectura por una persona culta, inteligente y con firme criterio histórico se traduce en un simple placer estético. Cuando el autor es un gran psicólogo, mueve por dentro con mucha destreza los hilos del autómatas histórico. Son hilos que ya conocíamos: la curiosidad acecha demasiado

de cerca a los grandes hombres para que su intimidad quede en la penumbra. Nada añade la obra a la imagen de la reina Victoria, del príncipe Alberto, de Napoleón III y de los demás. Pero nos procura una visita grata a palacios, personas y ambientes que no veíamos desde hacía algunos años. En cuanto al cuadro histórico, todos lo conocemos mejor que el biógrafo; corregimos sus lapsus y celebramos sus intuiciones felices.

Traslademos, ahora, la lectura a un abogado, a un arquitecto, a un comerciante, a un industrial o a un médico. Para ellos casi todo es nuevo: surge súbitamente una reina Victoria muy distinta de la que habían imaginado. Es un personaje muy humano y muy parecido a más de una señora cuyo trato les es familiar. Su figura se les graba en forma que jamás habría alcanzado la antigua biografía. El libro no les da ni el marco histórico ni el alma del pasado. No hacen falta: el alimento está proporcionado a la fuerza del estómago mental que lo ha ingerido.

Pero cambiemos, ahora, de personaje, y substituyamos a la reina Victoria por Napoleón I. Napoleón moldeó y realizó el contenido viable inmediato de la Revolución Francesa. Todo el que tiene alguna intuición del devenir histórico se lo representa como anillo que soldó la solución de continuidad entre el pasado y el presente. Este concepto estaba muy empuñecido, pero estaba en el abogado, en el comerciante, etc. Cada uno de ellos tenía, a su manera, la idea de un Napoleón muy grande, gigantesco, que influyó muy hondo en la historia, con absoluta independencia de la simpatía o antipatía que inspira. Hay que partir, además, de la base de que su erudición histórica va poco más allá de los manuales escritos para la enseñanza. Véase su reacción tal cual se advierte en la realidad. Al presentar Ludwig a Napoleón descolgado del marco histórico y desnudo de la gloria militar, se encuentran delante de una figura que los desconcierta: la mayoría arroja indignada el libro sin concluir la lectura; los restantes creen haber sido víctimas de una impostura histórica, y se revuelven violentamente contra la historia, en vez de hacerlo contra el error literario del biógrafo. En cuanto a la imagen de Napoleón y de su época, vale más no meneallo.

En línea general, se puede afirmar que el nuevo género de biografía no resulta en las grandes figuras de la historia: es inútil para el psicólogo y para el historiador, casi siempre mejor documentados

que el biógrafo, y produce el desconcierto histórico en el grueso público. Los reproches que se dirigieron a Carlyle con motivo de su *Cromwell*, desde este punto de vista, fueron justos. Puede citarse como una excepción feliz el *Disraeli*, de Maurois. El personaje y el marco ayudaron grandemente al autor, y éste puso bastante de su parte, al tomar una posición intermedia entre el antiguo y el nuevo concepto de la biografía.

Como ya lo anotó un crítico, el género parece avenirse mejor con los personajes modestos, sin significación trascendente en la historia. Sin ayudarla con un aporte efectivo, facilita su divulgación entre gentes que no tienen gusto o que carecen de tiempo para leer obras más hondas y complejas. Su campo más indicado es la vida de los grandes artistas.

El error de la nueva escuela biográfica es substituir el antiguo patrón fijo por otro nuevo, pero también fijo. Los grandes hombres de la historia, sin exceptuar a César y a Napoleón, se prestan para la biografía artística lo mismo que los medianos; empero cada uno presenta un problema propio desde los puntos de vista histórico y estético, que exige una solución especial. Todos encierran la posibilidad de ser destacados con tanta gracia y verdad como Disraeli o como la reina Victoria, dentro de su marco histórico; eso sí que la tarea presupone la agudeza psicológica, la potencia cerebral y el temperamento artístico necesarios para crear en cada caso una forma adecuada de biografía. El simple transporte mecánico del molde en que Lytton Strachey vació a la reina Victoria, a figuras muy distintas, como las de Cromwell, Luis XIV, Richelieu, Pedro el Grande, etc., sólo producirá obras sin valor artístico y de escasa utilidad histórica.

Hasta aquí se ha rehuido considerar la biografía novelada propiamente tal, o sea aquella en que el autor deforma, con fines artísticos, la personalidad real del biografiado. No pudo idearse un expediente más diabólico para concluir con la historia. Fuerza es reconocer, sin embargo, que los historiadores con su pose, su gravedad, su horror por el arte, por la gracia y aun por la vida misma, engendraron el género por reacción. Admira que no naciera un siglo antes, y cuesta darse cuenta cómo la novela histórica no se ha trocado aún en historia novelada.

Si la novela histórica ha propagado todo género de errores e impuesto al mundo inepsias y patrañas, culpa fue de los historiadores

que abominaron del artista, y dejaron insaciada la necesidad de belleza y de gracia que hay en el fondo del alma humana. No hay género literario que pueda vencer a la historia en la lucha por la supervivencia, si la toca la gracia de la forma. Hay en ella un contenido humano hondo que arrollará siempre a los demás géneros en proximidad artística. Para todo pensador, naturalmente, el contenido de la historia es lo fundamental; pero en cuanto historiadores, lo cambiaríamos de buen grado por la gracia de la forma. Lo primero es vivir; después viene el vivir profundamente.

No está de más apuntar el hecho de que el peligro de la biografía novelada no está en la mentira franca ni en las adiciones. Zweig necesitó exhumar a Fouché; y para dar interés a la opaca comparsa del drama napoleónico, no trepidó en hacer del astuto camaleón, que siempre cambió oportunamente de color y supo caminar delante de los acontecimientos, el propulsor del suceder y el eje del desarrollo histórico de su época. La historia le desmiente; pero en el futuro serán muy pocos los que lean la historia, a menos que se transforme en obra de arte: la vida ama a la vida y huye de los cadáveres,

CAPÍTULO IV

EXIGENCIAS INTELECTUALES DE LA HISTORIA CENTRAL

“El poeta será siempre el mejor historiador si renuncia a inventar, puesto que concibe el mundo por intuición”.

Goethe

LA HISTORIA ES LA RAMA DEL CONOCIMIENTO HUMANO QUE TIENE MAYORES EXIGENCIAS INTELECTUALES. SENSIBILIDAD Y EQUILIBRIO EN LA PERCEPCIÓN DE LAS MANIFESTACIONES DE LA VIDA. AMPLITUD Y PROFUNDIDAD MENTALES. AGUDEZA PSICOLÓGICA. LA IMAGINACIÓN. LA CULTURA. LA INTUICIÓN DEL PASADO. EL SENTIDO DEL ENCADENAMIENTO HISTÓRICO. LA INTENSIDAD DE LA REPRESENTACIÓN. LOS INCOMPLETOS.

Ninguna rama de la actividad intelectual tiene, siquiera aproximadamente, las exigencias de la historia. Se puede ser un gran matemático y a la vez un estrecho mental. Hasta hace poco, podía un pensador inscribir su nombre en la historia de la filosofía, sin haber nacido con ojos espirituales para percibir la realidad viviente. Un físico puede prescindir de casi todo lo que no dice relación con su especialidad. En cambio, la historia exige profundidad y amplitud mentales, sensibilidad y equilibrio en la percepción de todas las manifestaciones de la vida, agudeza psicológica, imaginación poderosa y control de la fantasía, cultura extensa y sumisa, sin contar las dotes especialísimas y raras de la intuición del pasado y del instinto del encadenamiento histórico.

En seguida, no le basta al historiador la aprehensión profunda del pasado; necesita imponerla a la visión del presente, operando el

milagro artístico de hacernos percibir las ideas, los sentimientos, los intereses, las instituciones y las costumbres de gentes que sentían y pensaban con cerebros muy distintos de los nuestros. La tarea presupone una poderosa personalidad humana, un intenso poder de representación, una rara potencia de simbolización y la fuerza y la gracia en la forma.

Conviene pasar revista a este enorme conjunto de exigencias, para que se comprenda la necesidad de distribuir el trabajo histórico y de establecer la cooperación entre el investigador, el pensador y el artista.

La primera exigencia de la historia es la curiosidad, una curiosidad que debe abarcar todas las manifestaciones de la vida sin posarse especialmente en ninguna. El historiador necesita conocer el medio físico, sus posibilidades económicas desde el punto de vista de las aptitudes nacionales y de su posición frente a la competencia extranjera; la composición étnica de la raza, su grado de desenvolvimiento mental y sus características intelectuales y morales; la organización política, las instituciones, los partidos y la maquinaria administrativa. Tiene que internarse en la vida vulgar: las costumbres, la holgura o la estrechez, los deseos, las características y las relaciones recíprocas de las diversas clases sociales. Tiene que penetrar, igualmente, en la vida ideal: los sentimientos religiosos, las ideas morales, la cultura, las manifestaciones artísticas, en la concepción de la vida, en suma, que es, al propio tiempo, su resultante y el marco que las encuadra.

Este esbozo a vuelo de pájaro basta para dar idea de la amplitud de la rosa que necesita recorrer la curiosidad del historiador. Y no puede recorrerla así como quiera. Si pasa por encima de todo rozándolo apenas, no comprenderá nada o comprenderá mal; tiene que penetrar el fondo de cada aspecto y desentrañar su significación concreta dentro del conjunto en el momento que historia. Si se deja coger por el interés especial de un aspecto, está perdido: su concepción del conjunto será falsa y errada su inteligencia del devenir histórico. Un economista, un político, un revolucionario, un moralista, un profesor, un psicólogo, un apóstol, un esteta, un filósofo, un anticuario, etc., harán siempre historias deformadas del lado de su predilección. El historiador tiene que ser sucesivamente todo eso para percibir los aspectos, y dejar de serlo para representarse el

conjunto. El que no se interne en la política, nunca podrá hablar de ella con acierto; pero si se torna político, o se deja coger por las simpatías partidaristas, está perdido para la historia. El que no haya sentido las pasiones humanas jamás podrá comprender los sentimientos que informan el suceder histórico; pero el que lleve sus pasiones al recinto de la historia está también perdido. Necesita convertirlas, como Goethe y como Balzac, en instrumentos de su visión de la vida. Las declamaciones con que se desahogan los sentimientos del autor, engendran un concepto falso del pasado en el grueso de los lectores, aun en obras como las de Vicuña Mackenna y de Sotomayor Valdés, en las cuales la documentación está, casi siempre, ingenuamente expuesta.

El poder de internarse a fondo en actividades tan variadas y distantes entre sí, de comprenderlas y de sentirlas, sobreponiéndose, sin embargo, a sus sollicitaciones, presupone una flexibilidad y una independencia de espíritu que caen de lleno en los dominios de la genialidad artística.

Vienen a continuación la amplitud y la profundidad mentales. La curiosidad es el acicate de esas características; no las características mismas. No basta revolotear por todos los cálices del jardín; el historiador tiene que libar efectivamente en ellos. El suceder es profundo, recóndito, enmarañado, cambiante y esquivo, como la vida que lo engendra: el que no tenga fuerzas de penetración trascendente, el que no sea capaz de percibir a la vez los grandes conjuntos y la intrincada red de acciones y de reacciones que los tejen, resbalará por la superficie, se posará de corola en corola sin fecundar ninguna.

Lo mismo ocurre con la amplitud. Toda limitación cerebral malogra los resultados de la búsqueda: la insensibilidad artística engendra el fracaso de la percepción estética; la evolución material se escapará al que no tenga el instinto de los fenómenos económicos; la psiquis reacia a la percepción de las corrientes espirituales, sólo puede elaborar un remedo de la historia, un armazón sin alma, sin vida y sin verdad.

Si se recuerda que toda aptitud presupone la afluencia de la energía psíquica en un sentido dado a expensas de otras aptitudes, se crispan los nervios al pensar en la riqueza y en el equilibrio mentales que presupone la historia.

Barros Arana era una inteligencia corriente, y tenía un notable buen juicio histórico y una intuición extraordinaria de la verdad material de los hechos. Sobre este conjunto de dotes, modestas si se quiere, se cernía un concepto tan justo de la historia como inútilmente se buscará en otro historiador americano de su época. Tenía, además, conciencia de sus fallas intelectuales y ponía empeño en suplirlas. Así y todo, su insensibilidad psicológica no le permitió distinguir entre el proceso del desarrollo mental y la cultura; las consecuencias psicológicas del mestizaje se le esfumaron, a pesar de su notoriedad; la formación del alma colonial quedó al margen de su historia; y la gestación de las ideas-fuerzas que engendraron el suceder, salvo en la Independencia, donde contó con mucho auxilio extraño, dieron bote en su cerebro. Leyendo la historia del período de Bulnes, tan rico en influencias espirituales de todo orden, se siente el peso del sudario que, erigido en sistema por los continuadores, debía servir de envoltura en la momificación de nuestra literatura histórica. Se queja de la monotonía del período; y sin embargo, le habría bastado cierta profundidad mental para reducir la obra a la cuarta parte y escribir el volumen más hermoso de la literatura histórica americana. La vigorosa ascensión del país entre 1837 y 1861, empujada por las fuerzas espirituales que germinaron del calvario del Barón y de la victoria de Yungay, encierra mayor interés que todas las guerras, revoluciones y demás vicisitudes materiales, para el pensador capaz de percibirla y de representarla artísticamente.

La historia exige una gran agudeza psicológica. No se trata de las filigranas librescas de un Taine o de un Fouillée. Este hermoso género literario se alimenta, casi exclusivamente, del raciocinio creador, y tiene poco que ver con la historia y con la vida: es un almacén de ropas elegantes que, usadas con cierta discreción, suelen no caer mal sobre la agudeza psicológica vital. Pero sólo esta última permite al historiador penetrar en el fondo de los hombres y de los ambientes pasados, percibir sus cambios y devanar las causas que los han generado.

Un ejemplo ayudará a fijar mejor las ideas; y entre los muchos que se agolpan delante de la pluma, vamos a escoger un suceso que ha sido fuente inagotable de apreciaciones contradictorias y erradas.

Desde que entramos en contacto con Carrera, percibimos en él

una personalidad muy distinta de lo vulgar y corriente: en su sangre hay algo de demoníaco, que parece venir del oidor Verdugo a través de su madre, en herencia cruzada. De ese algo demoníaco arranca la simpatía y la gracia que conquistó a las mujeres; su carácter festivo y travieso, que ató a su cauda a los ligeros de cascos; y su llaneza, su generosidad y su mofa de las clases privilegiadas, que lo convirtieron en ídolo de las clases modestas. De ese algo demoníaco arranca, también, su agilidad intelectual, su atracción magnética y su gran fuerza, su pasmoso poder de simulación, que, en vida, engaña al yanqui sesudo y a casi todos los que se le acercan, y que, un siglo más tarde, lo representará a historiadores y biógrafos, ora como un genio completo, ora como un apóstol de la libertad, de la democracia o de las reivindicaciones sociales. De ese mismo fondo arranca, por último, el odio del castellano vasco, para el cual fue y será siempre un demonio parido de su propio seno.

Pero, enredadas entre las brillantes orquídeas del hermoso canastillo con que las hadas adornaron su cuna, asoman su cabeza las serpientes que van a enroscarse entre sus piernas, a malograr su ingenio y su audacia y a conducirlo muy temprano, maniatado, a un patíbulo extranjero. Carece de las dotes que hacen al organizador de ejércitos; tampoco sabe organizar un gobierno. Ya hacia el final de su accidentada carrera, su aliado, Francisco Ramírez, El Supremo Entrerriano, se asusta de su incapacidad organizadora. Despliega una astucia felina, libre de todo escrúpulo moral, en el escalamiento del mando; y una vez en él, le fastidia su ejercicio; lo remueve todo y no crea nada. Parece perseguir el poder por las emociones que despierta su conquista, y que lo realizado le hastiara. Hay una tara psíquica evidente.

Como general, exterioriza desde el primer momento una característica que ha perdido a la mayoría de los inteligentes en el comando en jefe: ve lo favorable y lo adverso en las situaciones estratégicas y tácticas, pero el juego de motivos paraliza la resultante. A menos que los acontecimientos lo obliguen, como en Cañada de la Cruz, oscila entre propósitos distintos y no toma una dirección fija. Las vacilaciones trascienden a los ayudantes, a los jefes y al ejército entero.

La combatividad fisiológica de O'Higgins y de Córdoba no anida en su sangre. Es bravo con la bravura del orgullo; y su altivez satánica,

para la cual la revolución es sólo un pedestal de su personalidad, desdeña el gesto. Nunca arrojará su caballo sobre la granada humeante: no presiente la influencia de esos actos teatrales sobre el alma ruda del soldado de ese tiempo, o la desdeña, y se mantiene siempre lejos del campo de batalla.

Por el momento no sabemos qué hacer con estas adquisiciones. Se han adherido a nuestro cerebro, a lo largo del camino, más como abrojos que como datos buscados. Pero llegamos a Rancagua y a la conducta de Carrera en los preliminares y en el curso mismo de la acción; y al instante nos damos cuenta de que la sagacidad psicológica espontánea, que nos permite coger los hombres y los acontecimientos directamente de la realidad, sin razonarlos, no sólo es un instrumento precioso en la inteligencia de la historia, sino que, sin ella, son inútiles las demás dotes intelectuales.

Empecemos por el ambiente. Al abrir el año 1814, la revolución está moralmente muerta. Las noticias del exterior son adversas. Dentro, la sensatez y el cálculo se han sobrepuesto a la distancia del criollo por el español en la gran mayoría de la aristocracia castellano-vasca, que es su alma: la revolución cuesta demasiados sacrificios. El propio Carrera le ha dado el golpe de gracia: colocada la aristocracia en la alternativa de optar entre el desdén de algunos funcionarios peninsulares y los tacones de las botas de un mozo atropellador de 28 años, la mayor parte de ella optó por lo primero, como un mal menor, o se fue a su casa. La bofetada del cura Uribe (vocal y brazo derecho del nuevo gobierno) hizo rodar escalera abajo, conjuntamente, al anciano patriarca de la aristocracia revolucionaria, don Juan Enrique Rosales, al cadáver de la Patria Vieja y a la suerte futura de Carrera¹. La idea de independencia es aún muy débil; fue la torpeza de la política española durante la Reconquista la que engendró su gran idea-fuerza: el odio al español.

La revolución está, también, materialmente vencida. Es imposible contener el avance del ejército de Osorio con batallones desmoralizados y compuestos, en buena parte, de reclutas. El 17 de septiembre, catorce días antes de Rancagua, intentaron desertarse los artilleros de la división de O'Higgins. El día 19 del mismo mes, el mismo O'Higgins le escribe a Carrera: "Los soldados voluntarios que vinie-

¹Carrera, *Diario*, página 357.

ron de ésa, casi son enteramente inútiles. Los más no saben tirar, y no debemos esperar buen resultado si nos atenemos a esta laya de gente". El día 20 de septiembre el cuerpo de Millán, que formaba en la vanguardia, tenía un solo oficial. Parque, bagaje y todo estaba desordenado. Los mil doscientos hombres de milicias de caballerías de la segunda división estaban armados sólo de lanzas. O'Higgins los dejó fuera de la plaza de Rancagua, donde sólo podían ser un estorbo militar; y en vez de unirse a la tercera división, acantonada a dos leguas y media al norte, se fugaron. Con semejante tropa y con semejante organización, la derrota era inevitable, lo mismo en la línea del Cachapoal que en la de Angostura: las posiciones no suplen la moral de los ejércitos ni la voluntad guerrera de los pueblos.

Carrera, más inteligente que O'Higgins, percibe el desaliento; pero la falta de genio político y de instinto y de experiencia militares, le impide darse cuenta de la gravedad de la situación. Las medidas que insinúa después de Rancagua revelan la más absoluta inconsciencia política y militar, disimulada por una apariencia de genio que se impuso místicamente a los hipnotizados por su simpatía magnética. La inconsciencia del momento político y militar y el recuerdo de lo que le ocurrió un año atrás —y no su altivez, como se ha creído— lo impulsan a no hacer concesión alguna a la aristocracia y a rechazar el concurso de los auxiliares de Buenos Aires —tropa de línea de primera clase acantonada en Los Andes— que le ofrece Las Heras.

Su conducta en el comando es la misma que se advierte desde Yerbas Buenas hasta Punta del Médano: la vacilación, que sólo cesa cuando los acontecimientos lo obligan. Piensa en la línea de Angostura, y deja a O'Higgins avanzar hasta la del Cachapoal. Acepta la idea del último de encerrarse en Rancagua; y poco después le ordena defender la línea del Cachapoal, recomendándole que, si no puede sostenerse en ella, se retire a la Angostura, movimiento imposible delante del enemigo, dada la calidad de las tropas, como se lo advierte O'Higgins; y poniendo en obra el último plan, hace avanzar la segunda división hasta la línea del Cachapoal. Desde este instante el repliegue sobre Angostura es materialmente imposible; y sin embargo, se queda con la tercera división en Mostazal y Graneros, desde donde no puede cooperar a la defensa del río, ni dirigir la acción. Ya producido el desastre, que, por lo demás, ni la estrategia

ni la táctica podían evitar, después de un simulacro de ataque a la retaguarda de Osorio, inútil, dada la calidad de sus tropas, sólo piensa en salvar el resto de sus fuerzas para rehacerse donde fuera posible. En el silencio de su sangre, sigue los dictados fríos de su inteligencia, admirando la bravura de O'Higgins y de las tropas escogidas, y, tal vez, presintiendo confusamente algo que debía surgir del fondo mismo del descalabro. A las 4 P.M. del día 3 de octubre escribe: "La acción de ayer sobre Rancagua es de las más sangrientas. Ciertos accidentes de la guerra solamente pudieron arrebatarnos la gloria. La oficialidad y tropa, después de vencida por falta de municiones, supo hacerse camino por la bayoneta y el sable, dejando el campo cubierto de cadáveres. Es mucha la bizzarria de nuestros chilenos que al fin salvarán su patria. Gloria eterna a tan dignos hombres"².

En la mañana del 1 de octubre sólo cabía encerrarse en la plaza de Rancagua con las tropas escogidas; hacerse matar y legar un ejemplo que, encarnándose en una tradición, creara más tarde una patria. La sangre se lo mandó a O'Higgins. Esto es lo único real y lo único histórico. Un verdadero historiador revive el momento, lo siente en su grandeza y en sus resultados, y lo impone a la visión de la posteridad, relegando al claroscuro o suprimiendo todo lo demás.

Pero, si como ocurre con Amunátegui y con Barros Arana, carece de sensibilidad cerebral para coger directamente la psicología de los hombres y las reacciones de los ambientes, llega a Rancagua sin la conciencia del fenómeno de simulación que constituye el fondo de Carrera; sin idea clara del embalsamamiento que ciega a O'Higgins; ni de la incapacidad militar de los jefes patriotas, salvo Mackenna; ni de la verdadera naturaleza de la crisis del espíritu revolucionario que obligó a Irisarri y a Camilo Henríquez a gestionar el tratado de Lircay. Necesita pedir al razonamiento lo que su sagacidad le negó, y con esto sólo ya está muerta la verdad histórica. Y si este aserto pareciere exagerado, véanse las consecuencias del razonamiento.

Amunátegui, muy inteligente y sensato, pero psicológicamente tardo, no se da cuenta del fenómeno de simulación que hay en Carrera, ve una combinación estratégica genial donde sólo hubo vacilaciones, y acaba explicándose el paso del Cachapoal por Osorio y la derrota por un descuido de O'Higgins.

²Comunicación de Carrera al Gobernador de Valparaíso.

Barros Arana, verdadero genio del sentido común y de la firmeza de criterio, dentro de lo que alcanza a percibir su limitación intelectual, después de un trabajo ímprobo, en que fatiga su cerebro y fatiga al lector, logra reconstituir aproximadamente la verdad.

Pero en este largo proceso ambos historiadores obscurecieron lo que en la realidad se destaca con luz meridiana, y añadieron factores fantaseados por el raciocinio, que no actuaron. Sus lamentables disertaciones estratégicas y tácticas carecen de toda realidad: no pesaron en los actores ni en el desenlace. Las recriminaciones entre carrerinos y o'higginistas, cobraron vuelo después del desastre; son unas de las vértebras de la espina dorsal del devenir entre 1816 y 1837; pero, colocadas en el momento de la acción, son agregados inútiles, que no ejercieron influencia alguna en los acontecimientos y que salpican, sin objeto, de bazofia el significado espiritual de Rancagua. En cambio, la decadencia del entusiasmo revolucionario que mató a la Patria Vieja, y la idea-fuerza que germinó del ejemplo vivo de Rancagua y se desarrolló en el caldo de cultivo de la torpeza política española durante la Reconquista, pasa, sin que el historiador se dé cuenta, al claroscuro, engendrando en el lector una imagen falsa del momento histórico.

La versión de Amunátegui sugiere la doble fantasía de divisar en Carrera un gran general cuyo ojo certero descubrió la posición de Angostura, donde el ejército patriota habría triunfado infaliblemente; y de ver en la torpeza y obcecación de O'Higgins, que se empecinó en encerrarse en Rancagua, después de descuidar la defensa del río, la causa de la pérdida de la revolución.

La versión de Barros Arana acentúa de tal manera la influencia desmoralizadora del asalto del poder por Carrera, que el lector entiende que la derrota fue el resultado de los atropellos cometidos por éste y de su incapacidad para adoptar medidas eficaces frente al avance de Osorio. Atento sólo a mantenerse en el mando, desechó el auxilio de Las Heras, abandonó a O'Higgins y se desentendió él mismo de la situación producida en Rancagua.

En ambas versiones, el lector pierde de vista lo fundamental: la decadencia del espíritu revolucionario, la inferioridad numérica del ejército patriota y su falta de disciplina; e infiere erradamente que, si Sucre o San Martín hubiera tomado su mando diez días antes, el triunfo habría sido de los patriotas.

No cabe discutir que en estas falsas representaciones han influido, insidiosamente, la antipatía ideológica de Amunátegui por O'Higgins y la repugnancia que la austeridad moral y cívica de Barros Arana siente por Carrera. "Las cosas son verdaderas o falsas, según el lado de que se las mira. La voluntad que se complace en el uno más que en el otro, aparta el entendimiento de ver las cualidades del aspecto que no le gustan"³. Pero, para que la disposición sentimental actúe, es menester que la miopía psicológica le deje el campo libre; salvo el caso de cerebros desconformados, el mandato imperioso de la verdad y el sentimiento de la paternidad intelectual acallan las pasiones en el historiador que desde el primer momento ve claro en los hombres y en los sucesos. En cambio, si no percibe intuitivamente la verdad, y se ve obligado a buscarla en un laborioso proceso de cotejo de documentos y de peso de razones, como quien busca la verdad material de los hechos, cualquiera que sea su cordura y su firmeza de criterio, las simpatías y antipatías de todo orden substituyen la verdad objetiva por una verdad subjetiva. En lo espiritual faltan los testigos que permiten a nuestro razonamiento confrontar sus elaboraciones con la realidad.

Más grave es aún la ausencia de sensibilidad psicológica en la inteligencia de los procesos históricos complejos y de cierta duración. Para demostrarlo, no es necesario cambiar de ejemplo. La rivalidad entre Carrera y la aristocracia, que hizo de la revolución chilena una lucha tripartita entre godos, aristocracia revolucionaria y carrerinos, se transformó después de Maipú en una profunda rivalidad entre estos últimos y los o'higinistas, que, como ya se dijo, influyó poderosamente en el desarrollo histórico entre 1816 y 1837. Cada bando veía al contrario a través de sus sentimientos. Si la falta de sagacidad psicológica no permite al historiador coger desde el primer instante toda la influencia de este factor, el raciocinio lo relegará fatalmente a segundo término, porque su tendencia es prescindir de los sentimientos y substituirlos por sus propias elaboraciones.

En el primer caso, el raciocinio falseó la historia, dando lugar a que los sentimientos reemplazaran por una visión subjetiva la imagen genuina; y en el segundo, eliminando o rebajando la importancia de

³Pascal, *Pensamientos*.

los sentimientos de los actores, que son causas fundamentales del suceder durante este período histórico.

Pero es en la percepción del devenir donde las consecuencias de la insensibilidad psicológica alcanzan su apogeo. Los cambios en las ideas y en los sentimientos se nos escaparán fatalmente, y al escapárse nos, perderemos el encadenamiento histórico, puesto que son factores vitales del suceder. La distinción entre lo racial y constante y lo accidental, provocado por una sugestión o por una influencia externa, se hará muy difícil. La vida ideal y moral quedará al margen de nuestra representación del pasado, aunque tengamos profundidad de espíritu.

La agudeza psicológica tiene otro enemigo casi tan poderoso como la indigencia nativa: el mimetismo. La generalidad de los historiadores sólo percibe lo disconforme con sus ideas y con sus sentimientos y lo que choca con el medio que les envuelve. Este fenómeno se acentúa mucho en los escritores de razas antiguas y ya cerradas, como la vasca y la francesa.

Barros Arana presenta un caso muy curioso de mimetismo psicológico. Justifica, como necesario para la mantención del orden, el fusilamiento de un sargento, de un cabo y de tres soldados, ordenado por Pinto, con motivo del motín de 6 de junio de 1829, y disimula el hecho de que se dejara impune a los dos cabecillas, el coronel Urriola y el teniente La Rosa. En cambio, execra el lamentable fusilamiento de don Manuel José de la Arriagada y de dos hacendados colchaguinos en la Plaza de Curicó, el 7 de abril de 1837, a pesar de que el primero estaba al servicio de Santa Cruz y por su encargo estorbaba el reclutamiento de los contingentes necesarios para llenar los cuadros del ejército, y los dos últimos, no sólo cooperaban a la obra sino que Portales los creyó comprometidos en el movimiento general, que Méndez y Novoa dirigían desde Lima, para derribar el gobierno de Prieto, en guerra en esos momentos con la Confederación. Lo que perturba su criterio y nubla su sentido moral no es el parentesco con una de las víctimas ni el odio a Portales, que en él fue siempre meramente ideológico, sino el concepto de su casta, para la cual la sanción fue siempre lícita en el humilde e inconsciente y un crimen cuando recaía sobre una persona pudiente o bien relacionada.

Los escritores judíos constituyen en este aspecto una excepción. Su vida, desenvuelta en medios extraños a su propia elaboración

racial, los coloca, como al mestizo, en situación de vibrar, hasta cierto punto, con el ambiente y de percibir como extraños,

Pero es en los mestizos donde la agudeza psicológica alcanza su apogeo. Un media sangre español-italiano, en igualdad de disposiciones naturales, lleva al español puro, aun en mayor grado, la misma ventaja que el judío. La sangre española, con tal que esté presente en su psiquis, le permite adentrarse en el alma española, y la sangre italiana contrarresta en él el mimetismo.

No parece probable que la deficiencia original de agudeza psicológica pueda ser suplida por el ejercicio prolongado. Barros Arana tenía, como se ha dicho, una notable firmeza de juicio y una excelente dirección histórica; y sin embargo, nunca pudo desenvolver sensibilidad psicológica. Adquirió un verdadero arte de hacer esbozos convencionales, recogiendo los rasgos dispersos aquí o acullá que otros percibieron, y con su buen juicio componía un personaje. Nunca pudo coger nada directamente: Meneses, O'Higgins, Carrera, Cienfuegos, Pinto, Egaña, Portales, Manuel Rodríguez, para no nombrar sino a los de psicología más acentuada, se le escaparon como realidad viva. Lo mismo le ocurrió con los procesos espirituales. Su prudencia y su buen juicio escogían entre las ideas más sensatas; y acomodando un poco los sucesos y otro poco las ideas, suplía su deficiencia psicológica. De este procedimiento deriva la sensación indefinible de irrealidad y de convencionalismo que exhalan sus obras. Nada de lo que contienen está aprehendido de la vida: todo está compuesto con reflejos de pensamientos extraños, salvo los documentos contemporáneos de los sucesos reproducidos textualmente. Son estas citas las que suministran el oxígeno indispensable para no asfixiarse.

Uno de los prejuicios más arraigados en la historiografía moderna, es la creencia de que la historia puede prescindir de la imaginación. No sólo se cree que no la necesita, sino que se la mira como a una intrusa. La imaginación ha hecho por muchos años el papel del chivo de la tribu de Israel, en la historia: se han descargado sobre ella los pecados de los padres y de los hijos.

Este error tuvo un origen empírico, si así puede decirse. Una actividad intelectual en que la materia está dada por lo que sucedió y dentro de la cual nada se puede inventar, parece, a primera vista,

terreno propicio para los desheredados de la imaginación. Esta creencia impulsó a buscar refugio en la historia a la mayor parte de los que nacieron con vocación literaria y sin imaginación; y un proceso psicológico elemental los convirtió en apóstoles de su propia insuficiencia.

Mucho contribuyó, también, a la propagación del error el simplismo intelectual. Entre el concepto psicológico y el concepto estético de la imaginación hay un abismo: el último es bastante más restringido que el primero, y, descendiendo al concepto vulgar, la imaginación se confunde con el poder de inventar argumentos para un drama o para una novela.

Es claro que si se la toma en este sentido vulgar y estrecho, la imaginación está de más en la historia. En cambio, si se la toma en sentido psicológico, la historia consume más imaginación que la novela, que el drama y que cualquier otro género literario.

En los últimos la imaginación se mueve con soltura; escoge con cierta libertad las manifestaciones de la vida que la han impresionado más hondo y las combina en la forma más fácil para las dotes del artista. Puede coger en la pradera las flores que le agraden y combinarlas a su arbitrio. Contra lo que cree la opinión estética corriente, el gran consumo de energía psíquica no está en el invento, sino en la emoción artística, en la transfiguración de lo dado por la realidad.

El historiador puede, también, escoger las flores; pero necesita componer un ramillete que produzca un efecto dado que está fuera de él. Necesita inferir el modelo inaparente de los restos de pétalos muertos, olvidados entre las hojas de los expedientes, y de ramitas estropeadas por el correr de los siglos y por los pies de las generaciones que pasaron por sobre ellas. La tarea de reconstituir con semejantes despojos un ramo vivo idéntico al que siglos atrás formó el sino histórico, consume más imaginación que fantasear un ciento de ramos a nuestro capricho: en este último caso vamos cuesta abajo, nos deslizamos por la línea de menor resistencia; en el primero caminamos cuesta arriba por un sendero estrecho bordeado, a ambos lados, por precipicios que acechan cada uno de nuestros pasos.

Queda, en seguida, la elaboración artística. En un drama se combinan uno o dos protagonistas y una o más decenas de comparsas que actúan en un momento dado. En la historia el protagonista es la naturaleza humana, y las comparsas, la vida en sus múltiples

manifestaciones. La imaginación más poderosa apenas alcanza a abarcar la extensión de semejante drama y a vislumbrar su profundidad. El historiador necesita reconstituir cientos y miles de hombres; sucesos acaecidos siglos atrás; ideas, sentimientos y pasiones que germinaron en cerebros distintos a los de su generación, le agraden o no, convengan o no a sus disposiciones naturales. Y tiene que reconstituirlos a través de un corto número de despojos inertes, truncos o estropeados: cartas, documentos insulsos, relatos de actores inconscientes y embusteros, edificios retocados, etc. Nada de esto está vivo, nada flota en la atmósfera que respiramos: hay que evocar hombres, ideas, sentimientos y sucesos por un supremo esfuerzo de imaginación y poblar con sus imágenes nuestro aposento. Sólo después de llenarlo, puede el artista transfigurar este mundo de sombras redivivas en creación de verdad y de belleza.

La historia quema, pues, más imaginación que cualquiera de los géneros literarios restantes; pero la quema en una forma especial. Al historiador no le es licito inventar nada: su suprema invención es el pasado tal cual lo produjo la vida.

El historiador sin imaginación sólo puede percibir del pasado lo que el ciego del mundo físico. A través de los documentos, verá la realidad material, el bulto de los sucesos, exactamente como el último percibe las formas por el tacto. Si es ágil intelectualmente, puede disertar sobre el alma del pasado y los caracteres de los hombres, inventándolos mediante el raciocinio, lo mismo que el ciego diserta sobre los colores. Si su talento es vigoroso, puede, también, imponer su visión a los demás desheredados de la imaginación; pero no por eso dejará de ser una fantasía ingeniosa del raciocinio, una telaraña irisada por los reflejos de la luz artificial despedida por la propia mente, que el menor contacto accidental con la realidad o que el simple devenir histórico hará trizas. De estas ingeniosas elaboraciones deriva, en parte, la tenaz miopía de la historia para presentir el futuro.

La historia exige una cultura humanística y científica extraordinaria. El historiador tiene que hablar y entender de todo: política, diplomacia, administración, guerra, artes, ciencias, moral, filosofía, etc. Hay, además, algunos conocimientos que se rozan especialmente con la historia. Las leyes sociológicas y los postulados políticos deben

quedar a sus puertas: "las teorías pasan y los hechos quedan". Pero este *vade retro* no dispensa del conocimiento de los fenómenos sociales y de las hipótesis sociológicas. Sin el auxilio de la psicología genética y de la psicología colectiva, a cada paso el historiador se encontrará desconcertado por los fenómenos conocidos. Sin internarse con Bastian en los dominios de la etnología, por poco que retroceda en la historia de los pueblos civilizados, se sentirá perplejo. Las observaciones ya recogidas ayudan mucho en la inteligencia del alma primitiva, tan inaccesible a nuestra psiquis actual. La antropología propiamente dicha y sus diversas ramas le son tan indispensables como la etnología misma, desgajada del tronco común.

Haciendo el balance de nuestro acervo histórico, a primera vista, creemos que procede sólo de las intuiciones directas sugeridas por la documentación. Mas olvidamos que, cuando la recorrimos, teníamos ya dentro de nuestra psiquis un abundante bagaje de reflexiones sugeridas por el conocimiento de la historia universal y por el estudio detenido de sus períodos más interesantes. ¿En qué medida este bagaje de reflexiones suministra subconscientemente material a la intuición histórica? Nadie podrá decirlo; pero es indudable que la amplitud y la profundidad del criterio dependen, en gran parte, del dominio de la historia mundial. Se objetará que los términos están invertidos y que es el poder cerebral el que engendra la visión honda de la historia. No se puede discutir la objeción; sin poder mental no cabe visión profunda. Mas también tenemos nuestra parte de razón: aun para los cerebralmente poderosos, la sucesión de las civilizaciones encierra enseñanzas y amplía el criterio. Toda la cultura humana, si cupiera en su cerebro, no lograría suplir al mal dotado; pero es posible que el espectáculo lo anonade, que lo torne más humilde y que lo recluya en una actividad más en armonía con sus disposiciones naturales que la historia.

Siempre será preferible la ignorancia a una cultura mal digerida, o que se enseñorea de nosotros. El que no tiene fuerzas mentales para torcer el pescuezo a su cultura y rendirla a sus pies, hará mejor en despedirse, no ya de la historia que tiene exigencias intelectuales inalcanzables dentro de la naturaleza humana, sino de toda actividad literaria: el mundo está sobrado de escritores.

La amplitud y la profundidad mentales, la agudeza psicológica, la imaginación y la cultura, son dotes perdidas en la historia, si no van acompañadas de ese algo indefinible que llamamos la intuición del pasado; de ese extraño poder que permite revivir las ideas, los sentimientos, las pasiones, los sucesos y las cosas muertas, del cual ofrece uno de los mejores ejemplos Vicuña Mackenna.

Aun la posición del historiador delante del presente está determinada por esta facultad: necesita vivirlo, interrogarlo y comprenderlo para arrancarle las manifestaciones del pasado que lo engendró, no para gobernarlo y dirigirlo; le es menester penetrar en su estructura y en las fuerzas espirituales que lo animan para remontarse a sus fuentes, no para embarcarse río abajo; puede dispensarse del talento del político y de las dotes que hacen al conductor de hombres, pero no puede ignorarlas ni desdeñarlas.

Esta fuerza de penetración del alma del pasado se nos presenta, aparentemente, bajo la forma de la intuición. A todos nos es familiar el extraño poder de penetración intuitiva que tienen ciertos individuos sobre los sentimientos y las ideas de los demás y aun sobre el porvenir inmediato. Nos explicamos esta sagacidad suponiendo en ellos una sensibilidad especial que capta ondas psíquicas que escapan al común de los hombres. Esta fuerza de penetración psicológica se polariza, a veces, hacia el pasado; y, fenómeno curioso y sugestivo, casi siempre se observa un violento divorcio entre ambas formas de la intuición: Vicuña Mackenna leía a libro abierto en el alma del pasado y era ingenuo como un niño respecto de los hombres y de los sucesos del presente; don Crescente Errázuriz, por el contrario, tenía muy mediana sagacidad en lo pasado y bastante intuición respecto de los hombres que lo rodeaban.

Tampoco se advierte en el antagonismo un carácter constante de generalidad. Así, Barros Arana veía muy poco en el presente; su falta de sagacidad instintiva le impedía darse cuenta a fondo de los hombres y prever los acontecimientos. Basta leer su juicio sobre don José Joaquín Pérez, en la correspondencia con Mitre, y su presentimiento del gobierno que hará, para convencerse de ello. Esta miopía del presente, que tanto contrasta con la sagacidad del arzobispo Errázuriz, no estuvo en correlación con una agudeza psicológica general respecto del pasado, como han solido inferir espíritus demasiado generalizadores. Su sagacidad se canalizó exclusivamente en la

presunción de la verdad material. En todos los demás aspectos, mostró el buen juicio corriente de un hombre de sentido común, limitado en la amplitud y en la profundidad por una verdadera miopía para la percepción de lo psíquico.

La imposibilidad en que estamos de captar ondas psíquicas del pasado, induce a divisar en esta sagacidad natural y espontánea, que nos permite percibir a primera vista y sin análisis los hombres y los ambientes muertos, una sensibilidad cerebral aguda para las imágenes que sugieren las fuentes históricas, o sea una forma especial de la imaginación.

Si queremos que tenga algún valor, nuestro concepto del pasado debe empezar por una aprehensión intuitiva. Necesitamos desalojar el propio yo; anular nuestra personalidad, nuestras ideas, nuestros afectos, nuestros odios y nuestros prejuicios morales, patrióticos y científicos; en una palabra, convertirnos en una simple antena. En seguida tenemos que hundirnos en el pasado con zambullidas profundas, pero rápidas, manteniendo los ojos abiertos: la inmersión prolongada atrofia la sensibilidad de las antenas; y lo que no percibamos en estas zambullidas, no lo percibiremos en una inmersión continuada. Cogido un personaje o un acontecimiento, abstengámonos de juzgarlo ni de inferir nada de su conocimiento. Confundámonos con él, pensando, sintiendo y obrando como él; mezclémonos en sus ambiciones, en sus aventuras y en su vida íntima. Extendamos nuestras relaciones y conocidos, sirviéndonos de unos para introducirnos en los otros. Seamos un conquistador con Valdivia y sus compañeros y un primitivo con el indio. Recorramos el alma del peninsular, del criollo de la clase alta y del mestizo. Desempeñemos las funciones y oficios de gobernador, de oidor, de fraile, de encomendero y de indio encomendado, de veedor, de regidor, etc., en las diversas épocas. Internémonos en el hogar; seamos marido, padre, hijo y pariente pobre; miremos a la mujer a través de los ojos con que la miraba el hombre de su época, y procuremos entenderla tal cual era entonces. Asistamos como subalternos de don Alonso de Sotomayor a la campaña de Arauco y repitamos de tiempo en tiempo la aventura. Tomemos parte en un capítulo de frailes. Seamos actores en la riña que se trabó entre don Andrés Jiménez de Mendoza y don Pedro Lisperguer y sus parientes y partidarios, el 10 de agosto de 1614. Depongamos como testigo en algunos juicios de

residencia. Sostengamos litigios y movamos influjos ante los oidores, primero, en Lima en seguida y, por último, en España. Más adelante internémonos en la revolución; en los sentimientos de los criollos y en los arrestos y en los temores de la aristocracia. Sólo entenderemos a Carrera y a O'Higgins, a San Martín y a Monteagudo encarnándonos en ellos, colocándonos en su momento y en su situación. Tenemos, en seguida, que actuar en los bandos y participar sucesivamente de sus intereses encontrados y de sus pasiones. Más adelante, todavía, la anarquía. Necesitamos gobernar con Freire y con Pinto; trabar al Ejecutivo con Infante y con los Congresos; convertirnos en aventureros a río revuelto con Novoa, Orjera y su séquito; en zorro astuto, cauto, socarrón y bondadoso con Prieto; en conspirador sin fe y sin propósitos con Vidaurre, etc. Procuremos verlo, palparlo y sentirlo todo, lo grande y lo pequeño, sin preguntarnos si fue bueno o malo, útil o inútil; pero manteniendo firme la mano sobre los frenos de la imaginación, y no permitiéndole otro papel que el de incubadora de los gérmenes dormidos en el acta del Cabildo, en la información de servicios, en la cédula real, en el proceso de la Real Audiencia, en las páginas del memorialista, etcétera.

Si al final no hemos llegado con un enorme caudal de imágenes del pasado grabadas en nuestra mente; si sus hombres, sus costumbres, sus ideas, sus sentimientos, sus intereses, sus creencias no se destacan nítidos en ella; si no sentimos el vaho que exuda y la atmósfera que lo envuelve, debemos doblar en el acto la vocación: no recibimos en lote la intuición del pasado, y ninguna gimnasia logrará dárnosla. Nuestras facultades pueden ser poderosas, pero tomaron un sendero que no era el suyo.

A esto llamamos la intuición del pasado. El que la tiene reconstruye con un trozo roto de papel, con un dato descabalado, el alma de un gobernador, la fisonomía de un suceso y los cambios más tenués en las ideas y en los sentimientos de una época. El que no la tiene errará tanto más cuanto más razone; su fracaso será tanto mayor cuanto más esfuerzo gaste. Es un don aparte del talento, del saber y de la laboriosidad; no es un arte. La voluntad y el ejercicio pueden desarrollar la aptitud latente, pero no crearla.

No estará de más recordar que la vida pasada, como la presente y como la futura, es en el fondo creación, aun en los periodos álgidos de desintegración, y que el historiador necesita percibir de preferen-

cia el sentido creador de la historia. Los pensadores del corte de Nietzsche son simples destructores; cumplen el papel de la bacteria en la descomposición del cadáver: son objeto de la historia y no historiadores.

El que recibió la intuición del pasado llega al término de la jornada con una montaña de imágenes y de sugerencias inconexas y, al parecer, rebeldes a toda forma orgánica. Le ocurre lo que al explorador que se interna en una selva intrincada y la cruza en todos sentidos: ha recogido datos de la fauna y de la flora, del suelo y de los ríos; pero los contornos y el relieve no se le representan.

Si el explorador gana después cierta altura, los datos se organizan en una visión exacta del conjunto. Del mismo modo, si el historiador recibió el sentido del encadenamiento histórico, le basta situarse a una distancia conveniente para que los rasgos dispersos del pasado se organicen por sí solos. Todo toma su colocación natural, la colocación que tuvo en la realidad vivida; no la colocación artificial que le asigna el razonamiento. Se produce un encaje espontáneo de hombres, instituciones, sucesos y cambios, sin necesidad de argamasa artificial que los una: hay un nexo enteramente ajeno al razonamiento y a la lógica humana, que fluye de los sentimientos, de las pasiones, de los sucesos y de todo el fondo vital del pasado.

Si, por el contrario, el historiador tiene la intuición del pasado, pero no el sentido del encadenamiento histórico, su reconstitución como un todo orgánico es imposible: la rica cosecha de la intuición queda aguardando la varilla mágica que, al tocarla, determine la síntesis, y al artista que debe transfigurarla en historia. Es el caso de Vicuña Mackenna.

Pero, aunque la historia sea imposible para el que no recibió el sentido del encadenamiento histórico, su trabajo no es perdido. Como ya se dijo al hablar de las formas históricas, hay varios géneros que convienen a su talento: la biografía, la crónica y la tradición. Desde el instante en que advirtamos cierta dificultad para percibir el nexo vital del suceder, desde que comprobemos que, aun contemplándolo desde la distancia conveniente, el pasado que acabamos de recorrer por dentro, no se nos representa espontáneamente como una forma viva, de contornos netos y de órganos articulados, cuya actividad y crecimiento podemos seguir, conviene virar hacia las

formas literarias indicadas. Quedamos siempre inferiores a nosotros mismos, cuando desviamos de su dirección a nuestras aptitudes. ¡Qué lugar ocuparía Vicuña Mackenna en las letras españolas, si hubiera adoptado esas formas literarias y educado el sentido de las proporciones!

Hemos recorrido ya las dos primeras fases de la creación histórica. Tenemos dentro de nosotros una imagen fiel del pasado: se nos plantea, ahora, el problema de transmitir a los demás nuestra visión.

El éxito en esta tercera fase depende de ciertas disposiciones cerebrales comunes a otras ramas del arte: la intensidad de la representación, el poder de simbolización y la fuerza, la claridad y la gracia en la forma.

Cuando la imagen que el pasado depositó en nuestra mente es pálida o inconsistente, aunque sea real y completa, estamos fracasados artísticamente. Necesitamos transmitirla a cerebros muy distintos de los que lo tejieron, insensibles a los ligeros matices y bastante reacios para la percepción de todo lo que difiere de su propia manera de sentir y de pensar. Si la imagen no es cálida y jugosa de color; si no vibra en ella la vida ansiosa de revivir los momentos que historiamos, es preferible que la guardemos para nosotros: la exquisiteces sensitivas de Proust y de Chabas sólo encuentran simpatía en un corto grupo de almas afines. Más aún, esas afinidades sutiles son imposibles a través de tiempos distintos; sólo el fondo vital del pasado es capaz de interponerse a la comprensión del presente. Los personajes necesitan coger del brazo al lector y llevárselo consigo, alejándolo por algunos días del presente para transportarlo al pasado. Las ideas, los sentimientos y las pasiones tienen que destacarse con **relieves poderosos**; necesitan aplastar, momentáneamente, las ideas, los sentimientos y los intereses del presente. **Los sucesos tienen que apasionar, y mejor aún si logran abanderizar. El lector se tornará actor y, como tal, juez parcial. No importa; otro lector se abanderizará en el partido opuesto y el mal se corrige por sí mismo.**

Ningún recurso literario puede suplir la debilidad de la representación. El factor subjetivo está contraindicado, puesto que asesinamos la historia desde el momento que introducimos en ella nuestra personalidad. Hemos visto que necesitamos vaciar nuestro propio contenido, tornarnos una esponja estrujada, ávida de embe-

ber lo que toca, para robarle al pasado su alma y su imagen. Si le añadimos más tarde algo del contenido desalojado, para suplir la cuantía o la debilidad de la cosecha, adulteramos el alma y el cuerpo del trozo de vida que historiamos; creamos una obra falsa y convencional, que puede impresionar el gusto del momento, si tenemos talento literario, pero que no vivirá. La acumulación de galas retóricas, no sólo no suplirá la endeblez, sino que provocará el ridículo: hará el efecto de las puertas artesonadas y de los *vitraux* en un rancho de paja.

Tampoco pueden suplir la insuficiencia de la representación, el orden, la correcta distribución de las materias, las citas eruditas ni las reflexiones sensatas. No podemos transmitir a los demás lo que no está en nosotros: la historia nos resultará, fatalmente, un inventario de escribano.

Basta recorrer las exigencias intelectuales de la historia central, para comprender que sólo muy de tarde en tarde pueden reunirse en un individuo, aun en los pueblos adultos y bien dotados cerebralmente.

Lo más común es advertir cierto divorcio entre el temperamento artístico y el sentido del encadenamiento histórico. En este caso, es preferible que el escritor renuncie, como ya se insinuó, al cultivo de la historia; y se encauce hacia la biografía, si tiene agudeza psicológica. Si los personajes no se le representan espontáneamente con contornos nítidos, hará mejor en virar hacia la tradición o hacia la crónica, géneros en que el ambiente ocupa el primer plano.

Con frecuencia fallan las dotes artísticas. En este caso está indicado el cultivo de las historias especiales, siempre que el escritor tenga firmeza de juicio y las dotes que hacen al expositor. Si no las tiene, será preferible que se confine en los dominios de la investigación. El escritor que intente cultivar la biografía, la tradición o la crónica, sin poseer un temperamento artístico, perderá lastimosamente su tiempo: en la dura concurrencia de nuestros días no hay plaza para el cronista, el biógrafo o el tradicionalista insulso, aburrido o desmañado. Los tres géneros son, ante todo, obra de arte.

Quedan dos tipos de incompletos *sui generis* que pueden simbolizarse en Alberto Edwards y en Vicuña Mackenna.

El primero representa al pensador vigoroso y original que no recibió el poder de la simbolización. Su ausencia tiene fatalmente

que conducirlo en el cultivo de la historia, al matorral ideológico, si intenta representar el alma del pasado, y al matorral de los hechos, si se limita al aspecto externo. Sin embargo, a diferencia de los incompletos de la primera categoría, sus obras serán siempre aporte muy valioso. Las grandes historias de Roma, de Grecia, del Renacimiento y de los pueblos occidentales, no se habrían podido escribir sin el intenso trabajo de pensamiento que las preparó. Casi todos los cerebros superiores sintieron la curiosidad de meditar la civilización griega, el apogeo y la decadencia de Roma, las invasiones, el alma medieval, las cruzadas, el renacimiento y, en general, los períodos salientes de la historia de los pueblos occidentales. Este enorme caudal de ideas y de sugerencias se infiltró en el cerebro, casi siempre más débil, del historiador, y preformó, por así decirlo, la interpretación de la historia. El contenido de la documentación, el de los antiguos textos y el de los descubrimientos antropológicos, arqueológicos y lingüísticos, se fue depositando en el molde ya elaborado inconscientemente.

En la América española el historiador no cuenta con esa cooperación. Por lo que respecta a Chile, si se exceptúan las percepciones psicológicas de Palacios, algunas ideas de Lastarria sobre la influencia sociológica de la configuración del territorio y las intuiciones de Vicuña Mackenna, el historiador está abandonado a sus propias fuerzas.

Nuestra inteligencia del desarrollo histórico es atrasada, falsa y superficial. Estamos, todavía, escribiendo historia con el criterio sociológico del abate Raynal, aunque nos riamos de su ignorancia y de su superficialidad. Es una necesidad, un reflejo de la simpatía entre nuestro grado de desarrollo mental y las ideas del siglo XVIII. Leemos el último libro y lo aplicamos a nuestra realidad social con el cerebro francés de 1780. Si se ha de decir la verdad entera, jamás hemos pensado nuestro desarrollo social: los escritores de la generación precedente injertaron en él, como pudieron, algunas fórmulas y postulados políticos; y la actual se ha limitado a substituir con otras nuevas las etiquetas deterioradas por el tiempo.

Nuestro pasado está, pues, virgen de toda meditación; la labor de Edwards es aislada y muy corta. En nuestro ambiente el intuitivo está colocado en condiciones muy favorables para una visión genuina, libre del peso de las ideas recibidas. Eso sí que necesita realizar

la jornada por sus propias piernas: tiene a su disposición un acopio documental de primer orden; pero sólo encontrará muros desplomados y pilares podridos en el vetusto edificio histórico. La interpretación de nuestra historia desde la llegada de Valdivia hasta hoy es falsa: está en contradicción abierta con los mismos hechos narrados y dejó al margen los procesos fundamentales de nuestro desarrollo social.

También puede ser muy útil la labor de los intuitivos del corte de Vicuña Mackenna. Por sí mismos no pueden ni concebir ni escribir la historia; pero, como se ha dicho tantas veces, sus intuiciones son una cantera riquísima. Las inteligencias esponjas, que se caracterizan por un notable poder para absorber y elaborar lo ajeno, son frecuentes. No es imposible una complementación cuyos sorprendentes resultados suelen exceder a los de un vigoroso pensador original.

Los mejores historiadores de los tiempos modernos se han extraviado en su camino al perseguir se de la verdad no por obra de su imaginación, sino de su razón, incurriendo en el defecto de abstray y desnaturalizar los hechos, torturándolos para hacerlos acomodarse a los principios generales.

Mackenna

CAUSAS DE LA EVOLUCIÓN DE LA VERDAD HISTÓRICA. LA VERDAD DE LOS HECHOS. LAS FASES INTERMEDIAS DE LA VERDAD. LA VERDAD DEL AUTOR. POSIBILIDAD DE PERCIBIR SEPARADAMENTE LAS DISTINTAS FASES DE LA VERDAD HISTÓRICA. LA HISTORIA Y LOS DIFERENTES CONCEPCIONES DEL PASADO.

Al confrontar las historias de un pueblo escritas a través de cierto tiempo, advertimos cambios en la narración de los sucesos, en el interés por los diversos aspectos de la vida nacional, en la forma como se los interpreta y en el juicio que merecen.

Esta continua transformación de la historia deriva de un complejo conjunto de factores.

Los progresos en la investigación, las excavaciones arqueológicas, la lectura de inscripciones, el hallazgo de textos y documentos desconocidos, etc., repercuten sobre la Geografía material y moral de los pueblos y de los hombres.

CAPÍTULO V

LAS DIVERSAS FASES DE LA VERDAD HISTÓRICA

"El historiador es esclavo y no amo del pasado".
(Pensamientos y Reflexiones, 1902).

"Los mejores historiadores de los tiempos modernos se han extraviado en su camino, apartándose de la verdad no por obra de su imaginación, sino de su razón, incurriendo en el defecto de **alterar** y **desnaturalizar** los hechos, torturándolos para **mejor acomodarlos** a los principios generales".

Macaulay

CAUSAS DE LA EVOLUCIÓN DE LA VERDAD HISTÓRICA. LA VERDAD DE LOS ACTORES. LAS FASES INTERMEDIAS DE LA VERDAD. LA VERDAD DEL AUTOR. POSIBILIDAD DE PERCIBIR SEPARADAMENTE LAS DISTINTAS FASES DE LA VERDAD HISTÓRICA. LA HISTORIA Y LOS DIVERSOS CONCEPTOS DEL PASADO.

Si confrontamos las historias de un pueblo escritas a través de cierto tiempo, advertimos cambios en la narración de los sucesos, en el interés por los diversos aspectos de la vida nacional, en la forma como se les interpreta y en el juicio que merecen.

Esta continua transformación de la historia deriva de un complejo conjunto de factores.

Los progresos en la investigación, las excavaciones arqueológicas, la lectura de inscripciones, el hallazgo de textos y documentos desconocidos, etc., repercuten sobre la fisonomía material y moral de los sucesos y de los hombres.

Los avances científicos constituyen otra fuente de renovación. Los progresos en el conocimiento de la mentalidad primitiva, de las diversas fases de la organización social y política, y aun, las conquistas científicas en los dominios de la naturaleza inorgánica y vital, determinan hondos cambios en el concepto del pasado; alumbran aspectos oscuros, rectifican en otros la inteligencia recibida y sugieren nuevos puntos de vista.

En tercer lugar, cada momento histórico tiene una fisonomía sentimental e ideológica propia, que influye, por un lado, en el concepto de la historia y, por otro, alumbrando la visión del pasado con luz distinta de los que le precedieron y de los que le seguirán.

Estos dos últimos factores de mudanza en la verdad histórica, tienen un origen más hondo y trascendente: nuestro cerebro en perpetua evolución percibe las mismas manifestaciones de la vida con los cambios determinados por su propia modificación. No tenemos para qué internarnos en el fondo de este fenómeno, que constituye una de las piedras angulares del problema del conocimiento; pero no estará de más recordar que sus consecuencias, lentas en algunas de sus creaciones subjetivas, como las matemáticas, y casi impercetibles en ciertos aspectos de las relaciones entre nuestra mente y el cosmos, se acentúan mucho en el terreno político y en otras fases del desarrollo histórico.

Las distintas etapas que recorre en su evolución la verdad histórica, tienen diversa importancia para la historiografía.

La primera, siguiendo el orden marcado por su importancia, es la verdad primitiva o contemporánea de los actores; lo que ellos creyeron verdadero a través de sus cerebros, muy distintos de los nuestros, y de las ideas, sentimientos e intereses que les animaban. Las ideas-fuerzas que determinaron la caída de O'Higgins fueron la creencia de que su tutela era un estorbo para la realización del gobierno democrático, y la convicción de que el profundo malestar económico que agobiaba al país era efecto de los errores y de los abusos suyos y de sus ministros. Además, para el pueblo, el terremoto de 1822 no fue extraño a la impiedad de su gobierno. La idea-fuerza que generó la revolución chilena de 1891, fue el convencimiento de que la libertad electoral marcaría un gran progreso sobre el régimen portaliano, que Balmaceda estimaba necesario prolongar.

Esta fase primitiva de la verdad se diferencia fundamentalmente de las posteriores. Es la única que influyó en el suceder, la única real respecto de esos sucesos y la única estable, dentro de la relatividad del conocimiento humano. Los nuevos juicios que más tarde forma la colectividad sobre los mismos hechos, contienen, también, realidad; pero sólo respecto al momento en que se formaron. Son el producto de una elaboración secundaria de la verdad primitiva, y, por tanto, conceptos meramente subjetivos, que no ejercieron influencia alguna en los acontecimientos sobre los cuales recaen.

En los pueblos que alcanzan el grado de desarrollo mental suficiente para hacer posible el nacimiento de la historia, la colectividad no sólo forma concepto de su presente, no sólo alberga un conjunto de ideas y de sentimientos que preforman su futuro, sino que elabora, también, una concepción del pasado. A la vuelta de pocos años, esta concepción que, al nacer, difiere ya mucho de la verdad primitiva, se diferencia igualmente de la verdad actual, o sea de la del momento en que está situado el historiador.

Esta segunda fase de la visión del pasado está sujeta a un continuo cambio, que va reflejando la índole ideológica y sentimental de los momentos que la elaboran. Mommsen reprochó ásperamente a los historiadores romanos su silencio sobre aspectos del pasado que interesaban al siglo XIX, y su empeño por recoger en los textos puerilidades que él y su tiempo habría desechado. Hoy, apenas un medio siglo más tarde, le reprochamos a él y a su época exactamente lo mismo que enrostraron a sus predecesores: buena parte de lo que recogió en su obra ha cesado de interesarnos, y olvidó o pretirió fenómenos que para el siglo XX constituyen el eje de la historia.

En los períodos informados por una fuerte racha ideológica, como el que vivió Chile entre 1870 y 1891, la verdad primitiva desaparece barrida, como hoja seca, por el huracán. A lo más, en los pueblos adultos, suele refugiarse, durante esta crisis, como en el santuario oculto de un rito prohibido, en el cerebro de uno que otro gran pensador, para irradiar de nuevo en los días serenos que suceden a los tempestuosos.

Igual cosa ocurre en las grandes crisis sentimentales que sepultan la fe que murió, o que mecen la cuna de la nueva fe que nace. Los

sentimientos elaboran un pasado de su agrado, en que la verdad no cuenta para nada, o sólo proporciona ropajes con que vestir la visión que brota del estado sentimental.

En este fenómeno entran dos elementos indisolubles en el **suced**er, pero que es necesario distinguir cuidadosamente en la historia.

El primero es el conjunto de ideas, de deseos y de pasiones que animan el momento. Este estado es una realidad, un factor del suceder; entraña la verdad de los actores de ese momento con la más absoluta abstracción del grado de verdad racional que encierra. El suceder inmediato —la criba que separa lo que fue pompa de jabón de lo que fue factor sociológico activo— y no la razón, debe decidir de su importancia histórica.

El segundo es el concepto que ese momento forma, o mejor dicho, la acomodación que hace del pasado a sus pasiones, deseos y necesidades. Así, la literatura histórica chilena del siglo pasado, escrita al calor del odio al coloniaje, no corresponde ni al concepto que ese período tuvo de sí mismo, ni al que nosotros tenemos hoy. Igual cosa ocurre con la historia de la República: el juicio que predominó entre 1870 y 1891 sobre los gobiernos precedentes, fue desconocido por los contemporáneos de esos gobiernos y hoy lo miramos como una simple manifestación del estado ideológico y sentimental de esa época.

La leyenda de Manuel Rodríguez ofrece, también, uno de los mejores ejemplos de verdades intermedias. Los contemporáneos de los sucesos y nosotros sabemos que la acción del popular guerrillero fue doble: por un lado, completó la opaca personalidad del Director delegado don Luis de la Cruz, y restableció la moral después del desastre de Cancha Rayada; y por otro, al esparcir con fines menguados la noticia de la fuga de San Martín y de la muerte de O'Higgins, y repartir, por falta de juicio, la reserva de armas al populacho, comprometió en tal forma la reorganización del ejército, que su dictadura de once horas (dos de la tarde del día 23 y tres de la mañana del día 24) estuvo a punto de perder al ejército patriota. Sin el regreso de O'Higgins a Santiago en la madrugada del 24 de marzo, Chile habría caído, fatalmente, de nuevo en poder de Osorio, como consecuencia de la actuación de Rodríguez.

Pero la fracción carrerina de los que triunfaron con Portales y Prieto en 1829, aprovechó la transformación que el primero inició

con gran empeño del entusiasmo, ya muy decaído, por la independencia en el sentimiento moderno del patriotismo, para desahogar sus pasiones. En la conmemoración oficial de la Batalla de Maipo de 1832, se confeccionó un relato en el cual no figuran los nombres de San Martín, O'Higgins y Las Heras; y Manuel Rodríguez aparece como el reorganizador del ejército patriota, totalmente disuelto en Cancha Rayada, y como vencedor de Osorio en Maipú. Durante una generación, los chilenos, salvo un corto número de testigos presenciales de los acontecimientos, comulgaron con esta creencia, tan falsa para los actores como para nosotros.

Estos conceptos no tienen realidad alguna ni en el pasado que se historia ni en el presente desde el cual se le encara. Son meras imágenes que desfilaron en el cinematógrafo de la evolución de la verdad histórica; son verdades intermedias, cuyo único valor está en las sugerencias psicológicas que encierran sobre el momento que las genera.

Queda una tercera fase de la verdad histórica, cuya importancia deriva del abuso práctico que se ha hecho de ella y de dos problemas que llenan capítulos en la historiografía: la verdad del autor, o sea el concepto que se forma del pasado que historia, a la luz de su cerebro, muy distinto, por el grado de desarrollo y por sus modalidades de toda índole, de los que crearon la realidad de ese pasado.

En la verdad del autor, como en la anterior, se mezclan a la verdad primitiva los mismos factores espúreos; pero la posición del historiador respecto de ellos es distinta. En su concepto del pasado la verdad primitiva no se refracta a través de cerebros extraños, sino del suyo propio; y el ambiente sentimental e ideológico que condiciona la formación de la verdad histórica está actual y vivo, envuelve al pensador y lo penetra por todos los poros. Esta posición del autor ha sugerido las dudas que vamos a examinar.

¿Es posible separar en nuestra representación las distintas fases de la verdad histórica? ¿Se puede, especialmente, aislar la propia verdad de las que le precedieron? ¿Puede un historiador abstraerse al medio que lo envuelve?

Uno de los prejuicios más generalizados en la historiografía moderna es el convencimiento de la imposibilidad de separar la propia verdad de las demás; y si hubiéramos de atenernos a los datos

suministrados por la literatura histórica moderna, sin inquirir la legitimidad de la experiencia que fluye de ellos, sería forzoso concluir que no se trata de un prejuicio sino de una imposibilidad real. No se ha llevado la negación hasta términos tan absolutos respecto de la posibilidad de sobreponerse al ambiente que condiciona nuestro pensamiento; pero se ha estimado muy difícil, casi imposible, contrarrestar en la práctica su influencia.

Fruto de este doble prejuicio fue el ideal de la antigua escuela histórica objetivista, la cual, como se recordará, huyendo del subjetivismo y de la influencia del ambiente, preconizó la inercia psicológica del autor. Buscó en la insensibilidad cerebral una defensa contra la influencia bastarda del medio y un preventivo contra las creaciones subjetivas de la mente. Caricaturando un poco, quiso defender la verdad histórica substituyendo el cerebro por un adoquín, en los historiadores. Se conocen los resultados del ensayo. Los adoquines, que vibran bastante bien a los golpes del combo del cantero, permanecieron insensibles a las sugerencias que emanan de los despojos del pasado y reconstituyen su imagen: todo lo que tiene algún significado en la evolución de la vida se les escapó, y la historia degeneró en una acumulación de hechos, sin alma, sin sentido ni objeto práctico.

Como era lógico, el fracaso estruendoso de los objetivistas, reforzó las ideas tradicionales sobre la imposibilidad de percibir el pasado con independencia del presente, y de separar la verdad primitiva y las fases por las cuales pasa sucesivamente, de la verdad del autor.

Pero las objeciones más trascendentales han surgido del propio concepto actual del conocimiento. Sea que nos lo representemos como una de las actividades del impulso creador, del cual hacemos parte, sea que nos lo representemos como una relación de nuestra mente con una realidad externa, estando nuestro cerebro sujeto a continuo cambio, como todo el universo, no hay otra verdad que la que sentimos en nosotros mismos. La verdad independiente de nuestro yo es una ilusión, un espejismo engendrado, como el infinito, el espacio y el tiempo por los ángulos muertos que se formaron en el proceso de nuestra evolución mental. Los conceptos que formamos de las ideas, de los sentimientos y de las creencias de los hombres que realizaron la historia, reflejan inconscientemente nuestra propia visión, son parte de nuestro propio yo. Lo que llamamos verdad de nuestros predecesores es una elaboración de nuestra propia mente.

Sin embargo, el sentido común sigue creyendo en la posibilidad de percibir clara y distintamente las diversas fases de la verdad histórica con la misma confianza instintiva que constituye la única base del conocimiento. ¿Qué valor tiene esta confianza en el caso concreto que nos ocupa?

Si damos de mano al juego malabar del raciocinio y pedimos la respuesta a la evidencia interior, se nos presentan dos situaciones distintas, muy definidas cuando contemplamos los casos extremos, pero cuya línea de separación se debilita y aun se borra a medida que nos alejamos de ellos.

Tratándose de pueblos primitivos, cuyo grado de desarrollo mental difiere mucho del nuestro, la verdad de los actores nos es inaccesible. Las manifestaciones de las ideas, de los sentimientos y de las creencias no son lo bastante acentuadas para que podamos percibir las con fidelidad, y proceden de cerebros demasiado distintos de los nuestros para que nos sea posible la inteligencia de su sentido genuino. Casi no disponemos de otros medios de reconstitución que la analogía con los pueblos primitivos próximos a nosotros. Es una analogía bastante discutible, y que, en el mejor de los casos, sólo alumbra los rasgos característicos de determinadas etapas de la evolución social, y deja en la penumbra todo lo que individualiza al alma de los pueblos. El que ha estudiado los pueblos primitivos sabe que se nos representan muy semejantes; pero ignora que la semejanza deriva más de la incapacidad de nuestra psiquis para percibir los rasgos y modalidades de los pueblos observados, que de la proximidad de sus constituciones mentales.

Con la misma dificultad tropieza la inteligencia entre pueblos próximos en el grado de evolución, pero muy desemejantes en la estructura cerebral. El occidental inteligente, pero de mediana intuición psicológica, cree transportar con fidelidad a su propio cerebro el pensamiento de un chino, de un japonés o de un indio. En cambio, el que tiene agudeza psicológica intuitiva percibe, en vez de la inteligencia fiel del contenido de la mente japonesa, una elaboración cerebral propia, que transforma y adapta lo exótico hasta hacer posible su aprehensión por su psiquis de occidental. Y, si es un observador perspicaz, siguiendo las manifestaciones de las ideas y sentimientos que creyó percibir, encontrará en ellas la mejor confirmación de las dudas intuitivas sobre la legitimidad de su inteligencia.

Entre hombres separados por barreras mentales será siempre incierta y la de las diversas fases de la verdad histórica, una mera fantasía.

En cambio, tratándose de pueblos próximos en el grado de desarrollo y en la forma mental, la posibilidad de distinguir estas últimas depende, casi exclusivamente, de la índole de nuestra estructura cerebral.

El conocimiento del pasado entra en nuestra mente en dos formas muy distintas. En una la lectura de los documentos y el estudio de las demás fuentes históricas no producen otro resultado que depositar imágenes subconscientes; pero después uno o varios aspectos se representan en cuerpo y alma, o la visión total se nos aparece de súbito. Su imagen se destaca con contornos definidos e inamovibles y con abstracción de toda mezcla consciente con el momento que se vive. El trabajo cerebral toma el mismo camino que en la segunda fase de la creación pictórica; y la energía psíquica se concentra en un supremo esfuerzo por fijar en el libro la imagen tal cual la vemos. El pasado es el personaje y el autor el retratista.

Dentro de esta primera modalidad, que hemos convenido en llamar intuición histórica, el alma de cada momento se representa clara y distinta. Ningún poder humano logrará confundirlas, puesto que las imágenes perecen en el instante que se hace de ellas una masa; y desaparecida la imagen, la pluma cae automáticamente de la mano del escritor de este corte mental. La propia nitidez de las representaciones de los conceptos del pasado que se han sucedido, inspira repugnancia invencible por la sopa que el racionalista condimenta con los jirones destrozados de las diversas fases de la verdad. Los cambios y retoques sólo persiguen traducir más fielmente las imágenes percibidas. En los cerebros de este corte la influencia del ambiente se reduce al mínimo: abstraídos por su visión se tornan insensibles; les ocurre lo que a Arquímedes.

Nuestro raciocinio supone que, a pesar de esta fidelidad aparente, la imagen debe diferir de la realidad lejana que la engendra, puesto que el espejo (la mente) que la refleja ha cambiado; infiere, también, que la misma imagen, al formarse dos o tres siglos más tarde en otros cerebros, variará de nuevo en los detalles o en el colorido, ya que el espejo, en continua transformación, no será exactamente el mismo. Pero, como lo hemos repetido tantas veces, nuestro conocimiento entero está condicionado por este fenómeno.

Veamos, ahora, el trabajo de la segunda forma cerebral sobre los mismos documentos y fuentes históricas. Empieza por trazarse un plan de lo que va a escribir; lo divide en capítulos y párrafos rubricando cada uno con un título; y una vez distribuida racionalmente la materia, empieza a leer y a vaciar el contenido de cada documento en su casilla durante cuatro, diez o más años. Cuando las casillas están llenas, redacta sirviéndose del razonamiento para enlazar el enorme repertorio de hechos, fechas, nombres, datos y opiniones que ha reunido, exactamente como la cuerda reúne las cuentas de un rosario. El cerebro del historiador es en este caso la armazón del edificio, y el pasado, la mezcla que la rellena.

No es el momento de discutir el valor de esta concepción de la historia. Para abreviar, concedámosle el que sus adeptos reclaman. Después de todo, no está en la voluntad del autor escoger el método: tan imposible es para el intuitivo seguir el procedimiento del racionalista como para éste seguir el de aquél. Pero es evidente que, dentro de esta segunda modalidad, la separación entre la verdad del autor y las precedentes es imposible, y que el viejo prejuicio tiene toda la razón. Si el historiador construye el esqueleto del edificio histórico con anticipación, fatalmente tiene que hacerlo con sus propios materiales: su posición es la del fabricante y no la del pintor. Aunque en transacción le concedamos la del arquitecto, no habremos avanzado gran cosa, puesto que dispuso sabia y racionalmente el plan de acuerdo con su verdad. Si su raciocinio va acompañado de cierta sensibilidad cerebral y de agudeza psicológica, cogerá más o menos intactos los materiales que le brinda el pasado; pero necesita acomodarlos a la disposición del esqueleto para que el edificio resulte lógico y armónico; y durante el proceso de elaboración, las diversas fases de la verdad se mezclarán en una maraña inextricable, quiéralo o no el autor. Es el caso de Taine.

Igual cosa le ocurrirá con el medio. El intuitivo que percibe directamente la imagen del pasado, se absorbe en su contemplación y en su empeño por representarla; en su cerebro queda poco espacio para lo que le rodea. En la construcción razonada, el deseo de perfección y el de complacer a los lectores, empuja a saturarse en las ideas, en los sentimientos y en todo lo que interesa al presente. Esta es una de las causas del vertiginoso envejecimiento de la literatura racionalista.

En resumen, el que percibe el pasado por intuición no necesita esforzarse en separar las distintas fases de la verdad histórica: las recibe independientes unas de otras e incorporadas a la imagen del momento respectivo. Por el contrario, el esfuerzo del más poderoso cerebro racionalista se estrellará contra la imposibilidad material de aislar las fases pretéritas de la verdad histórica, de su propia verdad¹.

¹Th. Ribot encasilló el proceso de la imaginación creadora en dos formas fundamentales: la intuitiva o abreviada, en la cual los elementos de la invención se organizan en el subconsciente; y la combinadora, dentro de la cual se van organizando, paso a paso y conscientemente, en el sentido marcado por la idea directriz.

El recuerdo de esta distinción puede perturbar la inteligencia de la que hemos hecho en el texto.

Ribot, desde el punto de vista en que discurrió, sólo tuvo presente la forma bajo las cuales se manifiesta el trabajo de la imaginación creadora, sin considerar para nada ni el grado de verdad ni la fuente de invención. En su tiempo la distinción entre el raciocinio o pensamiento discursivo que trabaja sobre los datos de la intuición y el raciocinio vacío que elabora sus propias creaciones, era muy borrosa. Además, no le interesaba desde el ángulo en que se colocó frente a la imaginación.

En cambio, en nuestro concepto de la historia es esencial que la intuición perciba una imagen real del pasado, y que el pensamiento discursivo o raciocinio sólo se emplee como recurso literario, a la manera que el pintor usa los colores y los pinceles. En este caso, la percepción clara y distinta de las diversas fases de la verdad histórica se produce espontáneamente con la imagen misma dentro de las dos formas descritas por Ribot. La primera, o sea la organización súbita de la imagen, es la típica; pero no están excluidos de nuestro concepto ni las asociaciones parciales ni el trabajo de la imaginación combinadora, que, en grado mayor o menor y en forma aparente o inaparente, lleva implícita toda intuición.

En cambio, al historiador racionalista, aunque lo recorra en todas direcciones, no se le representa el pasado, porque la pobreza o la forma de su imaginación no se lo permite: necesita construirlo mediante el raciocinio, en vez de describirlo o pintarlo a la manera del intuitivo. Éste es el caso de Barros Arana, de Amunátegui, de Sotomayor Valdés y de todos los historiadores chilenos, menos Vicuña Mackenna y Alberto Edwards.

Esta dualidad en la forma de la percepción del pasado, radica en la estructura cerebral, y es ajena a la voluntad del historiador y a la influencia del ejercicio. Sotomayor Valdés, muy superior a los demás historiadores chilenos en cuanto escritor, tenía conciencia muy clara de la pobreza de su imaginación histórica, y solía perder meses leyendo periódicos y documentos, después de concluida la investigación, a fin de ambientarse, y nunca pudo lograrlo: la imagen del pasado se le disolvía en vez de representarse.

La historia razonada es más inexacta, aunque por otro costado, que la fantástica, sencillamente porque el raciocinio no regulado por una fuerte intuición es más

Establecida la posibilidad de separar las distintas fases de la verdad, se plantea el problema del uso que debemos hacer de ellas en la historia.

Si la verdad primitiva es lo único real, lo único que influyó en el suceder, no cabe discutir que ella debe ser la piedra angular de la historia. Necesitamos representar a los hombres con las ideas, los sentimientos, las creencias y la moral que tuvieron. Es esto tan evidente que sería pedantería insistir, sin la circunstancia de haber propagado, entre nosotros, Barros Arana, en el extracto de los preceptos de Daunou sobre la historia, un extravío que los grandes historiadores precedentes habían evitado con sagacidad.

La característica del siglo pasado fue la embriaguez científica y el desdén por los valores espirituales. Se sacó a la ciencia de sus dominios para transportarla a las altas regiones de nuestra mente, azotada por las ráfagas que vienen del fondo cósmico de la vida, donde debía helarse como planta de invernadero expuesta a los vendavales, y se la mezcló al contenido límpido de redomas que no la habían menester, enturbiándolo. Una de las redomas más afectadas fue el concepto de la verdad histórica.

Se partió de dos hechos exactos. La verdad de los actores es una verdad canija y enclenque, estrecha en el panorama que abarca,

embustero que la fantasía. El cotejo de ambos géneros de historias con sus fuentes, manifiesta una gran veracidad del primero en la narración material de los hechos; pero la balanza se desequilibra en su contra al pesar los factores psicológicos del suceder, el encadenamiento histórico y la fisonomía espiritual de los hombres y de los sucesos.

De aquí la repugnancia que el instinto y la intuición han sentido siempre por la historia razonada; de aquí deriva, también, el desmentido infalible que el porvenir da a sus asertos. Cotéjense los puntos de vista del raciocinio de Barros Arana y de Amunátegui sobre la evolución histórica chilena con la evolución real; y difícilmente podrá exhibirse un desmentido más rotundo y a más breve plazo. No vieron el carácter efímero del predominio vasco, ni percibieron su antagonismo de temperamento y de carácter con el andaluz, a pesar de ser más notorio que la configuración física de nuestro país. Cuando a Barros Arana se le hablaba de esto, lo apodaba despectivamente "fantasía".

Pero en este momento no es esto lo que interesa, sino insistir en que, cuando el raciocinio vacío —el que no se alimenta de la intuición del pasado— va elaborando la historia, como la araña su tela, las influencias de la personalidad del autor y del ambiente, se deslizan cuesta abajo sin obstáculo alguno que las contrarie; y en que el historiador sin sensibilidad psíquica o desheradado de la imaginación, no puede percibir las diversas fases de la verdad ni aislarlas de su momento.

superficial en la hondura de la visión, salpicada de patrañas y de errores de toda índole, y coloreada por la pasión y los intereses del momento que vivieron. En cambio, la verdad del historiador es amplia, profunda, serena y depurada de errores. Comenzando por la amplitud, el autor abarca desde su ángulo el pasado inmediato, cuya percepción fue muy imperfecta en los actores, y el futuro, que no pudieron conocer. La amplitud lleva ya implícito un avance en profundidad: el conocimiento de lo que precedió y de lo que siguió permite penetrar más a fondo el instante que se enfoca. Añádase el poderoso instrumento de penetración que importa el desarrollo cerebral y los elementos de juicio que aportan los avances científicos, el conocimiento del pasado de otros pueblos, y las nuevas adquisiciones en las fuentes históricas. La verdad del autor procede, por último, de un cerebro libre de los prejuicios, de las pasiones y de los intereses de los actores.

Desde el punto de vista que la miró el científico, la verdad del autor es una verdad muy superior a la primitiva; y es natural que algunos historiadores se hayan sentido tentados a sustituirla por la imponente verdad elaborada por su raciocinio. El instinto retrajo, sin embargo, a la mayoría y movió a otros a aceptar con reservas el nuevo concepto. En cuanto a los grandes cerebros que, como Mommsen, lo acogieron parcialmente, hay que recordar que todos habían empleado la mayor parte de su vida en la investigación y que su agudeza psicológica estaba ya embotada.

El reemplazo de la verdad de los actores por la verdad más amplia y profunda del autor, es el fruto de un paralogismo engendrado por el entusiasmo científico, por el deseo de lucir los conocimientos y las conquistas de la ciencia. La verdad primitiva, como ya se adelantó, es una parte integrante del pasado que se historia, con absoluta abstracción de su valor racional. Las creencias, la explicación que se daban de los sucesos, los deseos y las pasiones que los movían, forman su alma, constituyen los móviles de lo que sucedió. El que los suprime mutila la historia, y el que añade su propia verdad la falsifica. El juicio del autor, cualesquiera que sean sus aciertos y sus excelencias, es algo totalmente extraño a los actores y al suceder: carece de toda realidad en el momento historiado. La historia elaborada con la materialidad de los hechos recogidos de los documentos y los juicios del autor, no es historia, aunque grandes autores la hayan

abonado con su ejemplo: es una simple fantasía, cualesquiera que sean el talento del historiador y el mérito aparente de su obra. Los errores en los nombres, en las fechas y en los detalles, que tanto escandalizan al investigador, son, casi siempre, como se dijo, meros lunares, defectos estéticos; si no hicieran temer una investigación superficial, carecerían de significado. Aun en los casos en que tienen trascendencia, ésta se limita a aspectos circunscritos, y el resto del edificio puede conservar su solidez. La substitución de la verdad primitiva con la verdad del autor, lo inutiliza desde los cimientos, aunque concedamos a nuestra verdad un carácter definitivo. ¿Qué realidad puede encerrar respecto del momento que historiamos, la fantasía amasada con un suceder acaecido hace quinientos años, y las ideas, los sentimientos y los juicios que ese suceder provoca en nuestro cerebro, totalmente diverso de los que lo realizaron? ¿Qué experiencia puede inferirse de ella? Sin necesidad de ir tan lejos, el terremoto de 1822 no fue ciertamente un castigo del cielo motivado por la impiedad del gobierno de O'Higgins; pero si suprimimos esta creencia, por errónea, falseamos el complejo de factores que determinaron la caída del Director Supremo. Esa creencia le restó apoyo en el pueblo, minó la fidelidad de los soldados, de las clases y aun de más de un oficial. Sus huellas se encuentran a través de toda la documentación privada de la época. Al suprimirla o relegarla a una nota, para que la historia resulte razonable y juiciosa a nuestros propios ojos, nos vemos forzados a inventar otras causas o a exagerar la influencia de las restantes, introduciendo piedrecillas en la delicada filigrana del encadenamiento histórico, cuyas consecuencias escapan a toda previsión.

Tan notorias y tan graves son las consecuencias de este extravío que, en el propio Barros Arana, el intelectual, el maestro de retórica, preconizaba el extravío, y el historiador de sentido común cuidaba de añadir, a título de curiosidad, estos factores del suceder, falsos para nosotros, pero verdaderos en cuanto creencia de los actores.

Ahora, contemplemos el extravío que nos ocupa desde nuestro punto de vista, o sea el de la perpetua renovación de la verdad. Al adulterar con las correcciones introducidas por nuestro raciocinio el contenido vital del pasado que historiamos, no sólo introducimos en él un elemento espúreo, sino que asesinamos la única estabilidad relativa posible en la historia y la substituimos por una argamasa en

perpetuo cambio y desmoronamiento; a la relatividad fatal que emana de la posición de nuestra mente en el cosmos, añadimos una relatividad artificial cien veces más activa. La historia así elaborada tendrá la vida de la efímera: será sólo una figura más en el desfile cinematográfico de las fases de la verdad.

¿Cuál es, pues, el lugar que debe ocupar en la historia la verdad del autor y de su tiempo? Su misma naturaleza lo está indicando. La inteligencia transitoria que formamos sobre el pasado, debe usarse sólo como un recurso literario que ayude a nuestra generación a comprender lo que ocurrió, sin mezclarla con la verdad primitiva ni atravesarla como un dique en el curso de la continua transformación del concepto del pasado. Se ha dicho que nos permite abarcar un panorama más amplio que el que conocieron los actores. También nos permite penetrar en fenómenos que ellos no pudieron comprender como nosotros, porque su grado de desarrollo mental, sus disposiciones sentimentales o su posición no se lo permitía. Pero esta explicación debe desligarse del suceder, y casi siempre estará mejor colocada en la narración de los sucesos posteriores, y especialmente de los hechos que desmintieron la creencia primitiva. Debemos colocar nuestra visión personal como una especie de rodigón que ayude al lector a formarse una imagen clara y fiel de la verdad primitiva; pero que pueda retirarse y, mejor aún, que se elimine espontáneamente una vez cumplida su misión. Si nuestra verdad subjetiva se incrusta en el edificio en forma que no la podamos retirar sin deteriorarlo, éste sólo se mantendrá en pie mientras la generación siguiente le añade otro piso; pues le habremos fundamentado sobre materiales sujetos a la acción rápida de la humedad y del aire.

En otros términos, debemos esbozar vigorosamente la verdad de los actores; y colgar de ella, como de un gancho, la parte de nuestra propia verdad que nos explica el fondo de los sucesos desde el punto de mira que es la consecuencia de la mayor profundidad de nuestro cerebro y de la amplitud del panorama que abarca; pero sin mezclarla con la primera, sin bastardearla ni aplastarla; sin olvidar que nuestra visión es subjetiva y transitoria, que no fue factor del suceder, y que a la vuelta de cincuenta años será un simple testigo del grado de desarrollo y de las modalidades de nuestra psiquis.

En la práctica, las cosas se complican en tal forma que el más

acabado conjunto de reglas sólo lograría aumentar la confusión y las probabilidades de fracaso. Hay, sin embargo, una norma fundamental, cuyo éxito y cuyo fracaso, como el de todas las normas, depende del instinto y de la experiencia del historiador. Los elementos que determinan la superioridad de nuestra visión histórica, el desarrollo cerebral, el bagaje de experiencia acumulada, el aumento de las fuentes de la historia, los progresos científicos, etc., actúan en dos sentidos: por un lado nos permiten penetrar más hondo en la mentalidad de los actores, conocer mejor los sucesos y el espíritu que los informó y ayudan a disipar las brumas en que lo envolvieron las verdades elaboradas por las generaciones que pensaron entre los actores y nosotros; y por otra, nos presentan los hombres y los sucesos bajo aspectos que son el fruto exclusivo de nuestras mentes, cada vez más distintas de las que crearon el pasado de que se trata.

Debemos utilizar ampliamente las primeras adquisiciones en restablecer la verdad genuina, la verdad primitiva, limpiándola del polvo y del barro que acumularon sobre ella las verdades intermedias, al amparo del olvido o de la transfiguración de las tradiciones. Pero el norte de este trabajo debe situarse siempre en el pasado, orientarse hacia la reconstitución, lo más aproximada posible, de los hombres y de los acontecimientos, de acuerdo con la mentalidad de los actores; y contener la tendencia del raciocinio a situar el norte del trabajo en nuestro presente y en nuestra verdad.

El ideal sería suprimir por completo la verdad del historiador, o sea el concepto que hoy nos formamos del suceso historiado, que es un elemento espúreo dentro de la realidad. Por desgracia, la mayoría de los lectores sin excluir los intelectuales canalizados hacia otras actividades, carecen de la intuición del pasado, y, tratándose de sucesos lejanos, complejos o poco aparentes, la representación directa les es inaccesible. Ellos sólo perciben mediante la acomodación de las imágenes del pasado a la psiquis actual. Necesitamos, pues, utilizar nuestra verdad como recurso literario para transmitir a los demás nuestra visión directa, o sea, como un lente de aumento que permita a las vistas más débiles percibir su imagen.

La tarea es fácil, como se adelantó, para el que percibe intuitivamente y tiene un poder vigoroso de representación. El que nació sin estas dotes o el que las dilapidó, como Mommsen, en un trabajo excesivo de investigación, necesita luchar con dos obstáculos difi-

les de vencer. Su verdad, aún sin confundirse con la verdad de los actores, se destaca sobre ella con tal vigor y frondosidad que la aplasta o la torna inaparente para el común de los lectores, como ocurre en muchos de los capítulos de la *Historia de Roma*. El autor no ignora la verdad primitiva ni la desdén, pero la ahoga involuntariamente.

El otro peligro es la deformación de la imagen de la verdad primitiva al razonarla. El autor la percibe y desea mostrarla lealmente; pero, como se verá al hablar de la intensidad de la representación, si la imagen es vaga y desleída, en el noventa y nueve por ciento de los casos el pensamiento discursivo la estropeará al engastarla en el marco de la inteligencia actual para facilitar su percepción.

En resumen, debemos usar nuestra verdad como lámpara para iluminar y hacer resaltar la de los actores, y no permitirle que se convierta en foco que irradie su propia luz.

Más fácil es la posición del historiador frente a las fases intermedias de la verdad, o sea a los conceptos que cada momento va elaborando sobre el pasado, siempre que distinga con firmeza el alma del momento, de la visión histórica que surge de su seno y se nutre de su contenido ideológico y sentimental.

Al historiar ese momento, se encuentra delante de una fuerza espiritual, de un factor sociológico, de una realidad histórica ya aquilatada por el devenir. Su posición es clara y definida: tiene que asignarle el lugar que le corresponde, con abstracción de la verdad que encierra y del concepto del pasado implícito en ella.

Su posición no es menos clara delante de este concepto: se trata de una mera creencia que no tiene realidad alguna en el pasado sobre el cual recae. Salvo casos excepcionales, siempre será preferible limitarse a señalar su génesis y remitir la apreciación del grado de verdad que encierra a la narración de los sucesos posteriores. El lector formará el concepto que su fuerza intelectual y su juicio le permitan. Nunca debemos mezclar esta verdad intermedia a la verdad primitiva, que debemos reconstituir directamente, salvo en los pueblos de una simbolización mítica muy intensa, como Grecia y Roma, donde, mal que nos pese, tenemos que utilizarla a la vez como elemento de simbolización y como base de inducciones para conjeturar la verdad primitiva. Tampoco debemos mezclarla a nuestra propia verdad: en las partes en que coincide está de más, y en las

en que difiere, será un estorbo. Veamos la aplicación de este criterio en algunos ejemplos concretos.

El historiador del período que se abre en Chile en 1920, tiene que recoger intacto el odio a la oligarquía y el concepto sobre el pasado que lleva implícito. Hace parte del conjunto de ideas y de sentimientos que informan el alma de este período, y es, por consiguiente, una realidad, un factor del suceder, que no se puede alterar ni corregir sin adular la verdad. Pero el concepto que estos mismos actores se formaron del pasado chileno es una simple fantasía, un reflejo de su estado sentimental que no corresponde a realidad alguna. El historiador no puede recogerlo, sin falsificar la historia. Tenemos, así, claramente deslindadas las dos primeras fases de la verdad. Queda la tercera: la verdad del autor, que suponemos colocado hacia 1950. He aquí su uso más acertado.

En la historia de la formación del pueblo chileno, ha debido destacar con gran energía su peculiarísima constitución étnica y las transformaciones que ha experimentado en el curso del desarrollo histórico. La posición respectiva del elemento castellano-vasco, del andaluz y del mestizo de aborígen y de español, ha debido llegar **firmemente** esbozada al final del período que expira en 1920. Al abrir este último, necesita hacerlo con un capítulo en que resuma, sin alabanzas ni vituperios, el conjunto de influencias externas e internas que despertaron el odio, hasta ese momento dormido, del andaluz por el vasco: el desarrollo de la cultura que levantó al meridional; el agotamiento biológico del vasco y del castellano, aristocracia sin fondo propio en el cual renovarse; la ruptura del lazo (la sugestión místico-política) con que unió Portales estos elementos de sangres y caracteres antagónicos; la influencia refleja de la cuestión social: el aumento de la sensibilidad cerebral para las rachas ideológicas y sentimentales, etc. No necesita más para destacar con energía el origen del fenómeno en forma que no perturbe el pasado con elementos extraños ni estorbe en la narración de la anarquía, de los cambios y de los avances o retrocesos, que serán la consecuencia de la nueva idea-fuerza que gestó el devenir.

Es posible y aun probable que, más adelante, otro historiador perciba en forma distinta la génesis de la poderosa racha ideológico-sentimental que, incubada lentamente desde antiguo, afloró en 1920: cada época tiene su visión propia. Pero este nuevo historiador no

necesitará deshacer el edificio histórico para cambiar la interpretación; pues no forma parte de él; es un simple rodrión allegado para facilitar la inteligencia, que se puede retirar o substituir por otro sin mayor inconveniente.

En cambio, si sigue el ejemplo de los historiadores chilenos de la segunda mitad del siglo pasado, y transporta su visión —la visión de 1950— al periodo que se abre en 1920; y substituye con ella la verdad de los actores, los historiadores que vengan después se encontrarán en la posición que nosotros, respecto de nuestros predecesores, los cuales enfocaron la Colonia a través del lente de refracción de su presente y transportaron su doctrinarismo liberal al periodo 1823-1830, que no lo conoció: tendrán que rehacer el edificio desde los cimientos.

Ordinariamente, la verdad intermedia es sólo una transformación de la verdad de los actores. La tradición romana conservó seguramente hasta la época de Tácito y de Suetonio, las especies que, en vida de Tiberio y de sus sucesores, circularon sobre los crímenes y la degeneración del austero emperador en la senectud. Su enclaustramiento en Capri fue la fuente de que manaron invenciones que la crítica histórica estima hoy absurdas; pero que entre los contemporáneos encontraron algún eco a lo menos entre los enemigos de Tiberio y en parte del populacho inconsciente. Sobre esta base, la fantasía de las generaciones posteriores elaboró una leyenda que Tácito y Suetonio hicieron suya, de acuerdo con su concepto embrionario de la historia y con la inclinación del primero a dramatizar artificialmente los personajes y los sucesos; y la posteridad siguió repitiendo sobre su palabra ineptias que la más rudimentaria sagacidad psicológica repudia.

Ambos historiadores hicieron bien en recoger los rumores que circularon en vida del emperador, pues fueron parte del suceder con independencia de su falsedad; pero debieron subrayar los elementos entre los cuales circularon y considerarlos como simples creencias de esa parte de la opinión. En cuanto a la leyenda desarrollada posteriormente sobre su base, no tuvo realidad ni siquiera como creencia en la época de Tiberio; y los dos historiadores, al recogerla para dar interés al relato, introdujeron un factor espúreo que falsea no sólo al personaje, sino también el fondo mismo de la historia.

Es poco probable que la leyenda de Tiberio en Capri haya influido

en el curso de los acontecimientos posteriores. Pero, si así hubiera ocurrido, debió entrar a la historia como causa de los sucesos que generó y no como aspecto de la personalidad moral del emperador. Los cantos de Victor Hugo y de otros poetas franceses que exaltaron la gloria de Napoleón I, contribuyeron enérgicamente a hacer posible el imperio de Napoleón III; pero su lugar está en la gestación de este suceso, y no en el tiempo y en la actuación del gran corso. Se trata de una idealización póstuma que surtió sus efectos en tiempos muy posteriores.

En resumen, las fases intermedias de la verdad, el concepto que cada momento histórico forma sobre el pasado, debe recluirse dentro de ese mismo momento, englobarse en su bosquejo, sin extenderlo en el tiempo ni hacia atrás ni hacia adelante.

... «... unos pequeños arborescences estrechados los troncos. Son arborescences que intentan salvar las ramificadas que rodearon mi tiempo. Los penachos de principios surgen, también, arborescences estrechados»...

(Meditaciones sobre el problema del crecimiento, 1899)

LOS ENEMIGOS DE LA HISTORIA / LA FORTITUDIN DE LA HISTORIA / LA ELUCIDACION. EL PRESENTE, LA INFORMACION, LA REPLICACION. EL FORTITUDIN. LOS SISTEMAS, LOS SISTEMAS, LOS SISTEMAS, LOS SISTEMAS. LA MORAL. LAS MULETILLAS Y EL AMANTERAMIENTO. EL PRESTIGIO DE LA REPLICACION. LA ATENCION DEL DOCUMENTO.

La historia tiene los mismos enemigos que los demás géneros literarios con ciertas diferencias; pero tiene, también, enemigos especiales, parásitos que no afectan sensiblemente a otras especies de la flora intelectual y que roen las raíces, tronchan el tallo o matan la semilla en la historia. Todos vienen del pasado; y la mayor parte arraigan muy hondo en el concepto vulgar de la historiografía. No sería cuerdo hacerse la ilusión de que el esbozo de sus consecuencias dañinas sea insignificante bastante poderoso para matarlos. Reflejan la constitución mental y sólo el cambio en el correr del tiempo podrá extirparlos. Los amigos, como la introducción del presente, del contemporáneo, y de la moral en la historia. Otros, especialmente la deformación intelectual, son inevitables hasta cierto punto.

CAPÍTULO VI

LOS ESCOLLOS DEL HISTORIADOR

"Mi alcoba tiene una ventana que mira al oriente. Todos los días al clarear el alba pequeños golpes estremecen los vidrios. Son avencillas extraviadas que intentan atrapar las mariposas que rondaron mi lámpara. Los pensadores de principios ¿no son, también, avencillas extraviadas?"

(Meditaciones sobre el problema del conocimiento, 1899).

LOS ENEMIGOS DE LA HISTORIA. LA PROSTITUCIÓN DE LA HISTORIA. LA ALUCINACIÓN. EL PRESENTE. LA DEFORMACIÓN INTELECTUAL. EL RAZONAMIENTO. LOS SISTEMAS, LOS POSTULADOS Y LOS CONCEPTOS FUJOS. LA MORAL. LAS MULETILLAS Y EL AMANERAMIENTO. EL PRESTIGIO DE LA REPETICIÓN. LA ATRACCIÓN DEL DOCUMENTO.

La historia tiene los mismos enemigos que los demás géneros literarios con cortas diferencias; pero tiene, también, enemigos especiales, parásitos que no afectan sensiblemente a otras especies de la flora intelectual y que roen las raíces, tronchan el tallo o malogran la semilla en la historia. Todos vienen del pasado, y la mayor parte arraigan aún muy hondo en el concepto vulgar de la historiografía. No sería cuerdo hacerse la ilusión de que el esbozo de sus consecuencias dañinas sea insecticida bastante poderoso para matarlos. Reflejan la constitución mental y sólo su cambio en el correr del tiempo podrá extirpar los más arraigados, como la introducción del presente, del razonamiento y de la moral en la historia. Otros, especialmente la deformación intelectual, son ineludibles hasta cierto punto.

Bajo el nombre de prostitución de la historia englobamos las deformaciones sentimentales, nobles o mezquinas, de que suele ser objeto el pasado.

Las pasiones políticas, sociales, religiosas y patrióticas la han convertido siempre en instrumento de combate y en válvula de desahogo. En los países pequeños y de vida patriarcal, como el Chile del siglo XIX, se han sumado a estos factores los odios familiares.

El fanatismo religioso y antirreligioso ha hecho de la historia un tejido de embustes y de declamaciones. La historia de los emperadores romanos llegó hasta tiempos recientes a través del prisma de las persecuciones que sufrieron los cristianos. Entre nosotros, Barros Arana disimuló, por fanatismo antirreligioso, la decadencia intelectual y moral que se siguió a la expulsión de los jesuitas, comprometiendo seriamente la inteligencia del devenir histórico. Durante el siglo pasado se dispuso más de una vez capciosamente la documentación para producir el efecto de una iglesia ignorante, retrasada e inmoral, que estorbaba el desarrollo de un pueblo sano y progresista.

En todo tiempo el político y el apóstol social han utilizado la literatura, y especialmente la historia, como arma de propaganda y de defensa.

A veces la prostitución se realiza por profesores e intelectuales, ofuscados por las pasiones partidaristas o por los apostolados sociales, que se acercan a la historia no para estudiar el pasado, desentrañar su génesis y comprender su influencia sobre el presente, sino para falsearle y hacerle servir a sus ideas y a sus sentimientos nobles o abyectos. Con más frecuencia, por escritores vulgares que carecen del poder mental necesario para comprender que lo que fue tuvo su razón de ser, que lo que somos está contenido en el pasado y lo que seremos, lo está en el presente; o por ignorantes violentos, en su gran mayoría desconformados cerebrales, que dan en la necedad de renegar de lo que ha sido y se desatan en denuestos y declamaciones contra el pasado.

La historia en poder de estos fanáticos, es un simple trozo de carne que la jauría estira en opuestas direcciones. Apenas el manubrio del devenir gira un cuarto de vuelta, el olvido relega al cementerio de las bibliotecas las obras concebidas bajo estos estados pasionales. Cuando el investigador las revisa unos cincuenta años más tarde como documentos psicológicos del período que historia,

apenas acierta a comprender cómo hombres inteligentes y cuerdos en otros aspectos, pudieron pensar tantas necedades y ridiculeces. Pero nada ni nadie logrará cegar esta fuente de prostitución de la historia, por lo menos mientras la psiquis humana no se eleve hasta alturas que hoy no podemos siquiera fantasear.

El historiador racionalista que tropieza más tarde con esta literatura, tiende a juzgar de su influencia por su valor. Nada más erróneo ni más expuesto a falsear la fisonomía espiritual de un momento histórico. La cordura y el valor racional de las ideas y de los sentimientos, cuentan poco o nada en los instantes de intensa renovación o de hondas perturbaciones políticas, religiosas o sociales.

Por el contrario, la prostitución de la historia a los odios familiares refleja una fase primitiva y transitoria del desarrollo intelectual, que encuentra su correctivo en la propia madurez. Los agravios recibidos por el padre, por el abuelo o por el suegro, las destituciones de los empleos, los destierros, las prisiones y los escasos fusilamientos, cuentan mucho en el pasado de nuestra literatura histórica. Cada deudo creía un deber el restablecimiento de sus antepasados en el lugar que, a su juicio, les corresponde en la historia; y si no tuvieron actuación, vengarlos execrando a sus enemigos. Los folletos y las novelas históricas de Barros Grez formaron el criterio de Vicuña Mackenna y de la generación pasada sobre las crueldades de Portales, de Irisarri y de Garrido. La literatura carrerina aplastó bajo una montaña la figura de O'Higgins, y engendró, más tarde, con su misma violencia, la literatura o'higginista, por reacción. Apenas hay libro chileno de historia en que los rencores familiares no se deslicen en forma solapada. Inaparentes para el público, los que conocemos por dentro el pasado podemos señalar sin vacilación el móvil de cada juicio o el motivo a que obedece el realce o el eclipse de las personas y de los sucesos, sobre todo en la historia de la Independencia y de la República.

En cambio, en las obras contemporáneas este factor ya sólo se advierte aislada y ocasionalmente.

La escuela objetivista, al preconizar la insensibilidad psicológica, quiso reaccionar contra un extravío cuyo recuerdo estaba aún muy fresco: las alucinaciones determinadas por los estados delirantes de los autores. Si los cerebros destituidos de sensibilidad psicológica

sólo perciben el aspecto externo y tosco del pasado y dejan al margen de la historia, con el alma del tiempo que historían, casi todo lo que tiene algún significado hondo, los cerebros muy sensibles suelen caer en la alucinación y forjar un pasado irreal que animan con el fuego de su propia visión.

No se trata de una forma más elevada de la prostitución de la historia: en ésta hay siempre deformación consciente o inconsciente del pasado para hacerlo servir a ciertos fines altos o bajos; en el fenómeno que estudiamos hay una disociación demasiado intensa de la vida pasada y una reconstitución fantástica, o a lo menos irreal, que no obedece a una finalidad preconcebida.

La alucinación histórica cobra vuelo en los períodos que preceden a las grandes crisis políticas y sociales. Cuando leemos hoy la literatura histórica francesa del siglo XVIII, nos hace el efecto de que es el producto de cerebros delirantes. Ni la democracia, ni la libertad, ni la tiranía que forjó su alucinación existieron en Grecia, ni en Roma ni en parte alguna. Los hombres y la sociedad que describen son elaboración de la fantasía sobre la base de los datos truncos y algo inciertos de la realidad remota que historiaron. "Tomaron —dice uno de los más ilustres pensadores liberales del siglo XIX— la palabra por la substancia y los medios por el fin; y como el misterio inflamó sus imaginaciones, imaginaron la libertad como los monjes se forjan el amor, y los habitantes de la corte los encantos y la inocencia de la vida campestre, y las modistas noveleras se forjan las marquesas elegantes y los coroneles buenos mozos de la guardia real. Pusieron poco cuidado en la exactitud de los hechos, en la pintura de los caracteres, en investigar las costumbres de la época que se propusieron describir, y aun en los principios generales de la naturaleza humana, contentándose con permanecer fieles a sus propias creencias pueriles y extravagantes; y metamorfosearon a los caudillos militares y a los hombres de estado en fatuos magnánimos henchidos de virtudes ficticias, tanto más ridiculos cuanto más falsos".

La observación psicológica revela en casi la totalidad de estos historiadores una aguda sensibilidad cerebral, desheredada de la intuición del pasado, y, a veces, un fondo místico también desviado de él. Hay excepciones curiosas. Tal vez ninguna excede en interés científico al caso de Vicuña Mackenna. Su intuición del pasado era sumamente viva: cogía fielmente sus manifestaciones más recónditas

y tenues; pero, al simbolizarlas, caía con frecuencia en la fantasía, aun en las materias en que su trabajo cerebral no estaba influido por la ideología política. Se dio en él el caso raro de que la forma imaginativa del niño persistiera más allá de los cincuenta años.

Empero, si los casos agudos de alucinación histórica se registran especialmente entre los sensitivos cerebrales, los inertes no están a cubierto de ella. Eso sí que el fenómeno reviste otras modalidades y pierde su carácter típico, complicándose con la deformación intelectual, con los extravíos del raciocinio, con los postulados políticos, con los conceptos fijos y con otros factores de fracaso en la historia, que analizaremos más adelante.

La literatura histórico-política que gestó la revolución chilena de 1891, suministra uno de los mejores ejemplos de alucinación en cerebros de mediana sensibilidad. Casi todos nuestros historiadores, Lastarria, Amunátegui, el señor Errázuriz, Sotomayor Valdés y los *dii minori* son, en general, inteligentes, cuerdos y juiciosos, y de una insensibilidad cerebral para la percepción de lo psíquico que está en su sangre y de una pobreza de imaginación que tampoco necesitaron hurtar fuera de su raza. Barros Arana, con su dualidad patológica, ocupa lugar aparte. Participa de la misma insensibilidad y de la misma pobreza imaginativa; pero su genial sentido común agrega un elemento extraño y desconcertante, algo así como una intuición rastrera y sin alas, que atraviesa a tientas la selva del pasado, dando tropezones y advirtiendo sólo el bulto de los hombres y de los sucesos; pero sin caer ni extraviarse en definitiva. Sirve de testigo respecto de los demás por el costado opuesto al de Vicuña Mackenna.

Los defectos de la imaginación en los historiadores chilenos no derivan de una forma incongruente con las exigencias de la historia, sino de una pobreza radical: no se encuentran en ellos rastros de la imaginación sensual y plástica, tan rica en el español, ni de la imaginación mística, ni de la imaginación científica, ni de la imaginación defluente del alemán, ni de la imaginación utópica. Por ignorancia y miopía psicológica se ha creído divisar en Lastarria esta última forma de la imaginación creadora. Nada más pobre, desde el punto de vista creador y aun meramente fantástico, que las lucubraciones políticas del ilustre escritor. Su cerebro netamente ibero criticó lo pasado y lo presente; pero no anidaban en él los gérmenes

de que brotan los Fourier; no fue un novelista social ni creó nada en el orden moral y político.

Se advierte en todos un razonamiento cuerdo y pacato, perfectamente normal, que se destaca con gran nitidez en el conjunto de los escritores españoles más que por su energía, por la falta de exuberancia de la imaginación sensual y plástica, que en estos últimos vela y aplasta el raciocinio. Mas, nunca degenera en la rica imaginación racionalista y combinadora francesa. La embriaguez del razonamiento es desconocida de nuestros historiadores, o sólo asoma por excepción en forma pasajera.

Y sin embargo, esta falange de historiadores cuerdos, de una organización cerebral blindada, al parecer, contra los extravíos de la fantasía, ha impuesto la imagen de un pasado que es una simple alucinación. Dejemos al margen su visión del coloniaje, demasiado influida por los sentimientos que engendró la guerra de la independencia. Han historiado la República con hombres animados de ideas y de sentimientos que están desmentidos por el testimonio conteste de una documentación exuberante; forjado partidos políticos que jamás existieron, o que sólo fueron realidad medio siglo más tarde; inventado estados sociales y capacidades políticas que aún no alcanzamos, y descrito los acontecimientos con una fisonomía que no tuvieron.

No tienen en su abono, como los alucinados que fantasearon la historia antigua, las excusas de la ausencia de fuentes y de la dificultad de penetrar el alma de los pueblos lejanos. Lastarria vivió los sucesos y actuó en ellos. Vio a don Diego José Benavente y a Gandarillas, corifeos liberales, según la fantasía histórica, desahuciar por impracticable en el Chile de 1818-1830 la democracia a la americana y derribar el gobierno de Pinto; reñir con Portales y tornarse opositores a su régimen de gobierno; y, al que sobrevivió, a Benavente, comulgar de nuevo con el régimen portaliano bajo Montt. Vio a don Fernando Urizar Garfias y a Alemparte, las dos grandes columnas del régimen portaliano, revolverse contra él apenas el gobierno recayó en personas a las cuales eran desafectos. Basta leer una carta o un discurso de cada uno de los actores políticos del período para advertir que ninguno soñaba con el retorno a la Colonia; que ninguno fue conservador ni liberal en el sentido de 1873-1920. Basta recorrer los hechos para darse cuenta de que no pudo existir entre

1823 y 1830 un régimen democrático de gobierno. Y sin embargo, la obsesión interna no le permitió ver ni el papel que jugaban las antipatías y simpatías personales, ni percibir los sentimientos y la ideología de la época ni la verdadera fisonomía de los sucesos.

Don Miguel Luis Amunátegui, sin alcanzar el genial sentido común de Barros Arana, es más inteligente y menos apasionado. Imposible idear un cerebro más sano, más ecuánime y más conciliador. Fue ministro de Estado, presidió elecciones, usando ampliamente el régimen portaliano, que estimaba la única forma viable de gobierno, dada la incapacidad de las masas y las características de la aristocracia gobernante. Y sin embargo, el historiador inteligente, cuerdo y desapasionado, escribe como si la dictadura de O'Higgins se hubiera desarrollado en un pueblo semejante por sus aptitudes políticas a la Inglaterra de la segunda mitad del siglo XIX. Vio la personalidad de O'Higgins con más claridad que Barros Arana; pero la situó en un plano infinitamente más falso que el del creador de nuestra historia, porque no tuvo, como él, el correctivo de su recio sentido común, que en lo vulgar reemplaza a la intuición.

Esta forma opaca de la alucinación va siempre acompañada, como ya se hizo notar, de otros factores de falseamiento de la historia y se confunde con ellos en forma indisoluble. La hemos descrito sólo para presentar el prisma por todas sus caras.

En cuanto al origen, este fenómeno deriva de causas fatales e ineludibles: es la consecuencia de un estado delirante colectivo. La gestación íntima de los grandes sucesos históricos de los pueblos precede generalmente en decenios a su alumbramiento, y durante ella la energía vital se orienta en el sentido en que el sino la solicita; crea un estado ideológico y sentimental en que todo concurre a empujar el devenir histórico por esa dirección; coloca una venda, aun en los espíritus apáticos y sensatos, que les impide percibir la realidad. La concepción del pasado necesita acomodarse al ritmo general; y la sugestión colectiva se encarga de suministrar a los cuerdos y reacios el *hachich* que los enrola, inconscientemente, en el delirio colectivo, al mismo tiempo que moviliza a los desconformados cerebrales de todo orden. En una ocasión Gladstone, admirado de la insensatez de los proyectos que se proponían durante una crisis económica, preguntó al profesor J. Thorold Rogers: "¿Podría Ud.

decirme cuál de las dos causas, el amor o las cuestiones monetarias, ha trastornado mayor número de cerebros humanos?”. El célebre ministro olvidó un factor de trastorno mucho más activo y peligroso que el amor y las cuestiones monetarias: el estado delirante que crean los períodos mesiánicos.

La literatura histórica que nace de estos períodos carece de valor como historia. Las obras escritas en el estado delirante que precedió a la crisis de 1891, ya sólo son documentos psicológicos. Pero, en cambio, tiene una influencia trascendental en el suceder. Sin los escritos históricos de Lastarria, de Vicuña Mackenna, de Amunátegui y de Barros Arana, sin la falsa visión del pasado que impusieron a la colectividad, difícilmente la literatura política habría logrado crear las formidables ideas-fuerzas que movilizaron a la aristocracia castellano-vasca y la empujaron a la revolución de 1891. Lamentando el papel que la historia desempeña en estos trances, dice Macaulay: “No debe parecer extraño que hayan tropezado y caído muchas veces los ciegos, si llevan otros ciegos a guisa de lazarillos”. No se ve, sin embargo, qué dique pueda oponerse a los estados delirantes y a su visión de la historia. Estos estados vienen del fondo místico de la vida; son superiores a la inteligencia humana; y, como los torbellinos del mundo físico, arrastran en el sentido que llevan, las ideas, los sentimientos, las pasiones y todo lo que tocan.

El interés de la historia por la historia tiende cada día a retroceder, y acabará por refugiarse en un corto número de investigadores situados al margen de la corriente de la vida. Hoy es el interés del presente el que empuja a los más hacia el pasado. Creemos comprender mejor el momento que vivimos, siguiéndolo hasta sus raíces. Aunque nos complazcamos en llamar a la historia el vaticinio del pasado, en el fondo, nunca hemos desistido de la esperanza de inferir el futuro inmediato del encadenamiento histórico.

El presente viene a ser, así, uno de los grandes móviles de la cultura de la historia; pero es, al propio tiempo, su enemigo más encarnizado y el más difícil de combatir. Penetra, como los termites, en su corazón y lo pulveriza interiormente dejando intacta la superficie barnizada. Sólo al apoyar en ella con cierta fuerza la mano, sólo al interrogar su sentido, la cáscara cede y la hermosa construcción se reduce a un hacinamiento de polvo y de astillas.

Acecha al historiador a toda hora y se le infiltra por todos los poros. Se torna catarata que nubla los ojos del que nació sin imaginación. La pátina del tiempo huye para él de las formas del pasado conjuntamente con el alma que lo animó; y en su lugar se instalan, a sus anchas, la fisonomía y el alma del presente impersonal. Se embarca subrepticamente en la fantasía de los temperamentos poderosos, se adueña del gobernalle y la conduce al laminador que forja de la mente un prisma de refracción. Hombres, ambientes, cosas, sucesos, ideas y sentimientos se refractan en el prisma cerebral; se truecan en el presente personal del autor.

Desciende al sótano que guarda los archivos y sacude sobre los ojos del anticuario el polvo de la anquilosis acumulado entre los volúmenes, cegándole para la percepción espiritual del pasado; y el investigador, que vive para él, sólo percibe su corteza muerta, su vana forma material.

Se instala en las encrucijadas del camino a aguardar al intuitivo que regresa de los tiempos que fueron, dobladas las espaldas con el peso de su cosecha, le echa zancadillas, y mientras aquél se levanta y recoge el grano derramado, se lo humedece para enmohecerlo o la mezcla cizaña.

Como urraca ladrona, persigue al que logró sortear sus tretas, y en cada distracción le roba pedazos de la tela que el mundo de las formas le obsequió para vestir el pasado.

La conciencia del peligro del presente no es dique capaz de contenerlo; se filtra a través de él como el agua a través de una canasta. Sólo una fuerza positiva, como la vigorosa intuición del pasado, puede defender a la historia de sus acechanzas insidiosas. Por desgracia, se trata de una facultad que no depende de nosotros: el historiador, como el poeta, nace y no se hace.

El intelectual se forja la ilusión de percibir integralmente la vida. Desdeña la visión limitada, pero real, del sentido común; y se mofa de las visiones estrechas del comerciante, del empleado de hacienda, del obrero, del rentista, del militar, etc., bien ajeno a la conciencia de que él es, también, un deformado mental y de que su visión es tan falsa y tan estrecha como las que son objetos de su desdén.

En un ensayo que se publicó en *La Nación* y que pronto hará parte de un volumen de estudios filosóficos y psicológicos, analiza-

mos un aspecto de este fenómeno, que ha pasado inadvertido para el mundo del pensamiento: la deformación racionalista de la mente. Pero el fenómeno es más amplio y abarca toda la rosa de la actividad literaria, científica y filosófica. La superioridad intelectual, como toda superioridad, sólo se alcanza mediante la canalización de la energía vital hacia el pensamiento, producida por las disposiciones naturales reforzadas por el ejercicio. El oficio de pensador enriquece la mente con un mundo de imágenes que giran en torno a la actividad intelectual, y la empobrece, correlativamente, en los demás aspectos. Crea aptitudes especiales y atrofia otras; adapta la psiquis en el sentido intelectual.

Esta adaptación psíquica impone, fatalmente, una visión especial de la vida y de la historia, distinta de la del comerciante, del banquero, del industrial, del místico y de todas las demás visiones. Contrariamente a lo que el intelectual pretende, no se cierne sobre ellas ni las comprende: es sencillamente una visión distinta, estrecha, deformada e inexacta, como las demás; sólo difiere en el sentido de la deformación. Lo mismo que la del abogado, del médico, del juez y la de todo el que encauza por largo tiempo su actividad cerebral en un sentido fijo, tiene un sello o manera profesional, propios e inconfundibles.

Transportemos este fenómeno a la historia y veamos sus consecuencias.

Empecemos por las negativas, que son las más trascendentales. El intelectual, en razón de su disposición psíquica, está mal dispuesto para la inteligencia de los demás aspectos de la actividad humana: casi siempre le son antipáticos; no los comprende o los comprende mal, porque carece de la flexibilidad y de la simpatía necesarias para pensar y sentir como los hombres que se encauzan en ellos, a menos que sea un gran artista creador. De aquí a concederles en la historia una importancia menor de la que tuvieron en la realidad, hay un paso.

Tiene, también, el fenómeno su consecuencia activa. Determina siempre un concepto insidiosamente exagerado del valor del pensamiento, de la ciencia, del arte y de la cultura en la concepción de la vida. Si se exceptúa a Pascal, a Rousseau y a Goethe, grandes y pequeños han pecado con mayor o menor gravedad. Les ocurre lo que al profesor, que acaba encerrando la vida dentro de los muros de su cátedra.

Si un historiador no toma conciencia muy clara del fenómeno y no lucha denodadamente con él, su visión de la historia cojeará por un concepto exagerado de la importancia de la inteligencia y de la cultura, y por una disminución del valor de los sentimientos, de las pasiones, de los intereses materiales y de todos los demás factores de la historia. Reparará demasiado en la florescencia de la planta social, y descuidará las raíces que la nutren, el tallo y las hojas que elaboran y conducen la savia y la semilla que afianza la continuación de la vida. Juzgará de un pueblo por las manifestaciones artísticas y científicas de su genio, y descuidará los cimientos morales y materiales en que aquéllas descansan.

El psicólogo que recorra la literatura histórica mundial advertirá la tendencia a reemplazar el encadenamiento, o sea el nexo vital que enlaza el suceder, por el raciocinio, en la historia. Más activa en algunos historiadores, en todos aflora constante o esporádicamente.

La forma del fenómeno varía con la personalidad del autor y está tan íntimamente ligada con su origen que conviene considerarlos en conjunto. Los historiadores chilenos Barros Arana y Vicuña Mackenna representan bastante bien las dos primeras variantes. Para la tercera, necesitamos pedir ejemplo a las literaturas extranjeras.

Se ha dicho que leyendo la *Historia General de Chile* se siente la tentación de creer que el sentido común de la segunda mitad del siglo XIX reguló la conducta de los hombres y la sucesión de los acontecimientos desde la llegada de Pedro de Valdivia hasta 1851. No los preside en el sentido de dirigir la conducta y determinar los acontecimientos, sino en el de acompañarlos en todo instante para explicar racionalmente la actuación de los unos y la sucesión de los otros. El historiador se interna en los actores no para robarles su psiquis, sino para animar con sus ideas y sentimientos a los autómatas inertes. Su razonamiento sensato, prudente y opaco imprime un sello uniforme, a lo largo de toda la obra, a los móviles, a los impulsos, a los sentimientos y a las pasiones de los temperamentos y de los caracteres más opuestos y más distantes en el tiempo.

Si de los actores se pasa al encadenamiento histórico, se experimenta la sensación de tener delante un gran lienzo mural, reconstruido con las mismas piedras del que se desmoronó como realidad. El autor no las ha canteado, salvo el redondeamiento de las aristas y

de las puntas muy agudas, tampoco ha cuidado mucho de buscarles la colocación que tuvieron en el suceder: ha seguido el procedimiento más cómodo de unirlas sumergiéndolas en la abundante argamasa gris de su razonamiento.

En este caso la infiltración del raciocinio en la historia es la resultante ineludible de la pobreza imaginativa y de la debilidad de la representación. No pudiendo representarse los sentimientos, las pasiones y los móviles de los actores, tiene que mover las cuerdas de los autómatas al compás de la psicología de un hombre honrado o pícaro, ambicioso o desinteresado, impetuoso o pacato, contemporáneo suyo. No pudiendo restablecer la colocación primitiva de los bloques de piedra, la reconstrucción se derrumbaría al colocar la segunda corrida, si no la fraguara con la argamasa de su propio razonamiento.

Como se ha dicho en otras ocasiones, en Vicuña Mackenna se dio el caso raro de que la representación del pasado alcanzara extrema viveza sin perder en fidelidad. Hombres y sucesos, costumbres y ambientes, evocados por la magia del historiador, nos hablan, nos sonríen y nos amenazan; nos envuelven, nos apasionan, nos enredan en sus asuntos y nos fuerzan a vivir la vida que ellos vivieron. Pero, cuando miramos el conjunto, advertimos que todo está suelto, disperso, inconexo: falta el encadenamiento histórico, y falta, también, la argamasa del razonamiento del autor. En su lugar, percibimos, a trechos, preciosos eslabones robados al nexo vital, a trechos, declamaciones huecas y, a trechos, reflexiones tan extrañas y tan débiles que nos recuerdan las de Brantôme.

Tampoco es difícil señalar esta segunda modalidad. Vicuña Mackenna, cuya vigorosa intuición del pasado no cede a la de ningún historiador, no tuvo el sentido del encadenamiento histórico; e incapaz de suplirlo, como Barros Arana, con la cadena continua y uniforme del sentido común, relleno los huecos con lo primero que encontró al paso, sin reparar ni en la procedencia ni en la calidad del material.

Taine presenta un buen ejemplo de la tercera variante. Los sucesos están engastados en una filigrana de razonamientos que fulguran como pedrería preciosa. Los hombres y los hechos no interesan por sí mismos, sino por el material que brindan al razonamiento creador del artista. "De su cerebro surge una Revolución Francesa en que

aparece encadenado lo que en la realidad no tuvo enlace y rectilíneo lo que fue tortuoso. Es una revolución racional, lógica, que se parece a la Revolución Francesa; pero que no es exactamente la Revolución Francesa"¹.

Es el caso opuesto al de Barros Arana. En el historiador chileno la insuficiencia psicológica y artística le obliga a reemplazar con el razonamiento los aspectos del pasado que no pudo reconstituir. En el filósofo francés el torbellino de ideas y la necesidad de razonarlas ahogan el encadenamiento histórico. La avalancha de sugerencias que germinan del más insignificante suceso, no permite la sencilla aprehensión intuitiva de la realidad. Hay una necesidad frenética de elaborarlo todo, de transformarlo todo, de destilarlo y de quintaesenciarlo todo en el poderoso alambique cerebral: el pasado sólo es materia prima para la destilación. Es la embriaguez de la elaboración por la elaboración, del razonamiento por el razonamiento: que la realidad viva resulte bien librada, que escape magullada o que perezca, poco importa; mientras el alambique tenga combustible que quemar y materia prima que elaborar, todo va bien. El razonamiento es creador, y la creación, como la voluntad, emborracha.

Revistiendo indistintamente cualquiera de las formas esbozadas, actúa, con cierta frecuencia, un móvil curioso, que empuja, también, a transferir a la historia el razonamiento propio: el deseo inconsciente de dirigir los sucesos y de gobernar a los hombres del pasado. El más grande de los historiadores modernos creyó ver en este fenómeno la obra de políticos fracasados, los cuales, sitiándose sin las dotes que permiten gobernar el presente, se aplican a gobernar el pasado. La explicación es ingeniosa, pero no muy exacta. El instinto del mando está en todos los caracteres fuertes, y estalla en contacto del pasado lo mismo que del presente. No son, precisamente, los políticos fracasados, sino los historiadores de carácter fuerte y de medianas dotes intelectuales los que convierten la historia en válvula de sus instintos de mando.

Desde el momento en que el historiador deja de ser esclavo del pasado y se convierte en su amo, la historia desaparece como realidad. Una historia fabricada por la voluntad de un escritor que vive uno o dos siglos después de los acontecimientos, lo mismo que

¹Encina, *La deformación racionalista de la mente*.

la engendrada por los sueños del apóstol, no es historia, sino fantasía razonada o poética, según sea la mente que la engendra. En cuanto al correctivo de este fenómeno, no se divisa otro que el aplastamiento por la fuerza inmanente que encierra la historia verdadera.

En todas las modalidades esbozadas, hay, en grado mayor o menor, una substitución de la realidad que se historia por las creaciones meramente subjetivas de nuestro raciocinio; la introducción de un elemento extraño, que impide o que vela la representación viva y genuina del pasado o que falsea su encadenamiento. Desde que se publicó la historia de Barros Arana, se viene repitiendo que su lectura no deja una imagen definida del pasado, y que, en cambio, la lectura de algunas páginas de Vicuña Mackenna provoca la formación de esa imagen. En el fenómeno entra por mucho la desigual intuición y el diverso poder de representación de ambos historiadores. Pero entra, también, la excesiva argamasa con que el primero suplió el encaje natural del suceder. No se la puede remover sin derrumbar la construcción misma. En cambio, en Vicuña Mackenna los ditirambos políticos o sentimentales y las mismas reflexiones están sueltos o despegados. El lector inteligente los aparta sin perjudicar al oro fino que contienen sus libros. En Taine ocurre, con más intensidad aún, lo que con Barros Arana. Basta tocar el razonamiento para que el edificio se derrumbe desde la base, pues es el hierro mismo que arma el concreto de su hermosa construcción.

No está de más anotar el hecho de que el empleo exagerado del razonamiento en la reconstitución de la historia coincide, casi siempre, con una intuición débil del pasado y con cierta incapacidad para la percepción de los sentimientos y de su influencia en el devenir histórico. Taine no es un caso aislado.

Nunca se repetirá bastante que el razonamiento sólo debe ser un auxiliar de la representación artística, un instrumento de análisis de los hechos y de los hombres que se cogen intuitivamente; y que desde el instante en que se corta el vínculo que lo une al mundo externo, nuestro raciocinio es una planta arrancada del suelo que la nutría. Por regla general, una historia será tanto más falsa cuanto más entre en su elaboración nuestro pensamiento discursivo.

El sabio se consterna ante la imagen del surco que Pascal pudo dejar en la ciencia. El cerebro que a los doce años inventó la geometría

hasta la proposición 32 de Euclides, ignorando el nombre de las figuras, habría arrebatado a Newton y a Leibniz el descubrimiento del cálculo infinitesimal, y empujado la física moderna hasta límites que no pueden presumirse, si a los 24 años la crisis mística no le hubiera apartado del camino de la ciencia. El filósofo admira en él la reivindicación del valor de lo humano delante de la ciencia un siglo antes que Rousseau. El pensador radica el asombro en su rebelión contra los refugios ordinarios del espíritu aterrado por el vértigo que produce el abismo de la vida. Sintió como nadie la profundidad y el tormento del enigma de la existencia: pero jamás le volvió la cara. Voló más alto que sus predecesores: y cuando, chamuscadas las alas, cayó a tierra, desdeñó cobijarse, como Descartes, en el templo-cárcel del sistema, y, en lo pequeño, rehuyó las cuevas de los principios y de los postulados. "Nos imaginamos —dijo— a Platón y a Aristóteles envueltos en solemnes túnicas de pedantes. En realidad eran gente llana que reía de buena gana con sus amigos; y si se han divertido en fabricar leyes y política, lo han hecho en broma. Si escribieron de política, hiciéronlo a la manera del que dicta un reglamento para un manicomio; y si han aparentado hablar de eso como de algo importante, es porque sabían que los locos para quienes hablaban creían ser reyes y emperadores; y así aquéllos fingían aceptar sus principios para moderar su locura y reducirla a un mal menor".

Los sistemas fueron en otro tiempo el refugio de los pensadores cuyo abrazo esquivó la vida: magníficas catedrales góticas o miserables cárceles del espíritu construidas para substraerse a la visión atormentadora o parodiarla, quedaron siempre al margen de la realidad; hasta su interior sólo llegó el ruido del suceder; y la propia vida, en desquite, esmeriló por fuera los vidrios magníficos de sus ventanas ojivales.

El que aspire a percibir el contenido de la historia, necesita dejar en el dintel de sus puertas los sistemas filosóficos. La inobservancia de este precepto fue uno de los grandes errores de los historiadores filosóficos. En vez de acercarse a la historia para interrogar su contenido, intentaron encerrarla en el marco de su concepción preconcebida; en vez de extraer una experiencia, embutieron el pasado en una filosofía, sin reparar en que el devenir histórico rebasa

todos los sistemas, ni en que la vida es demasiado grande para encerrarla en redomas.

Las leyes sociológicas entrañan un factor de adulteración menos aparatoso pero no menos dañino. La historia no puede renegar de la sociología: le debe un enorme caudal de observaciones que han alumbrado aspectos enteros del desarrollo social. El historiador que la desdeñara se colocaría en la desventajosa posición del que contempla el firmamento sólo con sus ojos respecto de los que disponen de poderosos telescopios. Tampoco es una intuición vana el interés del presente por el pasado: en el pasado inmediato están contenidos, en parte, el presente y aun el futuro cercano. Pero de aquí a la posibilidad de encerrar el desenvolvimiento histórico en leyes, hay un abismo.

En primer lugar, la experiencia del pasado es muy pequeña en el tiempo y en el espacio: necesitaríamos haber acumulado la experiencia de muchos mundos semejantes al nuestro y haber comprobado en ellos el cumplimiento de un mismo ritmo, para señalar, con Comte y con Spencer, las leyes del desenvolvimiento social.

En segundo lugar, la observación extraña al espíritu de sistema manifiesta que hay en el suceder un margen de eventualidad demasiado grande para poder señalar concretamente el sentido y las modalidades de la evolución histórica de los pueblos. Hay ciertos ritmos; pero se cumplen con oscilaciones impuestas por influencias que escapan a toda previsión.

Por último, en los años que lleva de vida la sociología, el fenómeno que más firmemente se ha destacado es el cambio, cada vez más rápido y más trascendente, de la influencia relativa de los distintos factores sociológicos, a medida que las sociedades entran en los grados altos de la evolución. Para que el desarrollo social pudiera encerrarse en leyes fijas, sería menester que se realizara sobre rieles también fijos, con sus estaciones y cambios; y este panorama es una fantasía sociológica y no una realidad.

La posición del historiador frente a los postulados y a los principios políticos debe ser la misma que frente a las leyes sociológicas. El político simboliza en postulados y principios muy simples las ideas, los deseos y los sentimientos de su instante, para imponerlos por repetición y gobernar la conducta de los incapaces de pensar.

Desde este punto de vista, responden a una necesidad, tal vez perdurable, del espíritu humano. El historiador que prescindiera de ellos en cuanto materia de la historia, hará una historia trunca y falsa. Mas, desde el punto de vista psicológico individual, los postulados reflejan siempre una debilidad mental. Son las muletas con que la insuficiencia intelectual intenta jornadas que exceden a la fuerza de sus piernas; el subterfugio con que se elude la penosa tarea de pensar. Sólo pueden anidar como verdad en cerebros incapaces de ir más allá de las páginas muertas escritas por los insuficientes que les precedieron. Sólo una desconformación cerebral, una especie de anteojeras que estrechan la visión puede disimular la verdadera naturaleza de los postulados.

Si el devenir histórico no cabe en el amplio manto de los sistemas filosóficos ni en las espaciosas salas de los edificios sociológicos, menos cabe en la cáscara de nuez de los sistemas de gobierno o de los conceptos que los representan, como la democracia, la aristocracia, la tiranía, el comunismo, etc. La historia socialista o individualista pertenece a la literatura política y no a la historiografía.

Siendo la historia más amplia y más profunda que la sociología y que la política, el historiador debe cernerse, como águila caudal, sobre sus leyes y sobre las fórmulas y postulados en que se concretan las creencias; pero necesita comprenderlos simpáticamente y asignarles el lugar que les corresponde en cuanto factores del suceder, no en cuanto moldes que lo encierran.

Otro gran factor de error en la aprehensión del pasado son los conceptos fijos: la libertad, la tiranía, la democracia, la justicia, la solidaridad, etc. Estos conceptos encierran un contenido que varía mucho de pueblo a pueblo, y, dentro de un pueblo, con los cambios en las ideas y en los sentimientos. Aun en un mismo momento, las diversas corrientes políticas y sociales no dan a las palabras la misma significación. De aquí que lo que interesa a la historia no sea el rótulo, sino el contenido que simboliza. El concepto de libertad es muy distinto en los próceres de la independencia, en Portales, en los hombres del 48, en los revolucionarios de 1891 y en los políticos de la hora actual. Dentro de estos mismos momentos se perciben matices muy acentuados. Entre Lastarria, por un lado, Errázuriz Zañartu y Santa María, por otro, y el radical del corte de don Manuel Antonio Matta, hay divergencias profundas en lo que entendieron

por libertad. El que, engañado por la palabra, le suponga la significación de Stuart Mill o de otro tratadista, falseará a fondo un gran factor del suceder. Igual cosa ocurre con la denominación de los partidos políticos. La división en conservadores, liberales, radicales y demócratas, si se da a estos términos el sentido de los textos de política, carece en Chile de toda realidad. En ningún momento de nuestra historia ha existido esa concordancia; y la transformación de las ideas, de los sentimientos y de las tendencias dentro de los mismos partidos ha sido extremadamente activa².

El historiador necesita coger las ideas, los sentimientos, los intereses, las tendencias, los deseos, etc., que se engloban bajo el nombre: el nombre mismo tiene escasa importancia. Errázuriz Zañartu y Santa María, clasificados como portaestandartes del liberalismo, representaron una tendencia reciamente aristocrática y conservadora en el terreno social. O'Higgins, Portales, Montt y Varas, clasificados de reaccionarios, fueron acentuadamente antiaristócratas y casi revolucionarios en el terreno social. Bruto, emblema de la libertad durante siglos, representó una estrecha oligarquía del dinero más que una aristocracia liberal.

Mayor aún es la perturbación que introduce en la inteligencia de la historia la subordinación del pasado a estos conceptos. No se puede prescindir de ellos, pues son, como se dijo, el nombre de fuerzas sociales que actúan en el suceder. Mas, desde el instante en que se les convierte en antorcha con luz propia para iluminar el pasado o en balanza para pesarlo, la historia se vuelca y rueda hacia el despeñadero. La justicia, por ejemplo, existe en la realidad social con independencia del concepto teórico. La misión del historiador es anotar las modalidades de este concepto en el período que historia, sus transformaciones, los factores que las determinaron y las influencias que, a su turno, engendran estos cambios en el telar del suceder, sin introducir nada extraño ni subordinar nada al concepto teórico. La menor deformación alterará en una medida imprevisible el encadenamiento histórico.

²Para percibir mejor el fenómeno es conveniente comparar la psicología de los partidos que llevan el mismo nombre en distintos países.

En sentido figurado, la historia es una reacción del junco pensante contra el cosmos intemporal e inmensurable. En su proceso, lo psíquico no cesa de ganar terreno sobre lo vital, hasta que sobreviene el agotamiento del impulso y el retorno al seno del cual brotó. Pero el desarrollo mental es parte de la vida, es carne de su carne y sangre de su sangre. La oposición pascaliana sólo refleja la dualidad aristotélica-cartesiana, o si se quiere ir más hondo, el sentido occidental de la vida.

No hablamos, pues, con mucha exactitud cuando decimos con Luisa Ackermann que la vida no tiene fines. No los tiene fuera de ella; pero se los crea a sí misma. Cuando decimos que la historia no tiene fines ni moral, tenemos presente el primer concepto y de ninguna manera nos referimos al segundo. Toda historia se desenvuelve dentro de una urdimbre moral recibida, que la lanzadera del suceder va transformando con los mismos hilos de la trama que pasó. Desde lo tabú hasta el imperativo categórico de Kant va una gama bien extensa, pero sin solución de continuidad. Cada pueblo tiene su concepto del bien y del mal, sus creencias religiosas, sus normas de conducta, sus sanciones, en suma, su vida moral.

La vida moral es parte esencial de la historia: el que no la aprehenda sólo percibirá la corteza del pasado, la apariencia de los hombres, de las instituciones y de los acontecimientos. El sentido profundo del suceder se le escapará completamente. Nunca se insistirá bastante en la necesidad de penetrar el aspecto ideal y ético del alma del pasado y descubrir el sedimento místico que siempre hay oculto en el fondo de la vida.

Cuando enumeramos la moral entre los enemigos de la historia, nos referimos a la introducción de ideas o de sistemas éticos extraños al pasado que se historia; tenemos presente el antiguo criterio historiográfico que erigía, en norma para juzgar, el credo moral del autor, y preconizaba el arreglo de la historia, a fin de convertirla en espejo de las generaciones futuras.

Si logramos animar la fisonomía de un personaje histórico con los reflejos de su propia estructura intelectual y moral, habremos hecho una obra artística y alcanzado una representación honda y duradera. Si, además, lo vestimos con sus propias ropas y adornos y lo colocamos entre los objetos que rodearon su existencia, habremos hecho más plástica la visión y ampliado su ambiente. Por el contrario, si

imprimimos a su fisonomía los reflejos de un temperamento y de un carácter que corresponden a nuestras predilecciones, en vez de los que tuvo realmente, habremos hecho una obra convencional y falsa; y si le añadimos las ropas y los objetos que corresponden a las modas y a los gustos de nuestro presente, aumentaremos la falsedad del retrato. Y si lo contemplamos cincuenta años más tarde, nos encontraremos delante de un doble anacronismo: la fisonomía, el vestuario y el ambiente no corresponden ni a la realidad histórica ni a nuestra propia realidad.

Es lo que ocurre con la moral en la historia. Mientras más íntimamente penetremos en las ideas, en los sentimientos y en la fisonomía espiritual del pasado, tanta más luz proyectaremos sobre él y tanto más fielmente lograremos representarlo al presente. Por el contrario, mientras más elementos morales extraños introduzcamos en él, tanto más aumentaremos la confusión y tanto más lo deformaremos al representarlo. La obscuridad no está en el pasado, sino en los ojos que lo miran. Introduciendo las normas morales del momento en que escribimos, creamos un doble pasado que no corresponde a ninguna necesidad, obligamos a los que vienen después de nosotros a separar la moral viva y real de la moral que convencionalmente añadimos; y no debemos olvidar que la criba psicológica no es instrumento que la naturaleza repartió pródigamente aun entre los cerebros superiores.

Debemos reparar, también, en que la adulteración moral del pasado introduce un elemento de endeblez histórica cuyo alcance nadie puede medir. No sólo hacemos la noche psicológica, sino que engendramos, también, un semillero de interpretaciones erradas. No es lo peor la deformación de los actores y de los acontecimientos que tenemos en cuenta: es la repercusión o colazo de estos errores iniciales, lo más temible. Confesamos ingenuamente que, después de leer toda nuestra literatura histórica, no logramos formarnos concepto de la vida moral del coloniaje. Cuando más tarde, empujados por las intuiciones de Vicuña Mackenna, buscamos la luz en los documentos, advertimos que el gran factor de obscuridad estaba más que en la sequedad de los historiadores, en la infiltración de la vida moral de su presente en la vida moral historiada. Se forma una amalgama rebelde a toda criba: producida la confusión, hay que arrojar todo el contenido y rehacer íntegra la vida moral del pasado.

No son menores los inconvenientes de la práctica que hace de la historia una cátedra de moral, una cartilla para la formación ética y cívica de las generaciones que vienen.

Los resultados del rendimiento pedagógico no nos convencen. Cuando un pueblo va en ascenso, cuando el impulso vital va hacia arriba, no necesita espuelas: todo lo convierte en símbolo o prenda de su futura grandeza. Sin necesidad de la falsificación histórica, su pasado le infunde fe en el porvenir; saca experiencia de sus errores y ánimos de todo. Prat en Iquique respondió al llamado del sino de su pueblo, cumplió el mandato sencillo de la sangre, sin reminiscencias heroicas ni teatralidades de opereta. En la misma forma siguieron cumpliendo el mandato de la sangre los que murieron después. Son los ejemplos vivos, y no las disertaciones éticas ni las figuras históricas, los que despiertan el contenido moral de un pueblo.

Por el contrario, cuando el impulso va en decadencia, las prédicas sólo logran acelerarla: nadie predicaba la moral cívica en los grandes días de Roma; y, durante la decadencia, los más elocuentes tratados de civismo y de moral, lejos de aplazar la disolución, la aceleraron, exagerando las miserias del presente con la exhibición de un pasado de virtudes y de perfecciones que nunca existió.

Pero deseamos conceder de buen grado la influencia docente de la historia. ¿Sería un mal que escribiéramos dos historias, una heroica y moral para las aulas y otra real para el pensador y el político? Más de una vez hemos dicho, y habremos de repetir aún, que el momento que vivimos está contenido en el pasado que le precedió; pero no en un pasado de encargo, sino en el pasado real. Todos los problemas vitales del presente exigen el conocimiento de ese pasado real para su acertada solución; y si no lo suministra la historia, ¿quién lo suministrará? Difícil nos parece que se pueda llevar el fatalismo histórico más allá de lo que nosotros los sentimos, a lo menos entre pensadores occidentales. Y sin embargo, creemos que el curso de nuestro desarrollo histórico habría variado muy favorablemente en lo occidental, si la deformación de la realidad por nuestros historiadores hubiera sido menos intensa. Se nos objetará que una comprensión más honda y más real de nuestro pasado suponía una amplitud y una profundidad mentales mayores; y que, en tal evento, las variantes habrían sido la consecuencia de esta madurez, y no del

conocimiento más exacto de nuestra historia. Y a esta objeción sólo podríamos contestar que, en realidad, ambos fenómenos son una sola y misma cosa.

Desde el punto de vista literario, nada hay más pesado en la historia que las declamaciones morales. En vez de ayudar al lector, le perturban. Si queremos que se represente la fisonomía moral del pasado, sólo necesitamos aprehenderla y entregársela. Su juicio se producirá por una reacción justa entre su propia conciencia ética y la de la época historiada. Será un juicio flexible, que se va acomodando a los lectores y al tiempo; pero permaneciendo fijo el término que no debe moverse: la fisonomía moral de la realidad historiada. El concepto moral del autor es un concepto que no conocieron los actores y que, a la vuelta de pocos años, tampoco será el del lector. No hay medio de impedir el envejecimiento de la historia: aunque el autor logre sortear todos los escollos, queda la continua transformación cerebral que producirá una visión distinta del mismo pasado. Pero no hay conveniencia estética ni científica en apresurar la vetustez, añadiendo un elemento más de ranciedad con la moral transitoria del instante en que se escribe.

Las muletillas históricas constituyen uno de los escollos más frecuentes en los historiadores de mediano poder cerebral; mas, se les advierte, también, en inteligencias poderosas.

Tienen, generalmente, un origen tradicional. La afirmación y la repetición han impuesto un crecido número de conceptos que explican mecánicamente los sucesos ahorrando la penosa tarea de pensarlos: la educación colonial, los gobiernos fuertes, los atentados contra la libertad, la ignorancia, el obscurantismo, la debilidad del gobierno, las persecuciones políticas, la reacción colonial, las luces de la cultura, etcétera.

Aparte de estas muletillas o lugares comunes tradicionales, la estrechez mental determina la elaboración de otros propios del historiador. El que no ve sino un aspecto del desenvolvimiento histórico lo erige en muletilla, y se explica a través de él todo el pasado. El fenómeno suele producirse aun en espíritus de cierta profundidad. El descubrimiento del papel preponderante que la sugestión, que un proceso racial, que un medio físico o que otro factor ha jugado en un momento histórico, empuja a sacarlo de

quicios y a convertirlo en muletilla, transportándolo a acontecimientos en que no tuvo papel alguno o sólo influyó muy secundariamente.

Cuando el hábito del empleo de la muletilla deriva de la insuficiencia o de la desconformación cerebral, sólo cabe lamentar la vocación que empujó al escritor hacia la historia. Empero, aun los cerebros poderosos harán bien en vigilarse: el espíritu gregario se desliza subrepticamente hasta las cumbres, y las insta, en todo momento, a aceptar sin examen lo recibido y a repetir lo que sus predecesores repitieron, también sin examen.

El peligro es mayor en aquéllos que nacieron con una intuición débil del pasado o con un instinto pobre del encadenamiento histórico; pues las muletillas les dispensan del ejercicio penoso de ambas aptitudes.

Por último, el hábito y el agotamiento del contenido mental, determinado por la senectud o por la debilidad de las fuentes renovadoras, engedran en el historiador, lo mismo que en el pintor, el amaneramiento; y una muletilla de otra índole asesina ideológica y artísticamente la obra. Siempre debe ponerse término oportuno a la actividad intelectual; debemos callarnos desde el momento en que no tenemos nada nuevo que decir. Una obra en que los lugares comunes explican mecánicamente los sucesos, retratan los personajes o substituyen el encadenamiento histórico, puede representar un gran valor como investigación; pero, por sí misma, no es historia.

Estamos naturalmente inclinados a prestar asenso a lo que nuestros predecesores han afirmado uniformemente a través de sus relaciones redactadas en distintas épocas. Nos parece que no puede dejar de ser verdadero aquello en que han coincidido historiadores de distintas tendencias y que han escrito bajo el influjo de ideas y de disposiciones sentimentales opuestas.

Es éste uno de los espejismos más dañinos en la historia. Si observamos con cierta atención estas coincidencias, repararemos en que, casi siempre, se producen en torno de sucesos o de apreciaciones que no afectan a las divergencias intelectuales y sentimentales de los escritores; y, si partiendo de las fuentes, recorremos en orden cronológico los distintos relatos o afirmaciones, advertimos pronto que el acuerdo no es la resultante del estudio, sino de la repetición de lo que el primero dijo por los que escribieron después. Los que llegaron

más tarde encontraron la afirmación repetida ya por una decena o más de predecesores y vulgarizada por los textos de enseñanza. Como se trata de materias que no dividen, falta el estímulo para revisar lo que se supone estudiado y resuelto uniformemente por numerosos escritores de tendencias opuestas, y el prestigio de la repetición se impone sin estorbo.

El fenómeno se produce lo mismo en la investigación que en la historia. Amunátegui, siguiendo a algunos cronistas, afirmó que Gómez de Alvarado había llegado hasta el Maule. Barros Arana, como acostumbraba hacerlo en los casos dudosos, sin rechazar la afirmación recibida, acogió la posibilidad de que hubiera llegado hasta el Itata. Los documentos que aclaran la duda estaban en Chile, en copia, desde 1870; y se imprimieron, directamente de los originales, hace ya cuarenta años. Sin embargo, se continúa repitiendo que Gómez de Alvarado llegó hasta el Maule. En la enorme falange de eruditos chilenos, hasta hace tres años, ninguno se había dado la molestia de leerlos, porque suponía que Amunátegui y Barros Arana no habían podido equivocarse. El abate Molina, la más alta personalidad científica producida por el genio chileno, fue hijo de don Agustín de Molina y de doña Francisca González Bruna. La filiación jamás se perdió. Pasando por Huaraculén (Loncomilla), tal vez en 1880, un vaquero de nuestro abuelo paterno, que guiaba del cabestro el mampato en que montábamos, nos señaló la casa en que había nacido el célebre jesuita. Entre 1885 y 1890, no había en la región una sola persona de alguna cultura que no conservara el recuerdo de los padres del abate, y se mostraba la pieza en que había nacido. Uno de sus deudos lejanos, fanático admirador del célebre jesuita, adquirió el predio de Huaraculén, cuando el abate resolvió venderlo para fundar el liceo de Talca; y conservaba intacta no sólo la casa, sino también, la pieza en que había venido al mundo. Pero Santágata, en el elogio que hizo en Italia con motivo de su fallecimiento, le asignó por madre a doña Francisca Bruna Opazo. Don Benjamin Vicuña Mackenna, que solía pasar como huracán por los documentos, se acordó vagamente del apellido Opazo y le antepuso el nombre de María; y así el abate pasó a ser hijo de doña María de Opazo hasta 1915, fecha en la cual don Luis Francisco Prieto se impuso, casualmente, de los documentos que establecían la filiación del abate Molina. Decenas de historiadores habían hablado del abate desde

1856, fecha de la publicación de Vicuña Mackenna; pero todos descansaron en él como editor responsable, sin exceptuar los que más han motejado sus ligerezas en la investigación.

Más frecuente es, aún, la repetición en la inteligencia de la historia. Errázuriz, Lastarria y otros afirmaron que, entre los años 1823 y 1830, había gobernado en Chile el Partido Liberal, que ellos creyeron resucitar más tarde; y que había realizado un gobierno democrático, esterilizado, en parte, por los cuartelazos y derrumbado, al fin, por una reacción pelucona colonial. Con muy cortas excepciones, todos los historiadores chilenos han seguido repitiendo este concepto, sin revisarlo a la luz de la realidad. ¿Para qué hacerlo, si cien escritores lo han repetido después de los anteriores? Nosotros nos contábamos en el número de los convencidos, y tardamos bastante en rendirnos a la evidencia, y en reconocer que, desde la existencia de los partidos liberal y conservador al estilo de nuestros tiempos, hasta los cuartelazos como causa y no como resultante de la anarquía, era una simple alucinación.

Los autores de la revolución de la independencia, influidos por las ideas enciclopedistas y por los extranjeros, especialmente por Lord Cochrane y los ingleses, que actuaron en ella, creyeron que la anarquía, el atraso y todas las manifestaciones de inferioridad que exteriorizaban las jóvenes repúblicas hispanoamericanas, eran la consecuencia de la educación colonial española. Este juicio simple y superficial, que correspondía a las ideas del siglo XVIII y al saber y al grado de desarrollo mental de los que lo emitieron, continuó repitiéndose, mecánicamente, por escritores inteligentes, sensatos y cultos, como Lastarria, Amunátegui, Barros Arana, Mitre, Pellegrini, etc., que pensaron en una época en que ya eran conocidos los fenómenos del desarrollo mental, del mestizaje, de la tradición, de la idea-fuerza, del hábito y del carácter racial, como factores de la historia. Les habría bastado pensar un momento para señalar las verdaderas causas de la anarquía, en vez de repetir una inepticia ya incongruente con las ideas del tiempo en que escribieron.

Ni por sus disposiciones mentales ni por sus conocimientos, estaban capacitados nuestros historiadores para formarse concepto, siquiera aproximado, de la evolución económica colonial. No pudieron conocer a fondo los elementos naturales de la expansión económica ni el partido que el grado de desarrollo mental y las aptitudes

industriales del colonizador español y del mestizo podían sacar de ellos, ni formarse juicio de los obstáculos y oportunidades que derivaban de la posición geográfica, de los medios de comunicación, de la concurrencia extraña y de los demás factores que condicionan el desarrollo económico. Para no dejar en blanco la página correspondiente a este aspecto capital de la evolución histórica, repitieron, mecánicamente, las reflexiones sobre el régimen colonial español, que recogieron en sus lecturas, y las acotaron con algunos de los postulados de Adam Smith y de Courcelle Seneuil, entendidos y aplicados de la manera que podía entenderlos y aplicarlos un investigador de documentos de la segunda mitad del siglo XIX. No podían hacer otra cosa, y sería injusto y necio reprochárselos. Pero estas reflexiones, consagradas por la repetición, se convirtieron en artículos de fe, que los textos posteriores continúan reproduciendo veintitrés años después de haberse advertido, con ascenso general, su lamentable debilidad y su contradicción con los hechos y datos recogidos por los propios historiadores.

Conviene hacer notar que los errores engendrados por la repetición inconsciente, son particularmente graves en los fenómenos sociológicos y morales. Para la historia es indiferente que la madre del abate Molina haya sido doña Francisca González o doña María de Opazo; y el hecho de que Gómez de Alvarado avanzara hasta el Itata, aunque importante para el efecto de delimitar el área ocupada por el invasor araucano en el momento de llegar los españoles, puede ser suplido por otros datos. En cambio, el que ignore la constitución étnica del pueblo chileno o la desdeñe, por insuficiencia mental o científica, no podrá escribir un solo capítulo de la historia real de Chile. Su relación será falsa desde la llegada de Valdivia hasta nuestros días. El que, por mimetismo psicológico o por pasión política, invente la existencia entre 1810 y 1860 de un pueblo chileno capaz de realizar un gobierno democrático en el sentido americano, despojado de sus derechos por la intervención del Ejecutivo en las elecciones, falsifica un hecho moral y escribe una fantasía en cuenta de historia. El hecho no tiene otra realidad que la alucinación generada por los principios políticos e impuesta por la repetición.

La verdad inconcusa, lo que nuestros predecesores han aceptado sin discrepancia, no es, pues, la resultante de una coincidencia de

juicios, sino de una afirmación repetida por la mente gregaria y fatigada del investigador, la cual rehúye instintivamente el esfuerzo que importa la revisión y se ase a lo que otros dijeron. Es la verdad más sospechosa, la que debemos recibir con mayor desconfianza y comprobar con más rigor en sus fuentes originales. En la mayoría de los casos, saldrá de la prueba bastante modificada y, en muchos, totalmente rehecha.

Empero en esta tarea debe proscribirse el espíritu de novedad: las pequeñas modificaciones destituidas de significado, lo mismo que las supresiones y agregaciones que no mejoran lo recibido, no son progresos históricos, sino desahogos de la pequeñez mental. Si un verdadero historiador no puede aceptar sin examen la verdad recibida, tampoco debe desdeñarla ligeramente. La coincidencia, lejos de apesadumbrarle, debe ser uno de sus mayores goces intelectuales: no hay prenda de acierto mayor que ella, cuando los que coinciden, en vez de copiarse, perciben realmente del mismo modo un suceso, la fisonomía de un período, el carácter de un personaje o el desarrollo de un proceso histórico.

Lo que separa fundamentalmente al investigador del historiador es la posición frente al documento: aquél es su esclavo y éste su amo; el primero emplea su vida en su rebusca, y una vez encontrado, lo erige en ídolo, mientras el segundo le bebe su contenido y lo arroja después al canasto de los papeles inútiles.

Pero el documento es esclavo poco sumiso, vengativo y profundamente insidioso en la consecución de sus ansias de dominio. El duelo entre el historiador y el documento acaba, en la mayoría de los casos, por la victoria del último.

No hay imaginación bastante poderosa para fantasear la astucia y la fertilidad de recursos que despliega el documento en la persecución de su deseo de acogotar al historiador. Pulpo de cien tentáculos que trabajan a toda hora, se disfraza de formas amables, zalameras, insinuantes y flexibles que saben deslizarse diestramente por las flaquezas de nuestro cerebro. En la imposibilidad de fantasear todas sus modalidades, nos limitamos a subrayar las que la introspección ha sorprendido en nosotros mismos y las que hemos tenido oportunidad de advertir en los historiadores cuyo trato frecuentamos.

Cuando ya se ha producido la simbolización neta y definida de

un aspecto histórico, cuando ya nada puede modificar su imagen en nuestra psiquis, el documento suele seguir insinuando elementos más vivos y más plásticos de representación artística; y a medida que, persiguiéndolos, nos internamos en la selva, el ideal vislumbrado va huyendo delante de nosotros, y, cuando cansados queremos abandonar la partida, se detiene y nos hace señas, para volver a alejarse en cuanto damos algunos pasos y alargamos la mano para cogerlo. Sólo al hacer un autoexamen severo nos damos cuenta, asombrados, de que la superación artística era sólo pretexto que justificaba a nuestros ojos la curiosidad pueril por el pequeño detalle o por la chismografía que salpicó al suceso y a los hombres que actuaron en él.

Otras veces, sigue el camino del amor. La imagen del pasado se destaca esplendente desde el mundo de las formas incorpóreas; tenemos el lienzo en el bastidor y los pinceles listos. Pero, como diablillos traviesos y provocativos, nos ofrece sus gracias picantes una ronda de variadas figuritas corpóreas, instándonos a la infidelidad. Cedemos a la tentación, seguros de que la imagen del pasado nos aguardará tranquila e inmutable dentro del marco en que cristalizó; mas, cuando ya saciada la curiosidad, sentimos la nostalgia de ella, la voluntad y las fuerzas flaquean delante de la jornada que necesitamos desandar para percibirla de nuevo.

Frente al que no nació artista sus procedimientos son burdos y directos. Se infiltra en la psiquis a la manera de la morfina: la debilita, la esclaviza y la aniquila.

Pulula en torno de la historia una muchedumbre de mentecatos que, en su incapacidad para discernir el valor de una obra, erigen en medida el número de citas y de referencias que contiene: se pasman de asombro ante el trabajo de un ignorante que acumula documentos y referencias a tontas y a locas, o de un necio incapaz de comprender siquiera el documento que lee; y declaman contra la superficialidad de libros que arrancan al pasado sus entrañas o que sintetizan en pocos capítulos, amenos y profundos, el contenido de una voluminosa documentación, sin dejarla ver. En su mayoría son buenas gentes, descarriadas en sus vocaciones, que miden con la vara que su fuerza cerebral les permite empuñar. Pero entre ellos se cuentan, también, escritores inteligentes, cerebros que nacieron bien dotados y que la atracción del documento anquilosó.

Hace algunos años, un escritor que ocupó alta situación en nuestra literatura histórica nos pidió la *Historia de Roma*, de Mommsen; y dos semanas después nos la devolvió, diciéndonos que sólo había leído hasta el tomo III, y que no la encontraba a la altura de su fama. A pesar del valor indisputable de la obra, no nos sorprendió la decepción. Supusimos que la habría encontrado atrasada en la parte etnográfica. Mommsen y su época concedieron demasiada importancia a la filología y prescindieron en exceso de la antropología, todavía en pañales, en el estudio de las razas primitivas de Italia. Al esbozar las diferencias psicológicas de los pueblos indogermanos (*Homus Europaeus*) olvidó tomar en cuenta los cruzamientos ya producidos, y no concedió la importancia debida a los distintos grados de desarrollo mental en que afloraron a la historia. Se nos ocurrió, también, que el error —ya aludido— en que incurrió Mommsen de substituir la vigorosa simbolización mítica espontánea, con que el genio romano se representó su origen, por su verdad conjetural, innovando con poca fortuna en lo que habían hecho sus grandes predecesores, le habría mareado.

Estábamos equivocados: no había reparado en nada de esto. Sencillamente, se había imaginado un libro con largas disertaciones críticas y con noticias detalladas de los nuevos descubrimientos históricos y unas cinco mil citas al pie. En vez de lo que esperaba, se encontró "con una serie de afirmaciones no probadas y con tesis y conjeturas más propias de un literato que de un historiador". Vea para muestra —nos dijo— la consecuencia que infiere del carácter celta: "Estas cualidades hacen buenos soldados y malos ciudadanos, y explican el hecho histórico de que los celtas hayan derribado todos los Estados y no hayan fundado ninguno... siempre atraídos por los combates y por las acciones heroicas, se extendieron desde la Irlanda y la España hasta el Asia Menor; pero todas sus empresas se derrieron como la nieve al llegar la primavera: no crearon ningún gran Estado ni fueron capaces de desarrollar una civilización propia". El brillo de una imagen —continuó nuestro interlocutor— le hace olvidar a Francia.

Pero, si en lugar de la imagen, Mommsen hubiera empleado un centenar de páginas en reproducir pesadamente todos los datos y reflexiones que entraña la elaboración del concepto, y un tomo en recordar por vía de digresión las mezclas raciales y el complejo

conjunto de factores de toda índole que actuaron en el proceso milenario de la formación del pueblo francés, y suplieron la ausencia de genio político creador del pueblo celta, la reflexión le habría parecido, seguramente, profunda.

▮ Cuando este concepto gana el ambiente intelectual de un país, como ocurre en Chile, la acción directa del documento está de más. No es necesario que el historiador se encierre largos años en los archivos para perecer: el medio le pasma al nacer o lo aniquila un poco más adelante, si nació muy robusto. Si la investigación digerida y el empleo de una imagen torna sospechoso de superficialidad ante una eminencia histórica chilena a Mommsen, ¿qué suerte aguarda al principiante que no está espaldeado por las *Antigüedades Romanas* y por la reputación mundial? ¿Cómo reprocharle que encaje en el texto documentos indigeridos y rosarios de citas a fin de dar peso a su obra?

▮ Muchos escritores de modestos alcances intelectuales pero sensatos y laboriosos, pudieron escribir excelentes historias especiales, claras, ordenadas, completas y verídicas. En lugar de hacerlo, malgastaron su tiempo en alardes necios de erudición documental, sin provecho para la historia ni para la investigación. ¿A qué título se les reprocharía su error, si el ambiente coloca las citas y la reproducción cruda del documento como la cumbre suprema de la perfección histórica?

▮ El deseo de lucir la erudición documental y la destreza en su manejo, de agotar la materia, excediendo a los que nos precedieron y confundiendo de antemano a los que nos seguirán, mata la historia por el costado opuesto de la superficialidad. No queremos mortificar la memoria de nuestros grandes historiadores con ejemplos concretos, ya que se les puede envolver a todos en un juicio colectivo: no les hubiera estado de más saber el doble de lo que supieron; pero sus obras habrían ganado un quinientos por ciento si hubieran dicho en la historia la cuarta parte de lo que dijeron, y compaginado en anexos los resultados de su investigación que, en este evento, habrían quedado sobrantes. Mas, ¿cómo resistir a la tentación si ella encierra la medida de nuestro valer a los ojos del ambiente intelectual que nos rodea?

CAPÍTULO VII

REFLEXIONES SOBRE ALGUNAS NORMAS DE LA HISTORIOGRAFÍA

"Los lógicos pueden razonar sobre abstracciones; pero la masa de los hombres ha menester de imágenes".

Macaulay

EL IDEAL DE LA HISTORIA SEGÚN MACAULAY. ELASTICIDAD DE LAS NORMAS LITERARIAS. EL ESTUDIO DE LA DOCUMENTACIÓN. LA REPRODUCCIÓN DE LOS DOCUMENTOS. LOS DOCUMENTOS OFICIALES. LA SIMBOLIZACIÓN. LA GRAVEDAD HISTÓRICA. EL ESTILO. OTROS ASPECTOS DE LA FORMA. LAS RECTIFICACIONES PROFUNDAS DE LOS CONCEPTOS RECIBIDOS. LAS NÓMINAS DE LAS FUENTES EN LA HISTORIA.

Hay concepciones que se adelantan tanto a su época que no pueden ser comprendidas por ella. Una de las más admirables por su nitidez, su firmeza de contornos y la perfecta coincidencia con el concepto que el futuro elaboró como consecuencia del desarrollo mental, y no como eco suyo, es el ideal de la historia esbozado por Macaulay en 1828.

Los contemporáneos lo celebraron como **ensayo literario**, y los escritores que les siguieron, de tarde en tarde, lo han recordado como ensueño, como una hermosa fantasía inalcanzable. Pocos intentaron en serio su realización; y esos pocos fracasaron o quedaron muy por debajo del ideal, inclusive el autor. Se estrellaron contra un **doble muro de granito**: el grado de desenvolvimiento mental que la realización del concepto presupone; y la confusión de los oficios de **investigador** y de **historiador**, que aniquila las disposiciones artísticas del último.

En cambio, basta eliminar del ideal soñado por Macaulay la finalidad docente y moralizadora y encuadrarlo en el concepto actual del conocimiento y en los nuevos puntos de vista impuestos por los avances científicos, para convertirlo en un esbozo fiel de nuestras ideas sobre la historia. Vale la pena reproducirlo, como portada a las breves reflexiones sobre la técnica historiográfica que vamos a hacer:

"Historiador, tal y como debe serlo, es, en nuestro concepto —dice Macaulay— aquél que reproduce en miniatura en las páginas de sus libros el carácter y el espíritu de una época, y que no consigna hechos ni atribuye a sus personajes la menor palabra que no compruebe antes, y que sabe desechar y elegir y combinar tan discretamente que dé a la realidad el encanto que usurpó la ficción. En sus narraciones se observan las reglas de la perspectiva: unos sucesos están en primer término y otros en segundo, pero cambiando la escala sobre la cual los representa, no según la dignidad de los personajes que figuran en ella, sino según la cantidad de luz que arrojan sobre la condición de la sociedad y la naturaleza humana. Y al propio tiempo que nos muestra la corte, los campamentos y el senado, nos muestra a la nación. No habrá detalle característico de las costumbres, ni anécdota, ni frase familiar que le parezcan insignificantes, si son eficaces a ilustrar la acción de las leyes, de la doctrina religiosa y de la enseñanza, y a indicar algún progreso del espíritu humano. Ese historiador no describirá solamente a los hombres, sino que los hará conocer en su vida interior. Los cambios que se verifiquen, así en las costumbres como en el modo de ser de los pueblos, los indicará también, no con algunas frases o citas de documentos estadísticos, sino por medio de imágenes apropiadas al asunto, las cuales habrá de poner delante de nuestros ojos a cada línea que vaya escribiendo.

"Pondrá especialísimo cuidado en las circunstancias que ejercen más influencia y que más contribuyen a la felicidad de la especie humana, en las transformaciones sociales, en el movimiento que hace pasar a los pueblos de la pobreza, de la ignorancia y de la barbarie, al bienestar, a la instrucción y a la humanidad; revoluciones que generalmente se verifican sin ruido, ni tumulto, ni sangre y cuyos triunfos no se alcanzan nunca por la fuerza de las armas ni por votaciones parlamentarias, ni se sancionan por medio de tratados, ni se custodian en archivos, sino que hacen su camino, reposada y

tranquilamente, ganando terreno en la escuela, en la iglesia, en el establecimiento comercial y en el hogar doméstico: que las corrientes de la superficie social no dan idea cierta del rumbo que llevan las corrientes interiores, y así vemos que los pueblos pueden ser desgraciados en medio de las victorias más señaladas, y prósperos en medio de grandes derrotas.

“Si un historiador cual lo suponemos escribiese la historia de Inglaterra, ciertamente que no pasaría en silencio las batallas, sitios, negociaciones, revueltas y cambios ministeriales, sino que lo amenizaría todo con una muchedumbre de pormenores y detalles que lo llenarán de atractivo. En la catedral de Lincoln hay una magnífica vidriera de colores, que labró un aprendiz con los pedazos que desechaba su maestro, y es fama que resultó tan superior a las demás del templo, que se mató al verlo y oírlo decir el artista que no supo aprovecharlos. Así es la obra de Sir Walter Scott, el cual utilizó los fragmentos de verdades que despreciaron los historiadores, empleándolos de igual modo que el aprendiz de Lincoln empleó los fragmentos de vidrio arrojados por su maestro, logrando hacer un trabajo que, considerado bajo su aspecto histórico solamente, no cede a la mejor historia. Pero un grande historiador aprovechará los mismos materiales que supo utilizar el novelista, y dispondrá en buena luz, conforme al único método que permite reproducirlas exactamente, la historia del gobierno y la del pueblo, es decir, uniéndolas y mezclándolas como elementos inseparables, y por tal manera no tendríamos que ir a buscar la relación de las guerras y de las votaciones puritanas en Clarendon, y su fraseología en *Los puritanos de Escocia*, ni hallaríamos la mitad del rey Jacobo en Hume, y la otra mitad en *Las aventuras de Nigel*.

“Los tiempos primitivos de nuestra historia, en el libro que imaginamos, aparecerían embellecidos con los vivos colores propios de la poesía caballeresca, del romance y de las crónicas; como que nos veríamos rodeados de caballeros cual los de Froissart y de peregrinos cual aquéllos que marcharon a caballo con Chaucer, de la posada del Tabard; la sociedad nos aparecería en inmenso panorama desde la grandeza y esplendor del solio hasta la oculta y pobre guarida del proscrito y del bandolero, desde el trono del legado hasta el rincón de la chimenea donde beatamente se regala el fraile mendicante; y los devotos viajeros que vuelven de la Tierra Santa,

los trovadores, los cruzados, el imponente monasterio, tan abundoso en sólidos manjares y sabrosas viandas en el opulento refectorio; la solemne ceremonia de la misa en la capilla del convento-fortaleza, y la canturia de los monjes; el castillo del señort feudal con las cacerías a caballo, y los pajes y losalcones y los perros; el torneo con los heraldos y las damas, los clarines y el paño de oro, prestarían al cuadro animación y verdad. Por mil diversos modos nos haría comprender la importancia del burgués henchido de privilegios, y el carácter intransigente y desapacible del despreciado villano; no describiría sólo en pocas y grandilocuentes frases el renacimiento de las letras, sino que nos pondría en el caso de comprender, en vista de innumerables detalles, la fermentación de los espíritus y la sed insaciable de saber que caracterizó al siglo XVI y lo diferenció del anterior; nos mostraría en la Reforma, no sólo un cisma que cambió la constitución eclesiástica de Inglaterra y las relaciones mutuas de las potencias europeas, sino una guerra moral en el seno de todas las familias y que puso desde la primera hora, unos frente a otros, al padre contra el hijo y al hijo contra el padre, a la madre contra la hija y a la hija contra la madre; pintaría con el arte de Tácito a Enrique VIII; nos mostraría los cambios de su carácter desde su desordenada y pródiga juventud hasta su vejez despótica y feroz; indicándonos el progreso gradual de las pasiones egoístas y tiránicas en un corazón de suyo sensible y generoso hasta cierto punto; y de este modo podríamos ir descubriendo en él hasta el último instante de su vida, luchando con la inflexibilidad del déspota y con la irritabilidad del enfermo, algunos restos de aquel carácter noble y franco que lo hizo amable a los mismos que oprimió; veríamos después a Isabel con todas sus debilidades y todas sus energías, rodeada de favoritos jóvenes y hermosos de quienes nunca se fio, y de prudentes y ancianos hombres de Estado de quienes nunca quiso separarse, reuniendo en su persona los defectos y las cualidades más contradictorias de sus parientes: la coquetería, los caprichos y las pequeñeces de la reina Ana, y el temple de alma resuelto y altivo de Enrique; pudiendo afirmarse que un gran artista lograría ejecutar, proponiéndose hacer el retrato de mujer tan eminente, una obra tan maravillosa por lo menos como la que contienen las páginas de Kenilworth, sin trazar un solo rasgo que no estuviese plenamente probado con documentos auténticos; veríamos al propio tiempo cultivadas las

artes, acumuladas las riquezas, y la vida más cómoda y fácil cada día; veríamos los castillos en que habitaban los nobles, ocupados en hostilizarse unos a otros y en difundir alarmas y zozobras a su alrededor, transformados en granjas y alquerías; veríamos extenderse las ciudades, cultivarse los eriales, transformarse los caseríos de pescadores en puertos opulentos, mejorarse las condiciones de la vida del labriego, nacer, crecer, desarrollarse y arraigar profundamente en el seno del hogar doméstico las opiniones y deseos que produjeron, andando el tiempo, la gran lucha con los Estuardo; entonces trataría de la guerra civil, no con la prolija minuciosidad de Clarendon, sino con la concisa claridad de Tucídides, porque aquellos combates y escaramuzas son como jalones que sirven sólo para guiar la sucesión de los hechos; y a fin de que fuera el cuadro más exacto y notable, haría entrar en él los grandes rasgos característicos de la época: el leal entusiasmo de los caballeros, la licenciosa vida de los réprobos que, blasfemando, jugando a los dados y bebiendo, deshonoraban la causa del rey que defendían, las austeridades del domingo presbiteriano en la ciudad, las extravagancias de los predicadores independientes en los campamentos, el traje reglamentado, el rostro severo, los escrúpulos prolijos y las mojigaterías, el acento fingido, los nombres y la fraseología por todo extremo absurdos de los puritanos, el valor, el espíritu político, la devoción a la cosa pública que se ocultaban bajo disfraces tan ridículos, los delirios del loco que aguardaba la quinta monarquía y los ensueños no menos singulares del republicano filósofo”.

Las normas no suplen las disposiciones naturales; y si se enseñorean del historiador, se convierten en trabas que le impiden rendir todo su contenido cerebral.

Hay, sin embargo, sugerencias de la experiencia que conviene tener presentes. Algunas de ellas dicen relación con tendencias raciales chilenas, contra las cuales conviene reaccionar en la medida de lo posible; y otras, con escollos en donde han naufragado o de los cuales han salido muy mal tratados nuestros predecesores.

Nunca se llevará demasiado lejos la investigación, siempre que la presida el criterio del historidor y no el del erudito. La intuición histórica es batería que sólo se carga con las sugerencias que deposi-

tan en nuestra mente las huellas del pasado: las grandes facultades cerebrales digieren y asimilan mejor que las pobres el alimento; pero vedada como les está la fantasía, no pueden producirlo. Por otra parte, sólo la imagen robusta del pasado es metal que soporta el cuño de la forma.

Ya se ha visto que el criterio del investigador y el del historiador frente al documento difieren a fondo. El primero sólo cumple la fase preliminar o primaria en el proceso de la creación histórica: busca los materiales, los reúne, los ordena, los coteja y comprueba su exactitud material. Corresponde al historiador la ardua tarea de interrogarlos, de extraer de ellos el alma del pasado y de seleccionar, entre el farrago inmenso, el corto número de hombres, de hechos y de datos en que se encarnó. Al paso que el investigador acumula y ordena sin sentido histórico todo lo que encuentra, el historiador tiene que repudiar volúmenes enteros de legajos o limitarse a extraer de ellos una frase, una anécdota, una breve sugestión. La historia de la Colonia, por ejemplo, puede encerrarse en tres tomos de quinientas páginas. Pero esos tres tomos necesitan ser extraídos de los 30 volúmenes impresos y de los 185 manuscritos de la colección de documentos de Medina; de los 34 de la *Colección de historiadores de Chile* y de varios cientos de volúmenes de los archivos notariales, de la Real Audiencia, de las actas no publicadas del Cabildo y de los demás archivos nacionales.

El que carezca de intuición del pasado repasará inútilmente los documentos: cuanto más los medite tanto más borrosa y falsa será la imagen que se le dibuje. Mas, el que no alimente su intuición con un estudio hondo de las fuentes, se expone, a pesar de sus felices disposiciones, a formarse una imagen falsa y a incurrir, como le sucedía a Vicuña Mackenna, en errores de detalles que comprometen ante el vulgo el valor de toda la obra, y obligan al docto a revisar los datos antes de utilizarlos.

Aun cuando dispongamos de obras de primer orden en cuanto exposición de hechos, como la *Historia general de Chile* de Barros Arana, las crónicas de Errázuriz, la *Historia de la administración de Prieto* de Sotomayor Valdés, las historias militares de Bulnes, la historia del gobierno de don Manuel Montt de Edwards, el Balma-ceda de Salas Edwards, etc., sólo es posible trabajar con provecho sobre la documentación original.

La invención del historiador *ad narrandum* es un mito semejante al del fénix. Todo historiador interpreta el documento de acuerdo con sus disposiciones sentimentales y su estructura cerebral; basta la colocación para darle un significado tendencioso. En toda historia se está siempre delante de una interpretación ya realizada. Mientras más frialdad aparente el autor, tanto más peligroso es el paso del documento a través de sus lentes. Las afirmaciones rotundas y las declamaciones previenen e instan a revisar; su ausencia infunde confianza y deja el paso franco al error o al engaño.

Además, en el documento original hay un eco del pasado que se adentra en nosotros y nos intensifica la representación. Sentimos algo semejante a lo que nos ocurre en presencia de ruinas milenarias o de templos donde han orado muchas generaciones. En la mitad o más de los casos acabaremos tomando el mismo trozo del documento que reprodujeron nuestros predecesores, si su trabajo representa algún valor; pero su significado histórico rara vez será el mismo.

Debemos, también, recordar que en los investigadores-historiadores domina una tendencia invencible a repetir mecánicamente la interpretación recibida: aun en aquéllos que se manifiestan ávidos de novedades en el terreno de los hechos, el espíritu gregario prevalece sin contrapeso en su inteligencia. La repetición continuada durante siglos, convierte, como ya se vio, en verdades indiscutidas, creencias u opiniones ayunas de toda realidad histórica, meros reflejos de la visión subjetiva del primer historiador, acogidos sin examen por los que vinieron más tarde.

No debemos renunciar a una cita por el hecho de correr ya en obras clásicas. Es tan nuestra como de los que nos precedieron: ni el océano pertenece al que lo surca, ni el aire al que lo respira ni el documento al que lo cita. Las fuentes de la historia no son materia de invención: la originalidad del historiador radica en las imágenes del pasado que ellas le sugieren y en la forma en que las organiza y las presenta. Es una torpeza buscar la originalidad en el reemplazo de una cita gráfica por una nueva menos evocativa.

Empero, si siempre debemos interrogar las fuentes de la historia con absoluta abstracción de los que nos precedieron, si el ideal es ignorar las preguntas que ellos dirigieron y las respuestas que creyeron recibir, después de estrujar y agotar su contenido, es conveniente imponernos de las cosechas obtenidas en las vendimias precedentes.

Como ya se anticipó, es un control útil, que suele resolverse en fuente de sugerencias que alumbran aspectos enteros de la historia recibida. En este cotejo nos adentramos en la psicología del predecesor y nos adueñamos de sus muletillas y triquiñuelas; y, a veces, nos rendiremos a una visión más profunda que la nuestra.

Una escuela histórica moderna ha erigido en canon la no reproducción de los documentos, aun en citas cortas y oportunas. Ha nacido de una reacción contra el abuso de los investigadores que, escapándose de sus dominios, suelen internarse en los de la historia.

Nunca debemos citar el documento por el documento mismo, o sea por el interés que representa para el investigador. Esto sería llevar la investigación a la historia central o vertebral, donde nunca debe advertirse su presencia. En las historias especiales, dada su naturaleza, pueden citarse las fuentes en notas, sobre todo cuando se contradice abiertamente el concepto recibido. La reproducción misma del documento, como mero comprobante, debe relegarse, aun en estas historias, a la investigación.

En cambio, no se debe renunciar a las reproducciones más o menos breves de frases y escritos contemporáneos de los sucesos cuando reflejan un estado social, la fisonomía de un acontecimiento, las pasiones que animan a un bando, el estado de la opinión pública o el carácter de un hombre. Aunque seamos grandes artistas, jamás lograremos substituir con éxito la vida y el poder evocativo que encierran esos pasajes. Ocurrirá con frecuencia que el apasionamiento de algunos de los escritos que reproducimos, lleve el juicio del lector más allá de lo que deseamos. Abstengámonos de corregir o de mitigar el efecto en la forma que usó Barros Arana: es antiestético. Deslicemos con destreza otra cita igualmente violenta tomada de algún escrito del bando opuesto. Se producirá la interferencia, el lector quedará en el justo medio, y, además, habremos producido la representación de la intensidad pasional del momento con una eficacia que no habríamos alcanzado en páginas de reflexiones.

Barros Arana tuvo en alto grado la intuición justa de la cita; es un maestro de este arte escabroso. Si hubiera suprimido el comentario personal que, casi siempre, la precede, su obra habría ganado mucho en estética y en potencia evocativa. Debemos medir y pesar antes las citas; una vez incorporadas hay que dejarlas surtir su efecto sin envolturas que las velen ni rampas que atenúen sus repercusiones. Si

van demasiado lejos, ya sabemos cómo debe restablecerse el equilibrio.

Hay una tendencia del investigador a conceder asenso completo al documento oficial. Es la consecuencia del enclaustramiento y de su ignorancia de la vida real. El documento oficial, en la mayoría de los casos, no refleja fielmente los móviles y los propósitos de los hombres ni la realidad social y política. Quienquiera que haya gobernado, siquiera sea una subdelegación, sabe que el pensamiento íntimo y el móvil oculto queda, con frecuencia, al margen del documento oficial, por pudor, por discreción o por necesidad política. La carta privada será siempre más verídica que la comunicación destinada a la publicidad o a los archivos. La fisonomía de un período histórico cambia totalmente, según se la vea a través del documento oficial o de los datos privados. Hay períodos históricos en que el divorcio se acentúa mucho. Así, por ejemplo, la historia del período 1823-1830 es una si se escribe a la luz de la documentación oficial, y otra si se toman en cuenta la correspondencia privada y las demás fuentes históricas. El mensaje que el jefe accidental del Estado don Francisco Ramón Vicuña leyó en la sesión de apertura del Congreso, el 13 de septiembre de 1829, da la medida del valor histórico de esos documentos. En esta pieza, redactada por don José Joaquín de Mora, después de dejarse constancia del estado floreciente de las finanzas nacionales, se felicita a la nación por la profunda tranquilidad que reina en el país. "Los sucesos del mes de junio —dice— cerraron para siempre en Chile la carrera de los desórdenes...". "Nuestra patria goza de un reposo perfecto; el espíritu público rechaza con indignación cuanto puede turbarlo".

Si los predecesores de Sotomayor Valdés, antes de reproducir estos asertos, se hubieran tomado la molestia de confrontarlos con la realidad, se habrían encontrado con una situación económica y financiera a la cual ya nos habíamos aclimatado, pero que distaba mucho de ser buena. Y si hubieran extendido la investigación al aspecto político habrían comprobado que, en septiembre de 1829, el país estaba sobre un volcán. Los documentos privados, en vez de reflejar "un reposo perfecto", anuncian la inminencia de un trastorno cuyas proyecciones escapaban a toda previsión. De un lado un gobierno inconsciente y desconceptuado que, de torpeza en torpeza,

camina sin darse cuenta al abismo, y del otro, una coalición de todos los elementos que representaban en Chile algún valor social, político y moral; pero tan heterogénea que, si la lógica tuviera realidad histórica, habría debido conducir al país, después del triunfo, fatalmente, a la anarquía definitiva. A partir de Maipo, nunca vivió Chile un momento más incierto, ni se cernió sobre sus destinos un peligro mayor; y en los propios instantes en que el mensaje presidencial da por cerrada "para siempre en Chile la carrera de los desórdenes", no había de Coquimbo a Concepción persona con alguna sagacidad política que no presintiera la revolución que estalló 21 días más tarde y que iba a sepultar para siempre el régimen que el mensaje presidencial daba por definitivamente asentado.

En este caso la verdad está toda entera del lado de las fuentes privadas. Se trata de un caso excepcional. Ejecutivo y Congreso, cuando éste no estaba clausurado por la asonada o por el cuartelazo, dictaban leyes y gobernaban, dentro de sus salas, una realidad que se escapó enteramente a su tuición. Pero ocurre algo muy parecido, con cierta frecuencia, en la documentación más reciente, sin exceptuar la que proviene de hombres de primer rango y conocidamente veraces. Más de un historiador ha sido inducido a error en la relación del motín del 20 de abril de 1851 por la carta en que el ministro del interior, don Antonio Varas, informa de él al Intendente de Aconcagua.

La advertencia reza más con la investigación que con la historia; pero dadas las circunstancias de que nuestra investigación siempre ha visto la realidad social a través del documento y de que la totalidad de nuestros historiadores, en grado mayor o menor, han caído en el mismo error, hemos juzgado que merecía párrafo aparte. El que históricamente a través del documento oficial, sin confrontarlo con la realidad viva, siempre hará una historia falsa.

Hemos llegado a la mayor de las dificultades con que tropieza la historiografía. El estudio de las fuentes ha depositado en el historiador una imagen viva y fiel del pasado; mas, ¿cómo transmitirla a los lectores?

El número de los que han tropezado en esta última valla es incalculable. Tal vez no sea exagerado decir que, de cada centenar, ha logrado salvarla uno entre los que han tenido fuerzas para llegar

hasta ella; y que nadie ha logrado, todavía, saltarla con perfección. Cuando el fracaso deriva de insuficiencia artística, sólo cabe lamentarlo. Pero, recorriendo las características mentales de la turbamulta de los fracasados, se perciben algunos extravíos que, tal vez, la advertencia puede corregir.

El más lamentable, porque malogra el esfuerzo de cerebros superiores, es la simbolización conceptual. Los grandes pensadores tienden a representarse la historia por conceptos abstractos, que les evocan vivo el contenido entero del pasado; y no se dan cuenta de que es una evocación subjetiva. Olvidan que esta forma de simbolización es un reflejo de su propia superioridad cerebral, y que el nexo entre el concepto y el hecho o grupo de hechos que simboliza, queda encerrado en su propio cerebro. "Los lógicos —dice Macaulay— pueden raciocinar sobre abstracciones, pero la masa de los hombres necesita de imágenes". El esquema ideológico por hondo que sea, no pasa de ser en la historia una momia sin contenido vivo. Es inútil que enfoque la realidad en todos sus aspectos: las fotografías no encienden la vida, aunque se las tome desde distintos lados. Es tiempo perdido el que se emplea en añadirle datos y cifras; se ha dicho que la vida no renace sobre lo que se embalsama.

La historia suele perecer, también, por el lado opuesto. La curiosidad por los hechos acaba por engendrar, aun en los espíritus superiores, el amor al hecho por el hecho mismo. No nos resignamos a perder las nueve décimas partes de lo que sabemos; no nos decidimos a eliminar de la historia central, para que otros lo recojan en las historias especiales, el 99 por ciento de lo que, a costa de tantos esfuerzos, hemos logrado reunir. ¡Leer durante treinta años millares de documentos para extraer un corto número de sugerencias y de hechos! ¡Callar las montañas de pequeñas reflexiones que se han ido acumulando a lo largo de la investigación! ¡Pasar por superficial y ligero a los ojos del investigador, cuando dominamos más que él la documentación de nuestro tema! El que aspire a escribir una historia central tiene que vencer valerosamente todas estas rebeldías, so pena de caer en el matorral y presentar al lector una mancha verde en vez de la selva del pasado.

Como ya se dijo, el pasado sólo puede representarse en un corto número de hombres, de sucesos y de hechos en los cuales él mismo se encarnó. Toda gran idea-fuerza emana de la sangre de la raza; pero,

para su realización, se encarna siempre en un hombre; a través de un ejemplo vivo, nos llegan, también, las chispas despedidas por otras sangres, que suelen encender el contenido de la nuestra. Algunos sucesos encarnan las ideas o los sentimientos de una época; otros reflejan las costumbres; otros los cambios. Sólo cogiendo intactos estos símbolos objetivos y combinándolos en forma que reflejen fielmente el alma y el cuerpo del período que se historia y sus continuos cambios, podemos transmitir su imagen a los demás. El símbolo artificial jamás puede substituir al símbolo espontáneo; siempre tiene algo de personal; el lector intuitivo lo comprende, pero la gran masa permanece sorda. Además, una simbolización artificial prolongada, al estilo de la de Carlyle, cansa y marea.

Nuestra posición frente a los símbolos espontáneos, es, hasta cierto punto, pasiva: sentirlos, adivinarlos, percibirlos; no podemos crearlos ni modificarlos.

La primera norma de la simbolización es el despejo del matorral. Percibidos claramente los hombres y los sucesos que representan el pasado, necesitamos destacarlos mediante la siega de lo insignificante y la colocación; pero sin olvidar que no valen por sí mismos, sino por lo que representan; que son símbolos de la realidad de que hacen parte y que es esa realidad íntegra, y no los elementos que la componen, lo que aspiramos a representar al lector.

La simbolización no sólo fracasa por pobreza, sino, también, por exuberancia, como le ocurría, con excesiva frecuencia, a Vicuña Mackenna. Léase su descripción de la batalla de Miraflores. Ni el táctico más experto ni el psicólogo más agudo lograrán formarse, a través del texto histórico, concepto fiel de la batalla; y, sin embargo, el que lo lea con conocimiento previo del campo, de los ejércitos y del desarrollo del combate, advertirá que nada falta en él: se trata de un simple exceso de simbolización, de un matorral espeso que aprisiona al lector y le impide percibir las grandes líneas de la selva de los sucesos.

Los momentos históricos difieren entre sí no sólo por la distinta intensidad que la vida alcanza en ellos y por los cambios materiales y morales, sino por el predominio, fugaz o duradero, de ciertos aspectos del devenir histórico. El primer paso de la simbolización objetiva debe ser colocar estos aspectos en el lugar preponderante que tuvieron en su momento. A veces —no siempre— estos predo-

minios persisten y forman la espina dorsal de un período. Así sucede con la sugestión político-religiosa que arranca de Portales e informa el suceder entre 1837 a 1891. Otras veces son sugestiones fugaces que se desvanecen con la realización, como las que presidieron la génesis de la revolución de 1891. Al destacarlas, hay que conservarles su carácter. Nunca debe emplearse otro procedimiento que posponer lo que tuvo menos trascendencia, asignándole el lugar que le corresponde en el devenir histórico, sin otro norte ni patrón que el propio devenir.

Hay, en seguida, hombres, hechos y aun datos que tienen un poder evocativo desproporcionado con su importancia racional. Proyectan a torrentes la luz en regiones distantes y aparentemente inconexas con ellos. Es que la vida los escogió para encarnarse. Esta simbolización vital o espontánea, singularmente intensa, que ha resistido el polvo de los archivos y perdurado vivaz en el recuerdo de las generaciones, es de tan buena ley como la corriente. El historiador encuentra en ella un recurso precioso; sólo debe cuidar de que no se coma a la historia. Es el caso de la Quintrala, del corregidor Zañartu, de Manuel Rodríguez, etc. El que pretenda excluir el recurso a pretexto de seriedad, hará mejor en recluirse en el sótano de un archivo, en vez de escribir historia¹.

En la simbolización objetiva, o sea en la representación del pasado por ciertos hombres o sucesos, carne de su carne y sangre de su sangre, el historiador no debe perder por un momento la conciencia

¹Tratándose de pueblos modernos, la simbolización espontánea nunca pecará por exceso. Mas, no ocurre lo mismo en la historia de Grecia, de Roma y de otros pueblos antiguos. La simbolización mítica es tan vigorosa en los períodos primitivos de su historia que materialmente ahoga a los resultados de la investigación: los pobres jirones de verdades conjeturales que logramos reconstituir quedan, en la historia, como la hierba gris y achaparrada recubierta por una lujuriosa vegetación tropical. En estos casos excepcionales, no hay otra salida que la tradicional: conservar la simbolización espontánea e intercalar en ella la verdad con destreza. Si invertimos los papeles, si reducimos en el texto, siguiendo a Mommsen, la simbolización mítica a mera fuente de presunciones, el docto se sentirá en terreno agradable; pero el grueso de los lectores se formará un concepto vago y borroso de la historia de Roma. Una de las tentativas modernas más felices que se han realizado para dominar esta dificultad—dentro de la modestia de un texto de enseñanza— es *La historia de Roma antigua* del profesor chileno don Julio Montebruno. Réstanos sólo decir que hemos substituído el término confuso de "idealización", por el de simbolización vital o espontánea.

de que la historia, como toda obra de arte, es vida. En la simbolización todo debe entrar vivo. Es menester coger hombres, sucesos, ideas, sentimientos, pasiones, costumbres "con red, como el entomólogo la mariposa". Si desarticulamos para analizar y comprender mejor, estamos perdidos. La experiencia de *Portales*, libro en el cual ensayamos ambos procedimientos, fue concluyente. Lo cogido y dado intacto entró mucho más en el lector que lo desmenuzado. No hay análisis que reemplace a la sugestión impalpable de lo vivo. Si al final de cada siglo hacemos un cuadro o balance de los progresos realizados y un esbozo de las ideas y de las costumbres, separándolas del momento y del lugar en que las encontramos, caeremos, fatalmente, en el inventario de escribano. Si la necesidad nos fuerza a hacer un balance inicial, como punto de partida, sirvámonos de algunos hombres y hechos concretos que den una idea, aunque sea incompleta, del momento.

La vida ideal, los sentimientos religiosos, los intereses, las costumbres, el crecimiento y todo lo que no tiene existencia corpórea, debe destacarse en forma que dance delante del lector, y, de cuando en cuando, lo coja por los cabellos o lo sacuda de un brazo, mediante una enérgica simbolización objetiva. No debemos desperdiciar nada pintoresco, nada evocativo; mas debemos cuidar en todo instante que el criado no se convierta en amo: lo pintoresco por lo pintoresco mata la historia por el costado opuesto de lo tedioso.

Dentro de estas normas impuestas por la índole especial del género histórico, nuestra imaginación y nuestras facultades artísticas tienen campo muy amplio. Podemos ir tan lejos como nos permitan nuestras alas. Será siempre más honroso caer con ellas destrozadas que sumarse a la columna de hormigas que recorren con su carga el sendero trillado. Si sentimos dentro de nosotros la necesidad gregaria de imitar a otros, será preferible que busquemos en la investigación o en géneros históricos más modestos, válvula a nuestra vocación. En la historia central no hay lugar para los medianos; en ella sólo cabe triunfar o fracasar estruendosamente.

Después de terminado el trabajo, hay que alejarse de él algunos meses; y, ya recobrada la sensibilidad de las antenas, podremos juzgar si hemos logrado o no reproducir fielmente la imagen que nos depositó el estudio del pasado. Es cuanto podemos hacer. La formación misma de la imagen estaba dada, en gran parte, por la sensibili-

dad mayor o menor de nuestra psiquis, por su flexibilidad para reducirse a simple antena y por su conformación psicológica. La transmisión a los demás depende, también, de aptitudes recibidas que están fuera de nuestro alcance: el lector es la única piedra de toque de nuestras facultades artísticas.

Uno de los prejuicios más arraigados en nuestro ambiente histórico es el convencimiento de que la pobreza de ideas y la flojedad, la pesadez y la monotonía en la forma son prendas de criterio sesudo y de hondo saber histórico. Por correlación, el vigor de la idea y la fuerza, la limpieza y la gracia en la forma, son síntomas inequívocos de superficialidad, de poco juicio y de ligereza histórica.

Juzgando a Sotomayor Valdés, dice un historiador de nuestra literatura que "no se hallaba dotado de un verdadero espíritu investigador" y que "nunca se enfrascó en el estudio de los archivos, ni gastó su vista descifrando los amarillentos legajos de otro tiempo". El autor de la historia de la administración Prieto, fue ante todo historiador, y en el documento siempre vio sólo un dato que utilizar. Pero todos los que hemos tenido algún contacto con las fuentes de la historia chilena, sabemos que los períodos mejor investigados son los primeros años que siguen a la llegada de Pedro de Valdivia, la Independencia y la administración Prieto, estudiados, respectivamente, por el señor Errázuriz, por Barros Arana y por Sotomayor Valdés. Limitándose al último, la minuciosidad de su investigación constituye precisamente el defecto capital de su obra. Distrae al lector con la necesidad inconsciente de vaciar el exceso de datos acumulados. Su prolijidad, sencillamente, no ha sido superada en Chile. Como se sabe, Sotomayor Valdés, lo mismo que Medina, Amunátegui y el grueso de los historiadores e investigadores chilenos, no tuvo la genial intuición de la verdad material de los hechos que Barros Arana; y esta circunstancia le obligaba a revisar todo y a gastar en cada expediente una extrema minuciosidad. Hemos revisado su investigación, disponiendo de la clave de sus señales, que él mismo nos dio, y afirmamos un hecho que nos consta personalmente. Por lo que respecta a los resultados, baste decir que Barros Arana apenas logró rectificarle una docena de detalles sin valor histórico, casi en su totalidad reproducidos de Vicuña Mackenna, y sólo tres como consecuencia de la aparición de nuevos documentos. Para

redactar *Portales* dispusimos incondicionalmente de todo cuanto sabían Barros Arana y Sotomayor Valdés; y por el lado del general Zenteno y del comandante Romero, utilizamos fuentes que ellos no habían explotado. Más tarde, revisamos un material que casi dobla el que Sotomayor Valdés conoció, aparecido durante los treinta años últimos; y, si bien tuvimos que rehacer desde los cimientos la interpretación, quedaron intactas las líneas generales y el grueso de los hechos. Dudamos mucho que, fuera de Barros Arana, otro historiador chileno resista con igual fortuna una revisión de esta índole.

El insólito juicio que acabamos de transcribir viene, sin embargo, de un intelectual ya maduro y muy pacato, que inconscientemente paga tributo al prejuicio chileno, que no concibe que pueda tener fondo y reflejar una investigación seria una historia amena, ni que puede ser superficial una historia pesada, y no tiene otra base que el hecho de tener el autor un estilo elegante.

Al amparo de este prejuicio, han alcanzado alta autoridad histórica escritores estimables por sus prendas personales, pero destituidos de todas las dotes que exige el cultivo de la historia, incapaces de comprender su devenir, ni de penetrar la psicología real de los actores ni de ver nada más allá de la apariencia vulgar de los sucesos.

Muchos escritores regularmente dotados podan todo lo que da animación y viveza al relato, a fin de complacer al concepto tradicional y alcanzar fama de doctos y de profundos. Sacrifican al deseo de parecer graves el interés y todo lo que permite transmitir al lector la imagen viva y coloreada del pasado.

Esta aberración fue la resultante de la confusión mundial de los oficios de investigador y de historiador, anexa al antiguo concepto de la historia y casi ineludible en los pequeños ambientes intelectuales. Entre nosotros, responde, también, al transporte, a la historia del ideal político chileno del hombre equilibrado incapaz de error ni de acierto, tan caro al alma castellano-vasca, y a una confusión muy explicable. Se ha creído divisar en la sequedad intelectual de Barros Arana la verdadera fuente de su genio como investigador, y la ignorancia psicológica, velando el prejuicio, lo ha prolongado hasta nuestros días.

El investigador está exento de las exigencias artísticas de la historia. Su oficio es acumular materiales y no elaborarlos; la historia necesita su cosecha y no sus facultades artísticas. Basta con que sea

minucioso, honrado y sagaz en la apreciación material de los documentos. Pero sólo puede transportar este mismo concepto a la historia y erigirlo en virtud, el que jamás lo haya pensado o el que no tenga el suficiente poder mental para representarse sus consecuencias.

Contra lo que pretende el viejo prejuicio, la fuerza de la forma en la historia, psicológicamente, refleja profundidad de espíritu. Sólo el que tiene poder cerebral para llegar al fondo íntimo de los hombres, de las ideas, de los sentimientos y de los sucesos, se los puede representar intensamente. La representación en el que sólo percibe las apariencias de la historia, a través de los destellos fugaces de una luz vacilante, es vaga e inconsistente. La forma raquítica, psicológicamente, refleja la endebles mental, la incapacidad para percibir la realidad histórica y pensarla por sí mismo. Es una manifestación inequívoca de pensamiento reflejo. Lo que no percibimos con nuestros ojos y lo que no pensamos con nuestro cerebro toma una forma vaga, anodina, gris y humilde, como si quisiera hacerse perdonar su origen vergonzante. Hay pensadores destituidos de la gracia de la forma: basta recordar a Rousseau y a Comte. Pero no hay cerebro poderoso que no se refleje en la fuerza de la expresión, que en último término se confunde con la fuerza de la idea.

No se concibe que escritores de valer paguen tributo al prejuicio de confundir la animación y el interés del relato con la superficialidad. La historia encierra un interés humano más hondo que el drama, que la poesía y que la novela. No hay período alguno de ella que no pueda ser referido, dentro de la veracidad más rigurosa, con un interés y una gracia que obliguen al lector a no cerrar el libro una vez abierto. Lo que hay es una turbamulta de personas con vocación literaria y sin aptitudes para cultivar género alguno con mediano éxito, las cuales, repudiadas por todas las demás formas, han buscado refugio en la historia al amparo de su anquilosis: las plagas buscan siempre al árbol raquítico y huyen del robusto y lozano. Incapaces de comprender otra cosa que la cáscara de la historia y sin temperamento artístico, su obra tiene que resultar, sencillamente, lamentable. Es una desgracia para ellos y para la historia su fatal determinación. Pero ya no es lamentable, sino necio, que hombres de talento sacrifiquen sus dotes en aras de la grita, ya enmohecida, que intentó sepultar a Macaulay y a Mommsen.

Dejando aparte el talento, ni la pesadez ni la incorrección son prendas de saber ni de buen juicio. La mayor parte de los historiadores pesados son de una ignorancia supina; su saber se encierra en el contenido material del documento; y, casi siempre, tienen el criterio en los talones. El hecho sólo de abrazar una profesión para la cual no nacieron, revela un juicio muy dudoso. Su defensa es no emitir jamás una opinión propia; su fuerza, la del Pacheco de Eça de Queiroz.

La corrección de la forma tampoco es prenda de saber ni de buen juicio. Bello y Menéndez y Pelayo sabían y tenían buen juicio; Maupassant no sabía mucho y no tenía muy buen juicio práctico, si hemos de juzgar por su vida; pero crear una oposición entre el estilo, por un lado, y el saber y el juicio por el otro, es sencillamente necio.

Igual cosa ocurre con la espiritualidad y la gracia. No nos garantiza el vigor del pensamiento; pero tampoco lo estorba. Los pensamientos más hondos de Pascal, de Spinoza, de Leibniz, de Goethe y aun de Kant, coinciden, casi siempre, con la máxima limpieza y gracia en la expresión. Si no reparamos en ellas es porque la idea acapara nuestra atención.

Otro prejuicio no menos arraigado es el del estilo histórico. Todo estilo que se aparte del de Barros Arana es impropio en la historia.

La materia tiende, necesariamente, a imprimir su índole en el estilo. Se entabla un duelo entre sus exigencias y el genio del artista. Ningún escritor inteligente escribe un artículo de diario, una novela o una historia sin acomodar el estilo al tema, en la medida que se lo permite su flexibilidad. En este sentido hay un estilo histórico.

Pero es un error preconizar un estilo determinado. El estilo es algo personalísimo e inalienable; es un reflejo o tono de la estructura cerebral, o sea de la personalidad del escritor en su más honda acepción; no es susceptible de ser imitado; y el que imite, quedará inferior a sí mismo. En la lucha entre el tema y la estructura mental del escritor, la resultante será siempre la solución más feliz... para ese escritor.

La forma sencilla y natural no es defecto en la historia ni en ningún género literario: destaca con más relieve el vigor de las ideas en los cerebros poderosos y evita la sensación del ridículo que la ampulosidad y la grandilocuencia producen en los débiles. En una historia de Chile en dieciocho grandes volúmenes, dedicados a narrar

sólo el aspecto externo de los acontecimientos, la sencillez se impone no sólo por la índole del tema, sino por su extensión. Pero cada cual debe buscar su propia sencillez, sin tomar para nada en cuenta la ajena. El estilo de Macaulay, el de Bello y aun el de don Crescente Errázuriz, transportados a la *Historia general de Chile*, harían sencillamente insoportable su lectura. Los dos primeros requieren estar espaldeados por una envergadura mental que no estaba en Barros Arana, y el último cansaría con su mismo trabajo y corrección. Hay en el estilo de Barros Arana una campechanería seria y simpática que cuadra con su extrema pobreza ideológica y su vulgaridad cerebral. Lo tocó con su gracia la naturalidad. Mas todo el que intente imitarlo caerá en lo inconsistente, fofo y tedioso. Son numerosas las víctimas de este error.

Lo mismo ocurre con toda imitación; y mientras más poderoso y más personal es el temperamento del escritor imitado, más desastrosa resulta su imitación. La forma suprema de Maupassant deriva de su estructura cerebral y no de su arte de construir frases. Compárese la con las de Renan, de Macaulay, de Taine y de los Goncourt; truéquense los temas y los estilos; y si el lector tiene alguna imaginación, comprenderá objetivamente lo que, tal vez, nuestras reflexiones no han logrado destacar delante de sus ojos: toda la necedad que encierra la imitación de un estilo dado, y el suicidio artístico del joven que tiene la debilidad de caer en ella.

Si la visión del pasado surge en forma clara y vigorosa, no debe quitársele fuerza: lo que se gana en exquisitez estética se pierde en potencia de representación, y, al fin, la historia no es una obra de mero solaz intelectual. Si la fuerza viene del vigor del pensamiento, mientras no caiga en lo bizarro, no se peca ni venial dejándola tal cual germinó en nuestra mente. Sólo el que desfigura los personajes y los sucesos, al compás de sus pasiones, tiene necesidad de envolverlos en una atmósfera neblinosa que le ayude a disimular el truco. La orgía de luz a la larga fatiga la vista; se dijo de Teófilo Gauthier que era menester leerlo con anteojos ahumados: pero en el relato histórico la materia misma se encarga de interpolar, a cada momento, la pantalla que la suaviza. En este género literario, el peligro está más del lado de la sombra que del de la luz.

La seriedad histórica no está reñida con la nota fuerte y aun cruda, si es necesaria para producir la representación justa de la intensidad de las pasiones en un momento dado. En cambio, hay algo de morboso en complacerse en recoger aberraciones aisladas que no caracterizan a una época ni a un momento histórico.

Debe recordarse que la conformación cerebral española percibe con dificultad lo lapidario, a pesar de los ejemplos aislados que presenta su literatura. Los cerebros fuertes tienen el poder de condensar en una frase aspectos enteros de un momento histórico. No están de más como síntesis; pero, si antes los mismos fenómenos no se han representado en una forma concreta, cálida y plástica, el lector español o hispanoamericano quedará tan en ayunas como el lector universal queda delante de la simbolización conceptual.

A pesar de la simbolización, quedarán numerosos sucesos y hombres en el claroscuro: son demasiado rebeldes a la representación plástica o demasiado extraños a la psicología corriente para que el lector pueda percibirlos. Así sucede con Carrera y con Portales. No hay más remedio que recurrir al análisis psicológico. Mostremos su contenido sin aspavientos morales ni atenuaciones mojigatas, y sin olvidar que es un recurso extremo y no un ideal. Debe rehuirse el análisis por el análisis.

Generalmente, el lector ve menos que nosotros y necesitamos subrayarle los procesos espirituales y los cambios en el desarrollo histórico. El ideal sería que los infiriera por sí mismo. Mas, ya que esto no es posible, procuremos englobar nuestras sugerencias en los mismos hechos de que fluyen. Con este procedimiento colocamos al lector en situación de rectificarnos, si nos hemos equivocado, y la abstracción conservará una vida que perdería desde el momento en que la aisláramos de los elementos vitales en que estuvo contenida².

Suele ocurrir en los pueblos jóvenes que su mentalidad, aún verde, simplista y cargada en exceso de sentimientos, forja un con-

²Al publicar *Portales*, nuestra primera idea fue estimular a otros a escribir la historia de la República, a fin de poder emplear en la de la Colonia, que, a nuestro juicio, lo necesita más, el tiempo de que racionalmente calculamos disponer. Con el fin de ayudarlos, aislamos de los hechos una serie de fenómenos y de procesos espirituales. La vida que palpitaba en ellos mientras estuvieron en el regazo de los hechos y de los hombres, pereció junto con arrancarlos. Este fenómeno, como se recordará, fue la tumba de los historiadores filósofos.

cepto enteramente falso de su pasado, que la repetición impone a la creencia colectiva. Así sucede en la América española con los conceptos sobre la formación de la raza, sobre el régimen colonial y sobre la revolución de la independencia. Así sucede, también, en Chile con la sugestión creadora que encendió el genio de Portales y que, activa o pasivamente, informó el devenir histórico desde 1830 hasta 1920.

Si el historiador se limita a reconstituir la realidad, la adhesión colectiva al antiguo concepto impide al lector asimilarse el nuevo. Unos pocos lo rechazan sin entenderlo, y los más ni siquiera lo advierten.

Si, por el contrario, el autor discute dentro de la historia el falso concepto recibido y procura destacar su punto de vista, mata estética y estructuralmente la obra. La atención del lector se desvía de la imagen del pasado y se concentra en la novedad; la historia deriva hacia la polémica. Los que se rinden al nuevo punto de vista, lo convierten en eje de la historia; y los que lo repudian, engloban en el rechazo la totalidad del contenido de la obra.

En estos casos no queda otro recurso que sacar de la historia el nuevo punto de vista y destacarlo, con amplia libertad, en una obra especial. Si corresponde a la realidad y el grado de desarrollo psíquico y las inclinaciones sentimentales del momento pueden acogerlo, la picota del sarcasmo logrará derrumbar el viejo concepto y el nuevo se impondrá. Sólo entonces debe transportarse a la historia, sin reminiscencias polémicas de ninguna especie. Debe entrar, naturalmente, como una parte integrante del devenir; y la misma norma de conducta debemos observar frente a los numerosos cambios lejanos que son el corolario obligado del nuevo punto de vista. Aceptado éste, el lector no necesita que se le subrayen las consecuencias; si hemos cogido a fondo el nexo vital de los acontecimientos, las inferirá por sí solo.

Muchas obras históricas contienen una enumeración de las fuentes, en forma de citas al pie de las páginas, o de nóminas colocadas al principio o al final de la obra o de los capítulos en que se divide. Figuran en ellas los libros y documentos que el autor utilizó; los que sólo revisó a la ligera, guiándose por los índices; y, con sobrada frecuencia, un crecido número de fuentes que sólo conoce de nombre, a través de sus predecesores.

Esta práctica fue un complemento necesario dentro del antiguo concepto de la historia general. Su objeto fundamental era esclarecer, dentro de sus páginas, la verdad material de los hechos, discutiéndola con los investigadores que nos precedieron y colocándola en condiciones de defenderse de los que vengan en el futuro; y para alcanzarlo era menester indicar el origen de cada dato y el documento del cual se tomó, inclusive el archivo donde se custodia. Se perseguía, también, dentro del antiguo concepto, el propósito de hacer de la historia una enciclopedia, en la cual el lector pudiera encontrar todos los datos imaginables sobre el pasado; y siendo la vida moderna demasiado compleja y caudalosa para que puedan caber en una historia general, aunque tome la extensión absurda que le dieron Barros Arana y Sotomayor Valdés, había necesidad de remitir al lector a los documentos donde pudiera encontrar por sí mismo el dato que la historia dejó afuera.

Posteriormente, se hizo servir la misma práctica a un fin bastardo. El deseo de impresionar al lector con un alarde de erudición, impulsó a muchos jóvenes y a algunos escritores que ya no lo eran, a transformar las sencillas indicaciones del origen de una cita o de un dato nuevo en un órgano semejante, por su incongruencia y por su finalidad, a las alas de la Manta Sagrada. Creen, ingenuamente, suplir el saber y el talento con una aparatosa exhibición de autores y de textos.

Dentro del nuevo concepto de la historia, las imponentes nóminas de fuentes son una simple pedantería. La historia exige una investigación ya agotada hasta donde es posible; sin ella no puede siquiera intentarse: pero la exige en calidad de leña que el historiador quema en la formación de la imagen del pasado. Las polémicas que suscite y las adiciones y cambios que sean su consecuencia, son ropa sucia que la investigación debe lavar en casa y no en la historia.

En cuanto a los datos que el lector pueda necesitar, no debe pedirlos a la historia central. Su fin, como se ha repetido tanto, es alcanzar la imagen fiel del pasado y simbolizarla en un corto número de hechos, de hombres y de datos. Los datos, las fechas, las cifras, los hechos y los hombres, por ellos mismos, deben buscarse en las historias especiales, donde deberán exponerse, como en la investigación, con las indicaciones de las fuentes.

Cuando el historiador logra coger la imagen del pasado, instintivamente procura apartar de ella todo lo que la vela. Pero cuando fracasa se ase, lo mismo que el náufrago, a la primera tabla que encuentra a mano. Una ilusión muy natural ha convertido en salvavidas una de estas tablas: la esperanza de que el lector perciba por sí mismo la imagen que el historiador no pudo aprehender o transmitir por defecto de sensibilidad psicológica o insuficiencia artística. No se resuelve a abandonar la partida; y la esperanza, última diosa, lo impulsa a entregar al lector los materiales para que se forme por sí mismo la representación, o indicarle las fuentes en que debe beber para alcanzarla. Es una simple ilusión. Cuando el estudio de las fuentes no destaca en nosotros una imagen vigorosa y fiel del pasado, la creación está abortada: ningún esfuerzo ni ningún expediente logrará infundirle vida. La esperanza de que el lector supla nuestro fracaso es una ingenuidad psicológica.

LA RAZA EN LA HISTORIA

A Hernán Díaz Arístegui

ANEXO

El espíritu del hombre es tan débil por naturaleza, que el acercarse a los dogmas sin primer impulso es simplificarlos, lo que casi siempre equivale a trivializarlos y empobrecerlos, despojando los de todo lo que excede a su limitación racional, y sólo cuando se liberan del dogmatismo para ser libre desde los niveles superiores, los dogmas se vuelven porque se han tornado fáciles.

Gottfried

EL DILEMA EN NUESTRA CULTURA. REALIDAD Y MISTERIO EN LA CONCIENCIA. NECESIDAD DE DIVERSIFICAR EL PROBLEMA. DIVERSIFICACIÓN ÉTNICA—CASO FACTOR DE LA HISTORIA. DIVERSIFICACIÓN EN LA RAZA EN EL COMPLEJISMO Y LOS FACTORES CONJUNTOS EN LA DIVERSIFICACIÓN ÉTNICA EN EL NIVEL DE LAS CONCIENCIAS. DIVERSIFICACIÓN Y SU ACTUAL SUPERVIVENCIA E INCORPORACIÓN DE LAS CONCIENCIAS.

En estos días, cuando los jóvenes como el autor de este libro ven de la antropología más o menos caídas y el saber biológico más o menos no más de los actuales, no sólo por más de la cultura, sino más que en Berlín, Roma, Londres o París. Entonces es una ignorancia de nuestros intelectuales superiores más o menos en una banda, más o menos derivado de estos ambientes, y no en una cultura pasada por ellos.

Los resultados de la investigación en el campo de la epistemología y la filosofía. Es frecuente ver a los jóvenes que buscan el más alto

LA RAZA EN LA HISTORIA

A Hernán Díaz Arrieta

“El espíritu del hombre es tan débil por naturaleza, que, al aproximarse a las ciencias, su primer impulso es simplificarlas, lo que casi siempre equivale a mutilarlas y empequeñecerlas, despojándolas de todo lo que excede a su limitación mental, y sólo cuando ha logrado desfigurarlas para las miradas de los cerebros superiores, las encuentra bellas, porque se han tornado fáciles”

Gobineau

UNA LAGUNA EN NUESTRA CULTURA. REALIDAD Y MISTICISMO. GOBINEAU. LA ESCUELA ANTROPOSOCIOLÓGICA. NECESIDAD DE DIVIDIR EL PROBLEMA. LA COMPOSICIÓN ÉTNICA COMO FACTOR DE LA HISTORIA. IMPORTANCIA RELATIVA DE LA RAZA EN EL COMPLEJO DE LOS FACTORES SOCIOLÓGICOS. LA INFLUENCIA DE LA COMPOSICIÓN ÉTNICA EN EL RITMO DE LAS CIVILIZACIONES. EL PUNTO DE VISTA ACTUAL. SUPERIORIDAD E INFERIORIDAD DE LAS RAZAS HUMANAS.

En medios intelectuales jóvenes, como el nuestro, donde las diversas ramas de la antropología aún no tienen cátedra y el saber biológico y psicológico no pasa de los manuales, no sería justo medir la cultura con la misma vara que en Berlín, Roma, Londres o París. Tampoco es un mal la ignorancia. Si nuestros intelectuales supieran más y pensarán más hondo, rebasarían demasiado nuestro ambiente y su influencia cultural pasaría por alto.

No censuramos ni lamentamos, pues, el hecho; lo apuntamos sencillamente. Es frecuente oír a escritores que ocupan el más alto

puesto en nuestro medio intelectual y a jóvenes que presumen de doctos, discurrir sobre la raza, como factor de la historia, con una ignorancia que supera a todo lo imaginable. Confunden problemas muy diversos; desbarran al plantearlos; discuten lo que nadie ha discutido; y afirman donde la duda se impone. Lo poco que han oído o leído de tercera mano, ha dado bote en sus cerebros. Sin embargo, la mayoría de ellos son cuerdos, no carecen de talento y su cultura general parece suficiente para darse cuenta, a lo menos, de lo que se trata. El caso interesa desde el punto de vista psicológico. Se cree advertir cierta intolerancia entre el grado de desarrollo mental hispanoamericano y el problema de la raza como factor de la historia. Basta plantearlo, para que el cuerdo pierda el buen sentido, el inteligente, la lucidez y el ilustrado, la cultura. Un agudo psicólogo francés le da una explicación muy sencilla, que un distinguido crítico chileno renovó hace poco tiempo: "¿No será —dice— que se habla de la soga en casa del ahorcado?"

El problema, correctamente planteado, es sencillo: los datos son accesibles a la observación más burda; y sus aspectos prácticos, los únicos que interesan a la historia, no rebasan los límites de la inteligencia corriente. ¿De dónde emana, entonces, el *hachich* que nubla la inteligencia y torna insensato al cuerdo e ignorante al culto? Tal vez la respuesta la dé el párrafo siguiente.

La creencia en la desigualdad de los hombres y de las razas ha presidido la evolución de todas las civilizaciones. Es un hecho que el pensamiento pagano tuvo la cordura de no discutir ni alambicar.

El nuevo concepto comienza, para nosotros, con el cristianismo. Al afirmar que todos los hombres son hermanos, produjo el dualismo entre el concepto moral y la realidad vital encarnada en el instinto, entre el ansia mística del alma y la sangre. No es posible encerrar en unas cuantas líneas las vicisitudes de la dualidad a través de los tiempos. Contentémonos con anotar el hecho de que se produjo una acomodación. Instintivamente, la desigualdad siguió gobernando la conducta práctica, pero, intelectualmente, se discurría como si ella no existiera. Algunas reminiscencias personales la pondrán en evidencia.

Un distinguido intelectual abogaba acaloradamente por la igualdad de las razas humanas, y, habiendo advertido en su psicología

ciertos rasgos israelitas, tuvimos el candor de preguntarle si contaba algún judío entre sus antepasados. Han corrido treinta años y aún no nos perdona la ofensa. El que suponga un rasguño de sangre negra en un apóstol exaltado de la igualdad racial, puede descontar que, en nueve casos sobre diez, caerá sobre su cabeza una lluvia de palos.

En otra ocasión tuvimos oportunidad de oír una acalorada defensa del postulado de la igualdad mental de las distintas razas humanas a un inteligente profesor de nuestra Escuela de Medicina. Le dejamos hablar tranquilamente; y cuando advertimos ya algo defogado el impulso místico que le animaba, derivamos, diestramente, el tema hacia la diversa reacción de las razas ante la influencia de algunas vacunas, y de allí le llevamos a las inmunidades raciales contra determinadas epidemias. El apóstol de la igualdad mental se tornó un verdadero energúmeno de la desigualdad somática, mientras nos preguntábamos, una vez más: ¿hay en el terreno social y político alguna verdad fuera de la que crean nuestros sentimientos?

Esta convivencia entre el instinto y el sentimiento místico ha sido turbada varias veces; pero nadie lo hizo con más estrépito que Gobineau.

Arturo conde de Gobineau nació en Ville d'Avray el 14 de julio de 1816; fue ministro de Francia en Persia, en Grecia, en el Brasil y en Suecia; y murió, pobre y obscuramente, en Turín el 13 de octubre de 1882. Su residencia en países de almas tan diferentes atrajo su curiosidad, ya despierta desde su juventud, hacia un aspecto desadvertido por la historia: la influencia del factor racial en el nacimiento, el desarrollo y la muerte de las civilizaciones. Puso a contribución el saber de su tiempo y consumió vida y fortuna en una investigación que es, sin disputa, la más honda que se haya emprendido sobre este problema. Los resultados los consignó en un libro que se publicó, por primera vez, en 1853 y 1855, bajo el título de *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*.

La atención de Gobineau se desvió del aspecto externo de las leyes que sus contemporáneos creían percibir en el desarrollo social, y se posó sobre la fuerza oculta a que obedece el ritmo de las civilizaciones, con su génesis, su ascenso, su madurez, su senectud y su disolución.

Dominaba, entonces, como explicación sencilla del fenómeno, el convencimiento de que la prosperidad y el infortunio, la grandeza y la decadencia de las naciones eran la resultante de las virtudes y de los vicios, o en lenguaje actual, de factores espirituales, que no dependían, absolutamente, de la constitución racial y de sus cambios. Era la concepción bíblica, encarnada en el castigo de las ciudades corrompidas del Mar Muerto, extendida a Susa, a Atenas y a Roma. Macaulay se admira de que el cristianismo, que sacó al mundo "del letargo en que acabó de sumirlo el formidable despotismo de los Césares", no lograra reanimar el imperio de Constantinopla, el cual cayó, "tras breve paroxismo y agitación, en un estado tal de anadamiento que, acaso, la historia no presente otro ejemplo igual. Allí existía una sociedad culta, con un sistema de jurisprudencia muy complicado y muy sabio; con las artes del lujo en completo desarrollo; donde las obras de los grandes autores antiguos se guardaban cuidadosamente y se aprendían, y que vivió más de mil años sin realizar un solo descubrimiento científico y sin producir un solo libro que lean otras personas que algunos pocos curiosos. Guerras, tumultos y convulsiones en abundancia también las tenían, y estos sucesos, que, con ser abrumadores en sí mismos, contribuyen a las veces al progreso y al desarrollo de la inteligencia, sólo fueron eficaces a dar tortura y no estímulo: como que las aguas se agitaron y aparecieron revueltas con el limo, sin que descendiera del cielo virtud ninguna eficaz a curar el mal, como en la presa del Bethesda, pues las agitaciones del imperio de Oriente, antes parecían movimientos y gestos de un cadáver galvanizado, que no esfuerzos de hombre vigoroso".

"Libró de tan miserable y abyecta situación el imperio de Occidente, por obra de uno de los mayores, o mejor dicho, del mayor y más terrible y destructor de los castigos que haya impuesto Dios a sus criaturas: la invasión de los pueblos del norte; que tanto mal había menester de tanto remedio". Y califica de una bendición "el espantable acabamiento del imperio romano, porque los focos impuros en donde tenían su asiento tantos gérmenes de grandes enfermedades morales quedaron destruidos y purificada la atmósfera de miasmas perniciosos al espíritu humano, costando a la Europa mil años de barbarie verse libre de sufrir la suerte del imperio chino".

Veamos, ahora, cómo encara Gobineau el mismo fenómeno. Es-

tudiando la constitución étnica de las distintas civilizaciones, advirtió que éstas fueron, invariablemente, el producto de una mezcla de razas, en las cuales entró siempre, en cierta proporción, el *Homus Europaeus*, o sea, la raza rubia de alta estatura. Apenas la mezcla se realiza, la civilización empieza a incubarse; después de una gestación más o menos larga, cobra un desarrollo sorprendente; más adelante este desarrollo se detiene; luego llega la decadencia; y, por último, la muerte o la anquilosis. Observando las variaciones de la constitución étnica, advirtió un paralelismo perfecto entre la proporción del elemento rubio y el ritmo de la civilización: nace con su advenimiento; se desarrolla vigorosa mientras este elemento superior mantiene su porcentaje de sangre en la mezcla; decae en cuanto éste disminuye, a causa del desgaste que le impone la civilización, cuyo peso recae especialmente sobre él; y muere con su eliminación.

El pueblo romano nació de una mezcla de elementos rubios (*Homus Europaeus*) y de dos razas morenas (el *Homus Mediterraneus* y el *Homus Alpinus*)¹. Conquistó la Italia y el mundo, mientras se mantuvo la proporción de sangre rubia o nórdica; junto con disminuir, el carácter y las virtudes cívicas declinaron; sobrevino el cesarismo, y el imperio siguió creciendo sólo por la fuerza de la vida, hasta que, agotados los últimos restos de la sangre aria, nórdica o rubia —todas estas denominaciones se le han dado— sobrevino la muerte en Occidente y la anquilosis en Oriente.

La causa determinante de la caída no fue, pues, la corrupción, sino el cambio en la constitución racial, que produjo la decadencia del carácter y de las virtudes romanas. Los romanos del imperio ya no eran de la misma sangre que los romanos de la república; y los griegos del bajo imperio, estaban, antropológicamente, todavía más distantes de aquéllos.

Ningún poder divino ni humano habría podido reanimar la vitalidad del Bajo Imperio, porque su contenido de sangre superior estaba ya agotado. En cambio, los bárbaros del norte (germanos, francos, godos, normandos, anglos, sajones, etc.), que pertenecían a la raza superior, al mezclarse con las razas morenas que poblaban, hacia

¹Empleamos la clasificación *grosso modo* moderna de las razas europeas, en vez de la maraña del autor, para no marear.

el final, el imperio romano, encendieron una nueva civilización, la nuestra u occidental moderna.

El mismo fenómeno se repite en las diez civilizaciones que registra la historia; y, partiendo de esta base, afirmó que la estructura étnica de los pueblos domina los demás factores de la historia; que es su llave; y que la desigualdad mental de los elementos componentes y los cambios en la estructura racial, bastan para explicar el devenir histórico. Comprobó la existencia de razas fuertes y razas débiles; y acabó por afirmar "que todo lo que hay de grande, de noble y de fecundo sobre la tierra en materia de creaciones humanas, las ciencias, las artes, la civilización, conducen al observador hacia un punto único, no se desarrolló sino de un germen, no resultó sino de un solo pensamiento, no pertenece sino a una sola familia cuyas diferentes ramas han reinado en todos los países civilizados del universo". Esta familia es la raza blanca o aria, aun mal individualizada en su tiempo, y corresponde, como ya se dijo, a lo que hoy denominamos *Homus Europaeus*, o sea la raza alta, dolicocefala, de ojos azules y cabellos claros, oriunda del norte de Europa, y no de las mesetas asiáticas, como antes se creía. Inmediatamente debajo de esta elite coloca a las razas blancas de cabellos negros (*Homus Mediterraneus* y *Homus Alpinus* de hoy). Las razas amarilla y negra forman los elementos inferiores.

Quien lea sólo el prefacio de la obra de Gobineau y la carta en que la dedica al rey Jorge V de Hannover, se formará una idea bastante falsa de ella. Ignoramos la ascendencia lejana de Gobineau; pero cada vez que leemos el libro, nos hace el efecto de una formidable investigación emprendida por un sabio alemán, prologada y resumida al final por un sabio francés. Abundan en el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* los errores antropológicos e históricos anexos al saber de su tiempo; abundan, también, las interpretaciones débiles o aventuradas: pero contiene, al propio tiempo, mucho más que una masa de los hechos triturados y vaciada en el molde preconcebido, que hace temer el prólogo. El autor desplegó una profusión de sugerencias asombrosas; y, por momentos, su visión del devenir histórico entra en los dominios del genio. A través de sus inducciones temerarias, proyecta más luz sobre la materia que todos los sabios de la primera mitad del siglo XIX; su aporte a la compren-

sión de la historia es, tal vez, el más valioso que haya allegado hasta hoy un pensador. Los que, partiendo de puntos de vista muy distintos y disponiendo de un bagaje de conocimientos que ni siquiera era cuerdo soñar en su época, han recorrido más tarde el camino abierto por Gobineau, no han podido menos que asombrarse de algunas de sus intuiciones. Muchas de las hipótesis de hoy no caben en su prefacio ni calzan con sus conclusiones precipitadas; pero han nacido de los hechos que su intuición científica advirtió.

La obra de Gobineau fue antipática para los tiempos que le siguieron. Los historiadores divisaron un insulto a su medianía en su poderoso cerebro. El hecho de la desigualdad de las razas humanas es antipático para el fondo místico cristiano de nuestras almas, y exacerba los sentimientos democráticos de nuestros días. El mismo patriotismo se alborotó: al paso que los pueblos cuyo impulso vital va en ascenso, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, etc., se sintieron exaltados, otros se sintieron deprimidos por las simplificaciones de los discípulos de Gobineau.

Como sucedió con el *Origen de las especies*, y como sucederá siempre con toda obra poderosa que, real o aparentemente, encarne la verdad de su momento, el *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas* fue el punto de partida de una floración literaria. Las ramas alemana e inglesa de esta floración no han llegado al ambiente hispanoamericano: en él se la conoce sólo a través de las simplificaciones de Le Bon. El mismo libro de Vacher de Lapouge, *Las selecciones sociales*, obra admirable como manifestación de las excelencias y de los defectos del genio científico francés, en la cual se concretó el pensamiento de los pocos gobinistas franceses, es casi desconocido entre nosotros.

En cambio, no hay quien no haya leído alguna producción de la flora antigobinista, escrita, casi toda, en el estado sentimental que se palpa en el *Prejuicio de las razas* de Finot.

Antes de dejar a Gobineau, séanos permitido acentuar un hecho ya apuntado. Su escuela, sin exceptuar al fundador, ha simplificado, casi caricaturado, el contenido científico de la obra; le ocurrió lo que, muy a su pesar, le sucedió a Darwin. Del lado opuesto, todos se han acercado a ella en el estado delirante de San Juan en Pathmos; y divisado en la desigualdad de las razas el dragón que abre sus fauces delante del vientre de la humanidad, ya próxima al supremo alum-

bramamiento. Guardémonos, sin embargo, de desdeñarlos. Quien haya seguido la génesis del desarrollo del cristianismo, jamás desdeñará lo que brota del fondo místico del espíritu humano, por absurdo que parezca desde el punto de vista científico, y aunque lo repudien el raciocinio, el instinto, la sangre y los datos de los sentidos.

Pero dejemos por un momento de lado lo místico de nuestra naturaleza, y planteemos el problema de la raza, en cuanto factor de la historia, tal como hoy se lo representan el razonamiento y el instinto, que, por rara coincidencia, andan aquí del brazo, a la luz de los datos suministrados por la observación. Para mayor claridad, apartemos las teorías y las hipótesis.

Necesitamos, ante todo, dividir el problema en sus diversos aspectos; de otra manera, en vez de proyectar alguna luz, aumentaremos el embrollo, ya grande, que tiene dentro de su cabeza el intelectual hispanoamericano. El simplismo ha englobado en uno cuatro problemas bien distintos, aunque todos digan relación con la raza.

El primero es la raza considerada como factor del devenir histórico inmediato, o sea, si es indiferente para un pueblo estar formado por cuarenta millones de ingleses, de negros, de franceses o de chinos; y si la historia debe tomar o no en cuenta este punto de partida y registrar los cambios en la constitución étnica que sobrevengan en el desarrollo histórico.

El segundo es la influencia del factor racial, en relación con los demás factores sociológicos, sobre el devenir histórico. En otros términos, cuál es la influencia relativa de la raza, del medio físico, de los fenómenos espirituales y de los acontecimientos eventuales en la historia.

El tercero, la influencia del factor racial en el ritmo que han cumplido las civilizaciones.

Y el cuarto, la superioridad o inferioridad definitiva de las diversas razas humanas.

Recorrámoslos por orden, dentro de la profundidad y extensión que permite un anexo cuya finalidad no es fundar nuestro punto de vista, sino ayudar al intelectual chileno a formarse un concepto definido de lo que discute.

Trasladémonos a un hipódromo en el día del Gran Premio. El directorio ha acordado sorprender al público con una novedad: el

clásico va a disputarse por cinco caballos fina sangre inglesa, por cinco fina sangre árabe, por cinco fina sangre percherón francés, por cinco gigantescos shires y por cinco ponies de Finlandia. Además, tendrán opción a él otros tantos productos del cruzamiento de estas distintas razas.

El público encuentra el espectáculo grotesco y empieza a cundir el rumor de que el Directorio ha perdido la cabeza. Advirtiéndolo éste las protestas, encarga a un sabio profesor de zootecnia convencer al público de la cordura de su decisión. El sabio exhibe texto y prueba hasta la evidencia que el caballo inglés de carrera deriva del árabe, que el percherón también viene del árabe, y que todas las razas son simples productos de los medios, ayudados por la selección y la gimnasia funcional; y que, por consiguiente, el factor racial no cuenta en la carrera, y debe apostarse en consideración sólo al entrenamiento de los caballos, el cual ha sido llevado debidamente en todos.

No sería pequeña la lluvia de impropiedades y aun de pedradas que caería sobre el directorio y sobre su docto asesor, después de semejante tomada de pelo al sentido común. Y sin embargo, el directorio y el sabio zootécnico tienen razón. Lo único que olvidaron es que el clásico se corre en dos minutos treinta segundos, y la diferenciación de las razas caballares, supuesto el origen único, se realizó en más de cuarenta siglos.

Mucho mayor es, todavía, la tomada de pelo de los delirantes que, como Finot, preconizan la supresión del factor racial en la historia con el plausible descubrimiento de que el medio, la vida en común y el desarrollo de las fuerzas espirituales han hecho las diferencias que observamos en el alma de los pueblos. Su único error es olvidar que todo eso se forjó en milenios y la carrera de la historia se define en siglos.

La composición étnica de un pueblo, los elementos raciales negros, chinos, americanos, japoneses, malayos, españoles, alemanes, ingleses, franceses, etc., que forman la raza; el cruzamiento o mestizaje, si lo hay, las proporciones de los elementos cruzados, su antigüedad y sus resultados psicológicos, son factores históricos fundamentales. El historiador que prescindiera de ellos, confeccionará, en vez de historia, una fuente de todo género de errores políticos y sociales. No comprenderá él mismo una palabra del pasado, ni permitirá su

historia entender nada de lo que sucede en el presente ni presentir nada de lo que sucederá en el futuro.

En seguida, la raza no es algo estático e inmóvil en el devenir de la vida, a la manera que el común de los pensadores se representan a la razón humana: cambia, ora lenta ora activamente, pero cambia a toda hora. El historiador que no tenga sensibilidad cerebral para percibir estas mudanzas está perdido. Necesita darse cuenta en cada momento histórico de las alteraciones en la composición racial no por ellas, sino por las consecuencias en la manera de pensar y sentir colectivos, y auscultar cuidadosamente las disposiciones sentimentales de los diversos elementos entre sí y los cambios originados por las influencias internas y externas de todo orden y por el propio desarrollo social. No es indiferente que los distintos elementos raciales, unidos por una poderosa sugestión espiritual, converjan centripetamente, o que, relajado el nexo, tomen orientación centrifuga, y la repulsión recíproca estalle. Tampoco es indiferente que predomine cualquiera de ellos. El vasco gobernó en Chile en una forma mientras duró la camisa de fuerza de la sugestión portaliana y en otra después que la rompió; el meridional cambió la fisonomía del gobierno junto con supeditar la dirección vasca; y el mestizo cambiará la que le imprimió el andaluz. Chile caminará en una dirección, si el fondo gótico común al vasco, al andaluz y al aborigen preside el futuro impulso; y en otra opuesta, si prevalece el aborigen.

Éstos son hechos; no son teorías, a menos que llamemos teorías a los fenómenos psíquicos. Detenerse a demostrarlos revelaría falta de cordura. Todo hombre de sano sentido común los percibe, y hieren la atención del pensador con tal viveza, que es preciso tener algunas regiones de menos en el cerebro para no percibirlos.

¿Cómo entonces, de cada diez intelectuales que tratan el tema, siete u ocho no los ven? Para percibir un fenómeno hay que tomar conciencia de él, y el pensamiento de los fenómenos sociales aún no nace entre nosotros. Nuestro trabajo mental es más sencillo: se limita a aplicar maquinalmente lo que leemos, a nuestra realidad social. Además, nos irrita todo lo que se opone a nuestros deseos de regular por decreto la civilización, la riqueza, el crecimiento, la felicidad y todos los aspectos de la vida. Cada pensador ha acentuado desmedidamente la influencia del agente sociológico que más ha herido su atención. Buckle sacó de

quicios la influencia del medio físico; Gobineau, Le Bon, Lapouge y los neodarwinianos, en general, encerraron el devenir histórico en los cambios de la constitución racial; Latzarus lo supeditó todo a las influencias espirituales, olvidando que proceden del cerebro humano y que éste no es igual en las distintas razas. Dentro de la última escuela, Tarde hace pasar todo por el aro estrecho de la imitación. Otros dejan campo ilimitado a lo eventual y a las sugerencias colectivas. Todos estos puntos de vista encierran mucho de verdadero, tienen su parte de razón; pero pecan por simplismo y por exceso de rigidez.

Desde nuestro primer contacto con el pasado real, advertimos su insuficiencia y el espíritu de sistema que los informa. Los hemos mirado nuevamente, antes de escribir estas líneas, desde el extremo opuesto de la curva del pensamiento, y hemos vuelto a ver, exactamente, lo que vimos a los veinte y a los cuarenta y cinco años.

No es posible formular una conclusión de carácter general sobre la influencia relativa de los distintos factores de la evolución histórica. La historia rebasa los postulados de las diversas escuelas sociológicas.

Empecemos por el medio físico. ¿Qué podrá, a la larga, la raza contra un medio polar? La inteligencia humana, ayudada por la técnica, puede luchar un mes, un año, una decena de años; pero ¿cómo asentar una civilización con vida propia sobre un témpano de hielo? ¿Qué podrá, en el correr de los siglos, la raza inglesa contra el clima de la India, si necesita criar sus hijos en Inglaterra para evitar que mueran o degeneren? Aun en medios menos inhospitalarios ¿podrá la sangre europea sostenerse en presencia del aborigen en el altiplano de Bolivia, si la mujer no resiste el parto ni los pulmones de los hijos la altura? ¿No se producirá una selección continua en el sentido de eliminar a todo el que tenga pulmones europeos y reemplazarlos por el autóctono?

En cambio, en Chile, en la pampa argentina y en las colinas uruguayas las distintas razas humanas parecen tener *chances* muy próximas en la lucha meramente biológica por la supervivencia. Pero, aun en estos medios hospitalarios, su influencia varía con el grado de desarrollo mental. Ya los historiadores chilenos notaron que un pueblo primitivo, sin arte industrial, no habría podido poblar densamente el territorio al norte del Biobío, a causa de la escasez de

producciones naturales. La aplicación que hicieron de la experiencia fue históricamente errada, porque civilizaciones anteriores a la conquista incásica se habían asentado en nuestro suelo, y porque no fue ésta la causa que impidió al conquistador araucano —que se incrustó como una cuña, dividiéndolos en dos, en los restos de esas antiguas civilizaciones arruinadas en la fase primaria de su evolución— extenderse hacia el norte. Pero la observación es válida en sí misma. Dificilmente las civilizaciones inglesa y española tendrían las fisonomías actuales, si las razas hubieran trocado quince siglos atrás su respectiva ubicación.

Aun en estas regiones suaves, donde la influencia del medio parece reducirse al mínimo y la del contenido racial exaltarse al máximo, hay un *do ut des* entre lo psíquico y lo cósmico, que impide considerar al suelo aisladamente de la raza que lo puebla y a ésta con prescindencia de aquél.

Tomemos, en seguida, las influencias psíquicas. ¿Qué pudieron las influencias psíquicas en el duelo racial que el araucano libró por la supervivencia y el predominio con los restos godos salvados de Janda? Todo en él fue instintivo, vital, cósmico, si se quiere. En cambio, el suelo y la raza cuentan como factores meramente pasivos en los sesenta años que el pueblo chileno vivió bajo la férula de una potente sugestión entre 1830 y 1891. No sería exacto decir que no estaban presentes; pues el suelo y las aptitudes industriales condicionaron el desarrollo material del período; y el carácter y el genio político racial no cesaron de preparar su desquite, bajo su inercia aparente: pero estuvieron sesenta años maniatados por una sugestión extraña a su psiquis.

Detengámonos un momento en el margen de eventualidad. ¿Habría sido el mismo el curso de la historia de España, si el desenlace de Janda (Guadalete) hubiera sido otro? Sin la venida de la monarquía portuguesa a Río de Janeiro, ¿habría sido la misma la historia del Brasil durante el siglo XIX? Claro que los sucesos pesan con una fatalidad mayor o menor, y que rara vez anulan totalmente a los demás factores sociológicos. Pero esto también es posible. La isla de Pascua es el resto de un continente sepultado en el mar por un terremoto o por otro cataclismo cósmico. Existió en él una civilización avanzada, cuyas manifestaciones aparentes están en los gigantes monolitos, unos concluidos, otros a medio tallar y muchos aún

en bruto, en el instante en que el cataclismo sepultó en el océano al pueblo cuyo genio los concibió. No sabemos si escaparon en el cráter del volcán algunos centenares de habitantes, o si la isla se repobló posteriormente. Supongamos lo primero: ¿cómo habrían podido completar el ritmo de la civilización hundida los pocos sobrevivientes? ¿Qué pueden el medio físico, la raza, las influencias espirituales y el complejo entero de los factores sociológicos contra un suceso de semejante magnitud?

No continuemos. Lo dicho es suficiente para inducir que las combinaciones de influencias entre los distintos factores sociológicos son tan variables como los momentos históricos accesibles a nuestros ojos. Cambian con cada uno de estos momentos y se combinan en matices tan numerosos que ningún postulado puede encerrarlos. En un mismo pueblo predominan, por momentos, el factor racial, por momentos, los factores espirituales y, por momentos, el factor eventual lo arrolla todo. Hay tendencias que emanan del medio físico, de la constitución mental de la raza, del grado de desarrollo, del volumen del agregado social, etc. Si no las hubiera, reinaría la arbitrariedad allí donde palpamos cierto orden y continuidad. Mas estas tendencias accionan y reaccionan entre sí como causas y efectos; y su resultante, combinada con lo imprevisto, cambia dentro de la continuidad. Necesitamos coger las tendencias, sus reacciones, y todo lo que influye sobre ellas, intactos e incorporarlos a la historia. Proyectan luz muy viva: se lee como en libro abierto en el pasado, el presente se alumbra con sus reflejos y aun suele entreverse el porvenir. Pero desde el momento en que nos acerquemos llevado por antorcha un postulado o un prejuicio sociológico, se hace la noche espesa, donde reinaba la vislumbre del sentido común de un Barros Arana.

El tercer problema, el que constituye el eje del hondo trabajo de pensamiento de Gobineau, se concreta en dos interrogaciones: ¿existe realmente el ritmo que creyó percibir en la vida de las civilizaciones? Y si existe, ¿deriva de los cambios de la constitución étnica? Empecemos por los hechos. Gobineau asienta su observación sobre las diez grandes civilizaciones más o menos bien conocidas por la historia de su época, a saber:

I. La civilización india, que se extendió por el océano Índico, al norte y al este del continente asiático, más allá del Brahamaputra. Su alma fue una rama ariana, nórdica o europea, según la nomenclatura antigua o moderna que adoptemos;

II. La segunda, la egipcia, con sus irradiaciones etiope, nubia y otras menos importantes, al oeste del oasis de Amón, engendrada por una colonia aria establecida en la parte alta del valle del Nilo;

III. La asiria, con sus ramificaciones judía, fenicia, libia, cartaginesa, etc., habría sido, también, la resultante de grandes invasiones blancas. Se sabe que los medos, los persas y los bactrianos fueron, originalmente, tribus arias o europeas;

IV. La griega, fruto de la mezcla de un pueblo nórdico, los helenos, con otro dólico moreno de corta estatura, los pelasgos, como los iberos, rama de la gran familia afrosemítica o mediterránea;

V. La china. Una colonia aria venida de la India encendió la civilización en las masas amarillas que la poblaban, al refundirse en ellas. La China recibió, también, numerosos elementos arios no hindúes que, en distintas épocas de su historia, la invadieron por el noroeste;

VI. La civilización de la península itálica fue la resultante de una marquetaría de celtas, de iberos, de arios y de semitas²;

VII. Las civilizaciones occidentales de hoy, que fueron la consecuencia de las grandes adiciones de sangre aria, europea o nórdica, que recubrieron, principalmente en el siglo V, los restos de la población romana; y

VIII, IX y X. Por último, incluye en las diez grandes civilizaciones

²Gobineau tiene en el fondo razón. Pero, a fin de que su anticuada nomenclatura no acabe de marear al lector, no estará de más recordar de nuevo que, antropológicamente, el pueblo romano fue la resultante de la mezcla de las tres grandes razas europeas: el *Homo Europaeus* rubio, la mediterránea, dólico-morena de corta estatura, ojos negros y cabellos negros y crespos, a la cual pertenecieron los etruscos y varios pueblos más de la península; y la alpina, braquicéfala morena. En Grecia la mezcla se produjo, casi exclusivamente, entre los dos primeros elementos, al paso que en Roma el tercero entró por mucho en la composición étnica. La celta y las demás razas a que alude Gobineau, excepto la amarilla, la negra y las americanas, son mezclas de las anteriores entre sí o con estas tres últimas. Aplica, también, con frecuencia distintos nombres a una misma raza. Tememos, sin embargo, aumentar la confusión del lector entrando en mayores detalles.

las tres americanas: la de los aleganés, la de los mexicanos y la de los peruanos.

No discutamos los errores históricos de detalles. Las diez civilizaciones cumplieron el ritmo: germinaron, se desarrollaron, fructificaron y perecieron por senectud aquéllas cuya trayectoria no fue interrumpida por vicisitudes o accidentes conocidos.

En la génesis de todas entró la raza blanca que Gobineau denomina con su época aria, si concedemos valor a la hipótesis muy verosímil, pero no demostrada, del desborde de pequeños grupos escandinavos, establecidos en Islandia, sobre el Canadá, México y el Perú, al cual aluden antiquísimas tradiciones escandinavas y el recuerdo del hombre rubio incorporado al patrimonio mitológico de las civilizaciones americanas.

En ninguna de las diez civilizaciones encontramos pura a la raza blanca. Empero, debemos recordar que jamás afirmó el gran pensador que el elemento nórdico, ario o europeo haya engendrado, por sí solo, estas civilizaciones. Reconoció lealmente que fueron el producto de las mezclas de sangres. Y como en este terreno ha sido caricaturado y beñado por la ignorancia de unos y por el misticismo de otros, séanos permitido reproducir sus palabras: "Si los tres grandes tipos (arios, negros y amarillos) no se hubieran mezclado entre ellos, indudablemente las más hermosas tribus blancas habrían conservado una supremacía incontestable; y las razas negras y amarillas se habrían arrastrado siempre a los pies de las naciones blancas. Pero esta es una fantasía que la historia no ha conocido"³. Con lo cual reconoce el hecho, que nadie ha establecido con mayor erudición histórica, de que las mezclas de razas empezaron en la prehistoria. Y hablando de la génesis de las civilizaciones, continúa: "El genio artístico, extraño al blanco, al negro y al amarillo, sólo surgió del himeneo del blanco con el negro. De la mezcla del amarillo y del negro, resultó una raza más inteligente que sus progenitores, la malaya; y la alianza del amarillo con el blanco, produjo razas inter-

³Para entender a Gobineau, es necesario recordar que para él las razas blancas de ojos y cabellos oscuros, o sea la alpina y la mediterránea, son la resultante de un cruzamiento entre el ario dólico rubio y razas negras, entrando también en él cierta cantidad de sangre amarilla.

medias, intelectualmente muy superiores a la población finesa o melanesia pura”.

Lo que lamenta Gobineau es la inestabilidad que **estas mezclas introducen** en las civilizaciones que engendran. Desde **el punto de vista** en que se colocó, tenía fatalmente que llegar a este resultado. Empero, enrostrárselo es tan cuerdo como reprocharle no haber vuelto a nacer sesenta años más tarde, cuando las proyecciones implícitas en sus puntos de vista estaban ya desenvueltas. Vio más hondo que todos en su época, y esto es ya mucho.

Tampoco es discutible el paralelismo que advirtió **entre la disminución** de la sangre blanca en la constitución étnica de las civilizaciones antiguas y su decadencia. Todos los datos concurren a establecer que hacia el siglo XX antes de Cristo, la población egipcia estaba formada por un tercio de sangre aria, por un tercio de camitas blancos y por un tercio de negros. Hacia el siglo VIII, el camita estaba reducido a un décimo y el ario no contaba. El mismo proceso de disminución del elemento rubio se observa en Grecia, Roma y en las demás civilizaciones.

Como todo el que ve un aspecto nuevo en un fenómeno descuidado por los predecesores, Gobineau redujo el fenómeno entero a este aspecto. No reparó en las demás influencias sociológicas, **ni en el hecho** de que las selecciones sociales que determinaron **la eliminación** de la sangre blanca, fueron consecuencia del clima, **en parte**, y en parte, de las guerras, de las normas religiosas y de **factores eventuales**. De manera que la causa que él señaló como **determinante** fue, en realidad, el vehículo que transportó hasta el alma **nacional**, influencias colocadas fuera de él.

Habríamos deseado detenernos aquí. Nuestro propósito se limita, como ya se dijo, a dar una somera noticia de los distintos aspectos del problema racial; mas, como el **simplismo crítico nos haría solidarios de todos los puntos de vista** del gran pensador francés, **tendremos que salvar el nuestro**, que, coincidiendo en muchos aspectos, **no es exactamente el suyo**. Lo haremos brevemente, ya que **no sería oportuno desarrollarlo en el anexo de un libro, cuyo fondo no es el problema racial**.

Más allá de lo que atrae la atención de Gobineau, se presienten

pulular hormigueros incontables de razas y de grupos humanos. De cada millón, tal vez, uno dejó una huella ocasional, fugitiva y sin significado concreto, en la historia; los demás desaparecieron en la noche de los tiempos sin dejar rastros en ella. Entre los que dejaron alguna hebra de la lana de su vellón enredada en el zarzal de la historia, algunos parecen haber cumplido en forma inferior, modesta, casi inaparente, un ritmo semejante al de las civilizaciones superiores. La inmensa mayoría fueron conatos fallidos, abortos de civilizaciones.

El fondo del pasado se nos representa tejido por estos innumerables impulsos, que aspiran a cumplir un ritmo vital completo, y que abortan, casi en su totalidad, exactamente como los espermatozoides animales o los gérmenes de las semillas: la evolución social es tan mala administradora como la naturaleza de la cual hace parte.

Toda raza y todo grupo humano encierra un germen de impulso que, fecundado por otro, puede engendrar la civilización. El contenido inmediato parece ya dado por el conjunto de influencias que formaron la raza o el grupo humano de que se trata; pero ese contenido oscila al compás de los cruzamientos, de las variaciones espontáneas y de los medios físicos, exactamente como las razas y variedades animales y vegetales. No puede transformarse bruscamente, y en este sentido su suerte histórica está ya determinada por el pasado. Sin embargo, un cruzamiento afortunado, variaciones felices acumuladas, pueden elevar la raza, dentro siempre de ciertos límites; y cruzamientos o influencias adversas degradarla. La naturaleza no cambia bruscamente un gato en tigre, ni un pony de Finlandia en percherón francés. Pero con el cambio de clima y de suelo y con las hibridaciones y cruzamientos, el gato y el pony se acercan o alejan respecto del norte que hemos fijado en el tigre y en el percherón francés.

En toda civilización se cumple, pues, un ritmo vital, cuya evolución es semejante, salvo el espacio y el tiempo, a la que se cumple en el hombre y en todos los seres vivos. Una civilización consta de contenido original en las razas que la engendran; de fecundación del contenido: de hado o azar propicio, que abriga la infancia y protege la adolescencia de uno entre mil y tal vez entre millones de impulsos fallidos, de madurez, de fructificación, de senectud y de muerte.

Esta regularidad se torna menos aparente a medida que nos

alejamos de las diez civilizaciones cumplidas. Alejandro introdujo en Grecia y en Asia un fuerte contingente de sangre nórdica aun no gastada, la macedónica; y no logró hacer revivir la civilización helénica ni encender la sangre de las poblaciones ya gastadas del Asia. En cambio, bastó una pequeña inyección de sangre goda en las masas ibéricas, aun vírgenes, para engendrar la civilización española, el imperio de Carlos V y la creación de un nuevo mundo. ¿Deriva la diversidad de efectos del agotamiento del contenido vital griego y asiático y de la energía aún intacta del ibero? ¿Se produjeron en Grecia y en Asia dispersión y desgaste sin retorno de la sangre de refresco? ¿Fueron las vicisitudes demasiado vivas y rápidas las que determinaron el aborto? En España el cruzamiento se produjo en palenque cerrado, pero con burladero en las montañas, y tuvo por epitalamio una lucha secular contra un enemigo común. ¿Hubo acumulación de energía creadora?

En los pueblos nuevos, formados por mezclas de razas en que entra una sangre superior y cuyo contenido vital no ha gastado aún la civilización, se advierte el mismo hervor de vida que en todos los seres jóvenes; más tarde, el advenimiento de la madurez; más tarde aún, el de la decrepitud y la muerte. La intuición percibe que estos cambios reflejan un proceso vital gestado en la sangre misma. Las alteraciones de la constitución étnica no son extrañas a él; pero parecen rebasar la fórmula simple de Gobineau.

La razón se ha adueñado del fenómeno, y sobre la corta experiencia acumulada por la historia, nuestro pensamiento discursivo se ha apresurado a inventar leyes que los ideólogos han acogido alborozados. Nuestra sangre no la siente, no tienen asidero respetable en la historia, y la evolución social las ha desmentido apenas formuladas. Lo único que subsiste en pie es el ritmo, simple reflejo del ritmo general de la vida; y un consumo de energía vital idéntico al que advertimos en la evolución de todos los seres vivos. Cuando el contenido vital de un pueblo se agota, lo mismo que en el árbol y en el animal envejecidos, sobreviene la anquilosis, y hasta hoy nada ha podido reanimarlo. Tarde o temprano se disuelve en mantillo; y, cumpliéndose la eterna renovación, en sus despojos disueltos renace la vida, en forma de impulsos cuyas entrañas palpitan de ansias de ser fecundadas y de engendrar un nuevo pueblo y una nueva civilización.

El problema de la inferioridad o de la superioridad definitiva de las razas, debe plantearse fuera de la historia; tiene una importancia meramente especulativa.

Si comparamos las diversas razas humanas tal cual se encuentran en la historia, difieren en los caracteres físicos y en todas las manifestaciones de la actividad psíquica: el temperamento, la inteligencia, los sentimientos, la voluntad, la imaginación creadora, etc. Cada raza es susceptible de evolución, pero dentro de su contenido, a menos que intervengan los cruzamientos con sus resultados imprevistos, y esto es lo que siempre ha ocurrido.

El papel de las distintas razas en la realidad histórica ha sido el que Gobineau sintetiza en esta imagen: "La historia humana es comparable a un tapiz inmenso. La tierra es el telar en que se halla tendido. Los siglos son los artesanos infatigables: sólo nacen para coger la lanzadera y hacerla correr entre la trama y sólo la sueltan para morir. Bajo sus dedos presurosos va creciendo el vasto tejido.

"La tela no es de color uniforme ni se compone de un solo material. Sus dibujos, antes que la sobria inspiración helénica, recuerdan el arte policromo de Cachemira. El abigarramiento más extravagante y retorcido se complica con caprichos imprevistos; y a fuerza de diversidad y de riqueza, esta obra, contraria a las leyes del buen gusto, pero incomparable en grandeza, alcanza, también, un grado incomparable de hermosura.

"Las dos variedades inferiores de nuestra especie, la raza negra y la amarilla, forman el fondo grosero, lana y algodón, que las familias secundarias de la raza blanca suavizan mezclándole su seda, mientras el grupo ario pasa a través de las generaciones sus delicados filamentos y completa la deslumbradora obra maestra con arabescos de oro y de plata".

Aquí hay que hacer un reparo. Nosotros pesamos el valer de las mezclas de razas en nuestra balanza de occidentales: somos jueces y partes. El único elemento objetivo que entra en el juicio es el éxito de los cruzamientos a base de arios en la lucha mundial por el predominio.

Ahora, ¿será definitiva la preponderancia de este elemento, como cree Gobineau? ¿Será una simple ráfaga pasajera, como creen los antigobinistas? ¿Llegará un momento en que el negro nos domine intelectual y moralmente? ¿Pertenece el futuro al Japón amarillo?

Los argumentos de Finot no valen una nuez vana. El hecho de que diez millones de mestizos negros engastados en cien millones de blancos se civilicen, es la repetición de un fenómeno que se observa desde los comienzos de la historia. Pero no es prenda de que, abandonados a sí mismos, sean capaces de sostener la civilización americana. Tampoco es síntoma de que sus progenitores africanos, sin adición de sangre blanca y sin moverse de su continente, estén en vías de crear una civilización heredera de la de Occidente.

El caso del Japón es más impresionante. Se palpa, se siente un contenido vital nuevo con enormes reservas de energías. ¿Movilizará el ejemplo a las razas amarillas ya gastadas? La intuición y la experiencia histórica abogan por el Japón; no abogan por el resto del continente, cuya misión parece ya cumplida.

Si el problema se encara con vista hacia los milenios, sólo procede recordar que las razas, lo mismo que todo lo vivo, están sujetas a perpetua transformación.

Si fuera lícito inferir el futuro del pasado, tendríamos otros dos antecedentes de juicio. Si la inferioridad y superioridad de las razas fuera la resultante, muchas veces milenaria, de la acción directa de ciertos medios físicos, sería lícito esperar que sigan degenerándose o elevándose los pueblos que se radican en ellos. Si, por el contrario, la diferencia es original, como piensa Gobineau, acabarán todas, al fin, en una medianía general.

Los factores psicológicos van ganando terreno, y puede aguardarse que, de aquí a mil años, la potencia de las sugerencias que engendran, contrarreste con más eficacia que hoy el ritmo vital de las civilizaciones, pero sin aniquilarlo del todo. En el estado actual del conocimiento humano, la restauración de la vitalidad por una simple reacción psíquica, no se nos representa siquiera como verosímil.

Mas, fundar previsiones sobre semejantes bases, sea en favor o en contra del porvenir de las desigualdades raciales, es sencillamente inconsciencia de la profundidad y complejidad de la evolución social.

al año
public

ente libro y en
nealcos un f
voria de los us

NOTAS

instintivo y en la
inteligencia no pasa
... Así pues, los ma
encontraran, agra
algunos de los bill
nueva mortificaci

neros, compren
no pensamiento
a el lector, o sea
tal y a la vez en
la corresponden

el contenido del libro
forma de una
que clarifica
la vida...

DE LA INTUICION EN LA HISTORIA

Las polifías se surgen en el no y reaparecen tan pronto que, a veces, pierdo conciencia de su identidad. ¿No ocurre lo mismo en la intuición histórica? ¿Las imágenes que se pasan los documentos pero desaparecen de la conciencia en ciertos cerebros, para reaparecer, ya organizadas, en forma de visión intuitiva del pasado?

Siempre he tenido dudas a este respecto en todas las manifestaciones de la intuición. Sin la experiencia de que lo que siento anteriormente se realiza y lo que razono cada vez se cumple, me inclinaría a creer que en la intuición sólo hay una forma abreviada del proceso imaginativo, en la cual desaparece de la conciencia la

INTRODUCCIÓN

El contenido de las notas que siguen, lo mismo que el de las que acabo de destruir, ha sido ya exprimido en el presente libro y en otras publicaciones; pero las primeras se refieren a prejuicios tan firmemente arraigados entre nosotros que, para la mayoría de los intelectuales, hacen parte de la constitución cerebral chilena.

Después de 40 años, todavía me admiro de la candidez psicológica de Kant, cuando se indignó con Garve por haber tergiversado su filosofía. Los escritores que renuncian —de la boca para afuera— al deseo de imponer sus ideas y se conforman con ser comprendidos, no saben lo que piden. En los dominios del pensamiento, comprensión y aceptación son términos sinónimos. Nuestro pensamiento necesita, para ser entendido, la simpatía mental en el lector, o sea correspondencia en el plano ideológico y sentimental y afinidad en la estructura psíquica. Y esto se llama en la psicología correspondencia intelectual y no comprensión. La comprensión existe en lo instintivo y en lo vital, bajo otros nombres; en el mundo de la inteligencia no pasa de ser un mito.

Así, pues, los que hayan simpatizado con el contenido del libro encontrarán agrado y utilidad en recorrer, en su forma genuina, algunos de los hilos de su urdimbre. Los que no, sólo cosecharán una nueva mortificación que les revolverá, sin provecho, la bilis.

DE LA INTUICIÓN EN LA HISTORIA

(1898)

Las pollollas se sumergen en el río y reaparecen tan lejos que, a veces, pierdo la conciencia de su identidad. ¿No ocurrirá lo mismo en la intuición histórica? Las imágenes que depositan los documentos ¿no desaparecerán de la conciencia en ciertos cerebros, para reaparecer, ya organizadas, en forma de visión intuitiva del pasado?

Siempre he tenido dudas a este respecto en todas las manifestaciones de la intuición. Sin la experiencia de que lo que siento interiormente se realiza y lo que razono rara vez se cumple, me inclinaría a creer que en la intuición sólo hay una forma abreviada del proceso imaginativo, en la cual desaparece de la conciencia la

elaboración. Pero la circunstancia de cumplirse lo que la intuición siente, hace presumir que en ella interviene un factor cósmico o meramente vital, independiente de la forma del proceso imaginativo, cuya esencia desconocemos.

La esencia de la intuición, para nuestro grado de desarrollo cerebral a lo menos, es el contacto inaparente de los cerebros entre sí y con los ambientes y con lo cósmico. La forma del proceso imaginativo nada tiene que ver con la naturaleza misma de la intuición. En apoyo de esta idea se puede citar el hecho de que la presencia y la ausencia de la intuición, la riqueza y la pobreza intuitiva, se observan lo mismo en las imaginaciones impropriamente llamadas intuitivas que en las combinadoras. Este es un hecho incontrovertible, aunque sólo conozcamos la intuición por sus manifestaciones y aun cuando la identidad esencial que siento en el fondo de ellas, sin excluir la telepatía, no sea demostrable.

Pero en el caso concreto de la intuición histórica ¿de qué naturaleza es el contacto entre nuestro cerebro y el pasado? ¿Es que lo que fue no desaparece al disolverse en el eterno devenir, y forma una corriente que los cerebros intuitivos pueden remontar, como el pez la corriente del río?

Lo prudente es tomar el fenómeno como se representa hoy a nuestro cerebro; y ver en la intuición histórica una forma especial de la imaginación, una imaginación evocadora y no inventora. El proceso apocopado sería la forma típica de la imaginación histórica, aunque psicológicamente nada tenga que ver con la esencia de la intuición. En el historiador de este corte cerebral, no sólo desaparece la conciencia del origen de la imagen del pasado, sino, también, la conciencia del presente. Absorto en su visión, se torna inconsciente para todo lo que no sea ella: le ocurre lo que a Arquímedes.

En todo caso, reflejo de un contacto vital recóndito, o forma *sui generis* del proceso imaginativo, constituye el tipo ideal del historiador, del único historiador que puede darnos una imagen fiel del pasado... a través de su cerebro. Es una forma que semeja a la trayectoria de la golondrina, que rasa la tierra sin ensuciar las alas en el cielo que la cubre.

DE LA CONFUSIÓN DE LOS OFICIOS DE HISTORIADOR Y DE INVESTIGADOR (1902)

Un gran investigador nunca podrá ser un gran historiador, ni viceversa. Las dotes que exigen ambas actividades difieren demasiado. El caballo de carruaje labra mal la tierra y el buey hace un efecto lamentable trotando con un coche.

Repárense una a una las aptitudes que exige la historia y las que exige la imaginación, y se advertirá que se hacen fuego.

La historia sólo realizará grandes progresos cuando esta separación se haga perfecta; y ambas actividades se integren en una resultante que superará con mucho a los rendimientos que, aisladamente, han alcanzado hasta hoy.

La historia, no sólo ganará en interés y en profundidad, sino que, también, se hará más verdadera.

El documento no habla generalmente al investigador, y su representación del pasado, no sólo es borrosa, sino también falsa. La misma sagacidad crítica es en él muy débil. Si se exceptúa a Barros Arana la interpretación de nuestros investigadores no brilla por su solidez. Reuniendo antecedentes para la historia de la formación de la raza chilena, el más ilustre de todos ellos recopiló los datos de los cronistas sobre el número de hijos que nacían en las plazas y campamentos del sur de padre español y de madre aborígen. Pero olvidó investigar el origen de esas madres, que resultaron ser indios del norte —no araucanas, por consiguiente— llevadas por los soldados al sur. La hembra araucana, al principio, no se unió al macho invasor sino por la violencia y en corto número.

El historiador supera, ordinariamente, al investigador en sagacidad crítica; pero tiene marcada tendencia a acomodar los documentos a su paladar. Para ello no necesita falsificarlos. Basta preterir algunos y colocar estudiadamente otros para hacerlos decir lo que se desea. Paddock fue ejecutado en Valparaíso en virtud de sentencia ejecutoriada de los tribunales, que declaró estar en uso de sus facultades cuando cometió el crimen. La gestión que se realizó ante Portales tuvo por objeto obtener que interpusiera su influencia para evitar, por consideraciones al efecto que iba a causar entre los extranjeros, la ejecución. Vicuña Mackenna no falsificó documento

alguno. Pero su sensibilidad de alma se exasperó en tal medida ante la terca negativa de Portales a medir al extranjero con otra vara que al nacional, que narró los sucesos en forma que sus lectores, inclusive los que tienen pretensiones de historiadores, han entendido que Portales ejecutó a Paddock por sadismo o por capricho.

De los historiadores chilenos, Sotomayor Valdés es el más ingenuo en la exposición de los documentos. En Vicuña Mackenna los extravíos provienen del juicio, y no de la imaginación; y los errores, de su ligereza; nunca omitió deliberadamente los documentos que conoció. Lo mismo que a Sotomayor Valdés, se le puede refutar con sus propias citas.

Esto no es posible en Barros Arana. Elimina o disimula con tal destreza lo que no conviene a sus convicciones o deseos que sólo se le puede rectificar con otra investigación.

El investigador, por el contrario, se torna esclavo del documento, se estrecha cerebralmente y hasta se convierte en un ente ridículo para los espíritus superficiales, incapaces de apreciar el heroísmo de su labor; pero, en cambio, se vuelve custodio incorruptible de la verdad. No hay interés ni pasión bastante fuerte para desviar de ella a un verdadero investigador... mientras no cae en la debilidad de escribir por sí mismo la historia.

DE LA PERSONALIDAD EN EL HISTORIADOR

(1903)

Una personalidad poderosa, como las de don José Francisco Vergara y de don Domingo Santa María, a primera vista, parece avenirse mal con las exigencias del cultivo de la historia. En la mayoría de los casos el pasado se refractará con demasiada energía al atravesarla, para fijarse en el libro.

Pero, si la personalidad recia va acompañada de un fuerte sentimiento místico por el pasado, no sólo desaparecen sus inconvenientes, sino que se realiza el tipo ideal del historiador. Este sentimiento contrarrestará las desviaciones que emanan de la personalidad y la energía latente en ella se encauzará en el sentido de producir una representación del pasado tan vigorosa como fiel. Si este sentimiento no está presente, la historia derivará hacia el panfleto político-social.

La personalidad misma en toda su integridad no es necesaria: el carácter, el valor, el civismo y muchos rasgos más pueden faltar sin mayores inconvenientes, siempre que el escritor sea capaz de sentirlos artísticamente.

En cambio, en las mentalidades inertes, la representación es imposible y la historia será siempre un inventario de escribano; Medina prestó a su figura intelectual y al porvenir de la historia en Chile un servicio que jamás se apreciará debidamente al renunciar a escribirla por sí mismo. Él y Vicuña Mackenna serán los últimos en desaparecer en la vorágine, cada días más vertiginosa, de la evolución intelectual.

DE LA IMAGINACIÓN EN LA HISTORIA

(1910)

Hoy han discutido O.E. y M.V. en la librería Miranda cerca de dos horas sobre la imaginación en la historia.

Es la quinta o sexta vez que oigo la misma discusión, provocada por el mismo enredo de palabras.

Sin imaginación, en sentido psicológico, no es posible ni la ciencia ni el arte en ninguna de sus ramas. Más aún, sin ella la inteligencia humana desaparecía rápidamente y la vida cerebral se reduciría a lo instintivo. Sin las poderosas imaginaciones que les cupieron en lote, Newton no habría hecho uno solo de sus descubrimientos, Darwin no habría logrado elaborar una sola de sus hipótesis, ni Edison, realizado el más modesto de sus inventos. Lo mismo ocurre en la historia. La historia sólo es una representación del pasado, ¿y cómo se lo representaría el desheredado de la imaginación? Preconizar la pobreza de imaginación en el historiador, es una necedad que corre parejas con la de enumerar la ceguera o la miopía entre los rasgos útiles al pintor.

Eso sí que la historia, al igual que las diversas ramas de la ciencia y del arte, exige una forma especial de imaginación: una imaginación evocativa y no inventora.

Un historiador mal dotado de imaginación histórica sólo percibirá el pasado como una mancha borrosa. Su obra, fatalmente, será falsa, tediosa y superficial; un inventario de hechos y de fechas, que no

dará idea ni del alma del pasado ni del verdadero encadenamiento histórico.

Ahora, si llamamos imaginación a la fantasía, como suelen hacerlo en Chile aun los maestros de nuestra cultura, esta forma de la imaginación no sólo está de más en la historia, sino que se excluye con ella.

Suele darse el caso que la imaginación histórica se combine con la fantasía, como ocurre en Vicuña Mackenna, aunque esta última entre en mucho menor dosis de lo que se ha hecho costumbre repetir en nuestro ambiente intelectual, siempre mal documentado. Es, sin duda, un defecto; pero un defecto mucho menos grave que la ausencia o que la pobreza de imaginación. Vicuña Mackenna es el verdadero creador del alma de nuestra historia. Sin su imaginación, ni Amunátegui, ni Barros Arana, ni Sotomayor Valdés habrían podido realizar la obra que llevaron a término. Los tres no han hecho otra cosa que corregir los errores materiales, adelantando o esclareciendo la investigación de algunos hechos; cambiar su forma exuberante y chillona, por la forma gris y opaca cara al vasco; y suplir, no siempre con acierto, las deficiencias de su juicio infantil.

El fondo de la visión histórica, verdadera o falsa, según la contemplemos desde el mirador de sus contemporáneos o desde nuestro actual mirador, es la que su poderosa sensibilidad captó e impuso por superioridad mental aplastante a todos los demás escritores.

DE LA PESADEZ Y DE LA MUERTE
DE LA LITERATURA HISTÓRICA CHILENA

—¿Y este Savonarola?

—Me lo regaló Julio Montebruno. Desde que éramos mozos me tiene pronosticado que acabaré como él.

—¿Qué significa este caracol tan escuálido, que no puede con su concha, y esta lombriz robusta, que hace cabriolas?

—Me los remitió Arcadio Ducoing con un volumen de Zihen. Supongo que el caracol escuálido represente al cerebro anquilosado por una cultura superior a sus fuerzas. La lombriz podría ser Goethe, Nietzsche, o alguna de sus parodias.

(1912)

“Por este camino la historia va a concluir en Chile en punta”, me dijo ayer don Emilio Vaïse. “Me aseguran los libreros que no logran vender cuarenta ejemplares de un libro histórico chileno, mientras venden cientos de las obras históricas extranjeras. Me consta que casi nadie lee los ejemplares que el autor regala. ¿Y cómo los van a leer?...”

¿Se explica usted el camino que ha tomado la historia aquí?”

—Sencillamente, se anquilosó; le sucedió lo que al Imperio Bizantino.

—Bueno, ése es el hecho y no la explicación. Lo extraño es que entre los aficionados hay algunos inteligentes.

—Los hay muy inteligentes. ¿Pero usted cree que en Bizancio no hubo talentos? El ambiente y el espíritu gregario son camisas de fuerza muy poderosas. Se me ocurre que, si me internaran en un

hospicio o en un manicomio, al cabo de un mes me convertiría en un idiota o en un loco perfecto.

—¿Y quién le pondrá los cascabeles al gato?

—No sabe usted que mientras dormimos, el diablo suele cargar hasta las carabinas mohosas.

—¡Con tal que no cargue la de Ambrosio!

(1934)

—¿Cree que los demás seguirán sus aguas?

—Por el momento están paralizados por la sorpresa y por la esperanza de que el libro naufrague. Si esto sucede, me adoptarán en el acto, y tendré que cargar por el resto de mis días la librea de historiador.

Si, por el contrario, la mujer, los poetas y los artistas, logran imponerlo, se producirá en los pequeños de cerebro y de alma la única reacción de que son capaces: la del eunuco cerebral. Llamarán superficial, fantástico, plagiarlo, y, tal vez, embustero y loco al autor. Y estarán en su derecho. Cada uno ve lo que su cerebro le permite ver. Y si el libro arrolla con los epítetos deslizados *sotto voce*, le azuzarán los quiltros con la esperanza de chunguearlo. Después, todo volverá a la calma... y la historia seguirá virgen del contacto impuro de los lectores.

—No pienso como Ud. Su libro va a producir una revolución igual a la que, en su tiempo, provocó Taine, en Francia y en Europa. Hay algunos inteligentes, y esos despertarán con el latigazo. Se discutirán sus puntos de vista. Pero ninguno se atreverá a volver a la antigua tontería.

—Lo conversamos hace veintidós años. Galdames, Salas Edwards, Montaner Bello y los inteligentes en general no atacarán; pero tampoco se embarcarán. Tienen la experiencia de los progresos moderados que ellos mismos intentaron introducir. Además, después de los cuarenta, la sangre empieza a reclamar la paz. Por otro lado, Ud. contempla sólo el aspecto negativo del problema. Convengo con Ud. en que el concepto chileno de la historia es un cadáver insepulto y que es muy sencilla la piadosa tarea de tirarle algunas paladas de tierra. Pero, ¿la nueva forma? Tiene que crearla el artista, refundien-

do investigación e interpretación en una obra de verdad y de belleza. ¿Y de dónde sacaría la interpretación? Para que la historia nazca en Chile tiene que realizarse antes un hondo trabajo de pensamiento, y éste apenas empieza.

(1935)

—Me dicen que se han vendido 3.200 ejemplares, y calculan en cuatro y pico los lectores de prestado, término medio, por cada ejemplar; de suerte que la obra lleva alrededor de veinte mil lectores.

—No podría decírselo. Créame que no he tenido la curiosidad de preguntarlo. Lo que puedo asegurarle es que se cumplió mi vaticinio. Ha penetrado en el cerebro de la mujer, del poeta y del artista hasta una hondura racionalmente inverosímil. La mujer, sobre todo, ha asimilado sin refracción alguna hasta la parte sociológica. “Creerás, me dijo ayer R.D., que mi mujer, que nunca lee otra cosa que el año cristiano, se amaneció con tu libro”. “Por favor, no redacte la historia, me escribió B.V. Déjeme con la impresión de Portales. Después de él todo lo voy a encontrar insulso”. “Yo que no podía oír hablar de historia, me muero de ganas de leer una historia de Chile en el estilo de Portales” (Y.E.). No continúo para no marearlo y marearme. El día que un joven del temperamento de Joaquín Díaz Garcés se oriente hacia la historia, tendrá en Chile cincuenta mil lectores.

—¿Es incomprendible! Pero, ¿cree usted que han comprendido? ¿No será simulación?

—¿Y qué juez más calificado que el autor para decirlo? A menos que me suponga presa de la chifladura del escritor o del deseo de halagarlas... cuando ya toco a los sesenta.

—¿Se acuerda de la discusión con Alberto Edwards, el año 10, en la librería de Miranda?

—¿De cuál? Cada vez que ustedes se reunían se trezaban. Edwards tenía espíritu de contradicción y usted el de la singularidad. Recuerdo que una vez usted dijo que la única verdad es la que alberga el cerebro de la mujer y del hombre sencillo, no deformado por el raciocinio y libre de la costra pétreo de la cultura, que adhiere al cerebro como la concha al caracol. Aún estoy viendo el gesto de

espanto de Edwards. Después de muchos aspavientos, optó por no replicar, y dijo: "Me tienen por loco. En realidad, soy cuerdo con apariencias de loco, y éste es loco con apariencias de cuerdo".

—¿Recuerda la predicción del diablo y de la carabina?

—¡Si, me acuerdo! ¡Pero qué se me iba a ocurrir que a usted le iba a dar a la postre por la historia! Todos creíamos que sólo le interesaba como objeto de mofa.

—Se olvidó de que la historia es mujer, y como tal, celosa y vengativa. Se vengó en regla de mis preferencias por la filosofía. Nunca sentí el cansancio de pensar de qué habla Comte. Será porque he pensado como el agua corre por el cauce en declive y como el pájaro hiende el espacio. Pero estoy reventado con el oficio de intelectual.

—¿Y de qué se queja? Se encerró desde niño entre Pascal y Newton; entre Leibniz y Goethe, y naturalmente...

—¡Profundo error, don Emilio! Ud. está como Alberto Edwards, que nunca se sentía seguro de la seriedad de mis afirmaciones. Le repito por la centésima vez que experimento igual agrado en conversar con un gañán que en leer una página de Platón; y que siempre he colocado la cháchara de un cerebro femenino por sobre el más profundo pensamiento de Goethe. En lo trascendental, debo mucho más a Germán Lobos, un mestizo de español y de araucana, que me proveía de buques, cañones, soldados y material bélico en general, durante la Guerra del Pacífico, que a Leibniz. En lo pequeño, para no alejarnos del tema, mis ideas sobre la historia, cuerdas o disparatadas, añejas o nuevas, vienen en su mayor parte de Eugenio Tobar, el mayordomo de los cambalaches con los gitanos y el mismo de las listas de matrimonios con las cuales tanto le hacía reír el señor Montauban. El resto procede de M.Y.M. de D., la original lectora de Macaulay y de Nietzsche, en cuyas manos cayó un día... de don...

Pero confieso que tardo más de lo necesario en acostumbrarme al ruido del trabajo mental motorizado y al chirrido cerebral de tanto respetable padre de familia empeñado en producir harina sin tener trigo en la tolva del molino.

Descargue su conciencia de la parte de responsabilidad que le cabe, rogando a Dios que me vuelva cuanto antes a la contemplación de la substancia viviente de Goethe y que apresure el fin de la

civilización de Occidente y el predominio japonés, a fin de que yo pueda presenciarlos.

—¡Uf! Veinte años atrás le oía estas cosas como quien oye llover; hoy no es igual. Voy a referirle algo muy grave... pero no dé mi nombre. En el clero francés...

Este panorama me descompone los nervios... Hablemos mejor de historia.

—Sí, don Emilio. Vamos a leer juntos una historia de Chile, breve, profunda y amena... en la eternidad... dentro de dos siglos... y en japonés. Pero antes vamos a expertizar de nuevo el cuadro de Santa Cecilia, que le regaló el Dr. Orrego Luco.

—Formalmente, ¿Ud. cree que es el retrato de Lucrecia Borgia?

—Tan formalmente como en la ascendencia Borgia de Portales.

—¡Y lo he tenido tantos años a la cabecera de mi cama!

—Uno de estos días lo vamos a reexaminar de nuevo; y a discutir el caso de conciencia con Suárez y con Santo Tomás en las manos. Buenas noches, don Emilio.

No debíamos volver a vernos.

LA HISTORIA Y EL ALMA DEL PASADO

(1902)

El conjunto de sentimientos, de creencias, de ideas, de intereses y de pasiones que lo animan, forman el alma de un momento histórico.

Los historiadores han tomado frente al alma del pasado dos posiciones opuestas, pero igualmente desgraciadas.

Los unos, no pudiendo representársela por insensibilidad cerebral o pobreza de imaginación evocativa, la suprimen. Limitan la historia a la narración externa de los sucesos y se contentan con consignar unas pocas reflexiones convencionales que la repetición ha impuesto sobre su espíritu.

Los otros, en la imposibilidad de desprenderse del alma de su presente, la transportan al período que historian. Cometan la mayor de las falsificaciones de que la historia puede ser objeto, animando a los hombres y a los tiempos que historian con las ideas, los sentimientos y las pasiones del momento en que escriben, y se escandalizan de un error en el tono de los cabellos de Valdivia o malgastan diez años en

averiguar si doña Inés Suárez traía o no calzones, y en hacer conjeturas sobre la clase de tela que debió emplear en su confección.

La verdad en la historia, la pobre verdad relativa que nos es accesible, sólo empezará a balbucir cuando el desarrollo mental obligue al historiador a ceñirse a las siguientes normas:

Primero. Lo esencial en la historia de un pueblo que ha traspasado los dinteles de la civilización, son las fuerzas espirituales: sus características psicológicas, la concepción de la vida, las creencias religiosas, políticas y sociales, los sentimientos, las ideas y las pasiones que le animan, y las sugerencias colectivas que, como camisas de fuerza, encuadran su actuación en un marco labrado, a veces, por la herencia y otras por la imitación y hasta por las influencias de los genios que el sino incuba en su propio seno.

El que no las perciba desde el primer contacto con el pasado, carece de imaginación histórica, y hará siempre una historia más falsa que la novela histórica, aunque por otro costado.

El razonamiento no puede suplir la falta de sensibilidad cerebral para la percepción del pasado. La argamasa con que el pensamiento discursivo va supliendo lo que la intuición no percibe, es un producto de nuestra mente, sin realidad alguna en el pasado que historiamos. Una ilusión muy explicable confunde en el escritor el recurso que el raciocinio nos brinda para transmitir a los demás, en la medida que ellos pueden recibirlo, lo que percibió nuestra intuición, con el reemplazo de lo que nuestra mente no ve por la elaboración creadora del raciocinio. Las elaboraciones creadoras de nuestro raciocinio hacen parte del devenir, de lo vivo, dentro de la concepción goetheana, del impulso que sigue dentro de la mía; pero son totalmente extrañas al pasado, a lo ya muerto o a los impulsos precedentes, si no identificamos con Goethe, pasado y muerte. Es el error que asesina la admirable obra de Taine.

No creo que sea imposible la complementación en este terreno. Un historiador desheredado de la imaginación histórica puede beber en otro el alma del pasado. El caso se ha producido en Chile. Don Diego robó, inconscientemente, a Vicuña Mackenna los pobres jirones del alma de nuestro pasado que, aquí y acullá, asoman en su obra. Pero no creo en la posibilidad de transmitir al lector lo que se nos representa directamente en nuestra psiquis.

Segundo. Los hombres y los sucesos sólo valen para la historia en cuanto factores que contribuyen a determinar el devenir y en cuanto símbolos que lo representan.

Tercero. Es de la esencia del apóstol y del político la creencia en la verdad absoluta de los ideales éticos, políticos o sociales. Para sugestionar, hay que empezar por sugestionarse uno mismo. El hombre crea la historia en cuanto místico y no en cuanto razonador. El razonador que presente el devenir, influye en los acontecimientos como el tenorio de Quevedo obligaba a las mujeres a seguirlo: caminando delante de ellos.

Cuarto. El historiador sólo empieza, hoy, con la conciencia de que el alma de un momento, inclusive ideales políticos, sociales y éticos, sólo son una fase transitoria de un proceso o devenir, que no encierra más verdad ni más valor que las que le precedieron y las que le seguirán.

El apóstol y el político son actores del devenir histórico; y necesitan reconcentrar sus energías en el sentido que el devenir las solicita; necesitan comprimir ideas y sentimientos en los cilindros del motor cerebral para darles eficacia creadora. El historiador necesita, por el contrario, treparse a la cumbre cerebral, aun a riesgo de doblar el tallo con su peso y rodar con él al precipicio; abarcar en el espacio y en el tiempo la máxima visión accesible a nuestra mente, átomo perdido en el cosmos intemporal e inmensurable, pero, para nosotros, única antorcha a través de la cual vislumbramos la sombra del impulso creador del cual somos parte. Debe ser espectador y no actor en el presente creador.

Quinto. Pero no puede ser un espectador inerte del pasado que historia. Para destacar su imagen ante el lector, tiene que representársela; tiene que vivir los sentimientos, las ideas, los prejuicios, las pasiones, los intereses, el alma, en suma, del momento que historia. Y la representación debe ser lo bastante intensa para aplastar, por el momento, al presente en la imaginación del lector.

Si yo escribiera la historia de Portales, en vez de podarlo, de suavizar sus aristas y de rellenarle las depresiones, como lo hace don Diego, lo representaría tal cual fue, con todas sus grandezas y pequeñeces, casi inverosímiles. Lo mismo haría con Vidaurre, con

Pinto, con Prieto y con todos los demás; y con las ideas, con los sentimientos y con las pasiones de la época, tan distintas de las actuales. "Lo que tú ves, me dijo un día don Diego, se parece a lo que veían mi padre, don Antonio Vergara, don Fernando Urizar y los demás contemporáneos de los sucesos que conocí, pero si no lo sometes a una crítica racional y no les das forma moderada, nadie te entenderá ni nadie te creerá". Si esto fuera efectivo, no habría profesión más mezquina que la de historiador. La falsificación gris de la historia es la más repugnante, porque es la más insidiosa. O se dice la verdad desnuda, tal cual la vemos, o se calla.

Sexto. Quedan dos factores irreductibles de refracción de la verdad. Nuestra mente, en perpetua evolución, no puede percibir el pasado exactamente como se representó a los actores. Siempre nuestra visión, aun la más objetiva, será un remedo. Nuestro cerebro individual, por otro lado, es un prisma que refracta la verdad a los ojos de los demás.

Pero, a lo menos, no añadamos a estos factores ineludibles de error otros artificiales, acomodando a ciertos gustos la verdad que percibimos.

Séptimo. La historia escrita por el investigador será siempre más falsa que la escrita por el poeta. La excesiva sensibilidad cerebral del último, le expone a fantasear detalles y a colorear en exceso hombres y acontecimientos. Pero la inercia psíquica del primero le condena, lo mismo que al ciego, a percibir el pasado sólo como una mancha vinosa, amoratada.

La verdad histórica sólo es accesible a una poderosa imaginación evocativa, acompañada de una imaginación inventora raquítica.

PROLOGO A LA PRIMERA EDICION
DE
HISTORIA DE CHILE DESDE LA PREHISTORIA
HASTA 1891

APÉNDICE

En otro libro he dicho, que, estando nuestra psiquis sujeta a perpetuo cambio, como todo lo que vive, la imagen del pasado está también sujeta a una continua transformación. Pero, dentro de esta relatividad, los cerebros inertes, cualquiera que sea su poder de raciocinio, sólo pueden formarse una imagen del pasado como el ciego se forja ideas de los colores o el sordo de la música; los cerebros dotados de imaginación creadora no se volverán hacia la historia como le ocurrió a Goethe, y si llegan a volverse, crearán una fantasía en vez de percibir la imagen de lo que fue; sólo los favorecidos por una imaginación evocativa pueden hacer revivir los sucesos, los hombres, los sentimientos y las ideas de otros tiempos.

Es tarea que sólo exige laboriosidad y paciencia la de coleccionar los datos necesarios para escribir la historia de un pueblo, registrar su exactitud material y ordenarlos en una exposición metódica. Pero, si el autor no tiene imaginación evocativa, jamás podrá representarse la imagen real y viva del pasado del pueblo que historia, menos aún podrá comunicarla a sus lectores. Se intentó en otra época suplir con el raciocinio la ausencia de sensibilidad cerebral para percibir el pasado. Los historiadores construyen previamente una armazón con sus ideas filosóficas, morales o políticas, colocaban en sus casilleros los hechos históricos, y los ligaban con la argamasa del raciocinio para que no se desmoronaran.

Es éste un ejercicio retórico predilecto de los desheredados de la sensibilidad cerebral. Mas, si por casualidad se vuelve a leer después de cincuenta años una de estas historias, es difícil expresar la sensación de ridículo que produce, aun en las inteligencias vulgares. Es

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN
DE
*HISTORIA DE CHILE DESDE LA PREHISTORIA
HASTA 1891*

En otro libro he dicho, que, estando nuestra psiquis sujeta a perpetuo cambio, como todo lo que vive, la imagen del pasado está también sujeta a una continua transformación. Pero, dentro de esta relatividad, los cerebros inertes, cualquiera que sea su poder de raciocinio, sólo pueden formarse una imagen del pasado como el ciego se forma idea de los colores o el sordo de la música; los cerebros dotados de imaginación creadora no se volverán hacia la historia como le ocurrió a Goethe, y, si llegan a volverse, crearán una fantasía en vez de percibir la imagen de lo que fue; sólo los favorecidos por una imaginación evocativa pueden hacer revivir los sucesos, los hombres, los sentimientos y las ideas de otros tiempos.

Es tarea que sólo exige laboriosidad y paciencia la de coleccionar los datos necesarios para escribir la historia de un pueblo, esclarecer su exactitud material y ordenarlos en una exposición metódica. Pero, si el autor no tiene imaginación evocativa, jamás podrá representarse la imagen real y viva del pasado del pueblo que historia; menos aún podrá comunicarla a sus lectores. Se intentó en otra época suplir con el raciocinio la ausencia de sensibilidad cerebral para percibir el pasado. Los historiadores construían previamente una armazón con sus ideas filosóficas, morales o políticas, colocaban en sus casilleros los hechos históricos, y los ligaban con la argamasa del raciocinio para que no se desmoronaran.

Es éste un ejercicio retórico predilecto de los desheredados de la sensibilidad cerebral. Mas, si por casualidad se vuelve a leer después de cincuenta años una de estas historias, es difícil expresar la sensación de ridículo que produce, aun en las inteligencias vulgares. Es

que, en vez de aprehender algunos jirones de la vida que pasó, sólo elaboraron una parodia, momentáneamente disimulada por la conformidad de la argamasa con el presente del lector. En cambio, los jirones robados a las entrañas de la vida perduran hasta donde pueden perdurar las creaciones del hombre. Todavía leemos con placer las relaciones ingenuas, pero reales, del cerebro casi primitivo de Heródoto. Las historias de las conquistas de México y del Perú, de Prescott están muy atrasadas en la exactitud material de los datos y sembradas de reflexiones que hoy nos parecen cándidas; y, sin embargo, tienen más lectores que las más completas y modernas historias de estos acontecimientos. Es que Prescott logró representarse a los hombres y los sucesos que historiaba.

Nadie discute hoy los conceptos esbozados en el párrafo anterior; pero no exagero si digo que el noventa por ciento de los historiadores los juzgan ideal inalcanzable. En la práctica, la historia así concebida se estrella, a su juicio, con obstáculos insalvables.

El primero es la endeblez del cuerpo de hechos escogidos para representar la imagen del pasado. Es fácil que un cerebro favorecido por una poderosa imaginación evocativa se forme una idea exacta del tiempo y del país que se propone historiar; pero no sucederá lo mismo con los hechos y los personajes que escoja para materializar su visión.

La imagen fiel y viva del pasado sólo puede captarse a través de la lectura de los documentos contemporáneos de los sucesos y del examen de las ruinas y de los demás despojos que dejó. Sólo en ellos vaga el alma del pueblo y de los hombres que crearon esa historia, y la fisonomía real de los sucesos y de los sentimientos que los determinaron. Los textos de historia contienen un material ya digerido, una visión ya producida a través de un cerebro diverso, o un simple inventario de escribano, la cáscara muerta de los hombres y de las cosas. Sólo en el documento original vaga ese algo indefinible que se adentra en nuestra imaginación y se concreta, inconscientemente, en la imagen de pueblos, de hombres, de sucesos y de países que no podemos ya percibir directamente.

Ahora bien, estos documentos originales están plagados de errores, de mentiras, de lagunas y de contradicciones. Si el investigador, atento sólo a cotejar fechas, anotar contradicciones y llenar vacíos,

yerra a cada momento, ¿qué le ocurrirá al que los recorra con la atención absorta en la imagen articulada y viva del pasado? Su obra podrá reflejar el alma y el espíritu del trozo de historia que refiere; pero los hechos serán una maraña inextricable de errores.

La objeción es eco retrasado de un orden de cosas ya fenecido. Es evidente que, cuando la investigación y la historia se reunían en el mismo individuo, el historiador estaba fatalmente abocado a un dilema: o consumía su energía mental en rastrear documentos y cotejar detalles para alcanzar cierta verdad material, en detrimento de la imagen viva del pasado, o buscaba esta última a expensas de aquélla. Pero, desde que el desarrollo mental separó ambas actividades, el dilema desapareció. El historiador necesita que los hechos estén previamente establecidos por el investigador, como el arquitecto necesita que otros le procuren el cemento, el fierro y todos los materiales de la construcción. Y si el historidor tiene hoy los materiales, que antes estaban dispersos, reunidos ordenadamente en colecciones o en archivos con índices y con frecuencia impresos, ¿qué necesidad tiene de consumir su tiempo y de malbaratar su sensibilidad cerebral en la búsqueda abrumadora de otras épocas? Y si, además, dispone de los resultados de la crítica histórica, ¿por qué ha de ser menos exacto en los detalles que el investigador?

La dificultad, antes insalvable, se resuelve hoy con el doble examen de la documentación: con una primera lectura, cuyo único norte debe ser captar la imagen del pasado, y con una segunda, después de vaciada en el papel esa imagen, cuyo fin sea la verificación material de las fechas y de los detalles de los hechos que la han formado o que se han escogido para representarla. En este segundo examen se pueden eliminar los errores con muchas ventajas sobre el investigador, porque los alumbró la antorcha del espíritu que animó a los hombres y a los sucesos. Además, el historiador es generalmente menos apasionado que el investigador, con frecuencia dispuesto a enmendar a sus predecesores y a tergiversar el sentido de los documentos en aras de la novedad.

La imaginación evocativa, lejos de estar reñida con la exactitud material de los hechos, ayuda eficazmente a depurarla. El prejuicio contra ella que ha dominado en Chile por más de medio siglo, deriva en gran parte del abuso que hizo Vicuña Mackenna de sus admirables dotes naturales. Pero lo curioso es que, en lugar de condenar el

abuso, se ha condenado las dotes mismas. En vez de preguntarse a qué quedarían reducidos los libros del genial escritor, si se suprimiera la poderosa imaginación evocativa que los informa, se han cargado a su cuenta los descuidos y los errores de que están plagados y la puerilidad de los juicios que estropean sus intuiciones.

El fracaso de Vicuña Mackenna en la verdad material de los hechos deriva, en primer lugar, de que escribió cuando el trabajo de investigación y de crítica de los documentos, que siempre debe preceder a la historia, aún estaba en pañales. Deriva, en segundo término, del torbellino de su vida. Sus libros se escribieron a todo correr de la pluma, sin confrontar nada, sin volver a leer siquiera la página escrita entre un discurso en las Cámaras, una aventura revolucionaria, un artículo de diario, una inspección al Santa Lucía, una campaña presidencial, una disertación estratégica sobre la ocupación de Lima, un *mitin* para propiciar la unión americana o un folleto sobre la defensa de Puebla. Lo extraño es que haya en sus libros documentos bien copiados y hasta páginas bastante exactas.

La segunda dificultad práctica es la de conciliar la representación viva del pasado con los datos y noticias de todo orden que el presente necesita pedir a la historia. La imagen del pasado sólo puede transmitirse al lector destacando los hombres y los sucesos en que se encarnó, y relegando lo demás al claroscuro. Esta conciliación es imposible dentro del antiguo concepto de la historia general: o se renuncia a representar el pasado o se renuncia a la historia enciclopédica. Pero desde que se abandona la concepción arcaica de la historia general, resulta sencillísima. La historia central sólo debe ser la representación fiel y viva del pasado. Los hechos sólo le interesan en cuanto elementos que encarnaron el alma y la vida, los hombres y los sucesos, y no tiene que cuidarse de los datos que el lector pueda necesitar. Esos datos debe pedirlos a las historias especiales, a la historia militar, diplomática, eclesiástica, política, social, económica, etc. En estas historias especiales, el historiador utiliza los mismos documentos, pero con finalidad muy diversa. Ya no se trata de representar la vida, el desarrollo y las vicisitudes de un pueblo, que sería absurdo encarar desde una sola faceta, de un prisma múltiple. Su objeto es exponer clara y ordenadamente todos los datos pertinentes a una sola fase de la evolución social, recogiendo cuanto

pueda interesar a las generaciones futuras, tengan o no valor como elementos o símbolos de representación.

Estas historias especiales pueden revestir un gran valor literario, ser a la vez una enciclopedia y una lectura amena, como la historia, aún inconclusa, de nuestra diplomacia, de Montaner Bello, y la admirable historia de la *Guerra del Pacífico*, de Bulnes, o limitarse a una exposición ordenada y completa de los hechos, sin pretensiones literarias. Pero, en uno y otro caso, tienen que escribirse sobre la documentación original. Las antiguas historias generales, sin excluir la de Barros Arana, no lograron encerrar, por imposibilidad material, siquiera la tercera parte de los datos que exige una historia especial. Además, esos datos están hoy profundamente modificados por la nueva documentación.

Finalmente, desde el ángulo opuesto, se ha apuntado la dificultad de conciliar la historia concebida como una imagen viva del pasado, con la profundidad de la visión histórica. Para que el común de los lectores pueda percibir la imagen, hay que detenerse en la superficie del devenir histórico.

Esta observación, como las anteriores, es un eco retrasado de un concepto que ya no corresponde al pensamiento actual. En otro tiempo, se intentó encerrar el desarrollo histórico dentro de moldes fabricados por el intelecto. El intento, como voluntad, como afirmación de la fuerza creadora del cerebro humano, pudo ser digno de admiración: el pensador, no contento con influir sobre el presente y el futuro inmediato, aspiró a modelar, también, el pasado. Mas, desde el punto de vista intelectual, apenas se concibe que lo hayan albergado cerebros de primer rango. Una historia encuadrada en un sistema filosófico, sociológico, político, moral o religioso, no es historia. La historia es una de las múltiples manifestaciones de la vida, y la vida revienta todos los moldes que el cerebro humano es capaz de fabricar.

La sucesión de los hechos, la forma del desarrollo histórico, las semejanzas y las disconformidades con la experiencia de otros pueblos, sugieren observaciones que ayudan a ciertos cerebros a representarse con más profundidad el pasado; pero es menester no olvidar que en estas reflexiones el factor subjetivo, que en la historia propiamente dicha disminuye al *minimum*, alcanza en ellas preponderancia aplastante. Nada se opone a que el historiador que sea a la vez

pensador, consigne esas reflexiones siempre que, en vez de preceder a la historia y condicionarla, la sigan, como un corolario de los hechos. El historiador que antes de repasar los documentos sabe a dónde va a parar, sencillamente no es historiador, cualesquiera que sean su poder cerebral y sus dotes artísticas. El lector corriente se detendrá en los capítulos narrativos; y el que tenga poder cerebral para ello, podrá confrontar su propia visión sociológica con la del autor, en la síntesis, sin necesidad de mezclarla a la historia misma.

Después de las reflexiones anteriores, huelga decir que, sin el trabajo de los investigadores que han acumulado los materiales para edificar nuestra historia, la presente obra no se habría escrito.

Las investigaciones de Uhle, de Latcham y de otros arqueólogos me han permitido intentar el esbozo de nuestra prehistoria, que forma el capítulo segundo de la primera parte. Sin los valiosos trabajos de Latcham, el capítulo que consagró al pueblo mapuche no habría variado en las líneas generales; pero no habría tomado la firmeza concreta que he podido darle a la luz de sus investigaciones. Los estudios de este eminente antropólogo removieron la mayor dificultad con que había tropezado en la redacción de esta obra. Treinta años atrás, al bosquejar al pueblo mapuche, me encontré delante de numerosas observaciones recogidas por personas de buena voluntad; pero que carecían de la preparación científica y técnica indispensable en las investigaciones antropológicas. Creí fácil salvar el escollo, corrigiendo con mis propios conocimientos generales de antropología, la interpretación errada de los datos recogidos por los observadores. Pronto toqué mi desengaño. Las observaciones mismas estaban viciadas, y la tarea de restablecer su fisonomía genuina, de apartar lo correspondiente al estado social de las características propias del mapuche, y de depurarlas de lo adquirido en el contacto con el español, era imposible sin estudiar directamente los despojos del pueblo araucano. Hube, pues, de limitarme a corregir los errores muy gruesos, manteniéndome en el terreno de las generalidades, hasta que las investigaciones antropológicas y arqueológicas proyectaran mayor luz sobre los aborígenes.

Los trabajos posteriores de Latcham, emprendidos con un bagaje de preparación científica y técnica de que carecieron sus predecesores

res y una notable ponderación de juicio, me han permitido rehacer el capítulo que consagro al mapa etnográfico chileno en el momento de la llegada de los españoles y el bosquejo del pueblo mapuche. La coincidencia de los resultados de sus investigaciones antropológicas con las conclusiones que había inferido de los datos históricos, interpretados a la luz de mis conocimientos teóricos de antropología, ha dado solidez a concepciones que sólo me había atrevido a insinuar como hipótesis. Sus observaciones directas de los restos arqueológicos y vivos de las razas primitivas que poblaron nuestro suelo, me han permitido descender a los detalles: mediante ellas, he podido dar forma concreta a las generalidades, y presentar, hasta cierto punto, un cuadro vivo y plástico de lo que fue el pueblo mapuche. He procurado, en la medida de lo posible, cederle la palabra, sobre todo cuando se trata de algo observado por él mismo.

Gracias a este concurso, he podido, también, presentar un cuadro de nuestra prehistoria, que dista mucho de ser definitivo en los detalles, pero que difícilmente se modificará en las grandes líneas, dada la concordancia de los datos históricos con el resultado actual de las investigaciones arqueológicas y antropológicas.

Pasando a las fuentes de la historia propiamente dicha, desde Magallanes hasta el final de la Independencia, he exprimido el contenido:

a) De los treinta volúmenes impresos y de los doscientos setenta y dos manuscritos de la *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile*, de Medina, que ha reunido la totalidad de los documentos de los archivos españoles conocidos por los historiadores del siglo XIX, más los que el autor logró encontrar en su búsqueda personal;

b) Del archivo Morla Vicuña, cuya prolija exactitud me ha permitido enmendar errores, frecuentes en las copias que forman las colecciones de Medina y de Gay, y de que no están exentas las de Barros Arana;

c) De los cuatro volúmenes de la *Colección de documentos históricos del archivo del Arzobispado de Santiago*;

d) De los cuarenta y seis volúmenes de la *Colección de historiadores de Chile y documentos relativos a la historia nacional*;

e) De las *Actas del Cabildo de Santiago*;

f) De la *Colección de historiadores de la Independencia de Chile*, de Matta Vial, y

g) De los materiales acumulados por la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, y por el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*.

Por último, con frecuencia, he tenido que recurrir al archivo de la Real Audiencia, a los protocolos notariales, al archivo de jesuitas, y al archivo de la Capitanía General, para esclarecer hechos o precisar más la fisonomía de una época o de algunos sucesos.

En el momento oportuno, indicaré las fuentes que he utilizado en la redacción de la historia de la República.

Debo, todavía, reconocer otra pesada deuda de gratitud. La imagen de nuestro pasado que vaga en esta historia, habría sido la misma en las grandes líneas y en la fisonomía general de los sucesos y de los hombres, aun cuando la documentación que me la ha sugerido hubiera permanecido virgen. Pero no habría ocurrido lo propio con lo que llamo la verdad material de los hechos.

La labor de benedictino de Tomás Thayer Ojeda me ha permitido añadir datos que se habían escapado en la lectura de los documentos y rectificar errores de fechas y de detalles. Por desgracia, el valioso apoyo del señor Thayer me falló antes de terminar el siglo XVI. En adelante, he tenido que fiarme del cotejo con la *Historia general de Chile*, de Barros Arana, salvo en cortos períodos o en algunos aspectos especiales en que he dispuesto de los trabajos de Crescente Errázuriz, de Amunátegui Solar, de Fuenzalida Grandón, de Frontaura, de Greve y de otros investigadores.

A pesar del empeño que he puesto en depurar la verdad material de los hechos, aun en los detalles de escaso valor histórico, no me forjo la ilusión de haber alcanzado completamente este objetivo. En obras que abarcan todos los aspectos de la evolución social a lo largo de tres y medio siglos, en que es necesario compulsar muchos miles de documentos, en espacio de más de treinta años, es imposible evitar las distracciones, las fallas de la memoria y los errores de copias, que sólo en parte he podido confrontar por segunda vez. Y si a esta circunstancia se añade que, a partir de 1566, he debido utilizar miles de documentos, que aún no han sido tocados por la crítica histórica, semejante pretensión no sería cuerda. Debo considerarme

satisfecho con no aumentar los yerros de mis predecesores, que no son escasos, aun en las obras más prolijamente elaboradas.

En cambio, en lo fundamental, en la representación de los diversos aspectos de nuestro desarrollo histórico, he dispuesto de un material mucho más abundante del que ellos conocieron. Si el libro flaquea por este costado, culpa será de mi insuficiencia intelectual y no de la falta de documentación ni de defecto de estudio.

La incorporación al texto de las rectificaciones acumuladas por la crítica histórica durante los últimos cincuenta años y la enmienda de los errores que, sin buscarlos, he advertido al recorrer los documentos, me han creado un problema de forma bastante molesto. Si hago caudal de ellos en el texto o en notas, siguiendo el ejemplo de Barros Arana y de Errázuriz, asesino la representación del pasado. Es imposible transmitir su imagen al lector envuelta en un fárrago de notas, de citas, de fuentes y de raciocinios críticos. Si no las subrayo, los doctos tomarán las novedades por descuidos: siempre estamos dispuestos a creer verdad el error repetido.

He procurado salvar la dificultad con diversos expedientes. El primero es rehuir la novedad por la novedad misma. Cuando el hecho en que incide no hace falta en la representación del pasado, lo suprimo. El historiador especial lo recogerá más tarde. Sin este recurso, habría tenido que colocar tres o cuatro notas en cada página. Pero quedan numerosas rectificaciones anejas a hechos que no es posible eliminar sin detrimento de la historia. Cada vez que he podido hacerlo, señalo disimuladamente su origen en la misma narración, en forma que, sin perturbar al lector corriente, pueda el docto verificarlas. Para no abusar del procedimiento, me limito con frecuencia a indicar la fuente al pie o entre paréntesis, sin comentarios. Quedaron, todavía, numerosas novedades que requieren explicación. En muy contadas ocasiones, cuando la novedad es de bulto y su origen se puede condensar en pocas líneas, agrego al pie una corta nota. En cada capítulo enumero las fuentes originales que he tenido a la vista al redactarlo; mas, como el contenido de los documentos que forman los volúmenes de las colecciones y el lugar que le corresponde en la historia no siempre coinciden, he necesitado con frecuencia transportar parte de él a otros capítulos. Aunque la filiación de estos datos no ofrece dificultad al investigador avezado,

vuelvo a indicar su origen en el capítulo en que los utilizo, cuando su importancia lo justifica y la exigencia superior, de no ahogar la narración con llamados, lo permite.

Por **mucho** que se exagere el alcance de las rectificaciones de los hechos, **acumuladas** en los últimos cincuenta años por la investigación, **no excede** al de las que Barros Arana, Vicuña Mackenna y Amunátegui hicieron a la historia recibida por ellos. El contorno general de los sucesos **queda** el mismo, como quedará dentro de medio siglo, cuando nuevos investigadores prosigan la crítica histórica más allá del punto en que la dejó la actual generación. Y, sin embargo, **mientras la imagen** de la Colonia que se dibujó a los historiadores nombrados es **fundamentalmente** la misma que flora en la historia de Gay y en los estudios de Lastarria, el lector **va ahora** a encontrarse delante de una imagen tan distinta que **parece captada con siglos de intervalo**.

Este violento contraste no deriva del factor subjetivo, como pudiera creerse a primera vista. Entre Lastarria, Vicuña Mackenna, Barros Arana y Amunátegui había tan profundas divergencias de **estructuras cerebrales** que sus visiones del pasado serían muy distintas, si **procedieran directamente** de la realidad. La uniformidad proviene de los **anteojos** a través de los cuales la miraron. Los cuatro creían que su presente, las ideas, las creencias y las instituciones de la **mística liberal** que profesaban, era algo definitivo, una **cumbre a la cual la humanidad** había llegado después de áspera repechada, y lo **erigieron** en medida del pasado y en cárcel del futuro. Su empeño no era captar el pasado, sino juzgarlo, como el juez al reo. A los cuatro les animaba un violento odio a España. De la combinación de estos tres elementos, y no de la realidad, surgió la **visión del pasado** que informa la literatura histórica del siglo XIX: la fantasía de un pueblo inteligente, ilustrado, moral y laborioso, oprimido por el pueblo español, estúpido, ignorante, cruel, fanático y perezoso, redimido de su **martirio** por la revolución de la independencia y regenerado por la **libertad**. Esta visión, grata al siglo XIX, ya no tiene correspondencia con nuestra psiquis actual. De este hecho emana la **antipatía** que hoy experimentan, casi sin excepción, los cerebros de algún poder mental, por la lectura de nuestra historia.

Por mi parte, he llegado a la historia trayendo como *abstractum* de mis peregrinaciones por la filosofía, la conciencia de la relatividad de nuestro conocimiento; y divisando en el presente sólo una etapa del suceder, que no vale ni más ni menos que las que le precedieron y las que le seguirán. Me acerqué al pasado para contemplarlo por encima de los sentimientos, de las creencias y de las ideas del presente, y he procurado representármelo como fue, hasta donde ello es posible. No abrigo la candorosa esperanza de que mi visión sea una fotografía. Pero el germen de sociedad humana, incubado por el cruzamiento del español y del aborigen, que se envuelve en su capullo (la Colonia) para proteger su debilidad, y que lo rompe prematuramente, para cumplir su sino angustioso antes de que se desplome la civilización de la que hace parte, se acerca a la realidad más que la fantasía de la historia tradicional.

El deseo de poner al lector en contacto directo con el pasado, me ha inducido a simbolizar el desarrollo histórico, de preferencia, en los hechos más sugestivos y en las frases que reflejan con más viveza la psicología de los actores, lo que me ha obligado a multiplicar la reproducción de trozos de los antiguos documentos. Siguiendo el ejemplo de los que han acertado en la historia, he escogido los más evocativos, los que mejor simbolizan un personaje o la fisonomía de un aspecto de la evolución social, sin preocuparme de que antes hayan sido utilizados diez o veinte veces. En este terreno, la única originalidad está en el partido que se saca a la cita, en el lugar que se le asigna en el mosaico. Sólo en los raros casos en que no he tenido el documento a la vista, cito al autor de quien tomo la frase o el trozo, para endosarle la responsabilidad de su exactitud. En los sucesos muy complicados y en los casos de mentalidades muy tortuosas, como las de Felipe II y el padre Luis de Valdivia, o demasiado aparte de lo corriente, como Portales, intervengo para guiar al lector por vericuetos psicológicos que muy pocos podrían recorrer solos. En mi deseo de claridad, en estos casos, no trepido en podar mis reflexiones, para poder vestirlas con una forma sencilla de contornos bien definidos.

Finalmente, persiguiendo el objetivo de destacar con el mayor relieve posible la imagen del pasado, he adaptado a la concepción

actual de la historia un método antiguo: narro los sucesos casi cronológicamente y, en seguida, destaco en una síntesis las diversas fases del desarrollo histórico.

F.A. ENCINA

Santiago, noviembre 28 de 1938

PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN
DE
HISTORIA DE CHILE DESDE LA PREHISTORIA
HASTA 1891

“En adelante sucederá, merced al señor Encina con relación a la historia de Chile, lo que, medio siglo atrás, sucedió en Francia, merced a Taine, con relación a la historia de la Revolución Francesa y a las consecuencias de aquel magno acontecimiento. La actitud mental chilena variará como varió la francesa. Esa variación, el señor Encina la impondrá por la novedad de sus ideas y el vigor dialéctico con que las desarrolla”.

Omer Emeth

Una edición de la *Historia de Chile*, triple de la que racionalmente debió hacerse para subvenir a la demanda de los lectores durante los quince o veinte años que, como *maximum*, vive hoy una historia, se ha agotado antes de imprimirse el cuarto tomo.

Simple bohemio del pensamiento, que siempre ha tenido por debilidad de mente la ambición de gloria literaria y por oficio molesto el de intelectual, el éxito me deja frío. Pero no ocurre lo mismo con el progreso de la historiografía chilena. No estoy satisfecho con los resultados: la obra ha quedado muy por debajo de mi ideal de la historia, forjado en un largo trabajo de pensamiento que empezó en la niñez, y que prosigue a los 72 años. En todo caso, nuestra literatura histórica zafó del banco en que había encallado. La ruta queda libre y el proceso de superación, reanudado. Mi avanzada edad no me permitirá alcanzar la única recompensa a que aspiraba: la de ver superada mi propia obra por las que se escribirán más adelante. Y ya que no veré cumplirse mi legítimo deseo, séame

permitido recordar brevemente algunas de las normas que han presidido su confección. El dominio de la historiografía no puede suplir la ausencia de las dotes intelectuales que exige la historia; pero ayuda a obtener el máximo rendimiento a los que no cupieron en lote.

Los oficios de erudito e historiador se reunieron en una sola persona, sin perjuicio de ninguno de los dos, en la infancia de la historia, y con grave detrimento de ambos, en la edad adulta. Hoy en día se oponen. El historiador necesita una extensa y sólida cultura y una sensibilidad cerebral que se excluyen con la erudición. La rebusca de los materiales absorbe el tiempo necesario para adquirir aquélla y aun para el estudio a fondo de los documentos. Además, la erudición mata la sensibilidad cerebral e incapacita para percibir el contenido espiritual de los documentos. Hay más grandeza duradera en un erudito del corte de Medina, que en un gran historiador. Pero no pasa de ser un pobre mentecato, el que pretenda reducir la historia a un montón informe de documentos indigeridos. Sin erudición no hay historia; pero sin la historia, la erudición es una actividad inútil, que queda por debajo de la del coleccionista de sellos, monedas o muebles antiguos.

Dentro de la antigua historia, los credos políticos, sociales o religiosos, los sentimientos nacionales, las concepciones sociológicas y los sistemas filosóficos, eran una especie de armazón en la cual se encajaban los hechos. Dentro de la actual historia científica objetiva —no de la de Acton y Croce— son simples objetos de la historia. Los hechos quedarán sueltos e inconexos, a menos que ensamblen en la columna vertebral del encadenamiento o devenir histórico. Para aprehender este último, no basta el poder cerebral y el estudio. Es necesario enfocar el suceder a lo largo de todo un período, digamos el de 1830-1891, antes de coger la pluma. El antiguo método de enhebrar uno a uno los hechos, por orden cronológico estricto, a la manera de cuentas de rosario, es incompatible con el actual concepto de la historia.

Si del estudio de los documentos no surge una imagen nítida de la fisonomía y del fondo del pasado, de los hombres y de los sucesos, de las ideas, sentimientos, deseos y pasiones, vale más dejar la pluma. La erudición muerta sólo es material destinado al historiador. El lector, desde el corto número de cerebros capaces de percibir el

fondo profundo del suceder, hasta los intelectos modestos, que no pueden ir más allá de las brillantes espumas que flotan en la superficie, rehúye la erudición muerta.

La exageración controlada, secreto del éxito colosal del Momm- sen, que yo mismo empleé en Portales, es el arma más eficaz para vencer la impermeabilidad de los ambientes. En biografías y en obras de combate, no presenta inconvenientes. En la historia de un pueblo, es recurso contraindicado. Es preferible emplear la repetición, por molesta que sea para los cerebros sensibles, y la acumulación de grandes masas de hechos concretos, que impongan al cerebro del lector los aspectos del pasado de importancia capital.

Es necesario aclarar la representación, eliminando el matorral, para que resalten los rasgos salientes del cuadro o del relato. El método fotográfico de Burckhardt, marea al lector; resulta un encaje demasiado fino y complicado para su sensibilidad cerebral.

Nunca he compartido los juicios de Vicuña Mackenna y de Isidoro Errázuriz, que no concedían a nuestra literatura histórica otro mérito que ser nuestra. Toda producción intelectual debe ser valorizada dentro del medio que la condicionó; y la labor de nuestros eruditos del siglo XIX, inclusive los ensayos con que intentaron convertir su cosecha en historia, si ni en el fondo ni en la forma resisten la comparación con las obras históricas europeas, resistenla ventajosamente con las literaturas históricas hispanoamericanas.

Lo que he calificado no de error sino de insensatez, es el empeño que un grupo de fanáticos, casi todos de muy cortos alcances, ha gastado durante los últimos cuarenta años por encerrar nuestra literatura histórica dentro de las normas en que Barros Arana encuadró su obra, no porque las creyera ideales, sino porque, como se lo oí cien veces, eran las que convenían a sus dotes cerebrales, al pobre material de que dispuso y a la camisa de fuerza de los gustos, los sentimientos y la basta mentalidad de los lectores de su época, cuyo interés se polarizaba en saber si Carrera traicionó o no a O'Higgins en Rancagua, si Vidaurre ordenó o no el asesinato de Portales.

A menos de ignorar qué es la historia, hoy en día no es posible hablar de historias definitivas, sin exponerse a sentar plaza de candidato a la Casa de Orates. Hasta en el más atrasado ambiente intelectual, es difícil encontrar un profesor que ignore que los cuatro

elementos de la creación histórica: los materiales, el autor, el medio y los lectores, están sujetos a continuo cambio. No recuerdo haber conocido ningún intelectual que ignorase que en Alemania, Francia e Inglaterra, lo mismo que en Chile, Bolivia y Paraguay, la historia necesita rehacerse sin cesar. La acumulación de nuevos materiales, el estudio más profundo de los que nos legó el pasado, el desarrollo de nuestros cerebros y los rápidos cambios en el ambiente y en las exigencias intelectuales y en los gustos de los lectores, a la vuelta de dos o tres decenios, borran hasta el recuerdo de las historias medianas y relegan las obras maestras a las páginas de la historia literaria. Ningún poder humano puede resucitar la actualidad de la brillante novela que Robertson escribió con el título de *Historia de América*, ni de las profundas páginas que Mommsen consagró a la historia de Roma, ni de la filigrana de matices con que Burckhardt intentó fotografiar el Renacimiento, porque ya desapareció el nexo entre la urdimbre intelectual y sentimental que las informa y la del momento que vivimos.

La insensatez de señalar como norte de nuestra literatura histórica los ensayos chilenos del siglo XIX, no merecería siquiera el honor de la contradicción, a no mediar la necesidad de rectificar un concepto anejo a ella, que ha pesado adversamente en el progreso de nuestra historiografía: la creencia de que la erudición del siglo XIX agotó la tarea de reunir los materiales necesarios para escribir nuestra historia. Domina en la casi totalidad de nuestros intelectuales, el convencimiento de que Barros Arana, por defectos de profundidad cerebral, resbaló por la superficie de nuestra historia y que, por falta de dotes artísticas, no logró organizar en una representación el magnífico y completo material acumulado por Gay, Muñoz, Vicuña Mackenna, Amunátegui, el propio Barros Arana y los DI MINORI de la erudición. Entretanto, la verdad es lo contrario. La sensatez, el buen juicio, la clara conciencia de sus propias dotes cerebrales y de las enormes lagunas y deficiencias del material de que disponía, movieron a Barros Arana a limitarse a refundir en una obra mixta, que es a la vez una crónica y una enciclopedia o diccionario histórico, excelente para su época, el contenido de los textos de los cronistas coloniales y de los documentos que los eruditos habían logrado reunir en los ratos que la política, la enseñanza, el periodismo y los empleos les dejaban libres.

Cuando hace medio siglo Carlos Morla Vicuña, Isidoro Errázuriz y José Toribio Medina me afirmaban que la historia de la Colonia estaba aún por escribirse, no conocía la documentación en la medida necesaria para formar juicio propio. Pero, cuando años más tarde, oí el mismo juicio a Crescente Errázuriz y a Enrique Matta Vial, hacía tiempo que la lectura del Archivo Morla Vicuña y de la parte impresa del de Medina, me había convencido de que, con el material acumulado hacia 1885-1890, no era posible escribir una historia de Chile, buena o mala, dentro del actual concepto de la historia. El vacío era casi completo en todos los aspectos del desarrollo histórico que no interesaban a los cronistas, como la enseñanza, la justicia, el desarrollo económico, etc. Lo mismo ocurría en los que no estaban a sus alcances, como los archivos de la Inquisición, o la lucha entre las concepciones mística y realista sobre la naturaleza espiritual del aborigen, llave sin la cual el cerebro más penetrante jamás podrá entender el desarrollo colonial de Chile. En los aspectos mejor documentados, era posible precisar los hechos, nombres y fechas más notables; mas no representarse la fisonomía real y los continuos cambios de esos mismos aspectos. No se exagera afirmando que, por cada documento de que se disponía, ocho o nueve, que modificaban aspectos fundamentales de la representación, dormían aún en los archivos.

Aun para escribir una simple crónica de la Colonia, era ineludible subordinar la narración a los documentos de que se disponía y rellenar las lagunas que no se podían eludir, con analogías, presunciones y aun con simples lucubraciones del raciocinio inventor, recursos todos ya repudiados por la historiografía de la primera mitad del siglo XIX. Se necesita haber intentado la empresa para formarse idea del desastre a que estaba fatalmente condenado en 1890 la representación del fondo de nuestro desarrollo histórico colonial, así la intentaran Barros Arana o Amunátegui, Mommsen o Trietschke. Si Barros Arana no tuviera otros títulos a la admiración de la posteridad, que haber orientado su obra en el sentido que le sugirió su cordura, éste bastaría para justificar todas las estatuas que se le han erigido y las que se le erijan en el futuro.

Pero, mientras todas las autoridades en la materia coinciden en el juicio que acabo de esbozar, algunos profesores, virgenes de contacto con las fuentes de la historia de Chile y con las normas de la

historiografía moderna, imponían a dos generaciones la creencia de que Barros Arana había agotado el contenido de nuestra historia. Para darse cuenta de los quilates de esta creencia, basta apuntar una reflexión al alcance de un niño de ocho años. Si Barros Arana agotó el contenido de las fuentes de la historia de Chile, ¿con qué objeto se han publicado en el último medio siglo y se siguen publicando, volúmenes de documentos que doblan quince o veinte veces los que conocieron los eruditos del siglo pasado? ¿Por qué Medina ha sido proclamado, por consenso unánime de América y de Europa, el primer erudito americano? ¿Para qué se siguen ordenando los archivos con finalidades históricas? ¿Para qué fundó Matta Vial la *Revista Chilena de Historia y Geografía*? ¿Con qué objeto los americanos están rehaciendo de pies a cabeza nuestro pasado colonial?

En los últimos cincuenta años, se ha acumulado un abundante y excelente material, que ni siquiera era posible fantasear a fines del siglo XIX. Aunque la búsqueda no ha concluido —la búsqueda jamás concluye— este material permite hoy en día intentar la representación de nuestro pasado. Pero, para que el proceso de superación de nuestra literatura histórica no se anquilese, como ocurrió con el vigoroso impulso del último tercio del siglo XIX, es necesario proseguir la ordenación y la crítica de ese material. Es indispensable vaciar su contenido en millares de monografías escritas de acuerdo con las normas que hoy en día presiden la confección de estos trabajos, en vez de amontonar el contenido de los documentos a la manera de los trabajadores que limpian de piedras un potrero; y suprimir las reflexiones de carácter general, propias de la historia, que están fuera de lugar en la simple erudición.

Los trabajos de Enrique M. Barba, de la Universidad de la Plata, son modelos de monografía de corte moderno. Entre nosotros mismos, las realizadas por los profesores jóvenes, sin alcanzar igual grado de perfección, marcan un enorme avance sobre las informes monografías de otros tiempos, que confundían la colección de documentos, su crítica y su agrupación por materias.

Medina y Matta Vial ordenaron el grueso del material correspondiente a la Colonia y la Independencia. También ha avanzado algo la ordenación de los documentos de la historia de la República. Mas está aún en pañales la publicación de este material.

Dentro de quince o veinte años, el simple desarrollo cerebral y los cambios, cada día más rápidos, en el ambiente y en las disposiciones intelectuales y sentimentales de los lectores, crearán la necesidad de una nueva historia en reemplazo de la presente. Su valor dependerá en un cincuenta por ciento de las dotes cerebrales y del saber de su autor y en un cincuenta por ciento de la ordenación y de la crítica del material.

Pasaron para no volver los tiempos en que Ranke y Mommsen transformaban en historia la propia cosecha de materiales. Pero pasaron, también, los tiempos en que Robertson imponía al mundo una historia de América forjada por las brillantes fulguraciones de su intelecto, sin más base que la noticia de los nombres de los archivos en que dormían las fuentes de la historia de América.

F.A. ENCINA

Las Cabras, 16 de diciembre de 1946

Quae tibi quaeque facilia facta sunt animo accipit, supra ea, rebus facta, per fallax avaritia.
Cada uno admite fácilmente lo que cree posible realizar por el mismo: es todo lo que está por encima de sus alcances, solo se una ficción, una simple mentira.

Salustio. Conjuración de Catilina.

El lector acepta o repudia los juicios de acuerdo con sus disposiciones afectivas y sus afinidades y antinomias intelectuales con el historiador; solo al ser se le representa como invención de mito: no lo que excede a sus alcances.

Hace unos ochenta años, Blas Encina, un raro que tuvo la ocurrencia de pensar la vida al margen de los conceptos estereotipados y la

transigencia de los dogmatismos. Cansó a la reflexión de Salustio, repetida por A. G. de... su secretario y más tarde rector y profesor de filosofía y de literatura de la Universidad de... y de...

PRÓLOGO AL TOMO XIX
DE
HISTORIA DE CHILE DESDE LA PREHISTORIA
HASTA 1891

"La verdad es lo que dignifica y concede valor a la historia".

Acton

"La verdad supera a todas las ficciones del artista cuando alguien tiene el valor de decirla".

Goethe

"...Quae sibi quisque facilia factu putat acquo animo accipit; supra ea, veluti ficta, pro falsis ducit".

"...Cada uno admite fácilmente lo que cree posible realizar por él mismo; en todo lo que está por encima de sus alcances, sólo ve una ficción, una simple mentira".

Salustio, Conjuración de Catilina.

"El lector acepta o repudia los juicios de acuerdo con sus disposiciones afectivas y sus afinidades y antinomias intelectuales con el historiador; sólo al necio se le representa como invención de mitómano lo que excede a sus alcances"¹.

Hace unos ochenta años, Blas Encina, un raro que tuvo la ocurrencia de pensar la vida al margen de los conceptos estereotipados y la

¹Enmienda de Ignacio Zenteno Gana a la reflexión de Salustio, repetida por Adolfo Armanet, su secretario, y más tarde rector y profesor de filosofía y de literatura del Liceo de Talca.

cordura de no escribir nada, comentando con Ignacio Zenteno Gana algunos conceptos de Scherer, llamó a la historia el *hospicio del mundo intelectual*.

La historia ha sido, efectivamente, el refugio de los que nacieron con vocación de intelectual y destituidos de las dotes que hacen posible al pensador, al sabio de laboratorio o microscopio, al matemático, al poeta y al artista.

Es difícil imaginar una actividad intelectual con menos exigencias cerebrales que la de acumular hechos y formar con ellos un montón sin sentido histórico, o engastarlos bien o mal en una armazón ideológica sentimental preconcebida, mediante el trabajo de taracea, o pisotear el pasado hasta reducirlo a una masa informe y amoldarlo en un esquema filosófico, sociológico o político (las antiguas historias narrativas y filosóficas y las modernas historias conservadoras, liberales, socialistas, marxistas, etc.). Las mismas obras maestras de otros tiempos, que se limitaban a destacar delante de los ojos del lector la imagen coloreada y viva de la superficie del pasado, como la *Historia de Inglaterra*, de Macaulay, y las ponderadas y amenas obras de Ranke, no tienen mayores exigencias intelectuales que las corrientes en los demás géneros literarios; en ellas sólo hay el reemplazo de la imaginación creadora por una poderosa imaginación evocativa, acompañada del sentido histórico.

En los últimos ochenta años, la concepción de la historia, y con ella las exigencias de materiales, de dotes intelectuales y de saber en el historiador, han crecido con rapidez tan vertiginosa que ha sido imposible seguir las en el mundo de las realizaciones.

Dentro de la antigua historia, la debilidad del material y aun las grandes lagunas, que afectaban a aspectos enteros del desarrollo histórico, no tenían trascendencia. Barros Arana, siguiendo a Bello, se formó un concepto totalmente errado sobre las funciones y la importancia de los cabildos coloniales; por falta de materiales, prescindió de la Inquisición; por inercia cerebral, no se percató del choque entre las concepciones mística y realista de la Conquista, factor sin el cual es imposible entender correctamente lo que ocurrió desde la llegada de fray Gil González de San Nicolás hasta la expulsión de los jesuitas; sustituyó el contenido de los documentos sobre la administración de justicia, por lo que viajeros de muy

dudosa veracidad, dijeron de la justicia de otras secciones de Hispanoamérica; reemplazó el contenido de los documentos sobre la enseñanza y sobre varios aspectos más del desarrollo histórico colonial, por los postulados de los enciclopedistas y especialmente de los autores de la leyenda negra contra España. Su obra, lejos de resentirse, ganó mucho en sencillez, en estructura y especialmente en unidad; pues las supresiones no afectaron a la urdimbre ideológica sentimental previa que la informa, y los postulados de la leyenda negra calzan con ella, tanto como los datos de los documentos ignorados o preteridos chocan.

En cambio, basta una sola laguna en un aspecto trascendental, o un extravío engendrado por la debilidad de la documentación, por defecto de estudio o por inercia cerebral del historiador, para que la historia genética se derrumbe.

Aludiendo a la insuficiencia o a la inadecuación de las dotes de la mayoría de los historiadores, dijo Mommsen: "El historiador nace". Con la concepción genética, las exigencias intelectuales de la historia han crecido hasta tornarse desesperantes. Los esfuerzos de uno que otro cerebro poderoso, casi siempre procedente de otros sectores del pensamiento, Montesquieu, Voltaire, Vico, Turgot, Herder, Hegel, Comte, De Gobineau, Spencer, Taine, Mommsen, Meyer, etc., han logrado superar parcialmente unos, y levantar otros, el esqueleto ideológico-sentimental con que el historiador sustituye la auténtica urdimbre espiritual del pasado. Más de un gran artista ha conseguido desgarrar el sudario con que el erudito envuelve el cadáver momificado de la vida pasada. Ninguno ha logrado levantar la historia a la altura que alcanzan hoy en días las demás ramas de la ciencia y del arte.

La aprehensión del fondo del pasado —los sentimientos, los ideales, los deseos y los impulsos que lo animaron y la génesis de las fuerzas sociales, sus acciones y reacciones hasta que afloran desde las profundidades del subconsciente a la superficie, por las grietas abiertas por los vaivenes del suceder— exige una sensibilidad cerebral, una visión honda, amplia y equilibrada, libre de las anteojeras de los postulados científicos, políticos y sociales y de las pasiones bastardas, y una superación de la influencia del medio que nos circunda y condiciona nuestro pensamiento, prácticamente inalcanzables.

Toda falla intelectual congénita y todo desequilibrio engendrado por la especialización, se resuelven fatalmente en extravíos en la representación del pasado.

La inercia cerebral del erudito, la superficialidad del retórico y la debilidad del sentido histórico en la gran mayoría de los pensadores, crearon el absurdo período de la Edad Media, amasado con los últimos estertores de la agonía de la civilización grecorromana y la génesis de la occidental moderna, cuyas diversas etapas difieren entre sí más que ambas civilizaciones.

Es difícil imaginarse un historiador más acucioso, ponderado y libre de prejuicios ideológicos y sentimentales que Burckhardt; y, sin embargo, su preferencia por la historia de la cultura, perturbó trascendentalmente su representación del Renacimiento. La espectacular resurrección de la cultura grecorromana le impidió percibir el fondo del fenómeno: el desarrollo de las posibilidades cerebrales latentes en los bárbaros nórdicos, realizado en un milenio de contacto y de cruzamiento con la población grecorromana; deslumbrado por las brillantes corolas de las flores, advirtió apenas los tallos y las hojas y no reparó en las raíces que los alimentaban.

Y, como ocurre casi siempre en la historia, el extravío inicial se ha perpetuado por más de medio siglo. Los historiadores han señalado los diversos factores que engendraron el Renacimiento, cargando el acento ora sobre unos, ora sobre otros; todos han preterido el factor básico: el desarrollo cerebral de los bárbaros nórdicos realizado en el milenio corrido entre los siglos v y xv, fenómeno estrechamente ligado a la civilización y a la cultura, pero que no se confunde con ellas.

Sin salir de la misma época, "Hacia el fin de la Edad Media —dice Huizinga— el tono fundamental de la vida es una amarga melancolía"... "No sólo es hastío de la vida, sino también miedo a la vida". Y el hecho de que este fenómeno culminara en los umbrales de la eclosión de optimismo de la segunda mitad del siglo xv y comienzos del xvi, lo empuja a divisar en esta última un carácter puramente estético. Un poco de menos intelectualización y de más contacto con los aspectos afectivo e instintivo de la vida, habría volcado de pies a cabeza su juicio. Habría advertido que el pesimismo de la primera mitad del siglo xv francés era una simple capa de barniz extendida sobre la superficie de la sociedad por el desprecio cristiano de la vida

terrenal, que hacia esa época alcanzó su apogeo con la predicación de los monjes de las órdenes mendicantes, cuya influencia subestima en extensión y exagera en profundidad; y que, más allá de este barniz, que los simples estremecimientos del desarrollo social tenían que desconchar, latían vigorosas y pletóricas de vida ansiosa de realizarse las fuerzas sociológicas que engendraron la civilización occidental: la voluntad de crecimiento y poderío y la confianza instintiva en su destino, características de toda civilización mientras va hacia arriba. Habría advertido, también, que el optimismo renacentista fue un fenómeno de fondo, que hunde sus raíces en los propios orígenes de los pueblos occidentales modernos, que el resquebrajamiento de la capa de barniz pesimista formada por el desprecio cristiano de la vida terrenal, dejó al desnudo.

En nuestros propios días, Toynbee acaba de intentar el enfocamiento de las veintiuna civilizaciones registradas por la historia desde un mirador situado en la estratosfera, a fin de sustraerse a la influencia ilegítima del medio circundante, y de concluir con la arbitrariedad de erigir nuestra propia civilización en arquetipo y medida de las demás. Como era ineludible, la tentativa remató en un descalabro. La supervisión se resolvió en el olvido o en la subestimación de las características que permitieron a las naciones occidentales, mientras su ritmo vital fue hacia arriba, dominar a las demás y servir de vehículo a la prodigiosa ascensión del progreso en el último siglo y medio. En un terreno más modesto, engañado por la comunidad de cultura, cae en el error general —en el cual también caí en los escritos de la juventud— de considerar la civilización de los Estados Unidos, que recién nace en condiciones sociológicas distintas de todas las que hasta hoy día ha conocido la historia, como una simple prolongación de la inglesa moderna.

Pasando al saber, a fines del siglo XIX, Lord Acton², el gran teórico inglés de la historia, exigía en el historiador, para que su obra tuviese algún valor, el dominio de la totalidad del saber humano, que, si se ha de creer a la numerosa legión de sus discípulos y admiradores, él habría estado muy cerca de alcanzar, y el conocimiento exhaustivo de todo el material impreso o inédito relacionado con su tema. La

²John Emerich Edwards Dalberg-Acton, primer barón de Acton, profesor de historia moderna en la Universidad de Cambridge.

imposibilidad de vivir los trescientos o cuatrocientos años que semejante preparación exige hoy en día y de disponer además del tiempo necesario para escribir la historia, y la dificultad de que se reúnan en un cerebro las dotes que hacen posible al gran historiador y la flexibilidad necesaria para abarcar la rosa entera del saber humano, han disminuido las exigencias al dominio de las ramas de la ciencia más directamente relacionadas con la historia y al conocimiento de las restantes en la medida necesaria para abordar con éxito los diversos aspectos de la evolución histórica: la política, la administración, la diplomacia, el desarrollo económico, las finanzas, la legislación, las guerras, la religión; y la cultura en toda su amplitud: ciencias, artes, letras, moral, filosofía, enseñanza, medicina, ingeniería, etc.

Esta exigencia, en su segunda forma, culmina en la historia genética. Fuera de un corto número de eruditos, enamorados de sus documentos, como el alfarero de su arcilla, nadie discute hoy en día la posibilidad, ya apuntada por Goethe, de aprehender intuitivamente la forma del pasado; los términos de comparación que exige, flotan en el ambiente cultural que respiramos. Pero no ocurre lo mismo con el fondo. Nuestro cerebro no puede formar conceptos en el vacío. Dentro de la antigua historia, la armazón ideológica sentimental previa servía a la vez de sostén de la masa de hechos y de punto de referencia de los juicios del autor. Dentro de la historia genética, que carece de urdimbre ideológica preconcebida, los conceptos son simples relaciones de semejanzas o de disconformidades entre los hechos y los procesos aprehendidos por nuestro cerebro con otros que ya conocemos; y su valor dependerá, no sólo de las dotes cerebrales, sino también de la amplitud y profundidad de los conocimientos del historiador. Aunque logre reunir todo el material necesario, la historia de nuestra cultura escrita por un erudito para el cual son arcaes cerradas con siete llaves las características de las culturas de las diversas civilizaciones que registra la historia, fatalmente resultará un lamentable desperdicio de tiempo y de actividad intelectual. ¿Qué valor puede tener la historia de nuestro desarrollo económico escrita, como ha sucedido hasta hoy en día, salvo algunos estudios monetarios, por profesores totalmente extraños al desarrollo económico universal, o que lo sustituyen por una ampliación ilegítima en el tiempo y en el espacio de los postulados de la

economía política? Descendiendo a un terreno aún más concreto, ¿qué experiencia puede inferirse de la historia de una guerra escrita por un militar o civil que ignora la geografía del teatro de operaciones, la potencialidad activa y latente de los contendores, sus características psicológicas, las armas, la táctica y la estrategia de la época, o las exigencias políticas que condicionaron su alta dirección?

Dentro de la concepción que informa la presente obra, una historia encuadrada en postulados sociológicos carece de valor. Como en toda la creación científica, las hipótesis, las generalizaciones y las teorías, son antenas ineludibles en el progreso del conocimiento humano y, en seguida, barreras que estorban el nuevo avance. No obstante, el viejo aforismo de Letourneau: "Las teorías pasan y los hechos quedan" encierra una verdad relativa en las relaciones entre la sociología y la historia. Pero el historiador que no domine la sociología caerá de bruces, junto con dar un paso más allá de la piel del pasado, y sólo se levantará para caer nuevamente.

Aparte de las exigencias de dotes intelectuales y de conocimientos prácticamente universales, se alza el arduo problema del lector, o sea, el de la transmisión de las representaciones del fondo y de la forma del pasado que se historia, mediante los recursos del arte, si fuese posible a toda persona capaz de leer algo.

Las dificultades que necesitaban enfrentar en este terreno las antiguas concepciones de la historia, han crecido y multiplicado en la misma medida que las exigencias de dotes cerebrales y de conocimientos.

En el empeño por vencer las grandes dificultades de fondo y de forma que presenta la concepción que he intentado realizar en esta obra y evitar el naufragio en alguno de sus numerosos escollos, he desmontado pieza por pieza la teoría de la historia, para reconstruirla a la luz de los actuales conceptos del conocimiento, de las creaciones científicas y artísticas, y de la singularísima posición intermedia que ocupa entre ambas.

En los esfuerzos desplegados para levantar la historia desde la postración en que yace, en parte como corolario de la tendencia del erudito a reducirla a un montón de hechos sin sentido histórico, se ha ido demasiado lejos en el desdén por las antiguas concepciones. En vez de seguir el ejemplo, antes de escribir, he llevado el estudio de los grandes modelos hasta donde me lo han permitido mis fuerzas

y utilizado sus aciertos. Con frecuencia he sacado de quicios los recursos de la antigua técnica para adaptarlos a funciones distintas de las que se tuvieron en vista al crearlos. Empero, tampoco me he arredrado ante las más audaces innovaciones, si prometían solucionar, siquiera imperfectamente, las dificultades que necesitaba vencer.

Los antiguos eruditos-historiadores sentaron la norma, descuidada casi por completo en la historiografía hispanoamericana y bastante en la europea, de no entrar el documento aislado o crudo a la historia. Naturalmente, dentro de su concepto de la historia, la confrontación de su contenido con el de los demás documentos, se limitaba al aspecto material, a las fechas, los nombres y los hechos concretos. He transportado la norma a la interpretación del pasado, no dando cabida en la historia al contenido de un documento sin la confrontación previa con todos los datos que directa o indirectamente se relacionan con él, y si se trata de un documento público emanado de un mandatario, ministro o político, especialmente con su correspondencia privada y con su actuación.

En la imposibilidad de transportar las normas clásicas de Ranke a la concepción genética de la historia y especialmente a la representación del fondo del pasado, he sustituido la discriminación de los materiales, por el enfocamiento de la totalidad del momento histórico, ampliándolo en el espacio y en el tiempo para que resalten las conexiones de sus diversos aspectos y el encadenamiento emerja espontáneamente a la superficie.

Bastó la supresión del tradicional reemplazo de los sentimientos, las ideas, las pasiones y los deseos de los actores por los del autor y los del momento en que escribe, para que la urdimbre espiritual del pasado renaciera, iluminada por un soplo auténtico de vida y tomara sentido inteligible para nuestros actuales cerebros, en la medida que ello es posible.

Para no perturbar el funcionamiento de la criba subconsciente que aparta lo que tiene sentido histórico de lo que no lo tiene, renuncié al empleo de la papeleta, tan útil en la investigación como fatal en la historia. Intentando producir en el lector una segunda discriminación, he usado y abusado de las repeticiones, insistiendo en lo trascendental, a fin de que se grabe en su mente, mientras lo secundario, cumplido el propósito con que lo utilicé, retrocede al claroscuro.

Persiguiendo la máxima claridad compatible con los complejos procesos de la evolución social, he utilizado todos los recursos de la técnica tradicional: la narración, los cuadros, las agrupaciones de grandes masas de hechos afines, los resúmenes, las miradas retrospectivas, los retratos, y con parsimonia, las imágenes y las comparaciones con procesos análogos, y creado otros nuevos que las exigencias especialísimas de la historia genética, tal cual preside esta obra, hacen necesarios. Luchando contra el amaneramiento, o sea, el trote monótono del caballo de carruaje de alquiler, que el historiador tiende a tomar, he procurado variar la forma en las materias que lo permiten, sin detrimento de la claridad y de la concisión.

A lo largo de toda la obra reemplazo las abstracciones, que impregnan de olor a momia la historia (Goethe), por la simbolización espontánea en la máxima medida posible, y por hechos, datos y anécdotas, aparentemente de dudoso valor histórico. Han triplicado su extensión; pero han revestido el esqueleto del pasado de carne y de venas por las cuales circula la sangre.

Contrariamente a la creencia de Carlyle, la humanidad no ha marchado empujada por un corto número de hombres superiores; han sido los movimientos de masas, los grandes impulsos gestados en el subconsciente colectivo los que, para aflorar, se han encarnado en algunas de las grandes figuras de la historia.

Aparte de estas encarnaciones reales, los pueblos necesitan, sobre todo en su infancia y su juventud, simbolizar en dioses, semidioses, héroes y caudillos su propia historia, desde los procesos trascendentales gestados en el seno del subconsciente colectivo, hasta los hechos aparentes, por poco complejos que sean.

He utilizado la simbolización auténtica, que en nuestra corta historia se reduce a Portales, la entidad Montt-Varas, los prelados Valdivieso y Salas; y ya fuera del período que abarca esta obra, Alessandri. He cuidado, al propio tiempo, de levantar al primer plano el correspondiente movimiento de fondo o de masa, exhibiendo con el máximo relieve tolerable las fuerzas sociales y el momento histórico que hicieron posible el régimen político impuesto por Portales y estructurado por Montt; y los antecedentes de la eclosión del ultramontanismo y de la lucha religiosa.

Reconociendo que la simbolización artificial es una necesidad en los pueblos aún en plena infancia mental como el nuestro, la he

rehuido inflexiblemente, no por demoler los héroes tradicionales, como se me ha enrostrado, sino porque es absolutamente incompatible con la historia genética. Basta transfigurar en genios las personalidades de Carrera y de O'Higgins, o simbolizar en ellas un impulso que se gestó en el seno de la aristocracia criolla y que no tuvo verdadero caudillo individual, para que el desarrollo de la revolución de la independencia se torne ininteligible. Aun deteniéndose en la piel de la historia, un niño despierto de 14 años formularía a su profesor estas contundentes preguntas. Si Carrera era un genio, ¿por qué no libertó a su patria y en seguida a la América del Sur, como Bolívar?; y si O'Higgins era también genio, ¿por qué cayó del poder, dejando a sus sucesores por única herencia la anarquía y el caos político?

Con el doble propósito de evitar la momificación y de hacer posible el reemplazo de los postulados que servían de columna vertebral a la historia, por el encadenamiento histórico, he sustituido los maniqués plutarquianos, aun caros a la infantil mentalidad hispanoamericana, por hombres de carne y hueso, con la consiguiente indignación de sus deudos, de sus admiradores y de los cuerpos o gremios a que pertenecieron.

Aun en obras escritas para el uso de tal o cual gremio, bando político o familia, la adulteración de la personalidad real de los actores de la historia, no sólo es un fraude consciente o inconsciente, sino también una falta de cordura y un error estético. La sencilla figura de Baquedano, con su optimismo sensato, su don de mando y su táctica rectilínea, es simpática y respetable. El empeño por hacer de él un Turena o un príncipe Eugenio, de cuyo cerebro surgieron los planes militares que decidieron la Guerra del Pacífico, además de atropellar cuanto documento hace parte de las fuentes históricas, lo convierte en un maniqué agobiado por el peso de la casaca recamada y del casco empenachado con que se intentó enaltecerlo. Los calificativos de gran almirante y de autor del plan de Angamos, que sólo conoció por el telegrama en que Sotomayor le ordenó situarse enfrente de Antofagasta, antepuestos al capitán de navío y comandante en jefe (nominal) en Angamos, Riveros, seguidos del cañonazo en una posición en la cual era imposible hacer blanco en el "Huáscar" sin dar en el "Cochrane" y que barrió de la cubierta de este acorazado diez marineros, y de la imprudente embestida que estuvo a punto de

concluir en una carambola, con la cual Chile habría perdido sus dos acorazados y con ellos el ejército de Antofagasta, se representarán a todo lector sensato como una extravagancia o como una burla de mal gusto.

No me habría rebajado a recoger semejantes extravíos, si detrás de ellos no se ocultara un móvil subconsciente: la antipatía racial por toda capacidad superior auténtica, lo mismo en el terreno político que en el militar; y su corolario, la necesidad de borrar el recuerdo de todo valor insultante para la medianía ambiente: las figuras de Lynch y de Latorre, que honrarían a la propia marina inglesa; de los grandes ministros Sotomayor y Vergara; y de los generales Lagos, Gorostiaga y Velásquez, surgidos de la propia guerra, en un pequeño ejército que no tenía otra escuela que las campañas de Arauco, sustituyéndolos por un símbolo convencional que a nadie irrita.

Siguiendo el ejemplo de Mommsen, para no velar la imagen del pasado, después de construir el edificio he retirado los andamios y enjugado las gotas de sudor que el esfuerzo hizo asomar a mi frente, produciendo, como le ocurrió al propio Mommsen y más tarde a Curthius, en los asilados del hospicio del mundo intelectual, la impresión de estar delante de una novela.

El empeño por disimular la endeblez o la baja calidad de una obra histórica, multiplicando las citas, exhibiendo la discriminación previa de los hechos o acompañándola de una imponente nómina de fuentes impertinentes, no pasa de ser una vesanía, análoga a la del arquitecto que intentase ocultar la debilidad o la insignificancia de un edificio, recubriéndolo con una majestuosa caparazón de andamios y puntales incorporados a firme en los muros. La historia está hoy en día abocada al dilema de transformarse en una creación artística, sujeta al respeto de la realidad, o a desaparecer, arrastrando consigo a la erudición, que no tiene vida ni finalidad propias. Nunca se insistirá en exceso en el error de abusar en la historia de las citas de fuentes y las discriminaciones del contenido de los materiales, cuyo lugar es la investigación y la monografía.

Y aquí llego al gran escollo de la historia genética. La conciliación de las diversas fases de la verdad histórica, tan fácil de solucionar teóricamente, presenta en la práctica tales dificultades que más de una vez me movieron a soltar la pluma.

Desde que la conciencia de la relatividad del conocimiento se impuso a nuestros cerebros, *la verdad* quedó reducida a una simple abstracción, eco de una etapa ya pretérita del desarrollo intelectual. En lugar de la *verdad histórica* surgieron una serie de verdades: la verdad de los actores, las fases intermedias de la verdad y la verdad del autor y su ambiente, condenada a ser substituida por otra verdad después de un breve reinado.

La verdad de los actores, o sea, el concepto que se formaron del momento que vivieron, es una verdad canija y enclenque, estrecha en el panorama que abarca, superficial en la hondura de la visión, salpicada de patrañas y de errores de toda índole y deformada por las pasiones y los intereses del momento en que actuaron. Pero lo que ellos creyeron es lo que pesó en el suceder, con absoluta abstracción de su valor racional y del juicio que merezca al historiador y a la posteridad; es elemento integrante de la urdimbre espiritual del pasado que historiamos, y a este título, una de las **pedras angulares** de la historia genética.

Las fases intermedias de la **verdad las forman los conceptos**, sujetos a continua evolución, que todo momento histórico **forma** sobre los que le precedieron. Estas fases intermedias de la verdad histórica no tienen para nosotros valor histórico respecto del pasado que enfocan; **pero lo tienen** respecto del momento en que afloran y de su futuro **inmediato**.

La verdad del autor es su **propia visión del pasado que historia**, forjada por un complejo de factores: los materiales históricos, las características **intelectuales**, los sentimientos, la cultura, el momento **en que escribe, etc.** Es una verdad más amplia, más profunda y más serena que la de los actores, alumbrada por los conocimientos científicos, el dominio de la historia de otros pueblos, el acrecentamiento de los materiales históricos y, hasta cierto punto, libre de los prejuicios, las pasiones y los intereses que **tiñen la verdad** de los actores y que abarca lo que precede y lo **que sigue al momento histórico que enfoca**.

Pero la **verdad del autor es una simple creación de nuestro cerebro, que no hace parte del pasado que historiamos, que los actores no conocieron**, y que, por consiguiente, **no pesó en el devenir histórico. Como acabamos de decir, lo único real, lo único que hace parte del pasado, son las creencias de los actores y los conceptos**,

deformados por las pasiones, que actuaron como móviles de sus actos. La sustitución o el aplastamiento de la verdad de los actores por la verdad del autor, aunque abonados por el ejemplo de algunas de las grandes autoridades históricas y por la turbamulta de los medianos, al adulterar la realidad del pasado, cimienta de toda creación histórica, convierte la obra en un simple castillo de naipes que se derrumbará con la primera brisa.

La solución ideal de las dificultades de todo orden que surgen de las representaciones de tres verdades, que casi constantemente se hacen fuego, sería la supresión de las verdades intermedias y de nuestra verdad. Por desgracia, la verdad del autor es un recurso insustituible en la ardua empresa de destacar el fondo del pasado ante los ojos del lector. La gestación subconsciente de las fuerzas que tejen la historia, no hace parte de la verdad de los actores; el mimetismo psicológico impide a los contemporáneos percibir el origen y el sentido del torbellino que los arrastra; su visión es demasiado estrecha en el espacio y en el tiempo para que puedan percibir el encadenamiento histórico. Suprimida la verdad del autor, el lector sólo percibiría una masa informe de hechos, de creencias y de cambios rebelde a toda inteligencia racional.

En la imposibilidad de suprimir la verdad del autor, he procurado reducirla a simple lámpara que alumbró el pasado, y no he omitido esfuerzo por incorporar la verdad de los actores, inclusive el concepto que ellos tenían del pasado, al torbellino del suceder, y por su intermedio, al encadenamiento histórico, borrando, en seguida, lo mismo que en todos los demás aspectos, las huellas del esfuerzo, para no asesinar artísticamente la obra.

Creo haber alcanzado parcialmente mi propósito en los períodos normales. Pero hay momentos históricos en los cuales todos los recursos de la técnica resultan insuficientes. Uno de ellos es el de 1888-1891. Bajo las apariencias de una personalidad normal, había en Balmaceda una de las psicologías más complejas que es posible concebir. Pertenecía al número de los gobernantes delante de los cuales la pluma de Macaulay, y con ella la de todos los literatos, da bote y reemplaza con un artístico retrato literario forjado por la fantasía al hombre de carne y hueso que no logró aprehender. El bisturí del psicólogo tantea en todos sentidos sin descubrir las raíces de sus reacciones desconcertantes. La antigua conseja psicológica de

que la claridad está en razón directa de la superficialidad, falla en su caso. Nada se avanza con detenerse en la superficie. Porque, ¿qué explicación racional tiene para nuestros actuales cerebros el hecho de que un mandatario que, según la frase en que Mac-Iver esculpió la creencia general de los contemporáneos “convirtió su persona en la autoridad y la autoridad fue su persona”, no intentara perpetuarse en el mando, como los demás dictadores hispanoamericanos? ¿Y qué explicación tiene el hecho insólito de que un gobernante que no aspiraba a perpetuarse en el mando, se declarase dictador y desencadenara una catástrofe, que selló con su vida, hacia el ocaso de su período constitucional?

A la dificultad de aprehender y destacar fielmente la personalidad real del mandatario, se añade el súbito afloramiento de las ideas-fuerzas que desencadenaron el ciclón de 1891. Hombres y sucesos se mueven con tal rapidez que la más fina sensibilidad cerebral apenas alcanza a registrar los cambios más aparentes. El mandatario, los bandos y los caudillos danzan una zarabanda sin sentido y rebelde a toda inteligencia racional, si la mirada se detiene en la superficie de los sucesos. Los antiguos campeones de la intervención electoral del ejecutivo y los más sólidos pilares de la fase liberal del régimen portaliano se convierten súbitamente en ardorosos apóstoles de la libertad electoral y del sistema parlamentario, y el reformista exaltado y adepto del régimen parlamentario, en apóstol del régimen portaliano y de su restauración a su prístina pureza.

Para conciliar la representación fiel de un momento histórico tan singularmente complejo con la exigencia de claridad de parte del lector, me he visto obligado a recurrir a un recurso extremo, que importa un verdadero sacrilegio estético: el doble esbozo de la personalidad de Balmaceda, cargando el acento la primera vez sobre la verdad de los actores, o sea, el concepto que se formaron de ella y las creencias que presidieron la génesis y el desarrollo de los acontecimientos (capítulo I), y la segunda sobre mi verdad, o sea, sobre la personalidad real del mandatario, su pensamiento político y el encadenamiento de los sucesos, tal como se destacan en mi cerebro (capítulo XVI). Los mismos datos sugerirán a otros cerebros una personalidad muy distinta de la que a mí se me representa. No pretendo que mi representación valga más que las tradicionales o las que aparezcan en el futuro; pero creo que es la que más se conforma

con la actuación del mandatario y con el desarrollo de los acontecimientos. Los lectores decidirán por sí mismos sobre su valor.

Para alcanzar la claridad anhelada, en el caso de Balmaceda, es también ineludible acogerse a la recomendación de Leibniz de dividir las personalidades y los procesos excesivamente complejos, y enfocar separadamente al estadista y al político, la presidencia constitucional y la dictadura. Por lo que sea nuestro cerebro, cuando sigue la actuación de un gobernante a través de los días de paz y de los de tormenta, pronto advierte que su personalidad cambia, y que los cambios son más bruscos en los hombres superiores que en los vulgares, como corolario de los desequilibrios casi siempre presentes en toda superioridad.

Entre las rectificaciones de que ha sido objeto la *Historia de Chile*, hay dos que merecen ser recogidas.

La primera es la preterición de la influencia literaria de Lastarria en el segundo tercio del siglo XIX. Ateniéndose a los *Recuerdos literarios*, Lastarria habría sido el foco desde el cual irradió, a partir de 1842, el rápido desarrollo de la cultura chilena en casi todos sus aspectos. Pero al concordar los *Recuerdos literarios* con los *recuerdos de los discípulos* que alcancé a tratar, estalló al instante la duda de que se tratase de una simple alucinación. Todos lo apodaban *el maestro*; pero ninguno se reconocía discípulo en el terreno literario y casi ninguno en el político. Y si se deja de lado los *Recuerdos* del maestro y las confesiones de los discípulos, para atenerse al testimonio de la producción literaria entre 1842 y 1891, no asoma en ella la menor huella de la influencia personal de Lastarria, más allá del terreno político.

Por lo demás, la explicación del hecho se cae de su propio peso. A partir de 1842, la influencia directa de las corrientes literarias europeas, empezaron a hacerse sentir con fuerza en nuestro ambiente intelectual y ahogaron todos los focos criollos, lo mismo el de Lastarria que el de los demás escritores, salvo el de Bello, que se prolongó, ya muy desvaído, hasta fines del siglo con Amunátegui, Barros Arana y unos pocos discípulos más. Se imitaba directamente a los grandes poetas, novelistas, dramaturgos, críticos, costumbristas, etc., europeos, sin pasarlos por el tamiz del temperamento literario de Lastarria, ni conformarse a sus lecciones.

Más asidero tiene el segundo reparo: la subestimación de Blest Gana en cuanto novelista. Los juicios literarios, si aspiran a tener algún valor, deben ser el resultado de la comparación consciente o subconsciente, a través de nuestra sensibilidad estética. Ahora bien, Blest Gana es un aislado en la literatura chilena y aun en la hispanoamericana del siglo XIX; y sin darme cuenta, lo situé en el único plano que le corresponde: el de las diversas ramas que, arrancando de Balzac, caracterizaron al naturalismo francés del siglo XIX en su sentido de reacción contra el romanticismo idealista; y lo acerqué a Flaubert, Maupassant, Goncourt, Zola, Daudet, etc. Naturalmente, se me representó y se me sigue representando inferior a todos ellos. Concedo gustoso que éste es un juicio ilegítimo. Un autor no puede ser juzgado con independencia de su medio; y, Blest Gana, referido a sus contemporáneos de Hispanoamérica, se destaca con las proporciones con que se lo representa el sentir casi unánime de la crítica literaria chilena.

Empero, con la misma franqueza con que reconozco mi error de perspectiva, insisto en el aislamiento de Blest Gana y en su superación por los grandes novelistas chilenos de nuestros días. Nunca he podido advertir las huellas de su influencia sobre la novela chilena. Le ocurrió en este terreno lo que a Lastarria: la influencia directa de los grandes maestros europeos ahogó las posibilidades de irradiación contenidas en sus obras.

Por último, pese al sentir general de nuestros grandes críticos, sin desconocer sus méritos con relación al medio y al tiempo en que escribió, las obras del discípulo chileno de Balzac, no resisten el acercamiento —por lo demás también ilegítimo— a las buenas novelas de Edwards Bello, Barrios, Durand y cuatro o cinco novelistas chilenos más del siglo XX.

BIBLIOGRAFÍA SELECTIVA DE FRANCISCO A. ENCINA (1874-1965)

OBRAS (en orden cronológico)

I. Libros

ENCINA y ARMANET, FRANCISCO ANTONIO, *La educación económica y el liceo*, Imprenta Universitaria, Santiago, Chile, 1912, 189 pp.

_____, *Nuestra inferioridad económica: Sus causas, sus consecuencias*, Universitaria, Santiago, Chile, 1912, 364 pp.

_____, *Portales. Introducción a la historia de la época de Diego Portales (1830-1891)*, Nascimento, Santiago, Chile, 1934, 2 v.

_____, *El nuevo concepto de la historia*, Universitaria, Santiago, Chile, 1935, 24 pp.

_____, *La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia*, Nascimento, Santiago, Chile, 1935, 318 pp.

_____, *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*, Nascimento, Santiago, Chile, 1940-1952, 20 v.

_____, *Breve bosquejo de la literatura histórica chilena*, Nascimento, Santiago, Chile, 1949, pp. 27-68 [Separata de la obra *Historiografía chilena*].

_____, y GUILLERMO FELIÚ CRUZ, 1891-1924: *Chile visto a través de Agustín Ross. Ensayo de interpretación*, Encuadernación Pino, Santiago, Chile, 1950, 207 pp.

_____, *Bolívar y la independencia de la América española*, Nascimento, Santiago, Chile, 1956, 653 pp.

_____, *La presidencia de Balmaceda*, Nascimento, Santiago, Chile, 1952, 2 v. [Contiene: v. 1: "El gobierno constitucional" y v. 2: "La revolución de 1891". Corresponde a los volúmenes XIX y XX de la *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*, ya citada].

_____, *La entrevista de Guayaquil. Fin del protectorado y defunción del Ejército Libertador de Chile*, Nascimento, Santiago, Chile, 1953, 198 pp.

_____, *Resumen de la historia de Chile*. Redacción, iconografía y apéndices de Leopoldo Castedo, Zig-Zag, Santiago, Chile, 1954, 3 v. [Contiene: volumen I: 1535-1817; volumen 2: 1817-1879; volumen 3: 1879-1891].

_____, *Emancipación de la Presidencia de Quito, del Virreinato de Lima y del Alto Perú*, Santiago, 1954 [Publicado posteriormente en *Bolívar y la independencia de la América Española*, volumen 5].

_____, *Bolívar y la independencia de la América española*, Nascimento, Santiago, Chile, 1954-1965, 6 v. [Contiene: v. 1: "El Imperio hispano hacia 1810 y la génesis de su emancipación"; v. 2: "La primera república de Venezuela y el bosquejo psicológico de Bolívar"; v. 3-4: "Independencia de Nueva Granada y Venezuela"; v. 5: "Emancipación de la Presidencia de Quito, del Virreinato de Lima y del Alto Perú"; v. 6: "El duelo con el sino (La lucha por la estructuración política de los pueblos libertados)"].

_____, *La cuestión de límites entre Chile y la Argentina desde la Independencia hasta el tratado de 1881*, Nascimento, Santiago, Chile, 1959, 271 pp.

_____, *La educación económica y el liceo. La reforma agraria. El momento sociológico mundial y los destinos de los pueblos hispanoamericanos*, Nascimento, Santiago, Chile, 1962, 284 pp.

_____, *Las relaciones entre Chile y Bolivia (1841-1963)*, Nascimento, Santiago, Chile, 1963, 287 págs.

_____, [Entrevista a Francisco Antonio Encina al cumplir 90 años], grabación; voz del escritor, La Serena, Hacienda Cerrillos de Pan de Azúcar, 1964, 30 min. [En la sección Medios Múltiples de la Biblioteca Nacional].

_____, "Liberación de la Nueva Granada", en *La campaña libertadora de 1819*, Ediciones conmemorativas del sesquicentenario de la batalla de Boyaca, Ministerio de Educación, Departamento de Publicaciones, Caracas, 1970, 2 v. [Otros colaboradores: Daniel Florencio O'Leary; Francisco Rivas Vicuña; José Manuel Restrepo; Rafael María Baralt; José Manuel Groot; Vicente Lecuna; Eleazar López Contreras; Ulises Rojas; Lucila L. de Pérez Díaz; Miguel Aguilera y José Santiago Rodríguez].

_____, *Pensamiento de Encina*, prólogo de Teresa Pereira de Correa, Editorial Gabriela Mistral, Santiago, Chile, 1974, 177 pp. [Incluye bibliografía].

_____ y LEOPOLDO CASTEDO, *Resumen de la historia de Chile: 1891-1925*, Zig-Zag, Santiago, Chile, 1982, 969 pp. [Complementa la obra *Resumen de la historia de Chile* de 1953. Este volumen ha sido redactado por Castedo en su totalidad].

II. Artículos y prólogos

ENCINA y ARMANET, FRANCISCO ANTONIO, "El proyecto de tratado de reciprocidad con la Argentina", en *El Mercurio*, 6.X.1907.

_____, "Reforma de nuestra educación nacional", en *La Revista Pedagógica*, Asociación de Educación Nacional, año III, n° 1, marzo de 1911.

_____, "El doctor Palacios", en *El Mercurio*, 18.VI.1911 [Además aparece en la *Revista Chilena de Historia y Geografía*, n° 1, primer trimestre de 1911].

_____, "[sin título]", en *Convención del Partido Nacional celebrada en Santiago los días 3, 4 y 5 de noviembre de 1911*, Talleres de la Empresa Zig-Zag, Santiago, Chile, 1911, pp. 114-124 [Ponencia reproducida en *Mapocho*, n° 2, 1965, bajo el título "Cien años de vida económica e independiente de Chile"].

_____, "Nuestra situación agraria", en *Revista Chilena*, n° 27, noviembre de 1919.

_____, "Aspecto de la lucha presidencial. La rivalidad entre la capital y las provincias", en *La Nación*, 9, 10 y 24 de abril de 1920 [Publicado, además, en *El Mercurio*, 24.IV.1920, y en *Mapocho*, vol. II, n° 2, 1965, bajo el título "La capital de Chile y las provincias"].

_____, Y OTROS, "La subdivisión de la propiedad rural", en *Revista Chilena*, n° 43, julio de 1921 [Publicado, además, en *Mapocho*, vol. V, n° 1(13), 1966, pp. 20-29. Coautores: Guillermo Subercaseaux, Enrique Zañartu, Alejo Lira y Raimundo Larrain].

_____, "El respeto de los hombres y el respeto de las ideas", en *Revista Chilena*, n° 13, 1921, pp. 532-533.

_____, "Mi juicio sobre Vicuña Mackenna", en *El Mercurio*, 21.V.1934.

_____, "Portales. Carta a don Samuel Ossa Borne", *El Mercurio*, 5.VIII.1934.

_____, "El duelo entre la mente y la vida", en *El Mercurio*, Santiago, 14.X.1934, p. 2.

_____, "La relatividad del conocimiento" en *La Nación*, 18 y 25.XI.1934.

_____, "La deformación racionalista de la mente", en *La Nación*, 27 y 28. I. 1935 [Se publica nuevamente el 7 y 24.II.1935].

_____, "El asesinato de Monteagudo", en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, vol. VXXVI, n° 84, enero-abril de 1935.

_____, "Portales", en *Atenea*, febrero de 1935 [Respuesta a don Ricardo Dávila Silva].

- _____, "Discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Historia del señor don Francisco Antonio Encina", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, Santiago, Chile, n° 5, primer semestre de 1935, 46 pp.
- _____, "Nueva nota en nuestro ambiente literario", en *El Mercurio*, 24.XI.1935.
- _____, "La fe de bautismo de don Manuel Montt", en *El Mercurio*, 23.XII.1935.
- _____, "La profecía de don Manuel Montt", en *La Nación*, 23.XII.1935.
- _____, "La claridad intelectual de don Manuel Montt", en *El Mercurio*, 24.XII.1935.
- _____, "La personalidad de don Manuel Montt", en *El Mercurio*, 19.I.1936.
- _____, "A propósito de un juicio sobre la *Guerra del Pacífico* de don Gonzalo Bulnes", en *La Nación*, 1.III.1936.
- _____, "La iniciativa de don Abdón Cifuentes en la adquisición de los blindados", en *El Mercurio*, 24.III.1936.
- _____, "Evolución social, política y económica del pueblo chileno", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, vol. VI, n° 10, primer semestre de 1938.
- _____, "La evolución de la estructura social: La vida familiar y las costumbres durante el siglo XVIII", en *Atenea*, septiembre de 1939.
- _____, "Sentimiento religioso en la colonia", en *Atenea*, marzo de 1940.
- _____, "Gestación de la Independencia", en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, vol. LXXXIX, n° 97, julio-diciembre de 1940.
- _____, "La entrevista de Guayaquil", en *Atenea*, febrero de 1941.
- _____, "San Martín en 1820", en *En Viaje*, n° 107, septiembre de 1942, pp. 14-15.
- _____, "La renovación de nuestra historia. Una odisea literaria", en *Januario Espinoza, El abate Molina*, Zig-Zag, Santiago, Chile, 1946, 191 pp. [A modo de prólogo].
- _____, "Concepción genética de la historia", en *El Mercurio*, 6.V.1947.
- _____, "La supervivencia de Goethe", en *Anales de la Universidad de Chile*, n°s 73-74, primer y segundo trimestre de 1949 [Separata de Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1950, 28 pp.].
- _____, "Breve bosquejo de la evolución histórica de Chile", en *Histonium*, Buenos Aires, septiembre de 1949.

_____, "Breve bosquejo de la literatura histórica chilena", en *Atenea*, n^{os} 291-292, septiembre-octubre de 1949.

_____, "Don Gonzalo Bulnes, historiador", en *El Mercurio*, 19.XI.1951 [Publicado, además, en el *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n^o 45, segundo semestre de 1951].

_____, "Discurso de don Francisco Encina", en *Atenea*, Concepción, n^{os} 325-326, julio-agosto de 1952, pp. 123-136.

_____, "Cabildo abierto del 18 de septiembre de 1810", en *En Viaje*, n^o 251, septiembre de 1954, pp. 12-13.

_____, "Discurso en el banquete de la Sociedad de Escritores de Chile el 4 de septiembre de 1954", en *El Mercurio*, 5.IX.1954.

_____, "Gestación de la *Historia* de Encina", en *El Mercurio*, 6.IX.1954 [Es una carta de Encina a Eduardo Moore].

_____, "La América española hacia 1810", en *Anales de la Universidad de Chile*, n^o 103, 3^{er} trimestre de 1956, pp. 7-41.

_____, "Repercusiones del alto pensamiento filosófico y científico sobre la concepción de la historia", en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, n^o 60, primer semestre de 1959.

_____, "El pueblo chileno hacia 1810 y los rasgos cardinales de su evolución política y económica hacia 1920", en *Anales de la Universidad de Chile*, n^o 119, pp. 45-85, 3^{er} trimestre de 1960 [Publicado, además, en *La Nación*, 18.IX.1960].

_____, "La capital de Chile y las provincias. Los prejuicios del centralismo", en *Mapocho*, vol. IV, n^o 2 (II), 1965, pp. 23-31.

_____, "Cien años de vida económica de Chile (1912)", en *Mapocho*, vol. IV, n^o 2 (II), 1965, pp. 11-22.

REFERENCIAS CRÍTICAS (en orden alfabético)

ALEMPARTE ROBLES, JULIO, "La verdad sobre el 'historiador' señor Encina", en *Occidente*, n^o 109, septiembre de 1956-abril de 1957, pp. 13-28.

ALMEYDA ARROYO, ELIAS, *La Historia de Chile de don Francisco Antonio Encina. Estudio crítico*, prólogo de Ricardo Donoso, Padre de las Casas, Chile, 1952, 66 pp.

ALMEYDA, CLODOMIRO, "Don Francisco Antonio Encina", en *Las Noticias de Última Hora*, Santiago de Chile, miércoles 25 de agosto de 1965.

ANÓNIMO, "Homenaje a don Francisco Antonio Encina", en *Atenea*, n^o 325-326, julio-agosto de 1952, pp. 95-96.

ARANEDA BRAVO, FIDEL, *La exactitud de la historia; observaciones a los cinco primeros volúmenes de la Historia de Chile de don Francisco A. Encina*, Santiago, Chile, 1947.

ARENAS AGUIRRE, LUIS ALFREDO, *Encina contra Encina*, prólogo, explicación e índices, s.l., s.n., 1957 [La 2ª ed. agrega el subtítulo: "Restablecimiento de la verdad histórica sobre la Guerra del Pacífico", Instituto Geográfico Militar, Santiago, Chile, 1958].

_____, *Falsedades históricas y amnesias de Francisco Antonio Encina*, prólogo e índice, s.l., s.n., 1955.

ARMAS GARCIA, HÉCTOR, "Recuerdos de don Francisco Antonio Encina", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, miércoles 29 de septiembre de 1965.

CARMONA YAÑEZ, JORGE, *Notas al margen de una historia de Chile*, Imprenta Universitaria, Santiago, Chile, 1953, 144 pp. [Sobre *Historia de Chile desde la prehistoria hasta 1891*].

CASTEDO, LEOPOLDO, "Don Francisco Antonio Encina", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, domingo 28 de agosto de 1965. Fechado en Washington, 23 de agosto de 1965.

_____, "Prólogo", en *Resumen de la Historia de Chile, 1891-1925*. Tomo IV, Zig-Zag, Santiago, Chile, 1982, pp xiii - lvii.

DÍAZ ARRIETA, HERNÁN (ALONE), *Historia personal de la literatura chilena. Desde don Alonso de Ercilla hasta Pablo Neruda*, Santiago, 1954, pp. 243-245.

_____, "Crónica literaria: Don Diego Barros Arana y don Francisco Antonio Encina", en *El Mercurio*, 21.IX.1975, p. III.

_____, "Crónica literaria: Releyendo a Encina", en *El Mercurio*, 13.IV.1975, p. 3.

_____, "Un historiador chileno habla del libertador Bolívar", en *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, n° 108, enero-febrero de 1955, pp. 56-64.

_____, "Recuerdos de don Francisco Encina", en *El Mercurio*, Santiago, Chile, 25.VIII.1965.

_____, "Una polémica historia", en *Zig-Zag*, vol. XLI, n° 2.121, 15.XI.1945, p. 27.

_____, "La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia", en *La Nación*, Santiago de Chile, 10 de noviembre de 1935.

_____, "Historia de Chile. Tomo III", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 4 de febrero de 1945.

_____, "Historia de Chile", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 11 de febrero de 1945.

_____, "Historia de Chile. Tomo IV", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 18 de febrero de 1945.

_____, "Historia de Chile", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 30 de septiembre de 1945.

- _____, "Historia de Chile", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 14 de octubre de 1945.
- _____, "Historia de Chile", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 4 de noviembre de 1945.
- _____, "Historia de Chile. Tomo V", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 12 de mayo de 1946.
- _____, "Historia de Chile", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 19 de mayo de 1946.
- _____, "Historia de Chile. Tomo VI", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 23 de marzo de 1947.
- _____, "Historia de Chile", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 30 de marzo de 1947.
- _____, "Historia de Chile", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 6 de abril de 1947.
- _____, "Historia de Chile", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 13 de abril de 1947.
- _____, "Historia de Chile", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 20 de abril de 1947.
- _____, "Historia de Chile. Tomo VII", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 9 de noviembre de 1947.
- _____, "Historia de Chile. Tomo IX", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 23 de mayo de 1948.
- _____, "Historia de Chile. Tomo X", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 17 de octubre de 1948.
- _____, "Historia de Chile", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 24 de octubre de 1948.
- _____, "Historia de Chile. Tomo XIV", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 12 de marzo de 1950.
- _____, "El presidente Pérez y sus ministros", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 19 de marzo de 1950.
- _____, "El estilo de don Francisco Antonio Encina", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 26 de marzo de 1950.
- _____, "Errázuruz Zañartu en el Tomo XV de la *Historia de Chile* de Encina", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 14 de enero de 1951.
- _____, "El retrato de Balmaceda", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 18 de noviembre de 1951.
- _____, "Historia de Chile. Tomo XX", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 2 de marzo de 1952.
- _____, "La entrevista de Guayaquil", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 10 de enero de 1954.

_____, "Homenaje a don Francisco Antonio Encina", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 25 de julio de 1954.

_____, "Bolivar", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 29 de agosto de 1954.

_____, "Homenaje literario a Encina", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 5 de septiembre de 1954.

_____, "Nuestra inferioridad económica", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 25 de junio de 1955.

_____, "Nuestra inferioridad económica", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 3 de julio de 1955.

_____, "Bolivar. Hispanoamérica hacia 1810 y la generación de la Emancipación", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 8 de agosto de 1957.

_____, "Recuerdos de don Francisco Antonio Encina", en *Zig-Zag*, Santiago de Chile, 25 de agosto de 1965.

_____, "Política, Economía, Cultura", en *PEC*, Santiago de Chile, martes 31 de agosto de 1965, año III, n° 140.

DONOSO, RICARDO, *Alberto Edwards y Encina*, Universitaria, Santiago, Chile [1966].

_____, *Francisco A. Encina: Simulador*, R. Neupertria, Santiago, Chile, 1969-1970, 2 v.

_____, *Rectificaciones a una diatriba contra don Diego Barros Arana*, Santiago, Chile, 1947.

EYZAGURRE, JAIME, "Historia de la imaginación en don Francisco Encina", en *El Mercurio*, Santiago, Chile, 25.VIII.1965.

FELIÚ CRUZ, GUILLERMO, "Dos criterios históricos: Barros Arana y Encina", en *Atenea*, Concepción, n° 224, febrero de 1944, pp. 116-127.

FELIÚ CRUZ, GUILLERMO, "Pensamiento sobre Encina", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, martes 24 de agosto de 1965.

_____, "Historiador de Chile", en *Las Últimas Noticias*, Santiago de Chile, martes 24 de agosto de 1965.

_____, "Francisco A. Encina, historiador", en *Mapocho*, vol. IV, n° 2, 1965, pp. 5-10.

_____, *Francisco A. Encina, historiador*, Ed. Nascimento, Santiago, Chile, 1965.

GÓMEZ MILLAS, JUAN, "Francisco Encina es un héroe civil del desarrollo de la nacionalidad", en *El Mercurio*, Santiago, Chile, 25.VIII.1965.

GRIFFIN, CHARLES, "La revisión de la historia de Chile a través de Francisco Encina", en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, Santiago, Chile, n° 125, 1957, pp. 265-269.

JOBET, JULIO CÉSAR, "Notas sobre tres sociólogos nacionales", en *Atenea*,

Concepción, n° 173, marzo de 1948, pp. 246-250 [Se refiere a Francisco Antonio Encina y su *Nuestra inferioridad económica*].

LATCHAM, RICARDO A., "Crónica literaria. *Historia de Chile*, por Francisco Antonio Encina. Editorial Nascimento, 1943", en *La Nación*, Santiago de Chile, domingo 5 de marzo de 1944.

_____, "Bibliografía. *Historia de Chile*, por Francisco Antonio Encina. Tomo III. Editorial Nascimento, 1944", en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, n° 105, julio-diciembre de 1944, Santiago de Chile, pp. 198-203.

_____, "Crónica literaria. *Historia de Chile* (Tomo VIII), por Francisco Antonio Encina. Editorial Nascimento, Santiago, 1947", en *La Nación*, Santiago de Chile, domingo 9 de noviembre de 1947.

_____, "Crónica literaria. *Historia de Chile* (Tomo X), por Francisco Antonio Encina. Editorial Nascimento, Santiago, 1948", en *La Nación*, Santiago de Chile, domingo 9 de enero de 1949.

_____, "Crónica literaria. *Historia de Chile* (Tomo XI), por Francisco Antonio Encina. Editorial Nascimento, 1948", en *La Nación*, Santiago de Chile, domingo 30 de enero de 1949.

_____, "Crónica literaria. *Historia de Chile* (Tomo XIII), por Francisco Antonio Encina. Editorial Nascimento, 1949", en *La Nación*, Santiago de Chile, domingo 22 de enero de 1950.

_____, "Crónica literaria. *Historia de Chile* (Tomo XIV), por Francisco Antonio Encina. Editorial Nascimento, 1950", en *La Nación*, Santiago de Chile, domingo 12 de marzo de 1950.

_____, "Crónica literaria. *Historia de Chile* (Tomo XVI), por Francisco Antonio Encina. Editorial Nascimento, 1950", en *La Nación*, Santiago de Chile, domingo 28 de enero de 1951.

_____, "Crónica literaria. *Historia de Chile* (Tomo XIX), por Francisco Antonio Encina. Editorial Nascimento, 1951", en *La Nación*, Santiago de Chile, domingo 18 de noviembre de 1951.

_____, "Crónica literaria. El año literario: Novela y cuento, poesía, historia y ensayo", en *La Nación*, Santiago de Chile, domingo 30 de diciembre de 1951.

_____, "Crónica literaria. *Historia de Chile* (Tomo XX), por Francisco Antonio Encina. Editorial Nascimento, 1952", en *La Nación*, Santiago de Chile, domingo 24 de febrero de 1952.

LORENZOS, SANTIAGO, "Francisco Antonio Encina: El historiador y su obra", en *Dimensión Histórica de Chile*, n°s 4-5, 1987-1988, pp. 75-82.

LOUVELBERT, RENÉ, "Discurso del decano de la Facultad de Odontología Dr. René Louvel Bert", en *Atenea*, Concepción, n°s 325-326, julio-agosto de 1952, pp. 97-108.

MERINO REYES, ROLANDO, "Discurso del decano de la Facultad de Derecho don Rolando Merino Reyes", en *Atenea*, Concepción, n^{os} 325-326, julio-agosto de 1952, pp. 109-122.

MOGOLLON, JOSÉ VICENTE, *Francisco Antonio Encina: Su personalidad y sus ideas sobre la raza, la economía y la educación. Escenario Chile 1910/...*, Ediciones de la revista *Atenea*, Concepción, 1965, 21 pp. [Separata n^o 405 de la revista *Atenea*].

MUNDT, TITO, "Lo que más me gusta de don Pancho", en *La Tercera de La Hora*, Santiago de Chile, jueves 26 de agosto de 1965, n^o 5.817.

NASCIMENTO, CARLOS, "Recuerdos de Encina", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, martes 24 de agosto de 1965.

OVIDO CAVADA, CARLOS, "La *Historia de Chile* de Encina", en *El Mercurio*, 17.VIII.1975, p. IV.

PEÑA-TORRES, FRANCISCO, *Alberto Edwards, Francisco Antonio Encina, Jaime Eyzaguirre: Une vision traditionaliste et autoritaire de l'histoire du Chili a travers leurs oeuvres, 1910-1950*, tesis de doctorado, Université Paris III, Paris, 1989.

PETIT, MAGDALENA, "Sueños históricos (encuentro de Portales y Manuel Rodríguez con don Francisco Encina y la soñadora)", en *Atenea*, Concepción, n^{os} 307-308, enero-febrero de 1951, pp. 56-69.

PORTALES, PABLO, "Francisco Encina Armanet (1874-1965). El campesino que jugueteó con la historia", en *La Nación*, 23.II.1922, p. 6.

QUEZADA, JAIME, "Francisco A. Encina. Historia que perdura", en *Ercilla*, n^o 2.510, 7.IX.1983, pp. 45-47.

RUIZ, CARLOS, "Conservantismo y nacionalismo en el pensamiento de Francisco Antonio Encina" en Renato Cristi y Carlos Ruiz, *El pensamiento conservador en Chile. Seis Ensayos*, Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1992, pp 48-66.

SILVA CASTRO, RAÚL, "La literatura histórica chilena y el concepto actual de la historia, por Francisco Antonio Encina. Editorial Nascimento, 1935. 318 páginas", en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, tomo LXXXVIII, septiembre-diciembre de 1935, Santiago de Chile. n^o 86, págs. 308-334.

SILVA CASTRO, RAÚL, *Notas sobre el método de la historia*, Universitaria, Santiago, Chile, 1936, 109 pp.

La Universidad de Concepción rinde un homenaje a don Francisco Antonio Encina, La Universidad, Santiago, Chile, 1952, 47 pp. [Separata de la revista *Atenea*, n^{os} 325-326, julio-agosto de 1952, ya citada].

R.S.E. (René Silva Espejo), "Un revolucionario de la historia", en *El Mercurio*, Santiago de Chile, 24 de agosto de 1965.

VAÍSE, EMILIO, "Francisco A. Encina", en *Estudios críticos de literatura*

chilena, Santiago, 1940, t. I, pp. 207-221 [*Sobre Nuestra inferioridad económica... y Portales...*].

VERDUGO, R., "Los mestizos del historiador Encina", en *Occidente*, n° 270, marzo-abril de 1977, pp. 19-20.

VILLALOBOS R., SERGIO, "Introducción para una nueva historia" en *Historia del pueblo chileno*, tomo I, ICHEH, Instituto de Estudios Humanísticos, Santiago, Chile, 1980, pp 28ss.

WILLIAMS, HÉCTOR, *Guerra del Pacífico, 1879*; "*Verdad, sepultura de la difamación*"; *respuesta a la diatriba de Francisco A. Encina en el tomo XVI de su Historia de Chile* [Valparaíso], 1953 [En la cubierta aparece la fecha 1955].

Paulina Cornejo
(con revisiones y adiciones del Editor)